#  LA REVISTA

DIRECTOR: JULIO HERRERA Y REISSIG

AÑO I | MONTEVIDEO, 20 DE AGOSTO DE 1899 | N.º I

## PROGRAMANDO

---

Vamos á explicar el motivo de la aparición de esta revista, que desde hoy ingresa en el concierto del periodismo uruguayo, enviando un afectuoso saludo á sus connacionales de la prensa, y á todos sus lectores.

Es sabido que el espíritu literario sufre actualmente una honda desmoralización, y que escasea, ó más bien dicho no existe, la propaganda exclusivamente literaria ó científica, haciéndose sentir la falta de una publicación que reuniendo en sí esos dos géneros, venga á sacudir á los intelectuales del letargo en que se hallan, citándolos para el noble torneo en que merece el lauro, no la astucia política, ni el mercantilismo de la actividad común, puestas al servicio del interés personal ó de la pasión baladí, sinó, por lo contrario, el vigor cerebral, que como lo ha dicho de Vigny tiene alas de mármol, y el heroismo del que siente y del que piensa que es en donde verdaderamente se refleja la vida superior de los pueblos, el alma de toda civilización y de toda cultura y la forma, ya imponente ó artística del Ideal Humano.

La ausencia, en absoluto, de una publicación de éste género, perjudica, sobre todo, á la actual generación, que se ve privada de manifestar, ampliamente y en forma que trascienda, sus más elevadas aspiraciones, exhibiendo, en el esfuerzo de su intelectualidad, el noble fruto de sus cavilaciones y de sus estudios, reflejando su refinamiento y sus cualidades, descubriendo esa estética íntima que necesita de la pluma ó de la palabra para presentarse en público, y, en fin, ostentando, con justo

orgullo, la potencia de su pensamiento y el rumbo moral hácia donde dirigirá sus pasos, en lo futuro. «Comunicar es aprender», ha dicho Spencer, y tambien se puede repetir con el filósofo, que, la inactividad y el silencio solo habitan en el desierto: Y que verdad es tambien aquello del poeta: ¡Oh silencio, hermano del egoismo!»

De cualquier modo, tristeza dá el decirlo, que, á medida que aumentan y se desarrollan en nuestro país, con fecundidad de pez ó de pólipos, los figurines automáticos de la moda, con tendencias al feminismo, los vagos trasnochadores que rumian imbecilmente el tiempo, los que hacen la guardia en las puertas de los cafés, durante tres cuartas partes del día, como inmóviles cariátides de carne, los pequeños declamadores y los políticos de oficio, disminuye la afición por las cosas serias, que requieren altruismo y desinterés, durmiéndonos, insensiblemente, en brazos de la más indigna frivolidad, alejándonos del Arte, de lo que pueda crear el espíritu ó la vitalidad mental, y en conclusión, de todo aquello que, desde luego, no rinda culto al más bajo utilitarismo, ó al más vulgar de los placeres. ¿Asistimos á un entierro ó á un bautizo? diría Larra.

¿A que se debe esta apatía, esta pereza ignominiosa, esta dejadez turca que ata todas las iniciativas, que cloroformiza el ánimo intelectual, que extiende, por decirlo así, sobre la fría almohada de la indiferencia los brazos paralizados, que roba sus energías al vino de la adolescencia, que cierra el libro como una pieza que no hace falta, ejerciendo sobre el espíritu de nuestros hombres, en virtud del más triste contagio, la caridad del ópio?

Es así, que, la Literatura, que es por lo que se mide la civilización de los pueblos, segun lo expresa axiomáticamente Lamartine, ó, de otro modo, la medida de la grandeza, como lo afirma Taine, es entre nosotros ó bien un feto que está por nacer, ó un pantano que se pudre en la más vergonzosa estagnación, sin que una sola corriente trate de darle vida y sin que sea posible asegurar que, en tiempo no lejano, llegue á ser considerada como el más ridículo de los mitos.

¿En dónde están esas energías, ese carácter de resolución y de aventura, que pone de manifiesto la joven y ardiente actividad de una sana asociación, la nerviosa electricidad de la inteligencia, como la llama Saint-Beuve, el grado potencial de un organismo vigoroso que se lanza á la lucha por que ama la gloria, que diria Chataubriand?

Nada de eso se ve, ni se oye. ¿Será que duerme, ó que, realmente pasa por el invierno de la decadencia, nuestra actual generación. sin que nada la conmueva en su sueño de esterilidad. durante esa larga postración de anemia reumática, cada vez más alarmante, por lo que se asemeja á cierto poeta árabe, quien decia que las manos las había hecho Allah para servir el hatchis y el licor, durante el día, y el pensamiento para gozar de la pereza á la sombra de las palmas?

Fuere lo que fuere, y sin que pretendamos hacer nada grande, sinó modestamente satisfacer una sentida necesidad, pues, son escasísimos los méritos de esta Dirección, lo confesamos, con sinceridad y sin vano alarde, que nos lanzamos á la lucha, tan esperanzados en el triunfo de nuestra propaganda, como desnudos de toda pretensión que no sea la de llevar un humilde ladrillo á la obra recien empezada de nuestro florecimiento literario. Y decimos esto por que nos acompañan, en la labor de tonificación intelectual, á que nos referimos, los cerebros más sobresalientes y de más renombre en nuestro país, tanto en literatura como en ciencias, y muchos de aquellos jóvenes que se han destacado en el grupo universitario por su clara inteligencia y su poco común preparación, como se puede juzgar por las firmas que adornan este primer número, y por las que irán apareciendo en los sucesivos, y, entre las cuales irán intercaladas algunas de las de más brillo y reputación en el mundo literario de América.

*
* *

Nó es ésta, lo sabemos, una situación propicia al fomento de las Letras ni al despertar de los ingenios, porque la atmósfera que se respira está rarificada por los detritos de la política y cargada de ese desánimo pesado que entorpece la marcha de cualquier iniciativa culta; ese desánimo de tormenta que pesa sobre los hombros como una carga invisible, y que ha llegado, por decirlo así, á formar parte constitutiva de nuestra naturaleza tímida y rutinaria. Muy al contrario, desde los tiempos de nuestra independencia, hasta la fecha, no ha habido publicación de índole semejante menos favorecida por las circunstancias y el medio ambiente, siendo así, que, entre tanta anomalía, nos ha costado decidirnos á entrar en el palenque, atemorizados por el rum-rum de los pesimistas y flemáticos que calculan el fuego de los volcanes con una barra de hielo, y por eso, hoy mismo, en medio de los insólitos temores que nos asaltan, te-

nemos que decirnos como el héroe legendario, *Tiemblas, osamenta, pero te llevaré al combate!*

Fuera de esto, la vocación hace mucho, y no es sinó el propio destino, como lo ha dicho Stuart-Mill; sirviéndonos, en este caso, de vanguardia exploradora en el tortuoso sendero de la aventura.

Es por eso que, Figueroa, Berro, Ferreira y Artigas, Juan Carlos Gomez, Magariños Cervantes, Bustamante, Joanicó, Cárlos Maria Ramirez, Herrera y Obes, Bauzá, Melian Lafinur Acevedo Diaz, Herrero y Espinosa Duvimioso Terra, Justino J. de Aréchaga, Agustin de Vedia, Martin Martinez, Daniel Muñoz, Zorrilla de San Martin, Roxlo, Bernardez, Maciel, Fernández y Medina, y, ultimamente, José E. Rodó, Perez Petit y los dos hermanos Martinez Vigil, fundaron, en tiempos no tan infelices como los que corren, periódicos mas ó menos literarios, por lo que vieron la luz pública: «La Revista del Plata» «La Bandera Radical», «Anales del Ateneo», «Revista de Literatura y Ciencias Sociales» «La Cruzada» y tantos otros impresos de indiscutible valer, verdaderos heraldos de nuestra cultura en el extrangero;—primeramente cuando el clarin de Figueroa llamaba á los ingenios al Parnaso heróico del patriotismo; más tarde, cuando Daniel Muñoz, burilador mordaz de la frase castiza y pura, esgrimia el cáustico de Larra y plantaba elegantemente el *ají cumbarí* en los campos de las letras nacionales, y, por último, cuando Zorrilla de San Martin colocó en el arco de Tabaré la flecha de oro que debia atravesar el Atlántico. Nos referimos á su poesia que filosofa al mismo tiempo que llora, que emana zumo de nuestros bosques vírgenes y vuela con los temblores de la perdiz de nuestras *cuchillas*; la poesia pictórica, dulce, melancólica y profunda, que exhibe las decoraciones de la Patria, que solloza ante los miembros de bronce de una raza muerta, que vaga con los murciélagos de nuestros estios, y desgarra las entrañas azules del espíritu humano para mostrarnos el amor lúgubre.

Nuestra literatura ha tenido distintas fases en las diversas épocas en que ha vivido; en la primera, ha sido una literatura propagandista con nervio bélico y apasionado y por lo tanto una literatura ligera y volátil como un fuego fátuo; mas tarde fué una literatura politico-histórica, con tendencia romántica, lo cual nos hace pensar en una literatura bohemia, caprichosa, desaliñada y un tanto libre, y por último, se fué vistiendo con el frac de la elegancia moderna, urbanizándose en la obser-

vancia de las reglas, haciéndose seria y galante y, en fin, ciudadanizándose en la gran patria intelectual, de donde nos ha venido y nos viene toda corriente civilizadora.

Pero, de todos modos y en cualquier época, los literatos han sido considerados y estimulados honrosamente y, aquellos tiempos, no lejanos, en que los triunfos del orador y del poeta llenaban de aplausos las salas en que se verificaban los certámenes, forman raro contraste con estos dias de enervamiento y de frivolidad, en que no existen centros literarios, y en que se fundan *footballs*, presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los piés, y, mientras el Atenéo, no es, en realidad, sinó un bello cadáver de arquitectura, que luce su robusta mole frente á la estátua de la Libertad.

Pero, dejando este asunto á un lado y siguiendo con nuestra publicación, debemos hacer constar, siendo como será una de las condiciones que le dará mayor realce, que el material que en ella se inserte debe ser inédito, no obstante, que, la Dirección se reserva el derecho de salirse de esta regla en favor de alguna producción de especialísimo mérito, que considere de sumo interés darle publicidad. Por lo demás, y dado el carácter de esta revista, se admitirán toda clase de trabajos literarios y científicos, aunque refiriéndonos á esto último se dé preferencia á todo aquello que tenga parentesco con la filosofía y el derecho, y por lo tanto que se halle mas en relación con las ciencias sociales, sin que por eso nos circunscribamos á ningun ramo definitivo, como lo hacemos constar para que no haya duda respecto á la índole de esta publicación.

De ese modo creemos que prestará un verdadero servicio á la juventud Universitaria, no estando demás advertir que escluiremos de sus columnas, no ya todo asunto que tenga sus raíces en el personalismo y los odios y rivalidades de secta, sinó también toda cuestión política ó religiosa, porque una triste experiencia nos habla de esas polémicas inútiles que agrian los ánimos, produciendo divisiones y desgastes personales, despellejando susceptibilidades, fatigando cerebros, y envenenando el brillo de las armas, con que combaten tan rudamente, con las diatribas más incultas, obteniéndose, á fin de cuentas, de este proselitismo, en lucha, tan parcial como ilógico, el más iliterario de los resultados, puesto que la literatura es moral por naturaleza y no debe en manera alguna hacerse cómplice de las pasiones humanas. Toda propaganda intelectual, debe pues, extender su brazo á la con-

cordia y engalanarse con un ramo de olivo, tratando de unificar todas las tendencias, y conciliar los diversos caracteres, haciendo suyo aquello de Virgilio: «ama y está en paz.»

Después de lo que antecede, solo nos resta solicitar el concurso de todas las intelectualidades del país en favor del sostenimiento de «La Revista», y, para que al fin de la fatigosa jornada que la espera, pueda repetir, con el gran Libertador del Norte: *he sembrado; ese es mi mérito.*

La Dirección.

# TRIUNFAL

Bardo gentil de rimas aurorales,
De plectro de oro y de gloriosa mente,
Que al entonar tus cánticos triunfales
Tienes nimbos de luz sobre la frente.

Yo soy la musa de candentes ojos,
La de ritmos fantásticos y bellos,
La que en el soplo de sus labios rojos
Tiene chispas y fúlgidos destellos.

Tú vas de las gigantes espirales
Tras el fuego sagrado en que te inspiras,
Para encender estrofas inmortales
En las cuerdas sonoras de tus liras.

Yo soy la de las fúlgidas miradas,
La que entre choques de armoniosas notas
Arranca del laud, despedazadas,
En arpegios de luz, las cuerdas rotas.

Tú haces mantos de pètalos dorados,
De adelias blancas y purpúreas rosas,
Que deslizan sus pliegues perfumados
Sobre las líneas curvas de las diosas.

Yo hago palmas de mirtos y claveles,
Coronas de jazmines y de nardos
Tejidas con guirnaldas de laureles,
Para la sien gloriosa de los bardos.

Vamos los dos á desplegar el vuelo
De nuestras ricas y potentes alas,
Hácia el confin donde despliegue el cielo
La magnifica pompa de sus galas:

Donde la nota victoriosa y fuerte
De los clarines, en vibrante coro,
Dando la diana del amor, despierte
Nuestros sueños de púrpura y de oro.

Yo haré latir tus fibras más hermosas
Con mis hondas y ardientes fantasías;
Tú me darás en rimas vigorosas
De tu voz las soberbias melodías.

Y mientras luzcan su brillante hechura
Tu clámide y mis galas imperiales,
Nuestras canciones rasgarán la altura
Como alage dé cóndores triunfales.

Serán cual ondas de cendal brillante,
Suelto al aire, entre bálsamos y efluvios,
De nuestras glorias el pendón flotante,
Mis trenzas negras y tus bucles rubios.

Y encendiendo los mustios arreboles
Con nuestros rayos, fuertes y fecundos,
Viviremos los dos como dos soles
Alumbrando las almas y los mundos.

María Eugenia Vaz Ferreira.

---

## PROSA DE ALBUM

No conozco à la dueña de este libro, pero sè que es mujer. Eso me basta.

Sin ritmos gratos en mi lira, el verso, al evocarlo yo, en sus cuerdas calla. Pero sè que es mujer la que lo pide, y en libro de mujer la prosa canta.

¡Mujer! ¡Supremo verso de lo creado! ¡Suprema poesía, estrofa blanca! ¡Nota eterna del himno de lo bello! ¡Bella rima del canto de la gracia! Ante tí de mi prosa sin colores, de mi prosa selvàtica, un gran montón de pètalos depongo.

¡Consèrvalos marchitos en tus pàjinas!...

Arturo Gimenez Pastor.

# EL ARTE TRIBUNICIO

## LA ORATORIA DE CASTELAR

Podría decirse que el orador es un gladiador de la palabra. Como el luchador medio-eval, debe reunir arte, fortaleza y elegancia. El arte, es una cualidad esencial de la oratoria, pero ella sola no basta. Las multitudes se conmueven facilmente cuando se defienden sus pasiones ó se escusan sus errores. Para esto solo se requiere habilidad. ¡Cuántos de nuestros hombres han conquistado reputación de preclaros talentos, sin haber hecho más esfuerzo intelectual que el de amoldarse á los caprichos populares, ensalzando lo que el vulgo adora, y deprimiendo lo que es objeto de sus odios!—Atacar al ídolo, cuando el ídolo es reverenciado, ya es prueba de lealtad y de rectitud. Para proceder de tal manera, solamente se necesita conciencia y amor á la verdad. Sin embargo, aqui no hay tampoco el ejercicio de un arte. Aventurarse en las lides de la palabra oral, sin otras armas que las que puede ofrecer un argumento, una convicción, en la seguridad de que se rinde homenaje á la justicia,—y esgrimir esas armas, serenamente, con la frialdad del que ejercita simplemente un deber, es exponer la razón y la justicia á una derrota segura, porque un argumento vale según el modo como se expresa. Esta afirmación que parece una herejía, es, desgraciadamente el resultado de una observación mil veces comprobada. El arte en sí misma, tratándose de oratoria, no tiene ni la vehemencia ni las modalidades que son el secreto de la sinceridad. La sin-

ceridad, á su vez es uua cualidad de la oratoria, quizá la cualidad virtual, pero hay que usarla de tal modo, que esa virtud no parezca sospechosa. La vehemencia, con todo, es su enemiga. «Aun en el torrente, en la tempestad, en el torbellino, por decirlo así, de tu pasión, debes ostentar alguna templanza. Tampoco has de ser demasiado suave, poniendo especial cuidado en no ir nunca más allá de lo que reclama *la sencillez de la Naturaleza.*» Estas palabras que Shakespeare pone en boca de Hamlet, constituyen hoy un precepto. ¡La sencillez de la Naturaleza! Ese es el gran escollo. En él, chocan la mayor parte de los artistas; los del teatro, los de la novela, los de la palabra. Encender la frase, cuando la frase ha de iluminar, tratando de que no brille demasiado, ni que tampoco deje de resplandecer lo suficiente; reir sin que la risa suene como el cascabel de Pierrot; llorar sin que las lágrimas sean tan abundantes como las que sabian verter las Plañideras; sentir la tristeza—que es una penumbra del espíritu,—sin recargarla con tintas de amargura, que la conviertan en una sombra lóbrega, ¿quién puede vanagloriarse de haberlo conseguido? El arte de la oratoria es una dificultad. Sus recursos son infinitos, como son infinitos sus aspectos. La oratoria de Academia es científica y erudita. La de Ateneo, ligera, elegante, ostentando toda la gama de la elocuencia,—un himno de notas ardientes y sonoras,—un canto de pájaro tropical, que luce al mismo tiempo, los primores de sus gorjeos y el colorido brillante de sus alas. La parlamentaria, concisa y clara,—vigorosa en el ataque, transparente en la exposición, sobria en el adorno, severa en la estructura, hábil en la defensa, rápida en la interrupción, contundente en el golpe, fina en la sátira y sutil en la ironía. La de barricada, ruda y violenta como un golpe de maza; fuerte, hercúlea, de armazón gigantesca, que va recta al corazón de las muchedumbres, épica como una clarinada y ondulante como una bandera. ¿Cuál de ellas ejercitaba el tribuno español? La oratoria tenía todos los registros, pero todos funcionaban á un tiempo; la nota que emociona, la que alegra, la que indigna, la que convence, la que provoca los entusiasmos y los delirios, la que hace al auditorio capaz del heroismo y susceptible del arrepentimiento. Sus discursos académicos tienen el mismo traje suntuoso de sus discursos políticos. Este gran orador republicano, vestía sus ideas con púrpuras regias. Y todo sin esfuerzos, sin ostentaciones.—Así debió ser Creso. La inagota-

bilidad del tesoro, disminuye la importancia de la riqueza. Él, derrochaba los tesoros de su elocuencia, prodigaba la valiosa pedrería de su verba, porque sabía que su imaginación tenía el poder maravilloso de la Naturaleza, que transforma los guijarros en oro y los carbones en diamante. Una cuestión insignificante tratada por él, se transfiguraba, adquiría volúmen; si era pequeña, se engrandecía; si era obscura, deslumbraba; si era deslumbrante, enceguecía. Lo patético, hacía rodar por las mejillas las rebeldes lágrimas. La causa de los desheredados, en sus labios se convertía en un derecho, tomaba las proporciones de una exigencia perentoria, se imponía con toda la majestad de la justicia vulnerada.—Si era el patriotismo, ¡cómo vibraba su elocuencia irresistible! Ningún español amaba á su patria de la manera que él sabía amarla,—no con el amor inconsciente del instinto. Él, la amaba por convicción y por sentimiento, con el corazón y con el cerebro. «La amamos tanto, decía,—porque todos estamos orgullosos de nuestros escritores; todos, de nuestros pintores: todos, de nuestras batallas; todos, de nuestras armas; todos, de nuestras glorias; todos, de aquellos navegantes que sembraron de hazañas, desde el golfo de Méjico hasta el golfo de Lepanto y de aquellos guerreros que llegaron desde Aruzon á las puertas de Asia y descubrieron la América; todos de aquella epopeya grande, de aquella epopeya inmensa llamada la Nación Española, que no cabiendo en el viejo mundo donde habían cabido las hazañas de Roma y de Alejandro, tuvo que ensanchar la tierra, para que la tierra fuera capaz de contener su grandeza.»

Su bello ideal—la República—no tan irrealizable que pueda parecerse á una ilusión de caballero andante, —acariciada en el regazo de su fantasía,—si tuvo algo de imposible, consistió, acaso, en la excelsitud á que fué elevada, por aquel soñador de la belleza intangible, suponiéndole bondades y virtudes que no pudieron tomar despues formas prácticas, porque no siempre se corporizan los ensueños;—pero ninguna causa ha tenido un paladín más gallardo, ni un apóstol más enamorado de su creencia. Sus discursos en defensa de su doctrina política, no son discursos, sino panegíricos, trovas y poemas de inspirado, hermosos como su estro y poderosos como su aliento. Pero todo en un mismo tono de grandeza y de munificente estilo. Él, no hacía distinciones. Los asuntos parlamentarios que motivaban sus

arengas, apenas esbozados por el exordio, se levantaban y se cernian sobre el auditorio sorprendido, bajo su garra de ave caudal del pensamiento. No habian preceptos que pudieran aplicársele; tenía el suyo propio. La oratoria parlamentaria, salía entonces de su común nivel, de su ambiente frío, sereno y metódico. Sus adversarios, arrebatados también en los giros de su vuelo, aplaudían aquella ascensión maravillosa, aquel rumor sonoroso de palabras hechas de un metal divino, que se sucedían cayendo sobre las almas como un torrente de claridades. ¿Era esto realmente un defecto?—Para las fórmulas severas del arte, sí; pero del arte que es precepto, del arte que es mecánica, no para el arte innato que determina un temperamento. Podrían citarse párrafos de sus discursos, para dar una idea de cómo hablaba en el recinto de las Asambleas parlamentarias. «El ideal de la teocracia—decía—no es mi ideal. Ese puede ser el ideal de los reaccionarios, no el mío. Vuestro ideal es Faraón que persigue, es Nabucodonosor que quema, es Pilatos que crucifica, es Anito que envenena, es el inquisidor que atiza la hoguera, es el verdugo de la Saint Bartelemy que fusila, es el Estado que oprime la conciencia; mientras que nuestro ideal es la libertad que reconcilia á todos los hombres, la democracia que los iguala en el derecho, la justicia que despierta la caridad universal humana, el verdadero reinado de Dios sobre la tierra.»—En otra ocasión, en las mismas Cortes, exclamaba al empezar un discurso que se ha hecho célebre: «Mi lengua, es como el badajo de una campana, que toca siempre á rebato contra todos los reyes de la tierra.»—Contestando á Olózoga, decía: «El nuevo Rey tiene bajo su trono la pólvora de la Democracia, y en su corona, en los diamantes de su corona las chispas de las libertades populares.» — Un discurso de Moret, le dió tema para pronunciar otro fulgurante: «En la edad media la Iglesia era todo. A la sombra de sus torres se guarecen los hogares; en sus plazas se reunen los jurados y se celebran los contratos, como si de ella descendiera solamente la fé pública y la justicia; sus atrios son el asilo de los criminales y sus claustros el teatro de los cómicos; el caballero feudal se arma al pié de sus altares, y el peregrino y el penitente consumen la existencia entera de sus capillas; al son de las campanas se congregan las asambleas y se disuelven al rumor de las oraciones; los pavimentos sembrados de lápidas, in-

terrumpidos por los sepulcros, representan la vida de ayer, las generaciones pasadas, los recuerdos, la muerte; las paredes cubiertas de trofeos, de ex-votos, representan la vida de hoy, las penas, los trabajos, los dolores de cada día, las generaciones presentes; las hojas de laurel, de mirto, de yedra, de acantho, cinceladas y tendidas como yerbas parietarias por los cercos, representan la naturaleza; la ventana ojival que se abre allá arriba para cerner la luz y quebrarla en los matices y en las gradaciones más misteriosas, representa el misticismo de la esperanza, en tanto que la aguja aguda, calada, desprendiéndose casi de la tierra y elevándose á los cielos, ¡ah!, es la escala por donde el alma transfigurada en la oración y en la penitencia, sube, sacudiendo el polvo de la tierra, anhelosa de lo infinito, á perderse en el inmenso seno del Eterno.»—Nos figuramos cuál sería la actitud del auditorio. Estos discursos no tienen nada de parlamentarios.—Al empuje de su elocuencia se rompían las fórmulas de Legouvé, las reglas científicas de Blanco y las de todos los preceptistas que han fijado leyes á la palabra oral.—Aun tratándose de un parlamento español, este modo de discutir debía resultar inusitado, después de desaparecida la impresión del primer momento,—porque antes—¿quién hubiera sido bastante linfático para no conmoverse? ¿El asunto? Probablemente, ya no se pensaba en él. ¡Oh, poder del encanto que subyuga! ¿Qué importaba la cuestión en debate?—Aquella elocuencia rauda, describía parábolas infinitas. La atención de los oyentes debió seguirla en sus inmensos giros, absorvida totalmeute, dominada por la grandeza de la frase,—y así se explica que después de cada período, los aplausos estallaban espontáneos. Nosotros que lo leemos, sin el prestigio que indudablemente prestaron á su palabra las condiciones relevantes del orador, sentimos nuestro espíritu avasallado por la admiración y aplaudimos del mismo modo, con la vehemencia del entusiasmo verdadero.

El gran tribuno ha tenido muchos imitadores, pero todos han fracasado, no por carecer de condiciones, sino porque esas imitaciones resultaron parodias. Ya hemos dicho que su estilo era de su exclusiva propiedad: no de otra manera se concibe que sus discursos tribunicios, exornados con los tropos más lujosos de la literatura meridional, hayan podido encajar en un ambiente poco propicio á las divagaciones poéticas. En nuestros parlamentos, apesar de la herencia latina, el orador que

*sale de la cuestión*, para cabalgar en el Hipógrifo de la fantasía, si no es sofrenado á tiempo por una observación reglamentaria, recibe pronto el castigo de su infracción á las disposiciones comunes que rigen las Asambleas,—en la indiferencia ó en las sonrisas mortalmente irónicas de sus oyentes. Las lucubraciones parlamentarias, modernizadas, sujetas á procedimientos conocidos, han quedado reducidas, en la mayor parte de los casos, á una simple exposición de hechos, sin otras proporciones que las que le da el asunto en debate. Los floreos, son relámpagos que brillan y se apagan sin rastros. Se ataca y se hiere con magistral destreza, se hace el desenganche con habilidad, pero todo en una forma tan correcta y propia del recinto, que no parece sino que las palabras y las ideas debieran estar sometidas á una indumentaria inflexible. Para la *calle*, el traje menos fino, la *negligé* de la frase, el corte amplio, de simplicidad artística. Para el Parlamento, el ropaje de severo aspecto, que no discrepe del tono general, ni de la etiqueta cuyo ceremonial se impone. Juzgado el gran orador, con este estrecho criterio, no resulta un parlamentarista, por más que siempre sabía tratar las cuestiones y magnificarlas, como nadie hubiera podido hacerlo. Su oratoria de intensas vibraciones, no fué sin embargo, ampulosa, ni menos podrá ser tachada de insincera. Era *fuerte, artística, elegante.* Sentía hondo, y expresaba con lealtad sus sentimientos. Jamás *aduló las pasiones de las turbas* y por el contrario, *atacó á los ídolos reverenciados*, arrojándolos del altar que les había levantado el capricho, ó la falacia del pueblo. Sus triunfos,—que pueden contarse casi por el número de sus combates,—los obtenía, dando á sus palabras el calor de sus convicciones—y si alguna vez, la razón y la justicia fueron derrotadas, cuando él las defendía, el fracaso no podrá imputársele, siendo más bien error de la época ó deficiencia del medio. Si violó preceptos de su arte, en cambio creó otros, que singularizaron su oratoria y que no conseguirán utilizar los oradores del Siglo. Para no acatar leyes impuestas á los demás y dictarse las que ha de cumplir extrictamente, se necesita tener y ejercitar las prerogativas de una soberanía absoluta; por eso pudo hacerlo él, que era el único grande, el único inimitable, el omnímodo rey de la oratoria castellana.

Santiago Maciel.

Buenos Aires, Agosto 12 de 1899.

# NOCHE BLANCA

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA CLOTILDE STAJANO

Plenos claros de luna opalizan
la acuarela de un lago de plata,
que en la bruma azogada del cielo
borda el tul de las ágatas pálidas.

Por la tersa epidérmis del lago,
bogan cándidas góndolas, diáfanas,
mientras cantan los castos violines
la canción florestal de las almas.

Suenan suaves las risas gris perla
del gentil rimador de las aguas:
y á los golpes del remo se enrulan
las pelucas de espuma de ámbar.

En la barca de nieve de un sueño
va Pierrot con su máscara blanca,
escribiendo en un ala de cisne
la romántica triste romanza:

« ¡Oh la luz de mis lunas nupciales
« en amor de los lirios deseadas!
« Carne tibia de azahares y nardos
« aromada en las mirras de Arabia!

« Quiero arder en tus labios de hostia
« y encenderme en tus líricas ánforas,
« y en tu lluvia de polvos de espejos
« consumirme en neblinas opacas.

« !Oh eucarística sangre de cirios!
« ¡Oh la angélica albura soñada!
« ¿No podrán descansar mis promesas
« hamacando en tu seno sus ansias?

. . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . .

Y en la misa orquestal de la noche,
llora y rie la gris serenata:
mientras suenan los suaves violines
la canción otoñal de las almas.

Toribio Vidal Belo.

# CONCEPTO DE LA LITERATURA AMERICANA

(FRAGMENTO INÉDITO)

Ante todo, es evidente que el escritor ó el poeta americano debe hablar una lengua culta, y esta no puede ser otra que el español, pues no conocemos las lenguas de nuestros aborígenes, si es que ellas existieron con la perfección que exige la obra de arte. Y yo entiendo por lengua española no tanto el vocabulario, que puede y debe ser constantemente enriquecido y adaptado al medio en que se emplea, cuanto la sintaxis que es, en las lenguas, lo que la circulación de la sangre en el organismo: sintaxis es esencia, proporción, lógica, vida. Y todo eso es belleza.

No me diga un escritor ó un poeta americano que su propósito al hablar ó escribir mal es el de reformar la lengua española, si antes no me demuestra prácticamente que la conoce. ¿Qué menos puede exigirse al reformador de una cosa que el conocimiento profundo de lo que quiere reformar?

Para mí es indiscutible: el noventa y nueve por ciento de los literatos americanos que afirman que ellos escriben en americano, solo quieren decir con eso que no han estudiado gramática; que no saben el español, ni el francés, ni el *tupí*, ni nada; que van á la buena de Dios en lo que á lengua se refiere.

Eso en cuanto á la materia en que el americano ha de modelar su obra artística.

En cuanto á la forma de esta, es para mí muy ac-

LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

cidental, y creo que pierden el tiempo los americanos que se esfuerzan en buscar la originalidad en el empleo de ritmos inauditos y de raras combinaciones mètricas, ó en los recursos de la orfevrería literaria hoy tan en boga.

Nó: eso no es característico del poeta americano ni mucho menos. En todas partes se cuecen de esas habas, y en todas partes eso es precisamente la negación de lo expontáneo, que es condición *sine qua non* de la originalidad.

Es, pues, en el fondo de la obra artistica donde el poeta americano puede revelarse tal, y constituir una personalidad caracteristica.

Sea realmente americano, reflejo de su mundo y de su gente. y no reflejo de otros escritores; *mírese entonces bien á sí mismo*, y díganos después con ingenuidad lo que ha visto. Díganos la verdad nueva, aunque sea en forma antigua.

Se concibe que las literaturas europeas miren con un poco de aversión las antiguas combinaciones métricas, los ritmos muy gastados, las odas pindáricas, los romanceros primitivos, como han mirado con disgusto la pintura histórica que anhelan ver sustituida por cuadros de género, por fantasías simbólicas más ó menos estrafalarias ó por cualquier otra cosa. Europa tiene su inmenso caudal literario y artístico, heredado de los siglos pasados.

Pero, así como en América estamos esperando aun pintores de história que nos enseñen la muestra plasticamente, ó músicos que nos engarcen en la creación sinfónica nuestros motivos nacionales, asi esperamos escritores y poetas que nos den la história, la leyenda, el romance, la oda, la estrofa antigua con espíritu nuevo.

No malgastemos nuestro esfuerzo en buscar formas exóticas; concentrémoslo á mirar bien, con intensidad nuestra naturaleza, nuestro espíritu, nuestros tipos, nuestro origen y nuestro destino. Y cuando hayamos sorprendido una nota nueva, característica, demosla con ingénua sencillez, en buen castellano y en forma sobria y dura.

Juan Zorrilla de San Martin.

## DE MI CARTERA

---

Como las carretas que se usan en nuestros campos, hay individuos en las ciudades que chillan cuando les falta el aceite.

—

Los que hemos hecho de la gramática castellana y del latín una sola materia, hemos cometido la insensatez de enterrar á un mismo tiempo un vivo con un difunto.

—

Como la boca de algunas viejas, hay hombres que no hallan acomodo sino con la muerte.

—

No depende el valor de las armas, ni de la perfección de las armas: la liebre y el conejo, en extremo cobardes y tímidos, poseen colmillos dobles en una de sus mandíbulas.

—

Nada se asemeja más á algunos hombres cuando ocupan los altos puestos públicos, que las moscas posadas sobre el dulce.

—

Hurtado de Mendoza, dice Ticknor, tiene en su obra la *Guerra de Granada* páginas enteras copiadas de Tácito. Ay Hurtado! que te desquitas!

—

Ella apasionada y ardiente; yo ardiente y apasionado, junto á ella; la familia, el padre, la madre, las hermanas, cargándome con su presencia impertinente: yo no

sé lo que figuraríamos entonces, como no fuera tánto calor en medio de tan fría atmósfera, volcán abrasador entre abundantes hielos, ó naufragio por incendio en alta mar.

—

Á los ladrones y rateros les gusta á menudo, y no poco, el contacto de la civilización, por si algo se les pega.

—

Decía una señora, de un jorobado envidioso y ruín que la pretendía, por disculparlo sin duda alguna, que sus faltas no estaban en su mano. Y tenía razón como un conde, porque no falta en las manos, sino sobra en los lomos, era el bulto descomunal que el maldito cargaba con paciencia.

—

El tribunal del porvenir es incorruptible, y de ahí el prestigio de que goza, ya cuando se contempla el ejercicio de su ministerio en lo futuro, ya cuando en la actualidad aplica su sereno fallo al dominio de las cosas que fueron.

—

Talleyrand ha dicho: *Plus je connais les hommes, plus j'aime les chiens,* cuánto más conozco á los hombres, más quiero á los perros. Esto pase, aunque fuerte. Y Schopenhauer ha dicho que «si no hubiera perros, no quisiera vivir.» Figûrese el lector imparcial cuánto mejor que en labios de un filósofo, estarían estas palabras en boca de una perra.

—

¿Qué suelen ser la amabilidad, la modestia, la cultura, la ilustración, la decencia, los halagos y las atenciones de las personas que por primera vez tratamos? Noventa y nueve veces sobre ciento son el escaparate de una confitería que no tiene más dulces que los que exhibe ante el público.

—

Hay ciertas cosas cuya mediocridad es insoportable, se oye decir con frecuencia: la poesía, la música, la pintura, el discurso público. Sería quizás más exacto decir, generalizando un pensamiento de Clarín á la poesía relativo, que lo que no se tolera en todas las manifestaciones del arte es la nulidad disfrazada de medianía.

Cárlos Martinez Vigil.

# FLOR DEL CAMPO

Meció su cuna el pampero,
sobre silenciosa loma
zahumada por el aroma
del toronjil y el romero.
Brotó robando al lucero
sus más relucientes rayos,
tejió la flora los sayos
que orlaron su galanura,
y creció con la frescura
de los campos uruguayos.

Allí en el pobre desierto
corrió su vida sencilla
enredada en la gramilla
del terreno descubierto.
Rozó su pecho inexperto
la sombra de un rumor vago,
y contestando á su halago
vióse pronto convertida
en violeta preferida
por los donceles del pago.

No se bosqueja en su frente
la causa de su martirio,
no comprende aquel delirio
engendrado de repente,
pero, poderosa siente
una lozana impresión;
la guarda envuelta en pasión
y con acento que quema
se la cuenta á la alucema
á la salvia y al cedrón.

En el silvestre pensil
la flor luce su hermosura,
y es reina de la llanura
por fragante y por gentil.
Su perfume juvenil
con deleite se respira
porque con alma suspira,
porque con fé siente pena,
porque quiere como buena,
porque no tiene mentira.

**Elías Regules.**

# PENSAMIENTOS

(Para mi ilustre amigo el doctor
Angel Floro Costa.)

Muchos, sino todos nuestros hombres públicos que gozan de popularidad, siguen aquel precepto hipócrita que daba un autor francés á las mujeres: Sé honrado si lo puedes, y si lo quieres; pero sé considerado, esto es lo necesario.

*
* *

En política, suelen proceder ciertos Gobiernos como los troperos cuando quieren encerrar ganado: Vienen rodeando disimuladamente y estrechando á los que quieren reducir, hasta que entren á un corral más ó ménos amplio; y desde éste hasta pasar por el brete mas chico solo es cuestión de que uno haga punta.

*
* *

Cuando veo encumbrarse rapidamente una persona, en este país nuestro, (iconoclasta á ratos y á ratos fetichista, ó las dos cosas á la vez), pienso que si me coloco á un lado del camino, como filósofo que siente lástima por los derrotados del presente y del futuro más que envidia por los triunfadores, — pienso que he de ver á estos regresar pronto, mohinos y maltrechos: A unos como Cain, huyendo de la propia conciencia que asedia implacablemente; á otros como el Rey Lear, ciegos y

desvalidos, buscando en vano los hijos, los favorecidos en los dias de poderio; y á otros, tambien, como el Hijo Pródigo, el del gran simbolismo humano, arrepentidos, pobres y abatidos en su orgullo, buscando humildes y contritos el amparo de aquellos, cuya compañia nunca debieron dejar.

Así, el filósofo que se ve atropellado de pronto por un triunfador rodeado de la turba-multa que lo aclama con la adulación en los lábios y la envidia en el corazon, no debe exponerse como Falstaff á que lo arrolle el torrente de los serviles adoradores del éxito y lo desconozca ó desprecie el mismo que antes fué su compañero de luchas ó debilidades; debe hacerse á un lado, dejar pasar el triunfo y esperar.

Los cortejos fastuosos no acompañan en general más que en el acceso á los puestos de donde derivan favores, ó á los que mueren dejando resonancia inmediata, útil para los eunucos ó los tontos que hacen èco á todo lo que suena; y es ley física que todo lo que más suena es hueco.

*
* *

Así como se dice de algunas mujeres feas que la cara les guarda el cuerpo, puede decirse de ciertos politicos que su incapacidad ó inutilidad les guarda la reputación con que engañan á los tontos que, en todas partes y en todo tiempo se hallan en número infinito.

*
* *

Es curioso observar cuando se viaja, que los filósofos ó críticos que se encuentran bajo capa de cicerones ó de consignatarios de recomendaciones, dicen al extrangero: «Este país es indudablemente hermoso, agradable, tiene esto y lo otro bueno; pero seria mejor sin sus habitantes.»

No somos los orientales excepción de esta regla, y á cada extrangero que llega ó hablando entre nosotros mismos solemos decir: «Ah, lo que hace falta á este país es modificar el carácter de sus hijos.»

Asi se alaba siempre la naturaleza y se condena á los hombres que en todas partes son iguales y que donde quiera que se trasladaran llevarian los mismos defectos y las mismas virtudes.

¿Alguien piensa en reformar á los hombres?

—Nadie; pero hay muchos que toda su vida se ocupan en reformar las leyes que los hombres no respetan.

* * *

Suelen los gobernantes incurrir en el error de estimar más la opinión de las gentes del extrangero y de creerse honrados y sentir halago por juicios de personas ó periódicos, que, al darlos, solo se atienen á informes parciales, cuando no á la poderosa sujestión de una recompensa recibida ó á recibir.

¿Que valen esas opiniones en rigor de apreciación? Nada. En cambio importa y hay que esforzarse en gozar de buena opinión entre las gentes del país, que cònocen y pueden juzgar con informes más directos y completos, y aunque no sean siempre imparciales.

A mi, personalmente, no me inquieta que la opinión de lòs que no me conocen, me sea desfavorable; pero me desagradaría si lo fuera la de las personas que trato de continuo.

Y sin embargo, es tan flaca la naturaleza humana, que aún pensando asi, dificilmente deja de halagar una opinión favorable de una persona que sea descònocida y desconocedora, directamente al menos, de la juzgada.



Para los que son excépticos en lo humano, por filosofía ó por temperamento, es un cònsuelo amargo, el comprobar en los dias de desgracia la verdad de las presunciones sobre la amistad y la consecuencia de los què, en dias prósperos, se han mostrado halagadores y benèvolos; y huyen, cuando, como dice el poeta latino, solo quedan las heces en la copa del placer.

Benjamin Fernandez y Medina.

## GALANTERIA PARA CON «LA REVISTA»

---

Señor Julio Herrera y Reissig:

Le envio en contestación á su pedido de algunas líneas para La Revista, un párrafo de una composición inédita.

Se trata en ella de una mujer que me encanta... única elegante de raza que existe entre nosotros, mujer cuyo porte señoril y cuya desenvoltura dan una idea acabada de lo que es el *gusto*.

A su lado las demás mujeres de Montevideo son todas mujeres de aldea, vestidas con falsa elegancia, pobres locas que me inspiran más lástima que risa, con sus sombreros rojos y sus capas largas hechas para las francesas...

Para que se explique Vd. el párrafo, que le mando, de esa composición en que canto á mi dama, al describirla y que no es más que los lábios de la mujer, debo advertirle que aunque mi dama no usa ningun afeite y tiene la boca naturalmente encendida, se le enciende aún más con carmín: capricho oriental de duquesa!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Yo observaba aquella pincelada de carmín, vivo exórtico, como salido de entre las tintas calientes de un cuadro al óleo, pintado sobre un motivo de Turquía, igual al de las bocas de las bayaderas y, escondidas concubinas de serrallo; carmin que yo imaginaba llevado bajo la incandescencia blanca del sol, en las tierras donde los colores son supremos, por un mercader de Arabia, entre perfumes intensos, mezclado en la misma alforja al almizcle...

Entreveia á Lisette en su casa, vestida con un resplandeciente traje de mora,—bombachas, y en los diminutos piés de judía, pantuflas altas: parecida á Loti en albornoz, en su camarin de abordo...

Hacía y deshacia sobre su frente peinados raros; se la rodeaba como las Circasianas con una diadema de medallitas... Tenía cojines de terciopelo en que se acostaba desnuda sobre el pecho como una gata rampante... Espejos á ras del suelo le devolvian cien veces la imájen de sus caprichosas actitudes, con las que superaba en secreto á las Odaliscas, á las misteriosas esclavas que adormecian á los Sultanes en sus májicos brazos de favoritas... En el risueño desvario de su imajinación, mecida por las fábulas, oscilaba bajo sus pies el puente de los navíos, y se sentia conducida en las literas de las reinas de Egipto... Su dueño era un pirata!... Y la tenia escondida en una isla desierta, junto con el botin y las preseas y maravillosos productos de las tierras saqueadas, entre peñascos y abismos, en fantásticas estancias repletas de oro, los tapices esplendorosos bajo las salpicadas pedrerias de trofeos de alfanjes....

Roberto de las Carreras.

# CORRESPONDENCIA

Para que veas, Julio, que no en vano
Te empeñaste en sacarme unos renglones,
Ahí me tienes no más, péñola en mano,

Escarbando los últimos rincones
De mi vetusta, escuálida mollera,
Exhausta ya de ideas é ilusiones.

Mas sea, buen amigo, lo que fuera,
El compromiso que impusiste asumo
Cual ves, y salga el Sol por Antequera.

Tú sabes, en verdad, que no presumo
De vate, ni siquier de literato
De esos que exprimen exquisito zumo.

Yo vegeto entre números, yo mato
Mi tiempo entre factores y exponentes,
Cuyas severas fórmulas acato.

Parécenme sugetos excelentes,
De quienes bien se puede en compañía
Vivir sin altercados ni incidentes.

Y siendo así, barrunta la insania
Que fuera en mí colarme en el Parnaso,
Donde vive tu encanto, la Poesía.

De modo que por hoy salgo del paso:
A cumplir tu pedido me concreto,
Enviando á tu Revista, por si acaso
Lo crëes digno de ella, este Soneto:

Á MAC KINLEY

Hubo quien profanó con planta aleve,
Fueros, leyes, principios y derechos,
Nutriendo con el virus de sus hechos
Los infames instintos de su plebe.

Hoy esta audaz, impávida, se atreve
A acaparar mortíferos pertrechos
Para asestarlos contra inermes pechos
En cuanto el desenfreno los subleve.

Si á impulsos de doctrina tan sublime,
La torpe multitud bulle, se agita
Y ser y forma á su ideal imprime,

¡Hurra al prócer mentor! á quien imita
La turba ruín cuando en la sombra esgrime
El incendio, el puñal, la dinamita.

Tomás Claramunt.

# ÓPERA POPULAR

---

La democracia rebosa por todas partes, decía Royer Collard; rebosa, se infiltra por todos los poros del cuerpo social, invade todas las esferas de la actividad; y las instituciones, hoy en dia, ó mueren ó se democratizan, porque es imposible quedar aislado del movimiento que arrastra irresistiblemente á la sociedad entera.

El teatro lírico ha sido hasta hoy en la mayoria de los paises y principalmente en las ciudades más pobladas y ricas una institucion esencialmente aristocrática.

Al emplear aquí esta expresión, es claro que no la usamos en el sentido antiguo. La aristocracia moderna, sobre todo entre nosotros, americanos, es formada por todos cuántos pueden llevar una vida holgada y tomar parte en esas distracciones que solo están al alcance de fortunas excepcionales.

El teatro lírico, como existe en las grandes capitales, exige notables cantantes, numerosos y perfectos músicos de orquesta, abundantes coros y cuerpo de baile, rica indumentaria y una *mise en scene* grandiosa.

En cuanto á la parte musical, sin embargo, puede alcanzar mayores alturas con medios sencillos, desde que no se trate de dramas líricos en los cuales todas las artes ó casi todas colaboran para el éxito y representación teatrales.

El arte musical nada tiene que colocar arriba de algunos cuartetos de Beethoven, cuando se trata de música de cámara, cuyos gastos de ejecucion, bajo nuestro punto de vista, no excede al de los honorarios de

cuatro ejecutantes hábiles y concienzudos, pero el teatro lírico es más exigente; en los modernos tiempos llega á los extremos verdaderamente fabulosos.

Muchas veces no es propiamente la ópera que eso exige: es el público quien se ha mostrado exigente, siendo necesario recurrir á un escenario deslumbrante, á bailables lujosísimos, ejecutados por mujeres de peligrosos encantos plásticos, ó á trajes espléndidos para atraer la concurrencia que, ante todo, debía ser determinada por el atractivo de la buena música.

Los *maestros* prefieren los libretos cuya accion pasa en el Oriente, para que en un medio natural y artístico, á veces real, á veces convencional, en que la ciencia arqueológica y la fantasía disputan entre sí el terreno, puedan encontrar un auxilio que ella solo no proporciona, y un pretexto para obtener combinaciones rítmicas, melódicas y armónicas, distanciadas de las que en otros tiempos eran más familiares al oido.

El teatro lírico, por lo tanto, llegó á una altura tan sólo accesible á las grandes fortunas ó á los derroches.

El número de los cantantes célebres es muy limitado. Hay cinco ó seis tenores verdaderamente de primer órden en todo el mundo y aún, así mismo, ninguno de ellos reune todas las condiciones esenciales á un gran artista. El número de los sopranos es poco mayor. Puede asegurarse que no hay cantantes *hors ligne* para llenar vacantes en todos los teatros donde podrian ser convenientemente pagos.

Estas consideraciones y el hecho de proyectarse la construcción del Politeama, en Montevideo, nos indican que llegará el tiempo de organizar el teatro lírico de carácter popular, más modesto, porque, de hecho, hoy en dia, la ópera, que en tiempos remotos no empezó en las proporciones grandiosas, vive exclusivamente en un nivel extraordinario que sólo está al alcance de los seres privilegiados.

En el interés, tanto del arte, como del público, es necesario aplicar un remedio á semejante estado de cosas.

El teatro lírico, como hoy existe, debe, sin duda, continuar donde fuere posible para conservar bien en lo alto el puro tipo de lo bello artístico, sostenido por sus más eximios intérpretes; pero, al lado de ese teatro, un poco abajo de ese nivel, debe formarse la ópera popular, en la que cantantes más modestos, pero igualmente concienzudos, representen las obras de los grandes

maestros antiguos. En ese entonces la música desdeñaba el concurso de las demás artes ó las tomaba lo menos que podía.

Entre el público que no está acostumbrado á las fascinaciones de las grandes escenas líricas, habrá seguramente muchos aficionados sinceros y dotados de gusto artístico que frecuenten los teatros donde tales óperas sean representadas, con sencillez, pero con acierto.

El pueblo ganará en cultura, las costumbres en suavidad, y con dicha institucion han de prosperar otras industrias locales.

*Pour n'etre pas aristocrate on n'est pas moins homme*

Adalberto Soff.

---

## UN SANO

Ven, tú que tienes el mirar sencillo,
Los ojos, claros, llenos de confianza,
Tú que marchas tan firme por la vida,
Lleno de fé, de paz y de esperanza.

Tú que puedes sentir las alegrías,
Sereno, sin angustias, tú que esperas
Que vuelva tras las sombras del invierno
El sol de las alegres primaveras.

Tú, que si me hace ver que no me amas
La obsecada visión del bien perdido,
Me das de tu constancia la promesa
Con el cándido rostro sorprendido.

Y si apesar de la razón yo dudo
Y ves pasar angustias por mi frente,
Con amable y solicita ternura
Me vienes á pulsar, tranquilamente.

María Eugenia Vaz Ferreira.

# NOTAS DE REDACCION

---

### DE NICOLÁS PIAGGIO

En el próximo número aparecerá una hermosa composición poética de que es autor este conocido literato.

Versa sobre la Caridad y hay en sus estrofas eucaristicas, lágrimas y bendiciones.

### NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS Y LITERARIAS

La novedad literaria y bibliográfica del mes de Agosto, y acaso la del año, es la novela *Gaucha* de Javier de Viana, editada por Barreiro y Ramos.

Nos limitamos por hoy á anunciarla, agregando que es ya un éxito de libreria, y que nos ocuparemos detenidamente de ella en el número próximo.

---

Las otras novedades nacionales son: *Cartas sobre historia politica de la Oriental*, del doctor Jacinto Susviela; *Un error judicial* (El crimen de la calle Chaná), por el doctor Pedro Figari; *Piriápolis* (Reisebilder), por Hector Vollo; *Nirvana* (2.ª edición corregida y ampliada), por el doctor Angel Floro Costa; *Perfiles biográficos* (nueva edición corregida y aumentada), por Orestes Araujo; *Formulario de Cálculo Mercantil*, por Pedro de Souza; *El presupuesto de gastos de la administración pública*, por Dionisio Ramos Montero.

---

En el próximo número daremos en esta sección noticias de obras literarias y cientificas nacionales, en preparación; y de las novedades más importantes que aparezcan en Europa, con referencia de editores cuando no se hayan recibido en las librerías de Montevideo.

---

Novedades argentinas: *Concordancias y Comentarios del Código Civil*, por el doctor Baldomero Llerena; *La justicia en lo criminal*, por el doctor Rodolfo Rivarola; *Noti-*

*cias históricas de la República Argentina*, por Ignacio Nuñez; (Contiene interesantes referencias á nuestra historia); *El proteccionismo en la República Argentina*, por el doctor Francisco Rodriguez del Busto; *Exposición y comentario del Código Civil Argentino*, por el doctor José Olegario Machado; *Manual de patología política*, por Agustin **E.** Alvarez.

---

Novedades europeas: *Morsamor*, novela de Juan Valera; *Les Izolatres* de Gyp; *Le poste des neiges* de Paul Marguerite; *Les mortes qui parlent* de E. M. de Vogue; *L'anneau d'Amethyste* y *Pierre Noziere* de Anatole France; *Cendrillonnete* de Pierre Mael; *Les fieurs amoureuses*, de A mand Sylvestre; *Au fond du gruffre*, de George Onhet; *Le jardin des Supplices* de Octave Mirbeau; *La vie americaine* ( ranches, fermes et usines ) de Paul de Rousiers; *Femmes nouvelles* de Paul y Víctor Marguerite.

---

En nuestras imprentas se están concluyendo actualmente y no tardarán en ver la luz las siguientes obras nuevas: *Mis derrotas* por Alberto Palomeque, con ilustraciones (Imprenta del «Siglo Ilustrado)»; *Río Negro y sus progresos* por Setembrino Pereda, con ilustraciones (Impren ta del «Siglo Ilustrado»); *Geografía de la República Oriental del Uruguay* por Julio Herrera y Reissig (Imprenta Artistica de Dornaleche y Reyes.)

---

*Nota*—En esta sección se anunciará toda obra de que los autores ó editores manden un ejemplar á La Revista. Cuando se manden dos ejemplares se ampliará la referencia de acuerdo con la importancia de la obra y el interés que ella despierte en el público.

---

*Otra*—Pueden dirigirse á La Revista todas las preguntas sobre bibliografía nacional y extrangera, antígua ó moderna, que se atenderán inmediatamente, satisfaciéndolas en cuanto sea posible.

Se admiten igualmente cuestiones de erudición que se promuevan en forma breve y clara; guardándose reserva de nombres siempre que se exija.

---

La Revista queda profundamente agradecida á la amabilidad de sus distinguidos colegas de la capital, que le tributaron elogios anticipados, augurándole una vida próspera. y haciendo, de paso, alusiones honrosas para su Director.

# EN DEFENSA DEL FOOTBALL

«... y en que se fundan *footballs*, presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los pies...!!»

(LA REVISTA, núm. 1.)

El Director de LA REVISTA, nos obliga, contra nuestros deseos, á responder á su atenta circular, colaborando para su interesante publicación. Hubiéramos preferido conservarnos en el silencio y la uniforme opacidad de los modestos quehaceres cuotidianos. Indudablemente que no por ese espíritu de adusto retraimiento, signo presuntuoso de la estultez intelectual, con que se han galoneado muchas de nuestras inteligencias inéditas; pero si por una convicción personalísima, reforzada por observaciones diarias, que nos dice que poco valemos ahora, que quizá no valdremos nada en el futuro, y que es mucho mejor resistirse á las sujestiones del exhibicionismo, para no confundirse con esa desgraciada turba de incipiencias enfermizas, de precocidades barullentas, de mendicantes intelectuales que revolotean eternamente alrededor de la misma frase, y que empalagan siempre con la misma rima...

Pero, al señor Herrera y Reissig—que, dicho sea de paso, une á brillantes condiciones propias, genialidades de estirpe,—se le ha antojado que nuestra juventud debe descuidar su físico degenerado y misérrimo para gozar del concubinato con sus musas ideales....

Y todavía, haciendo un juego de palabras original y bonito, trata de ridiculizar esa noble inclinación que hácia los juegos atléticos está surgiendo en nuestra muchachada. Nosotros opinamos en sentido diametralmente opuesto. El *football*, como cualquier otra institución análoga, estará desprovista para el espíritu superficial de nuestra raza, de toda cualidad estética, y podrá

parecer algo materialmente grosero para el atroz subjetivismo de nuestra ambulancia literaria.

No lo entiende asi una raza, que tendrá menos exhuberancias de imaginación, y menores osadías caballerescas que la nuestra; pero que nos aventaja en su mayor espíritu científico y en sus más grandes conquistas positivas; ni hablan asi tampoco las últimas conclusiones de la ciencia, ni la historia de las grandes hegemonías del pasado, ni la voz profética del porvenir.

Por otra parte, no podemos comprender cómo es que se pretende que crezca y se desarrolle el vigor intelectual de nuestra muchachada, cuando la mayor parte de ella prolonga sus dias á remiendos; cuando todas las vivacidades del espíritu, y todas las concepciones de la mente se debilitan y agostan, y acaban por ceder ante las exigencias de un organismo enclenque y raquítico.

Los estudios fisiológicos de los últimos tiempos, demuestran con pruebas concluyentes que los fenómenos orgánicos y los fenómenos intelectuales guardan una concomitancia reciproca y constante. Si el cuerpo es sano, si se encuentra en sus condiciones normales de robustez, claras, precisas y vigorosas serán las manifestaciones mentales. Toda irregularidad orgánica, todo estado patológico de la fisiología del individuo señala un tropiezo paralelo en las funciones de su inteligencia. ¡Prediquese con esto á nuestros jóvenes, de suyo desidiosos, que abandonen los *footballs* y los gimnasios y se entreguen á las vanas superfluidades de la literatura!

Sin tener las ideas y los conocimientos avanzados de los contemporáneos; sólo con esa poderosa intuición que de sus destinos han tenido siempre las grandes sociedades, los griegos supieron hermanar á su inmortal condición de pueblo sábio, la heróica condición de pueblo fuerte. En la actualidad, la gente sajona, con menos grandeza de sentimientos pero con mayor robustez de criterio que nosotros, fija la fortaleza indiscutible de la raza, en los innumerables juegos atléticos con que educa á su juventud. Pueblo profundamente práctico, rigurosamente moral, suplanta garitos, casinos y plazas de toros con canchas de footballs y clubs de remeros; y mientras nosotros vemos caminar á pasos inciertos por nuestras plazas, esas precocidades macilentas y anémicas, como espectros ambulantes de nuestra chifladura literaria,—ellos crean soldados viriles para la patria, y robustas generaciones para la sociedad.

El talento es patrimonio de unos pocos; la fuerza, de todo ser animado, hasta la última gradación de la escala zoológica. Aquel es innato, la otra adquirida. El primero supérfluo, para las necesidades inmediatas del individuo; la segunda, imprescindible para su conservación y desarrollo.

Nadie niega la evidencia de lo dicho; pero lo curioso es que, entre nosotros, todos se creen privilegiados, y poseídos de geniales condiciones innatas. Nuestra caterva literaria, rasgo patológico de una sociedad enferma, aumenta por días, y entretanto los gimnasios mueren de inanición, se engrosa á cada hora con algún neófito, esos grupos de infelices degenerados, que luchan y se denigran mútuamente, como habitantes de un conventillo, que en tal lugar son dignas de habitar las musas de muchos de nuestros escojidos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Pedro Manini Ríos.

---

# PRIMAVERA

(PARA TÍ.)

Ya vuelve la estación de los amores,
La que forma la música del nido,
Y en los festones del jardín florido
Es derroche de esencias y colores!

La que viste de vívidos fulgores
En tu balcón, al temblador tejido,
Y ofrece miel en el capullo herido
Al enjambre de insectos zumbadores!

La que idolatras tú!—La que derrama
El misterioso tinte que colora
La flor nativa de fulgente llama!

La que es orquesta entre la turba alada,
¡Y arrebol diamantino de una aurora
En la tiniebla ideal de tu mirada!

Ubaldo Ramón Guerra

## EN EL BAJO

---

Mostrame tu palpite, hermano, dijo Julian Ramirez á su amigo Serafin Gutierrez, el mozo mas ladino y *suertudo*, entre los que llevan ladeado el chambergo y tienen *quebrada* la cintura. — El, se la enseñó estirando el brazo y apuntándola con el dedo.

—Allí la tenés y pa que no la confundas, es aquella morocha que me está mirando con cara de enojo porque he venido demasiado tarde.

—¿No la querés entónces?

—Mas que á mi vida, pero como no hay tiempo pa todas, tengo que dividirme en puchos.

—¡Ah tigre!—Ni Pepe Gallardo.

—Lo que hay que no canto.

—En el Casino.

—Ni pal carnero.

Rufina Colmán, comprendió que los dos amigos hablaban de ella y les dió vuelta la espalda, realmente enojada. La moza era pequeña de estatura, pero bien repartida. Tenía amplias las caderas, el talle fino, el busto desarrollado, el cuello corto pero elegante, rostro espresivo, que animaban ojos negros y rasgados, insinuantes y provocativos. Vestía un traje de fantasia, de tarlatana rosa, salpicada de estrellitas de oro y sobre el pelo oscuro, una moña de tul prendida con una flor de papel encarnado. El baile estaba en todo su apogéo. Numerosas máscaras discurrian por el salon, engalanado con trofeos, cortinas y gallardetes. Los condes y marqueses, de caretas de alambre, embadurnadas de vermellón, pavoneándose, al verse trasformados en caballeros medio-evales de botin elástico, daban la nota chillona de la aristocracia arrabalera, mientras los negritos de piel lustrosa por el aceite y el negrohumo, hacían sonar las mazacayas de hojalata, en un incesante *trac-tracatracatrac-trac*, formando una baraunda espan-

tosa que apagaba hasta los gritos estridentes de los vascos de chiripá cuyano, boina punzó y alpargata bordada. Las guitarras empezaban á preludiar una danza habanera, de antiguo corte, con muchos bordoneos y compases de columpio, lentos á veces, á veces rápidos, deteniéndose de pronto en un *silencio,* para lanzarse despues en escala ondulante de notas, que apretaba las parejas, sofocadas ya por el calor intenso de aquella noche de verano. Afuera del salon, en el patio embaldozado, se veía la mesa de refrescos, alumbrada por lámparas de kerosene, colocadas entre fuentes llenas de panales rosados y blancos y botellas oscuras de limonada y tamarindos, y en todas partes las serpentinas multiculores enroscándose ó formando flecos, y los papelitos rojos, anaranjados, celestes y blancos, lloviendo en cascada permanente sobre los tules, las cabelleras y el pavimento semejando granizo irisado.

Serafín observaba desde la puerta de la sala el coloquio que había entablado Rufina con un payaso pintarrajeado de albayalde y carmín y cuyos manoteos expresaban elocuentemente el estado en que se hallaba el alma de Tony.—Ella le contestaba, tratando de demostrar mucho interés, dirigiéndole miradas ardientes y sonrisas incitantes. En ocasiones, bajaba la cabeza como para hacer ver que las palabras del payaso la seducían, dominando sus sentidos.

Serafín, estaba inquieto y no ocultaba su mal humor creciente. Su amigo trató de calmarlo, conociendo sus arrebatos de *taita* ensoberbecido.—No le hagás caso, le dijo. Todas son iguales. Yo, en tu lugar, «si te he visto, no me acuerdo», y me apretaba el gorro—que la ausencia es como el aire,

que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

Serafín no lo escuchaba.—De repente, le preguntó:

—¿Lo conocés, Julián?

—Creo que es el hijo del puestero Enrique.

Él, lo sospechaba, pero ahora no le quedaban dudas. Era el mismo, su eterno rival, hasta hace poco desdeñado y en estos momentos talvéz preferido, en castigo de sus inconstancias. Aquel *gringo* lo cargaba bastante y la flecha envenenada de los celos se clavó en su corazón, como otras veces, aunque antes no sintiera tanto daño. Y la muy falsa se atrevía á coquetear con ese

*tipo* á su propia vista. No faltaba más. De él no se burlaba nadie, ni menos ella. Ni que fuera un *bacan* sin vergüenza.

Una máscara, alta, flaca, de pelo rubio, tirando á rojo, con antifaz de terciopelo negro y dominó de cretona ordinaria, al pasar cerca de Serafín, le dijo en voz alta, para que todos la oyeran:

—Ché, Serafín, Rufina ha bailao en grande con el hijo del puestero. Creo que te ha bolseao.—Guardáme la cria de la galleta.

Como una ola de cólera salvaje, sintió que la sangre le quemaba el rostro. Quiso reir, pero no pudo. Le latian las sienes. Un músculo en tensión, le tiraba hacia arriba el labio superior tembloroso. No pudo contenerse, y gritó á la máscara, que ya estaba lejos:

—Mentís, ché. y aura lo verás.

Y de un salto se plantó frente á Rufina. Ésta permanecía siempre de espalda, pero su novio la interrogó resueltamente:

—¿Querés bailar, prenda?

—Estoy cansada y además comprometida.

—¿Y quién es el afortunao que así te ha rendido?

—Ha de ser alguno que sabe apreciar lo bueno, y no lo trata como á carne de perro.

—¡Ah, china! Y cómo se retoba. Pero mirá, no te priendas fuego, porque yo te apago.

—No sé con qué manga.

—Con ésta.

Sonó una bofetada.

Casi simultáneamente, el payaso, con un movimiento rápido, hundía su daga hasta el mango en las entrañas del amante despechado. Serafín rodó por el pavimento, manchando las serpentinas con la sangre que abundosamente manaba de la herida. Rufina se arrojó sobre el cuerpo de su novio, aun animado por un hálito de vida,—pasóle la mano por la nuca, y lo acercó hacia si oprimiéndolo contra su seno. Después le besó en la boca con ansia. El moribundo, en un estremecimiento final, abrió los ojos sin mirada, y volvió á cerrarlos para siempre. Las máscaras habían enmudecido. En el rincón penumbroso de la inmensa sala, las guitarras bordoneaban los últimos compases de la danza habanera.

Santiago Maciel.

Buenos Aires, Agosto 28 de 1899.

# LAURELES

---

Á MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

No hay mujer en mi patria—que pulse la lira
Y que encienda en sus cuerdas—la llama creadora,
Que destella el talento,—que en lumbre se inspira,
Y desborda en torrentes—de luz seductora,

Como tú, donairosa—poetisa sublime,
Forjadora de ensueños—que luego transformas
En la mágica estrofa—que lánguida gime,
O en el verso valiente—de espléndidas formas.

Tu palabra cautiva,—cual dulce suspiro,
Tiene imán poderoso—que lleva las almas,
Cual pampero que arrastra—potente en su giro
A través del espacio,—rumores de palmas.

Yo, que vivo á la orilla—del árduo camino
Que conduce á la cumbre—del monte Parnaso
Y presencio las penas—que inflije el destino
Al que quiere sin freno—domar al Pegaso,

Al sentir la armonía—sublime y brillante,
Con que envuelves y esmaltas—tu audáz pensamiento,
Me descubro y saludo tu numen radiante,
Y te envio estas flores—en alas del viento.

Yo comprendo ese fuego—celeste que inflama...
Y he sentido y valoro—los versos triunfales
Con que trazas los arcos—gigantes de llama,
Esos iris que marcan tus vuelos geniales.

Esos vuelos inmensos—de alajes andinos,
Con que vás á regiones—de espíritu nuevo.
Desde donde regresas,—con fuegos divinos,
Que arrebatas del nimbo—sagrado de Febo,

Y en torrentes desbordas.- de ardientes colores,
Sobre puros cristales,—azules y tersos,
Que traducen, en bella—cascada de flores,
Armoniosos y dulces,—tus fáciles versos.

De diamante es el estro—que anima tu lira
Y al rasgar. inspirada,—sus cuerdas sonoras,
Se retiran las sombras.- tu canto suspira
Y en raudales de vida—se inflaman auroras.

Hay, María, en tus versos—aromas florales;
Y fantásticas lumbres; -y música grata;
Resplandores de gloria:—cantar de zorzales;
Embriagueces de trébol:—suspiros del Plata;

Pensamientos sublimes.—que el genio electriza;
Expresiones triunfales,—que el genio dardea,
Y la magia brillante—que todo idealiza
Con los áureos reflejos—de lumbre febea.

Te imagino, María,—de pié, junto á un lago,
Que se envuelve en las gasas—espesas de Junio,
Que desgarran los soplos—del céfiro vago,
Y que apenas alumbra—pluvial novilunio,

Pronunciando, inspirada.—sagrados conjuros,
Que disipan la sombra—con vivos destellos:
Así eléctricos radian—tus ojos oscuros,
Y se nimban de gloria,—tus negros cabellos.

Así el astro del día—domina el espacio,
Abrasando en su llama—negruras y tules
Que difunde en un éter.—de vivo topacio,
Donde corren alegres—los aires azules.

Yo te veo, María,—llegar á la cumbre
Circundada de rayos—de luz celestiales
Yo te veo, poetisa,—vestida de lumbre,
Arrancando á tu lira—canciones triunfales.

¡ Que laureles y palmas—coronen tu frente!
¡ Que tu plectro levante—gentil armonía!
¡ Que la estrella del genio—fulgure en tu mente
Y que siempre, dichosa,—te alumbre, María!

Pedro Ximenez Pozzolo.

# OTOÑO

---

MELANCOLIA EN UN ACTO

---

**PERSONAS**

*Celeste*—36 años.
*Julia*—25 años.
*Maruja*—10 años.
*Juanito*—8 años.
*Maurés*—50 años.
*Alberto*—30 años.
*El jardinero*—60 años.
*Una criada*—24 años.
*Una mendiga*—60 años.

Vestíbulo en una casa quinta. Paredes blanqueadas. Fondo de cristales, que dá al jardin, y por el cual se ven los árboles ya amarillentos y un melancólico cielo otoñal. A la derecha (del espectador) puerta que se supone da á las habitaciones interiores. A la izquierda, chimenea con campana, en la cual, sobre un fuego de leña, cuelga un enorme tacho de cobre. En la pared del mismo lado, una bateria de cocina muy reluciente. A la derecha, una mesa de pino y dos ó tres bancos redondos, de madera. En la pared de la derecha colgados, arneses, monturas, látigos y riendas—En primer término, brocal de un pozo con roldana, cadena y cubo.

## ACTO ÚNICO

### ESCENA PRIMERA

*El Jardinero*—De pié, junto á la mesa, colocando la fruta en hileras—*La criada*, contando la fruta.

*Criada*—Tres docenas escogidas, hay aquí...

*Jardinero*—Y son Angulemas de las mayores. Fíjate en ésta. (Levantando una pera.) Por lo menos pesa dos kilos...

*Criada*—Que barbaridad!

*Jardinero*—Es del peral grande que está junto á la cerca... Por cierto que el tal arbolito me ha costado ayer un disgusto...

*Criada*—(Sacando más fruta del canasto que sostiene el jardinero) Si, eh?

*Jardinero*—Por causa de ese demonches de Pedrin, mi hijo, á quien ya le he dicho mil veces que la señorita Angustias no quiere que nadie trepe al peral.—(Bajando la voz) Y esta mañana ha trepado y creo que el muy gloton se ha comido la mitad de la fruta... La cara que me vá á poner la señorita!

*Criada*—Y como vá á saber?

*Jardinero*—Toma!.. Porque cuenta la fruta que hay en los árboles!... Cuando sale de mañana, á pasear por el jardin, como ella es asi... vamos... tan campechana y tan francota, conversa conmigo las horas largas, y veo que se fija en todo. Ella sabe que la parra del moscatel dió éste año más racimos que el otro... como sabe cuántos huevos ha puesto la gallina ceniza, y cuantos dias lleva ya, la pobrecica, sobre la nidada... Si la señorita siempre está en todo!

*Criada*—Eso sí... Es el alma de la casa.

*Jardinero*—Y buena... como el pan!

*Criada*—Más que buena: es casi tonta de pura bondad.

*Jardinero*—Micaela!... Está feo hablar así de un ama que te considera!

*Criada*—(Colocando la fruta en las fruteras.)—Si eso no es hablar mal!... Pero nadie me quita de aquí (Señalando la frente) que la señorita podia ser mucho más

## LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



SAMUEL BLIXEN

feliz de lo que es... si no pensara tanto en los demás!

*Jardinero*—(Dejando la canasta en el suelo.)—Que la señorita no es feliz?... Y qué le falta?

*Criada*—Pues... lo que á todas las solteras... casarse!

*Jardinero*—Pues si fuera así... no le faltarían hombres que arrearan con ella... demonches!... Pues poco hermosota que está la señorita! A veces cuando la veo pasar de mañana por entre los árboles, mirando á las casas como si les tuviera cariño, y con una sonrisa en los labios que parece una luz... vamos!... que se me pone, que es la Señora Virgen que había en la iglesia de mi pueblo cuando era mozo, y que ha bajado de su retablo, y está entre nosotros por capricho... para consuelo y alivio de los que necesitan...

*Criada*—(Riendo) Señor Eusebio... señor Eusebio... que parece Vd. enamorado... y eso está feo en un vejestorio.

*Jardinero*—Mira, tú, Micaela... sabes lo que digo?—Pues que es verdad!

*Criada*—Y lo confiesa... con sesenta años encima!... Pues dése Vd. un limpion!

*Jardinero*—Y que tiene eso?... De la señorita Celeste debe enamorarse por fuerza todo el mundo, porque sí, porque está en la tierra para eso, para hacerse querer... Cuando tuve al chico enfermo, hace un año, con aquellas viruelas que daban miedo... ¿quien pasó noches enteras velando al pobrecito, y curando con sus blancas manos la asquerosidad de las llagas?... Fué *ella*. Cuando me escribió mi hermano, por aquel embargo que le habían hecho de su terruño en Galicia, ¿quien me dió el dinero para reducir la deuda?... Pues *ella*... Y si es así, más buena que la misma providencia, ¿que te extraña que la adore como á una santa? (Recoje la canasta) Sabes lo que te digo que á veces, cuando estoy muy necesitado de alguna cosa, y me dá vergüenza pedírselo á Dios en el rezo de todas las noches, como con ella tengo más confianza... se lo rezo á *ella*... y me lo concede!

*Criada*—(Rie) Ya chocheamos, señor Eusebio... (Corriendo hácia la chimenea) Ay!... Que se vá á quemar el dulce... Ayúdeme Vd. hombre! (Separan el caldero. La criada revuelve con la cuchara de palo; luego prueba el almibar) Nó, nó está en punto todavía. Pruebe Vd!... (Le dá á probar).

*Jardinero*—Parece que está bueno.

*Criada*—Sí. Pero á la señorita le gusta más espeso el almibar... Tiene la vanidad de sus postres.

*Jardinero*—Es su única vanidad.

*Criada*—El que se case con ella, no sabe las dulzuras que le esperan... Con tal que no se empalague...

*Jardinero*—(Con enojo)—Micaela!

*Criada*—Vamos, señor Eusebio... es una broma!... Por suerte, el señor Maurés es goloso, y todo se combina...

*Jardinero*—Y que tiene que ver?...

*Criada*—(Bajando la voz)—Es el pretendiente de la señorita... Un señor que viene muy amenudo...

*Jardinero*—Uno alto, con el bigote cano?...

*Criada*—Ese mismo... Es ingeniero, rico, y bastante simpático apesar de sus cincuenta años.—Todavía dá golpe. Es un buen partido para la señorita, que ya debe rayar en los cuarenta...

*Jardinero*—Es como si tuviera veinte, porque está más fresca y más lozana!... Y algunas muchachas conozco yo, que se darían con una piedra en los dientes, por tener sus ojos, y su cutis sin arrugas, y su... Mira; tú, por ejemplo, al lado de ella,... pareces mucho más vieja!

*Criada*—(Picada)—Señor Eusebio!... que está usted exajerando!

*Jardinero*—Y si, vamos, si estuviera en el caso de... elejir entre las dos... por estas que son cruces!... me quedaba con ella...

*Criada*—Haría usted una barbaridad... (con malicia) se lo aseguro!

*Jardinero*—Pretenciosa! (Se dirije vivamente hácia el fondo).

*Criada*—Grosero!

*Jardinero*—Desagradecida! (Váse haciendo un gesto de enojo).

*Criada*—(Con rabia) Adulón!... (Ve entrar á la señorita Celeste, y se echa á reir). ¡Que señor Eusebio, éste... siempre tan bueno y contento!...

Samuel Blixén

# LA MOROCHA

Á LA DISTINGUIDA SEÑORITA TERESA ROSSI.

Tiene labios de coral
Como las ceibas de rojos,
Y unos ojos negros, qué ojos!
Que iluminan el zauzal.
Tiene cantos de zorzal,
Tiene arrullos de paloma,
Tiene perfumes de loma
Que se enciende con el sol,
Y tiene luz de arrebol
De una aurora cuando asoma.

Tiene las trensas sedosas
Y negras como las penas,
Son redonditas y llenas
Sus lindas mejillas rosas,
Sus pestañas voluptuosas
Se entornan con tal encanto,
Que si una gota de llanto
Queda en ellas suspendida,
Vale esa gota una vida
Para aquel que la ama tanto.

Derrama cuando camina
En torno de ella un clareo
De luz y sombra, que creo
Que algo extraño la ilumina,
Y si graciosa se inclina
Para cortar una flor,
Se columpian con primor
Dos capullos frescos, suaves,
Que dan envidia á las aves
Para su nido de amor.

Linda es su frente serena
Que nuestro sol ha tostado,
Y en su acento delicado
La voz de su alma resuena.
Con esbeltez de azucena
Se yergue su airoso talle,
Y aunque me pide que calle
Su nombre, que no conoces,
Yo te diré á grandes voces
Que la llaman «Flor de Valle».

Dorila Castell de Orozco.

## DE TAX

En el album de la señorita María Cristina Ruano.

El Deber es como elemento natural que los hombres pueden exigirse reciprocamente.

Es como el agua, el aire y la luz que no entran en el comercio de la humanidad.

El Deber como la luz es gratuito.

En cambio, la violación del Deber se paga á peso de oro, como piedras finas.

No todas las piedras preciosas, sin embargo, se consiguen á precio de oro.

La mujer de diez y seis años, con sus facetas luminosas de gracia, de belleza, de inteligencia, se adquiere con la adoración, la ternura, la juventud radiante, el mérito moral de gallardo mancebo, ansioso de realizar las nobles tendencias de la vida.

¡Cuánto deseo que el adquirente de Maria Cristina logre sustraerla de tristezas, cerniéndola en las idealidades del amor, del brillo y de la fortuna!...

Si es dado á los viejos amigos decir una palabra, que nunca será la última, como dice el pensamiento que precede al mio, me tomo la libertad, acercándome al oido de la dueña de este album, de decirle una frase:

*Ama, perdona y sigue amando.*

Teófilo E. Diaz.

---

## SOMBRAS AMIGAS

### LA CARIDAD

Es el mundo tu templo donde hay flores
Que embalsaman el cáliz de su altar;
Oraciones que endulzan los dolores,
Candorosos bullicios del hogar.
Al pisar los umbrales de ese templo
Mi espíritu se llena de fervor:
Cada salmo que escucho es un ejemplo,
Es un himno purísimo de amor.

Allí, donde el incienso que se eleva,
Con los giros que da cada espiral,
La esperanza en el alma se renueva
Como nubes de un aura celestial.
Allí, donde la lámpara sagrada
Oscila bajo un cóncavo de azul,
Se percibe á su luz otra mirada
Y en su esfera de tules, otro tul.
¡Cuánto brillo de paz se extiende en torno
Entre celajes de sutil vapor!
¡Cuántas hebras doradas, cuánto adorno
Levantan á los cielos su esplendor!
La píxide que guardan sus altares
Tiene á miles rodelas de otro pan:
Son las hostias que sacian á millares
De esos tantos que lloran y que van;
De esos seres que ruedan por el mundo
Sin abrigo ni techo protector,
Que llevan por su senda lo errabundo,
La miseria y el ¡ay! de su rigor....
Entra al templo y atiende desdichado
Cuántos premios aguardan tu altivez;
No importa tu bautismo, eres honrado,
Y en este templo tu conciencia es juez....
El órgano vibrante de su coro
Derrama los acordes de otra voz,
Son cadencias que encierran un tesoro
Porque vienen de arriba, desde Dios.
Allí donde la aurora resplandece
Por la espaciosa ojiva secular,
Solamente el avaro se estremece,
No halla un nicho siquiera donde orar.
Mas el preste que oficia, que alza al cielo
La copa rebosante de dolor
Para ver descender en raudo vuelo
La silueta de un Dios reparador
¡Con qué fé, con qué aliento, con qué vida
Apura el néctar redimido ya!
Y ante el fervor de la oración sentida
Cuánto creyente á prosternarse va!....
Todo incita á pensar; tiene su credo
Las premisas más altas del deber
Que se aceptan sin dudas y sin miedo,
Sin el terrible miedo del *no ser*.
No hay allí rebuscados aforismos,
Ni misterioso salmo doctrinal,
Sus cantos son endechas, y los mismos
Que eleva desde un tiempo inmemorial.

Y es esa mi creencia
La fé que me subyuga,
Realzar á la conciencia
Si en su misión enjuga
Las lágrimas del mísero,
Del hijo del dolor.

¡Oh Caridad divina!
La luz de tus altares
Virtud y fé ilumina
E inspira los cantares
Si evócan en sus dísticos
El fraternal amor.
Tú has sido el blando acento
De paz y de ternura,
La sávia y el aliento,
La calma y la ventura
Del desgraciado náufrago
Que arrastra el vendabal.
Por tí llegó á su puerto
Sin ansias ni temores,
Y allí, en un cielo abierto
De límpidos colores
Fortificó su espíritu
Con céfiro estival.

Á la voz de tus mágicos labios
Y á la luz de tu frente radiante,
Se levantan en coro triunfante
La hermandad, la esperanza y la fé.
Y ante el aura de ingrávidos pliegues
Que en tus gazas y flecos ondula,
La oración de los buenos modula
Quien tan bella y tan alta te ve.
Tú la antorcha inmortal de los siglos
Que levantas hospicios y cunas,
Y que arrancas á tiempo fortunas
Que les den consistencia y verdad.
Tú la tierna sibila que aplacas
Con plausibles secretos el llanto
Cuando extiendes tú fulgido manto
Sin que asome tu misma beldad;
Yo te adoro en mis férvidas notas
Y en el alma tu imájen venero,
Yo al calor de tus alas espero
Ver surgir la humanal redención.
Es tan solo en tu templo que late
La suprema misión de la vida,
Porque solo en su fondo se anida
Todo un mundo de paz y de unión.

Que en tí fijen los pueblos su salvación instable
Si en la existencia gladian la fuerza y la razón,
Que esculpan sin temores de duda imperdonable,
De la oración bendita que alcanza lo palpable
Los credos de una nueva y augusta religión.
Entonces solamente cuando esos credos cundan
Y en hechos se transformen su luz y magestad,
Vendrán aqui los pueblos, si en paz y gloria abundan,
Para adorar las causas que tu visión circundan
Con protectores mantos de un Dios de caridad.

Nicolás N. Piaggio

# DE MI CARTERA

---

La humanidad, para dormir tranquila, suele preferir á las nuevas comodidades que hace posibles el progreso, el ya usado y desmedrado colchón de los hábitos tradicionales.

—

En un padre nuestro en francés que tengo á la mano, veo que se dice en vez de aquello de acreedores y deudores: *et pardonnez nous nos offenses comme nous pardonnons à ceux qui nous ont offensés.* La reforma, desde el punto de vista económico cuando menos, vale la pena de meditarse.

—

No viene de golpe la muerte, como el vulgo cree: morimos como el día en el crepúsculo, como el mar en la playa, como nave que se aleja en el mar. Lo que hay es que llaman muerte á la última, la que nos lleva al sepulcro.

—

Muchos hombres, después de afirmados en el poder, dicen como Alejandro á la ciudad que quería abandonarle la mitad de su territorio y de todos sus bienes: «He venido acá, no para recibir lo que queráis darme, sino para que conservéis lo que quiera dejaros.»

—

Creerse por encima de su profesión, suele ser el medio más seguro de estar por debajo de ella.

—

Entre nosotros suele pasar una cosa análoga á la que les acontece á los indios m'bayas, de que nos habla

Azara: los muchachos antes de casarse hablan de otra manera que después de casados.

—

En las luchas cruentas de nuestra historia no hemos salido jamás de una revolución sino para entrar en otra. Diríase que, después de lograda nuestra independencia, no nos ha sido dado abandonar la fratricida espada, á semejanza de aquel soldado español que, tras combate reñidísimo con los heroicos araucanos, no pudo desprender durante largas horas la enrojecida mano, de la lanza que con singular denuedo había manejado en el combate.

—

Como el horario y el minutero de un reloj, algunos matrimonios se aproximan durante media hora para separarse durante la media hora siguiente.

—

Hay oposiciones á los gobiernos, que tienen gracia. Los que las constituyen son hábiles en sus recursos para embaucar al pueblo. A nadie combaten porque sea sincero, porque sea honrado, porque sea leal, sino por canalla y por pícaro; pero para ellos no existen ni más pícaros ni más canallas que los hombres sinceros, honrados y leales.

—

Entre los romanos era de mal agüero el encuentro de un negro, «monte de humo» que diría el Sancho de Avellaneda. Si entre nosotros existiera semejante preocupación, nadie podría poner los pies sin grave riesgo en nuestra Repartición de Correos.

—

Creen á menudo los gobernantes, engañados artificiosamente por el adulador cortejo de hambrones palaciegos que los acompañan, que el pueblo aplaude sus actos más reprobados y sus más desatentadas medidas. Esto me trae á la memoria una caricatura que he visto en el *Kikerike* de Viena. El *Kikerike* de Viena, periódico de caricaturas, sacó la del maestro Wagner durante la representación de una obra suya.—Ya ve usted, amigo, dice Wagner dirigiéndose al periódico, que aquí hay quien aplaude.—Se equivoca usted maestro, responde el periódico, lo que hacen estos desgraciados es llevarse las manos á la cabeza.

—

Del famoso astrónomo Tico Brahe se cuenta que si al salir de su casa topaba con alguna vieja, se volvía á

ella por temor de algún suceso desgraciado. Y tendría sin duda razón cuando lo hacía, porque Tico Brahe era hombre que veía lejos.

—

Hay individuos puros en su vida pública, á su manera. Aunque hayan figurado, ó hecho figurones, en dos ó tres administraciones abominadas, creen guardar incólume la prenda ha tiempo perdida de su virginidad política, celestinas que venden, como la clásica, muchas y repetidas veces por puro é intocado, lo que dejó de ser puro desde el mismo instante en que comenzó á mercarse en la alegre y funesta feria del vicio.

—

Para obtener el progreso político de las sociedades, los mayores esfuerzos deben tender á asegurar en lo posible la conservación de los adelantos obtenidos, porque en las sociedades, como en los seres vivientes, se cumple el aforismo de Ribot: «Lo último que se ha adquirido es lo primero que se pierde.»

—

Las personas que aguardan de otra un servicio, se descubren en su presencia con un movimiento, quizás inconsciente, de su brazo derecho. Prestado el servicio, ó cuando ya no lo esperan, todavía les sigue el movimiento del brazo, á los agradecidos para saludar, y á los ingratos, que son los más, para hacer, en presencia de su antiguo benefactor y á su salud, cortes de manga.

—

Fácil es conservar la reputación y el buen nombre haciendo de apóstol de una infecunda castidad política que consiste, como ciertas obligaciones civiles, en no hacer. Lo difícil es entrar á la lucha, y salir ileso; meterse en la sucia cocina de la política, y no retirarse manchado; vivir, no despreciar nada de lo que es honesto, y no contagiarse, siendo hombre, pero hombre en la acepción que quería Terencio, no permaneciendo uno ageno á nada de lo que es humano. Cualquiera conserva sin suciedad las uñas en su raíz; no todos, ni con mucho, las llevan limpias en las puntas.

Cárlos Martínez Vigil

# KARA KOUTIÉ (1)

## LEYENDA DELAWARE (AMÉRICA DEL NORTE)

Es la mas alegre vida
Sombra de una breve noche.
. . . . . . . . . . . . . . . . .
Tan cerca, tan unida
Está al morir, la vida!

*Rioja.*

### I

Manto espeso de eternas nieves cubre
Los altos Alleghanes,
Como blanco sudario que envolviera
Un inmenso cadáver.

Y, como herida que en su espalda abriera
El hacha de un gigante,
Raya el desfiladero en la montaña
Su grieta formidable.

Por cuyo fondo bramador torrente
En tormentoso cauce,
Salta, rebota y espumoso corre
Hasta salir al valle.

Luego el caudal de sus brillantes aguas,
Que de la altura cae,
Se precipita al Mukinghúm, el río
De la corriente grande.

(1) Terminada la publicación de este Poema, emitirá sobre el mismo un juicio crítico el señor Julio Herrera y Reissig.

Y ya traspuesto, el rocalloso paso
Cóncavo seno espande,
Seguro asilo á la guerrera tribu
Que en él su wighwam alce.

El «Turtle-Creek» previene la sorpresa,
Que solo estrecha calle
Camino ofrece entre el ciclópeo muro
Y la sima insondable.

Es callada la noche: solo el grito
De las nocturnas aves
Turba el silencio y el reposo augusto
De aquel lugar salvaje.

Cómo de invierno, triste y aterido,
Forma rudo contraste
Con la celeste bóveda estrellada,
El nevado paisage.

Ni la más leve brisa el bosque agita
Moviendo su ramage.
Todo duerme en el campo solitario
Del indio Delaware.

Adustos centinelas, de ese campo
Protectores penates,
Alzan á trechos su silueta obscura,
Como estátuas de carne.

Sus álas invisibles en silencio
El sueño, á veces, bate
Para adormir en su vijilia á aquellos
Inmóviles cariátides.

Misterio y soledad! La sombra esquiva
Repliega su ropage
Bajo las ramas de los altos pinos,
Alerces y nogales.

Misterio y soledad! En esa hora
Descorre sus cendales
Naturaleza, y el mortal comprende
Que solo Dios es Grande!

II.

En el puro azul del cielo
Brilla la luna serena.
Sobre su lecho de arena,
Corre lento el Mukínghúm;
Y cerca de la ribera,
En su plateada corriente,
Se columpian muellemente
Las canoas de abedul.

En su campo el *delaware*
Descansa de la fatiga,
Mientras centinela amiga
Velando su sueño está.
Que, en la vida del desierto,
El *piel roja* prevenido
No fué nunca sorprendido
En su marcha ó su *wighwam*.

Y solo, en noche tan bella,
Silenciosa y recatada,
Cortar la linfa plateada
Una canoa se vé,
En la que firme bogando
Para subir la corriente,
Alza su busto valiente
El *sachem* Kara-Koutié.

En un remanso del río,
Do tranquila duerme el agua,
Hace atracar la piragua
Que deja sin amarrar,
Y ágil salta á la ribera
Con el alma alborozada,
Ansiando ver á su amada,
Trás larga ausencia fatal.

Por muchas *lunas*, osado,
De la guerra en el sendero,
Al invasor extrangero
Combatió Kara-Koutié;
De su *tomahawk* el mango
Once muescas luce, fieras
De otras tantas cabelleras
Que arrancó á los blancos, cruel.

El *Ochimaw* de sus padres
Le protegió en la pelea,
Y de su tribu la aldea
El guerrero vuelve á ver.
Esperando hallar en ella
Digno premio á su victoria
Y soñando con la gloria
Y el amor de una mujer.

Por eso, al llegar gozoso
Al *wighwam* que su alma encierra,
Su fiero canto de guerra
Hace alegre resonar,
Creyendo que siempre pura,
Como la lumbre febea,
Fiel á su amor Moyamea
A su voz responderá.

Adriano M. Aguiar.

(*Continuará*)

# LA RAZA DE CAIN

---

II

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Guzmán como siempre, después de mucho vacilar optó por quedarse.

Al verse sólo, con la pipa en la boca y hundido en la mecedora de paja, debajo de las amplias hojas del soberbio banano que en el medio del patio crecía, sintióse feliz. Guzmán había llegado á replegarse enteramente sobre sí, como todos los sensitivos é impresionables para quienes la vida es demasiado ruda y á cada paso se sienten heridos por ella. Sus ideas y gustos exóticos empezaron á aislarlo, las rozaduras que le producia el comercio de los hombres lo retrajeron más aun, y el sentirse diferente á los otros y acaso superior, hizo estallar el orgullo y el despecho, de los que se creen mal apreciados, y que se encerrara en su torre de marfil. En medio de todo era un corazón expansivo que, por no encontrar éco en los corazones extraños, seguía sus propios movimientos y escuchaba sus propios latidos.

Y por todas estas y aquellas causas, y también por su incurable esceptisismo, dejó de *querer*, de *obrar*, dejó de vivir, en una palabra, para solo *sentirse vivir*. El relajamiento de la voluntad que padecía tomó entónces un cariz alarmante. La menor resolución le costaba inauditos esfuerzos, no solo porque sentia miedo de

LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



CARLOS REYLES

obrar, sino porque analizaba demasiado las ventajas y desventajas, el pró y el contra de éste ó aquel partido y naturalmente, de esa manera el decidirse era asunto peliagudo y laborioso. "Haré esto ó lo otro; ésto tiene tales ventajas y aquellos inconvenientes; si lo hago me expongo á sufrir estas consecuencias, pero puedo obtener también algunos resultados que no obtendría haciendo lo contrario, lo cual, por su parte, puede acarrearme beneficios que no alcanzaria por ningún otro medio. Qué hacer?... y después de todo lo mejor es no hacer nada; haga lo que haga el mundo seguirá rodando»...y no tomaba ninguna resolución.

El afán de perfección y el idealismo de los solitarios, contribuyeron también á cortarle los brazos para toda tarea, porque toda tarea le parecía imperfecta, insignificante, poco trascendental para los anhelos de su alma enamorada de lo absoluto. Desesperadamente fantaseaba algo para salir de la inacción que lo humillaba; quería verse arrastrado por el torrente de la vida, ansiaba luchar desplegando como un barco sus poderosas velas, las energías, las riquezas de la juventud... pero pasada, las efervescencias del primer momento su poca fé en la vida y la árida conciencia de la nulidad de los esfuerzos humanos, lo hacía sonreir irónicamente delante del efímero espectáculo de toda actividad, y sentir el profundo desprecio de sí mismo y de los otros. La náusea de todo destino.

Además, las terribles dificultades, los obstáculos que para vivir es necesario vencer, lo anonadaban físicamente; sentíase desmayar como el gladiador desangrado que cae vencido y sólo tiene fuerzas para apreciar la vergüenza de su derrota. La repugnancia, el asco de la acción, lo enervaba tanto como la debilidad de los soñadores, que le empobrecía los músculos hasta el extremo de hacerlo incapaz de ningún esfuerzo sostenido. ¡El miedo de la vida! En vez de largarse se replegaba sobre sí, se escondía para cultivar en el misterioso invernáculo del reino interior las flores más peregrinas del alma, las flores de aromas exóticas que recuerdan las cálidas arenas del Yemen, los lotos de África y las plantas traidoras del país del opio, de las cuales se extraen los filtros que adormecen y las sustancias tóxicas cuyas virtudes supremas conoce Satán...

Cárlos Reyles.

## CORTESÍA LITERARIA

---

Entre las muchas cartas y felicitaciones de que hemos sido objeto, y que llevan la firma de los primeros literatos del pais vecino y del nuestro, nos place dar á la publicidad las siguientes, que se distinguen por la brillantez del estilo y la profundidad en el concepto. La primera de ellas está suscrita por el redactor de "Instantáneas", consagrado como uno de los más distinguidos cultores de las letras argentinas, y la que sigue por el jóven y aventajado literato Alberto Guani.

Sr. Julio Herrera y Reissig.

Montevideo.

Mi estimado colega:

Hago un paréntesis á mis tareas árduas y cruentas, y contesto á su amable carta, algunos de cuyos conceptos no merezco.

He leido con sumo interés La Revista, como leo todo lo que á la nueva generación intelectual atañe,—y más aún tratándose de una publicación que viene de ese hermoso pais, lleno de sol, de perfumes y de brisas de mar. La Revista me ha seducido. Su programa es una promesa. Noble y franco, lleva en sí el gérmen del éxito, si la mano no flaquea y el corazón conserva incólume los impulsos puros del ideal.

El ideal! He ahi la cúspide: es necesario alcanzarlo. Está léjos, parece una de esas nubes, como gasas, que he visto velar á ratos la cresta de una montaña,—pero después, cuando sopla el pampero, el arco iris,

símbolo de esperanza, brilla en sus magníficos colores....

La juventud americana, que tiene en su alma los ardores generosos y las ternuras más sublimes, debe y puede realizar una obra que allí como acá y en otras naciones es santa: saturar el ambiente de esencias que conmuevan, vibrar en el espacio el himno de la vida en toda su grandiosa majestad, llevando al espíritu de los pueblos el beso glorioso de lo Alto, ese beso que parece una caricia de eterna melodía y de victoria infinita. Luchar, luchar, esa es la divisa, para que el materialismo no nos ahogue y caigamos en las ruinas de un edificio que fundaron brazos y cerebros llenos de fé y de divina inspiración

Yo, que unido á compañeros esforzados, brego por despertar el alma argentina, otrora trémula de emoción ante el númen de Andrade,—no puedo menos que felicitar y alentar á los que, en la tierra de Zorrilla de San Martín, izan al tope, una enseña con reflejos de aurora y pliegues de nácar, que tendrá tantos soldados como almas y tantos cánticos como bardos le doblen las rodillas.

Sigo atentamente el movimiento literario del Uruguay, y no dudo que su empresa obtenga el coronamiento que merece. Conozco á muchos intelectuales de Montevideo, y no vacilo en creer que cerrarán las filas y recomenzarán la senda trazada luminosamente por los jóvenes que más se han distinguido en los torneos de las letras en ese país.

¿Vacilaciones? No. Cuando se posee el sentimiento del propio valer y se espera, no se flaquea. Detenerse, es fracasar. El fracaso es la muerte. El hombre es fuerte por su ideal y por su ensueño. La espada no es más que un emblema.

Yo confío en un resurjimiento, y entonces, los intelectuales entonaremos las dianas mas arrebatadoras, y los poetas sus odas más vibrantes, y los artistas forjarán sus modelos más acabados...

Por ahora, á la labor! Si hay cobardes, bien, que dejen girones en las zarzas del camino...

Reciba, pues, mis felicitacianes sinceras, acepte mi amistad y cuente con mi pobre cooperación en su REVISTA.

Su compañero,

Manuel María Oliver.

Buenos Aires, 23 Agosto 1899.

Sr. D. Julio Herrera y Reissig.

Mi estimado Sr. y amigo:

He sido honrado con una cortés invitación de usted por escrito, reiterada verbalmente, solicitando mi modesta colaboración para La Revista.—Debo, ante todo, manifestarle que las presentes lineas no significan, en manera alguna, el cumplimiento de su pedido—sino mi adhesión á la iniciativa que ha inspirado la fundación del nuevo periódico, eminentemente intelectual, en cuyas páginas buscará el trabajado espiritu nacional momentos de fecundo reposo para las fatigas de la mente sacudida durante estos últimos tiempos tan solo por las exigencias imperiosas del periodismo batallador y de la política militante... Sí, mi estimado señor, hemos vivido una época de lucha abrumadora, de continuos combates—reales los unos, en las tristes jornadas de la guerra civil, semejantes los otros, en sus efectos, durante las lides democráticas de la paz institucional á cuyo afianzamiento propendimos todos en esferas más ó menos humildes, pero no por eso desprovistas de los anhelos patrióticos más ardorosos y absorbentes... Felizmente, ha sonado ya la hora de la fraternidad y del trabajo.—Suponemos que bajo el cielo inmaculado de nuestra naturaleza retoñarán los olivares nuncios de la concordia y del amor cívicos y que en la tierra virgen de nuestras industrias y de nuestro comercoi vejetarán los progresos y adelantos materiales así como las zonas noveles de nuestro cultivo intelectual han de poblarse, florecientes, con el desarrollo de las buenas ideas á cuya sombra se expandan todas las virtudes, todas las riquezas, todos los grandes y generosos sentimientos del alma humana!

Junto con la labor política y administrativa que corresponde realizar honradamente á los hombres del poder, debe desarrollarse la labor moral entre los elementos del llano cuyas actividades han de encaminarse preferentemente hacia la educación común, hacia la ilustración pública, hacia la prédica del ideal, hacia la cultura perseverante del sentimiento popular que se abrillanta y se pule al fuego lento de la propaganda artística—de la hermosa forma literaria que conduce á la admiración, de la belleza y nos eleva á un ambiente de inspiraciones luminosas, sin preocupaciones mezquinas y miserables, sin odios, sin rencores, sin venganzas, sin las abominaciones rastreras de que es presa el hombre, que, como

la bestia, se entregara á la vida sombría del instinto ó de los placeres exclusivamente materiales.—*Vita sine litteris mors est,* decían los antiguos, y al través de los años, de las edades, de las civilizaciones, todos los pueblos tendrán que rendir culto forzosamente á esa eterna verdad que nos enseña á difundir el amor á las artes y á las letras como suprema condición de la vida y de la felicidad universal.

Deseo pues, mi estimado señor, que el público favorezca su publicación favoreciéndose de esa manera á sí mismo, y cuente LA REVISTA con mi colaboración si ella puede servir de aliada á su pensamiento fundamental, cosa que dudo mucho por qué conozco al par que mi buena voluntad la pobreza de mis aptitudes y la escasez de mis fuerzas intelectuales.

Soy de Vd. att. y S. S.

Alberto Guani.

Montevideo, Septiembre 1.º de 1899.

---

## NOTAS DE REDACCIÓN

### AGRADECIMIENTO

LA REVISTA, agradece efusivamente la extrema amabilidad de sus colegas de Buenos Aires, de Montevideo y de nuestra campaña, que la han colmado de elogios, trascribiendo parte de su material y teniendo conceptos elevadísimos para su Director.

También agradece las mil felicitaciones de los particulares que se han adherido por carta á su propaganda, y entre las que se cuentan varias de los más brillantes literatos argentinos y de nuestro país.

—

DE MARÍA E. VAZ FERREIRA.—La simpática y aplaudida poetisa, cuyas últimas producciones llamaron notablemente la atención de nuestros intelectuales, nos ha honrado con una nueva composición, no menos inspirada que *Triunfal,* la que lleva por título *Primavera,* y es de lo más original y caprichoso que puede forjar una imaginación que no se separa nunca del arte y de la armonía.

*Primavera* servirá de portada triunfal al número próximo.

Instantáneas.—Hemos recibido los números 29 y 30 de este interesante periódico, que ve la publicidad en la ciudad vecina. Como siempre, lucen hermosos grabados y se hallan repletos de interesante material.

—

La Nueva Revista.—Ha llegado á nuestra mesa de redacción este periódico, que ve la luz pública en la simpática ciudad de San José. Trae buen material y un hermoso grabado que representa al Jefe de los Orientales erguido sobre su pedestal de piedra y como respondiendo al saludo que le hacen las generaciones, eternamente gratas á su memoria.

*La Nueva Revista* se ocupa en extremo favorablemente de La Revista y trascribe unos párrafos de nuestro Programa, encomiándolo de tal modo que no podemos menos de agradecérselo y ofrecerle nuestras más exquisitas amabilidades literarias.

—

De Carlos Reyles.—Nuestro Director ha recibido una amable carta del celebrado autor de *Beba*, el que se halla actualmente algo delicado de salud, y que por prescripción médica no puede consagrarse hasta dentro de algun tiempo, á sus tareas intelectuales. En dicha carta, se adhiere con entusiasmo á nuestra propaganda, y promete su valiosa colaboración, teniendo de paso, conceptos de elogio para La Revista.

—

De Luis Berisso.—Próximamente engalanaremos las páginas de La Revista con una brillante producción perteneciente al reputado crítico argentino Luis Berisso, de quien hemos recibido una atenciosa carta ofreciéndonos su valiosa colaboración y expresándonos el efecto que le causó el primer número de nuestro periódico, el cual es, á su juicio, en extremo interesante. Dicha producción irá acompañada de un retrato del erudito publicista porteño.

—

Por falta de espacio hemos postergado la publicacion de varias producciones pertenecientes todas ellas á conocidos escritores nacionales.

Irán en el próximo número.

## BIBLIOGRÁFICAS

El pensamiento de América, por Luis Berisso, 1 volumen de 418 páginas, con retratos.

Aunque este libro no es nuevo, pues lleva algún

tiempo de publicado, nos complacemos en dedicarle una de nuestras notas, señalándolo como digno del aprecio de los aficionados á las letras.

El señor Berisso ha hecho buena obra, enalteciendo literatos y pensadores de los más distinguidos de nuestro continente.

Así continúa su loable obra de americanista entusiasta, con su clara y perfecta inteligencia del pensamiento moderno.

Sea, pues, leído su libro, y gane apreciadores para el autor y los pensadores y literatos que enaltece!

El Mercurio de América.—Revista mensual,—Buenos Aires, año III.

La Revista que dirije el distinguido escritor don Eugenio Díaz Romero, es un palenque en que prueban sus méritos los más notables representantes de la literatura americana.

Periódico muy moderno, de gran amplitud en sus colaboraciones y temas, abarca toda la literatura del continente y las manifestaciones más valiosas de la europea.

Colección Legislativa de la República Oriental del Uruguay, fundada por el Dr. Alonso Criado y continuada por Emilio Alonso Martínez.

Se ha publicado el tomo de esta utilísima colección correspondiente al año 1898. Contiene toda la legislación del Gobierno Provisorio, y numerosas ordenanzas, acordadas, y documentos de carácter legal, bien ordenados.

Los Debates.—Revista universitaria, mensual.

Hemos recibido los primeros números de la nueva serie de este periódico, en la que hacen sus primeras armas jóvenes estudiantes de nuestra Universidad. Hay en él manifestaciones muy halagüeñas de inteligencias precoces, y promesas de buenos cultores de las letras.

La Semana Médica.—Revista semanal—Buenos Aires.

Honra al cuerpo médico argentino esta publicación, en que colaboran sus más distinguidos miembros, con un caudal de ciencia y observaciones considerable.

En el último número que hemos recibido, el doctor Penna continúa sus notables lecciones clínicas sobre la fiebre amarilla, estudiando las epidemias que han asolado estos países.

# MANCHAS DE COLOR

---

## LOS DIAMANTES DE LA VIOLETA

---

Dos ranas, que abandonaban por primera vez el charco, vieron en el fondo del bosque una violeta cubierta de diamantes de rocío.

—Debe ser muy rica, pensó uno de los anfibios.

—Cuando hace tales joyas, se dijo el otro, es que ha nacido en dorada cuna.

Y no se engañaba la segunda de las ranas, porque aquella violeta, segun contó despues una mariposa, habia florecido en un rayo de sol.

—Hasta por su color, agregó la rana, se conoce que corre sangre azul en sus venas.

—¡Si yo pudiera apoderarme de sus diamantes! dijo para sus adentros la primera de las ranas, acercándose á saltos á la tímida flor, que creyó morir de espanto al divisar al verdoso anfibio.

—¿Qué intenta usted? exclamó la òtra, saliendo en defensa, aunque con miras interesadas, de la desdichada violeta.

—Pues simplemente hacerme un collar de diamantes, para la próxima noche de mis bodas; me estremezco de placer al pensar como brillarán en mi garganta, cuando la luna quiebre su luz en sus aristas.... ¿no ha soñado usted nunca, en las estrelladas noches de verano, en un

collar de luceros? pues yo sí, y le aseguro á usted que no vuelvo al charco sin esos diamantes.

—Para llegar á la violeta, tendrá usted que pasar antes por encima de un cadáver, rugió el segundo de los anfibios, poniéndose de un salto delante de la flor, y mirando á su rival con ojos fosforescentes y provocativos.

—¿Quiere usted un duelo? ¡sea! ahí, en aquella estrecha senda, diviso dos viejos sapos que podrán servirnos de testigos.

—¿Armas?

—No hay que ir muy lejos.... tenemos cerca un arbusto espinoso que nos proporcionará magníficos floretes.

—Pues concluyamos.

—Sí, y que sea el premio del vencedor....

—El corazón de la violeta.

—No, sus diamantes; un escuerzo me ha contado que las flores no tienen corazón; pero en cambio me ha ponderado la rica pedrería que hacen todas las mañanas.... ¡oh admirables joyas! yo no las había visto nunca y confieso que el escuerzo no ha exagerado.

—Bueno, no divaguemos más y concluyamos de una vez.

Los anfibios hicieron señas á los sapos, que acudieron presurosos y aceptaron el papel de testigos, y poco después se trababa un combate reñido entre las ranas, del que resultó una de ellas muerta y la otra mal herida.

Era esta última la que soñaba con collares de diamantes.

Los sapos, asustados al ver el trágico desenlace de aquel lance de honor, y sin detenerse á levantar actas de lo ocurrido huyeron hacia la maleza.

La rana herida se acercó entonces, arrastrándose penosamente, á la violeta, para arrebatarle sus joyas; pero ¡oh terrible desencanto del que corre ciego y desatentado en pos de una brillante ilusión! la flor no ostentaba ya sus hermosos diamantes...

El céfiro se los había bebido disueltos en rayos de sol.

Casimiro Prieto.

Buenos Aires, Septiembre de 1899.

# LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



CASIMIRO PRIETO

# PRIMAVERA

DEL ALBUM DE LA SEÑORITA MARÍA MARTA PEREZ BUTLER

Tú, Primavera, que eres la diosa de los retoños,
Tú que repones y reverdeces las hojas secas,
Tú que redimes de las escarchas de los otoños
Cuando del árbol penden marchitas, las ramas huecas;

Tú, que devuelves y vigorizas las perfumadas
Lumbres del iris, sobre los viejos cálices muertos,
Y cuando asoman en el Oriente las alboradas,
Yergues las hojas de los pimpollos recién abiertos;

Tú, que serenas las aguas claras, como cristales,
De los arroyos, y las corrientes de las barrancas,
Y luego tuerces las ramas duras en los sauzales
Para que besen con más donaire las ondas blancas;

Y desparramas el rubio trigo junto al tejado
Donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores,
Y se lo ofreces á las torcazas seco y dorado
Para que tejan el dulce nido de sus amores;

Tú, que en las tardes haces que crucen las rumorosas
Brisas serenas junto á las dalias mustias y ajadas,
Y, desparramas tibio perfume sobre las rosas
Para que duerman las mariposas tornasoladas;

Y das efluvios para las auras crepusculares,
Y, mientras viertes el rico pomo de tus colores,
Llenas de savia las flores rojas de los corales
Donde aleteando beben su néctar los picaflores;

Tú, que coloras en las lucientes horas tempranas
Los arco-iris, las nubes blancas y purpurinas
Cuando en el cielo resplandeciente de las mañanas
Revolotean pardas bandadas de golondrinas;

Y con susurros de brisas, dulces como aleteos,
Despiertas aves en las nocturnas horas calladas
Para que suelten las melodías de sus gorgeos
Entre el silencio de las florestas embalsamadas,

Tú, con la lumbre de tus alegres albores rojos,
Con tus reflejos y la riqueza de tus colores,
No eres tan bella ni brillas tanto como los ojos
Donde florece la primavera de mis àmores!

María Eugenia Vaz Ferreira.

# LA LITERATURA INDIA

(FRAGMENTO)

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En la Literatura India se manifiesta de un modo evidente la influencia de la naturaleza.—Las crestas del Himalaya, perdidas en los limbos del cielo, forman al Norte de aquel país admirable, un círculo inmenso; al Sur termina sus límites un río de anchura tal, que, desde una de sus orillas, no se divisa la otra,—el espejo encendido donde, cada tarde, se sumerge el sol indio, como ha dicho Michelet. — En su suelo florecen todas las clases conocidas de vegetales; erran, por entre sus montañas, y en sus bosques, todas las especies de animales feroces, y los climas varían según las localidades, como si la patria de Vyasa se hubiera creado, apropósito, para las modernas sociedades cosmopolitas.—La naturaleza prodigiosa de la India, con sus ríos como mares, con sus montañas, como espectros inconmensurables que besan, —en un beso brutal, infinito,—las nubes lejanas, ha producido la literatura «imaginativa», por excelencia, la literatura de las grandezas físicas.

Tres idiomas distintos se conocieron en la India, correspondiendo á las clases políticas, religiosas y sociales en que se dividió: el *sanscrito*, el *prakrito* y el *indostánico*.—El primero, no se habla, empleándose, solamente, en la literatura y las obras mejores de la India, que están escritas en sanscrito, que significa «perfecto».—Federico Klenker, demostró, en trabajos muy interesantes, que existían analogías evidentes entre las lenguas europeas y la lengua sacerdo-

tal de la India.—Además, un análisis prolijo del sanscrito ha comprobado que «es infinitamente más regular y más sencillo que el griego, que tiene la misma construcción gramatical y es mejor proporcionado que el italiano y que el español».—asemejándose, también, en sus raíces, á las antiguas lenguas de Persia y de Germania.—La remota antigüedad de su alfabeto, igualmente, se demuestra, teniéndose en cuenta que en la India no se han hallado jamás, ni huellas siquiera, de geroglíficos, que ha sido la manifestación primitiva del lenguaje escrito, encontrándose, en cambio, las señales de todas las variaciones en la modulación del sonido «por cincuenta letras distribuidas con un orden y una simetría admirables y divididas en vocales fundamentales, vocales líquidas ó consonantes moduladas y vocales dobles ó diptongos, distinguiéndose, además, dos asonancias finales, una que indica el sonido y otra la nasalidad, etc».—El segundo lenguaje, ó sea el *prakrito* (natural) era el que usaban las mujeres y el pueblo, en los tiempos en que el sanscrito fué la lengua privilegiada, estando más generalizado el *indostánico* que los dos anteriores y dividido en multitud de dialectos. La antigüedad de la literatura india es tan remota, que la luz de la historia casi no ha podido penetrar en las tinieblas de sus orígenes.—Los indios inscribieron en las rocas, según parece, los primeros ensayos de su inspiración, y los vestigios existentes de esas inscripciones —dice Andrés Bello— son de una antigüedad tan sorprendente que las Pirámides de Egipto, comparándolas con ellas, son creaciones de ayer.—El orígen y la formación progresiva de las literaturas orientales no se han estudiado todavía con verdadera precisión, y los sabios que dedican sus esfuerzos á esta tarea, discuten si fué la china, la india ó alguna de las semíticas la que nació primero.—Los trabajos de orientalistas tan famosos como Roth, Heeren, Colebrooke, Ward, Gœrres, Creutzer, Holwel, Langlois, Pictet, Wilkins, etc., han facilitado, no obstante, el estudio de las lenguas y de las literaturas antiguas, principalmente la de la India, la más rica, sin duda alguna, de todas ellas, y la más importante por su mérito intrinseco y por la fabulosa antigüedad que se le asigna.—Una particularidad de la literatura india que, también, ha contribuido á facilitar su estudio, es que las producciones que la forman, á diferencia de otras contemporáneas ó posteriores, fueron escritas al ser concebidas, y, por tanto, se han conservado mejor, sin que

esto nos impida creer, con Federico Shlegel, que así como á los griegos, la tradición adulteró sus obras, las de los indios hayan sufrido adiciones, falsi ficacionesy modificaciones frecuentes.

Un obstáculo serio con que han tropezado los orientalistas, en la investigación precisa de las épocas en que se produjeron algunas de las mejores obras indianas, es su cronología, confusa hasta lo increible, por la razón de que cada secta religiosa poseía una distinta de las otras y por el aglomeramiento inextricable de guarismos que encierran y que desesperan á los sabios mas entusiastas imitadores de Job.—Algunos autores dicen que la India no tiene historia, por la misma dificultad que existe en estudiar lo que ha pasado en ella; pero esto no es cierto, pues una prueba de que posee historia son los grandes poemas y otras obras, así como las inscripciones de las rocas, que hoy se conocen.—Más exacto sería decir sencillamente, que se ignora su historia.—Otros autores, sin embargo, se creen habilitados para dividir su historia literaria, al menos, en tres èpocas principales.—Al primer período pertenecerían, según esa opinión, los *Vedas*, y demás obras más ó menos relacionadas con ellos; al segundo, todos los sistemas filosóficos anteriores al Vedanta, el *Ramayana* y simples bosquejos de algunas Puranas; al tercero, las obras atribuidas á Vyasa, el *Mahabarata*, la filosofía vedanta y diez y ocho Puranas. —También en esta època sería cuando Kalidasa y otros escritores recogieron las tradiciones antiguas dándolas á conocer en forma dramática.—Según opinan distinguidos orientalistas, los *Vedas* se suponen escritos cinco mil años antes de nuestra era; otros les atribuyen mayor antigüedad, y Heeren, sin precisar época, está de acuerdo en decir que los Vedas son anteriores á todas las producciones de los indios.—Las obras de la segunda epoca, y, sobre todo, lo relativo á las Puranas, han sido muy adulteradas y es casi imposible asignarles un origen verdadero.—La tercera època es la edad de oro de lo literatura india.

En cuanto á la invención de la poesía y del ritmo, la mitología indiana refiere su origen, concordante en un todo, como lo hace notar Shlegel, con el espíritu de semejante poesia.—El *Ramayana*, uno de los dos grandes poemas de la India, que más adelante estudiaremos, nos dice que un día dos pajarillos que vivian unidos y felices, entregados á las expansiones del amor, en la soledad de un bosque, fueron vistos por Valmiki en el mo-

mento mismo en que el macho sucumbia, degollado por una mano bárbara.—En presencia de esto, Valmiki, embargado de dolor y compasión, por las quejas inconsolables de la hembra abandonada, pronunció cadenciosas palabras, llenas de dulzura y de tristeza, naciendo de esta manera la elegía y el dístico indiano ó *shokla*.—Orígen tan bello y espontáneo no tiene otra poesía antigua, como tampoco el mérito de haberse formado á causa de los nobles sentimientos que inspira la desgracia irremediable de animales indefensos. Casi todas las producciones indias están concebidas en forma poética, desde la sencilla elegía hasta la severa sentencia dogmática, diferenciándose el dístico de los indios del de los griegos por una simetría rigurosamente armónica.—La versificación es métrica como en los latinos y rítmica como en los nuestros, sin caer su poesía en los errores escolásticos ni en las extravagancias de las composiciones chinas, consistiendo el ritmo de ella, como entre los griegos, en la alternación de sílabas largas y cortas.—Los indios conocen, también, otras clases de rima, una que cae sobre las sílabas ó sobre las letras iniciales y otra sobre las sílabas y letras intermedias, siendo la primera de estas formas la misma que se usaba en la versificación propia de los países al Norte de Europa y que se denomina «aliteración».—La *shokla*, el dístico indiano, se distingue, además, como lo observa Schlegel, porque su estructura especial le da un carácter de sencillez y de dignidad, unido á una expresión insólita de tranquilidad sublime que conviene singularmente con esas tradiciones, pensamientos y símbolos de un mundo primitivo que ha perecido.

Teniendo en cuenta el origen elegiaco de la poesia indiana no es de extrañarse que se haya caracterizado por la tonalidad de melancolía y de tristeza que en ella se nota.—Además, la poesía de los indios nos revela las incertidumbres, la falta de estabilidad de su existencia, la miserable situación que les imponia su dogma.—«Nuestros dias huyen—leemos en el Ramayana—y el aliento de vida de todos los seres es como un leve vapor de estío, que se levanta en la atmósfera atraido por los rayos del Sol: como la gota de rocio tiembla sobre la hoja del loto, así la dicha terrenal vacila y á cada instante amenaza caer».—En efecto; la religión ejercía sobre toda la raza india una influencia letal.—El alma, encarnada en un cuerpo humano, expiaba sus delitos, verdaderos ó posibles, hasta que, puri-

ficándose en la tierra, convertida de este modo en una especie de «infierno cristiano», subía al cielo, donde se le reservaban las delicias paradisiacas de la vida eterna. —La tierra, pues, se consideraba como un punto de tránsito en el largo trayecto de la existencia brahmánica, y la poesía india nos demuestra todo lo que sufría el pueblo, anhelando siempre la muerte para vivir mejor y no padecer más.—La diferencia del carácter religioso de los griegos y los indios es notable.—Mientras que para los griegos, el mundo futuro como lo dice Shlegel, no es sino el fondo obscuro de un presente puramente sensitivo, que pasa en medio de los más suaver goces,—entre los indios la certidumbre de una vida futura llega á ser casi la realidad y lo positivo.—Charles ha dicho perfectamente que la mitología indiana es el espíritu que ha vivificado las geniales producciones indianas y, al leerlas, parece que penetramos en las cavernas de Elora, templo subterráneo, abierto á fuerza de enorme trabajo, santuario formado por dieciseis [illegible] [illegible], tapizados de pequeños ornamentos y cubiertos de imágenes colosales, donde se ven, como en germen, las diversas modificaciones que el Egipto, la Persia, la Grecia, hicieron después al Arte.—¡admirable enigma que la vista no puede descifrar, tan asombroso es el lujo inaudito de columnas y pilastras en que los rayos del sol vienen á jugar con la sombra!

La poesía india—es, en general, sencilla.—En ella no encontramos las invenciones fantásticas que han caracterizado á otras literaturas, apesar de que las ideas que la han inspirado son, muchas veces, ridículas ó exageradas, por causa de la influencia religiosa que supeditaba la vida de los indios á caprichosas voluntades sobrenaturales.-Su razón (*buddhy*) era el dogma divino y su criterio era el criterio eventual de innumerables dioses.—Como dijimos al principio de estos estudios, la naturaleza pintoresca de la India, influyó, también, en su literatura, llena de grandeza, de fuego y de imaginación.—Las formas gigantescas de su naturaleza exuberante originan las figuras, igualmente gigantescas, que admiramos en su literatura, ó, mejor dicho, en su poesía.—Pero, esto no obsta para que el estilo de esas producciones, sea, lo repetimos, de una sencillez casi absoluta.—Efectivamente, el lenguaje usado por los poetas indios es casi siempre natural, espontáneo, fluido, sin ornamentos inútiles, sóbrio y preciso en el epiteto.—Hay exuberancia en la imaginación, no en los pensamientos, ni

en las palabras — dice un ilustre escritor italiano,— y hasta forma singular contraste la inmensidad de la fábula con una expresión lánguida y bien ordenada.— Como lo hace notar el alemán Shlegel, lo que más deleita en la poesía indiana es el sentimiento delicado por la soledad y el mundo vejetal, animado en todas sus partes, que se presenta tan atrayente en el poema dramático la *Sakountala*, y los rasgos de dulzura y fidelidad de las mujeres.—Una moral alta y severa, impuesta por su propia religión, revela la poesía de los indios.— El carácter de este pueblo tan bondadoso como austero, siempre que su conciencia, «el ojo del corazón», como la llaman, les señala el cumplimiento de un deber, se manifiesta, sobre todo, en las mujeres que profesan un culto casi místico á sus honestas obligaciones de tales. —Promesas de amor de una mujer india, son promesas invariables, y hasta después de muerto el esposo, conservan sin mengua el respeto á la fidelidad conyugal, y su abnegación llega hasta el punto de hacer el sacrificio de su vida para «reunirse en el cielo» con el único hombre preferido de su corazón.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Julio María Sosa.

---

# PONTIFICAL

A mi querido poeta amigo
Julio Herrera y Reissig

¡Repiquetean los seis campanarios
el Carnaval de sus pascuas floridas!

Palmas y olivos de paz y orquídeas,
iris de amor de los pétalos lilas
de los nenúfares, tejen los regios
sobrepellises del Arca de Asiria—

Amarillea el marfil del relieve
en los estucos de esmalte y de mica
del tabernáculo santo.—¡Las rosas
sangran su sangre en las copas pulidas!

Coro de voces de bocas angélicas
pule el cristal de las raras antífonas
y en los armonios y en los violoncelos
las aleluyas alegran sus risas—

Van entre estolas y capas pluviales
las elegidas de reino, las ricas
cajas de sándalo y palo de rosa
donde Morcaz y Plessys se confirman.

Carlos Morice y Reguier bajo el palio,
de raso persa y de sedas egipcias,
son la magnífica flor de holocausto
sacrificada á la Diosa Harmonia—

Viste la veste talar del acólito
y orla de mirtos su clásica lira,
Le Cordonnel, el histérico loco,
¡ebrio divino en la roja vendimia!

Sobre el coral y el rubí de las naves,
pintan sus símbolos los simbolistas
y el bello Heredia cincela su heráldica
decadentista.

Bailan en rueda las rubias bacantes;
saltan los sátiros; riman las liras;
suenan los seis campanarios sus kyries,
y arde el altar bajo el sol de las mitras—

Cincelador de los ídolos nuevos
el Gran Verlaine versifica su epístola,
y en el misal de sus *Fiestas Galantes*
reza el Profeta sus cien profecías.

La hora de orar dá el reloj del apóstol,
la hora de orar la oración pontificia;
y la inicial procesión de novicios
canta el ritual de la azul letanía.

Moscas de luz de benjuí y cinamomo
zumban los jiros que el verso acaricia,
y en el vidrial ojival de las cúpulas
beben la miel de las místicas misas.

Llenas de incienso se besan las becas
que las modernas parábolas riman
bajo las naves del griego cenáculo
donde se ofrecen las santas primicias.

Sobre el altar de mosaico de mármol
queda un triunfal florilegio de ninfas,
¡ecos del salmo del Libro Evangélico!
¡anunciación de los nuevos Mesías!

Vidal Eelo.

# DE MI CARTERA

---

Los hombres que algo valen por el cumplimiento estricto y desinteresado del deber, atribuyen más valor al cumplimiento del deber, que á los éxitos, á menudo ciegos, de la fortuna.

—

A muchos escritores les pasa lo que á la luna, que se ven grandes á lo lejos, cuando aparecen en el horizonte, y pequeños cuando por su mal ascienden y se acercan á nosotros.

—

A veces me devano los sesos para alcanzar el porqué escritores que no pagan derechos de importación en las aduanas del pensamiento—sandías verdes que no suenan por más que se las apriete y estruje—tienen quien los apadrine y recomiende. Y con frecuencia también me calmo pensando que, según el testimonio de Estobeo, la fiebre mereció los elogios de Agripina.

—

Todo progresa y camina hacia adelante, confundido en un vértigo arrollador: hasta las instituciones llamadas retrógradas; hasta el calumniado cangrejo, cuando lo quiere; hasta los pájaros, que tienen las rodillas para atrás.

—

¿Qué fuerza superior á nosotros mismos nos mueve á despedazarnos al dia siguiente de reconocernos cuali-

dades? Cuando medito con tristeza en estas cosas, es para convencerme más cada vez de que la anarquía es nuestro mal, y un gran mal que en día no lejano será quizás el origen de nuestra disolución y de nuestra ruina, como es hoy la causa de nuestro propio descrédito. Pensar en estas cosas es resolverlas: no se fundan nacionalidades sin alguna dosis de patriotismo, y no hay patriotismo sin templanza y transigencia generosas y sin la unión, que hace el esfuerzo fecundo.

—

Los escritorzuelos que quieren á un tiempo ocultar el rabo y conmover el mundo, parecen no tener presente el hecho de que los piojos mueren al trasponer la línea.

—

No sé si es Martínez Villergas quien ha dicho que hay hombres que en materia de ideas no tienen sexo. No lo dudo. Lo que no creo es que haya hombres que en punto de sexo no tengan ideas...

—

Pasada la estación de los amores—observan los naturalistas—la tortuga macho abandona á la compañera, á la cual parecía tener un entrañable cariño. ¡Gracias á Dios, semejantes niñerías son propias y exclusivas de la tortuga!

—

Obsérvase frecuentemente en la historia literaria y política de las naciones, que á la muerte de los varones dignos de la admiración pública, otros corazones heredan su nobleza y otros cerebros vigorosos su virilidad. Con ellos acontece lo que en la naturaleza con el Sol, que después de ocultarse en Occidente, alumbra á la tierra por intermedio de otros astros.

—

Terminada la lucha, los soberbios triunfadores de la antigua Roma, escuchaban el grito valiente de *cave ne cadas* (cuidado, no caigas!) Si al oido de los jóvenes que revelan talento se hiciera vibrar como chasquido ese grito viril, no tendríamos que lamentar tanta inteligencia perdida, tanto ingenio esterilizado por prematuras alabanzas.

—

El estilo remontado y florido es fácil, facilísimo, para los que no tienen nada que decir, sino lucir una vagueación etérea: no lo és tanto para los que tienen que ascender con la fardа pesada de innúmeros pensa-

mientos. Diríase que estos últimos necesitan á la vez la ligereza sutil de las ondinas y las fuerzas poderosas del Hércules legendario.

—

Para ser útil á un país, no basta ser bueno, no basta ser ilustrado, no basta ser sincero, por muy extraño que esto último parezca. Para ser útil un ciudadano á su país, se necesita entre ambos la estrecha, la íntima correspondencia que se establece siempre entre la semilla que se siembra y la tierra que cariñosamente la envuelve y la fecunda.

—

Hay escritores que, como no sea en las alas, se parecen en todo á las moscas: en lo insignificantes, en lo incómodos y hasta en las muestras que dejan frecuentemente en escaparates y vidrieras.

—

Un argumento más á favor del origen divino del hombre: Los indios m'bayas se creían la nación más noble del mundo, la más generosa, la más fiel á su palabra y la más valiente.

—

Era costumbre, y costumbre que contribuía á arraigar más cada día el interés privado de nuestros antepasados, la de recomendar vivamente los vendedores de negros esclavos á los compradores de ellos, por sus excelentes condiciones de carácter, sus hábitos morales y de trabajo y por virtudes sin cuento que los adornaban. Y cuentan nuestras crónicas que en cierta ocasión aturdía á un comprador el propietario al venderle un negro ladino, de quien decía: ni come pan, ni dulces, ni fuma, ni toma vino. A lo que el esclavo, temeroso de ser oído y castigado, pero fiel revelador de la verdad, respondía por lo bajo, mascullando las palabras: *porque nun dan, mi amito, porque nun dan....* Así, exactamente, son muchos independientes de mi tierra, que no darían otra explicación de sus pujos de independencia y de altanera virtud, si tuvieran ellos, los impostores, la ruda y ejemplar franqueza del negro esclavo de mi cuento.

Carlos Martínez Vigil.

# "NIGRO NOTANDA LAPIDO"

Nada hay fijo en esta vida fugaz; ni dolor infinito, ni alegría eterna, ni impresión permanente, ni entusiasmo duradero, ni resolución elevada que pueda persistir la vida entera!

*Schopenhauer.*

## I

Era una tarde helada. Una de esas tardes de principio de invierno, ventosa, turbia, triste y en las que parece una verdadera necesidad su muerte.

El cementerio había tramutado su aspecto. Aquella faz que presentaba en las tibias mañanas primaverales en las ardorosas horas de las tardes de estío, presentándolo á la vista unicamente como un jardín, un parque público, había indudablemente cambiado con la tarde descolorida y de contraria estación. Ahora ofrecía un cariz más natural, ménos hipócrita; había desaparecido el disfraz junto con la poesía, para quedar desnudo lo tètrico, lo espantable y repulsivo; esa comparsa negra y amarillenta, esos pensamientos cetrinos que rondan á la muerte, como un enjambre zumbador y volante.

Al fondo de la necrópolis, el mar encrespado vapuleaba estruendosamente los riscos de la costa, y de ahí hasta los desolados viales y sinuosos camineros enarenados, llegaban de rato en rato; traídos por el viento desatado, roncos bramidos, que luego se apa-

gaban de pronto, casi bruscamente; un ruido potente, poco durable, seco, así como intermitentes y violentos saldrapazos.

La tarde moría. Un sol decrépito, sin fuerzas, se escondía tras el horizonte, dejando un estrato de amapola como una disforme faja que se empapara en las iodadas y turbulentas ondas del estuario, y arriba, sobre el firmamento, un [illegible], una indescriptible confusión producida por livianos celajes de nácar, cintajos de amarillo de oro, guedejas violáceas y purpúreas y encendidos arreboles de un rojo de brasa, ó de llama de fragua... Los rayos [illegible] producían en la cima de las triangulares copas de los cipreses [illegible] una aureola [illegible]. Varias chapas metálicas y [illegible] exhalaban, al herirlas el sol marchito, débiles [illegible]zos. Los chorros colgantes de hojas esmaltadas, de una hiedra que trepaba cariñosamente á un muro medio destruido, brillaban [illegible]. Y haciéndole [illegible] dir una [illegible] lívida [illegible], [illegible] ban [illegible] la tapa [illegible] un mísero [illegible] colocado sobre la lápida de [illegible] nicho...

[illegible] que moría, [illegible] que [illegible] sentido [illegible] tando [illegible] lustre [illegible] ficie [illegible] obelisco, en el cual se encontraba [illegible] amarillo.

[illegible] tumba [illegible] allí, á [illegible] cia de [illegible] la vuelta ó [illegible] codo [illegible] por un [illegible] á ambos [illegible] dos [illegible] plantas. [illegible] ni un [illegible] ó [illegible] mano. Sólo el trazo de [illegible] el cual se encontraba impreso [illegible] quizá [illegible] viso de [illegible] la sencillez que [illegible] minaba.

Nada humano, viviente, había alrededor. Una [illegible] inrasa [illegible] un abandono intenso, se había apoderado del triste sitio.

El [illegible] crecía en intensidad á cada [illegible] transcurrido, trayendo en sus alas la aroma [illegible] que [illegible] vapores de [illegible] piando [illegible] la [illegible] un [illegible] ciprés de tronco polvoriento. Sentíase [illegible] desfalleciente tañido.

La [illegible] estaba casi igual que el pasado año y [illegible] algo parecía subsanar la ausencia de recuerdos.

[illegible]ientras allá sobre el empa[illegible] y dentro del [illegible] de herrajes de plu[illegible], los [illegible] y vibr[illegible] debían [illegible] infaliblemente al contenido, afuera, [illegible] á la luz del mundo, [illegible] un progreso: [illegible] habían crecido y [illegible]

[illegible]

[illegible] ya en [illegible] de [illegible]
[illegible] de [illegible].

[illegible]die en [illegible] se había [illegible] de visitar, ni [illegible] distinguir una [illegible] de la pobre muerta. [illegible] comenzado [illegible] el olvido, la glacial indiferencia; [illegible] cesado ya los [illegible], los ag[illegible] dolores, las desconsolaciones [illegible] momento de la pérdida. Y [illegible], contra[illegible] te [illegible] aniversario pasado, en que se hallaba preñado de

tributos rendidos al cariño no apagado, estaba completamente vacía de recuerdos. Nada, nada había sobre la loza, antes presionada por el peso de tanta corona, de matices de flores naturales que vaciaban en el aire, sus efluvios embriagadores. Ahora, nada, nada existía á esceptuar algunas ramitas, hojas y cápsulas secas, caídas ya sin vida de los árboles próximos, y que descansaban sobre la superficie descarnada, rasa completamente.

Carlos H. Mata.

(*Continuará*).

---

# AVES SIN NIDO

Aves sin nido son las que en la vida
El techo de su hogar no las cobija,
Y vagan por el mundo como sombras,
Aquí y allá, sin residencia fija.

Son las almas sufrientes cuyo vuelo
Las eleva muy lejos de la tierra,
Creyendo hallar en el azul del cielo
La ansiada paz, tras de la estéril guerra,

Volviendo á su pesar decepcionadas,
De los espacios en que ruje el trueno
A llamar con el ala, fatigadas,
En los cristales del hogar ajeno!

Aída Parodi Uriarte.

# GURÍ

## I

En un día de gran sol,—de ese gran sol de Enero que dora los pajonales y reverbera sobre la gramilla seca y amarillenta de la dilatada loma caldeada y agrietada por el estío,—un paisanito viajaba á caballo y solo por el tortuoso y mal diseñado camino que conduce de Lazcano á Treinta y Tres. El chambergo de anchas alas y barboquejo de seda negra que caía sobre el labio superior, semi ocultaba el rostro moreno. Llevaba,—á manera de golilla,—amplio pañuelo blanco, formando un triángulo que flotaba en la espalda por encima del poncho de verano de rayas grises sobre fondo marrón. Veíanse luego, la bombacha de merino negro, y las botas charoladas, de punta angosta y tacón alto. Montaba el mozo un alazán criollo, pequeño, nervioso: uno de esos últimos representantes de la noble raza arábiga implantada por los españoles y hoy casi perdida, merced á la incuria nativa; uno de esos valientes animales de remos delgados y encuentro recio, sobre cuyos lomos se galopan treinta leguas y se ensillan frescos, al día siguiente, después de haber pasado la noche en la intemperie, pellizcando malas yerbas en prados ruines. Lo que del arnés se notaba, hacía presumir aliño y prolijidad; riendas, cabezadas, bozal y cabestro de cuero crudo con argollas y «pasadores» de plata; de plata también los estribos de campana y las cabeceras del «recado».

Serían las dos de la tarde. El sol,—pasando sus rayos á través de una atmósfera enrarecida,—pesaba sobre el campo como un toldo de fuego. La tranquilidad del viajero denotaba el hombre acostumbrado á las contrariedades que impone nuestra atrasadísima campaña.

De rato en rato, levantando la vista, escudriñaba las dilatadas cuchillas, sobre cuyos lomos solía verse el blanco edificio de una Estancia, roleada de álamos, mimbres ó eucaliptus, ó el pequeño rancho, aplastado y negro, de algún gaucho pobre. Unos cerca, otros lejos, muchos apenas visibles, él los distinguía sin largo examen, y se decía mentalmente el nombre del propietario, agregando una palabra, ó una frase concisa que en cierto modo definía al aludido: «Peña, el gallego pulpero; Medeiros, un brasileño ladrón de ovejas; el pardo Anselmo; don Brígido, que tenía orejas como baba de loco; más allá, el canario River, el de las mozas lindas y los perros bravos»... Y de tal modo, evocando recuerdos, seguía al trote por las lomas solitarias. Las haciendas, aglomeradas en los bajíos, pacían buscando sombra, y sólo divisábase en las alturas algún grupo de ovejas, acurrucadas, formando círculo, con las cabezas bajas, blancas é inmóviles como un peñasco. Allí donde la chirca,—antigua y feraz dominadora de las colinas,—había desaparecido al golpe de los molares ovinos, la flechilla, con sus hilos delgados, saltando hojas y zanjas, cuevas y sendas, cubría grandes zonas de superficie convexa y uniforme, semejante á dorado campo de trigo que la luz meridiana hacía brillar arrancándole hermosas irradiaciones. No se columbraba ningún viajero en todo lo largo de aquel camino, de suyo poco frecuentado, y con mayor motivo en las horas de la siesta; en esa hora de profundo sopor y de obligado descanso para hombres y para bestias. Apenas si, de lejos en lejos, divisábase por los campos, uno que otro muchacho que al trote lento de su petizo «maceta», andaba á caza de huevos de ñandú, mientras vigilaba el rebaño, ó recorría los llanos en procura de posibles animales muertos. En los miserables ranchos, negros y derruidos,—que atestiguaban la pobreza y la desidia de sus moradores, incapaces de enderezar el horcón torcido y reponer la paja arrebatada por los vientos,—notábase el mismo silencio triste, abrumador, de comarca desierta, de propiedad abandonada. Cerca del camino se seguían no pocas de esas miserables viviendas, en cuyos galpones mal techados con ramas de mataojo, los hombres,—tirados boca abajo, sobre caronas y cojinillos, y con el saco echado sobre la cabeza,—roncaban rodeados de perros que dormían gruñendo. Al lado, algún flaco jamelgo, con el cuello estirado y las bridas caídas, plumereaba sin causa con la cola abrojienta y golpeaba el suelo, ora con una

# LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



JAVIER DE VIANA

mano, ora con una pata, acosado por las moscas, los tábanos, los mosquitos y los jejenes.

El viajero continuaba su marcha, al trote pausado de su cabalgadura, ya bastante sudorosa, mirando á intervalos la altura del sol para calcular la hora, y demostrando profunda indiferencia por los maravillosos paisajes que se desarrollaban á su vista. No merecían una mirada suya el extenso llano verde salpicado de blancas rosadas y amarillas florecitas de miquichí, ni las lucientes lomas que corren paralelas á uno y otro lado del camino, ni la cinta obscura y vaga, interrumpida á trechos, que diseñaba los *Corrales*, ya cercanos, ni la otra cinta más ancha y más negra del *Olimar*, columbrado en partes, ni allá, más lejos, cortando el inmenso horizonte, las puntas grises, vaporosas, apenas esfumadas de las *Asperezas del Yerbal* y de la cerraína de *Lago*. Menos aún, llamaban su atención el cielo azul, diáfano y puro, la atmósfera caldeada, los rayos solares que al reverberar en las cuchillas producían como un vapor movible y brillante, semejando miriadas de insectos que ajitaran sin cesar sus élitros lucientes. Salía solo de su abstración para emitir juicio mental sobre el estado de las pasturas del campo que cruzaba; sobre la gordura de la res que rumiaba á orillas del camino, espantando sabandijas con el borlón de la cola, y sobre las buenas ó malas cualidades del potro que á su aproximación corria bufando, aplanadas las orejas, enarcado el cuello y flotantes las largas crines incultas. Después tornaba á sumerjirse en un mar de pequeños recuerdos insignificantes, vagos y descoloridos, un arroyuelo de agua insípida, que corre mansa y sin rumores, esos mil *nadas* que se agrupan en la mente, en instantes de lasitud, y vuelan como trozos de papel, elevados y arrastrados por el viento. En ocasiones, una bandada de ñanduces, que picoteaban en el llano, ó una pareja de venados que á la distancia, levantando la cabeza por sobre las chircas, lo miraban atentamente, dispuestos á emprender la fuga al primer signo de hostilidad,—despertaban en el viajero los poderosos instintos de cazador nativo, haciéndole pensar en las «boleadoras» que, con el trote del caballo, golpeaban el ala del «recado». Y tan imperiosos eran esos deseos que de buena gana hubiera él ensayado un «tiro de bolas» en el largo cuello de un «charavon» ó en los finos remos de un gamo, si no hubiese sido imperdonable imprudencia en un gaucho de raza, dar á su flete una corrida

en horas semejantes. ¡Si hubiera sido más de mañana ó más de tarde! ..... Rápidamente dominado aquel impulso, el joven viajero tornó á hundirse en su habitual indiferencia, dando á su espíritu la quietud melancólica de las «lagunas cortadas», de esas lagunas obscuras que duermen entre el boscage y solo despiertan con el latigazo de iracunda borrasca, cuando el caudal de los arroyos, rebozando las cuencas, brama orgulloso; y entonces, sorprendida en su sosiego, la laguna se hincha. se alza, domina á las barrancas y por entre los troncos, las ramas y las zarzas, por encima de las yerbas y la hojarasca, se precipita en la llanura en chorros inmensos de furioso y mujidor empuje; luego, cuando la borrasca ha pasado, vuelve lentamente, muy lentamente á su cauce sombrío. donde torna á la vida apacible entre el boscage impenetrable á los rayos del sol: asi, suele á menudo ser el alma del gaucho.

Javier de Viana.

---

## ALMAVIVA

A José M. Dela Hanty

Al fin solos!

Y en un abrazo inmenso se confundieron aquellos dos séres, que habian nacido para amarse eternamente, para estar siempre unidos, para gozar juntos las delicias de esta existencia terrenal, hasta el dia de la muerte en que las dos almas volarian al paraíso.

Como se amaban!

Ella, vencida, sin fuerzas, reclinaba la cabeza en el hombro gallardo de su esposo, en un abandono de si misma como flor lozana que se apoya en un tallo próximo.

¡Cuán bella estaba, cubierto el airoso cuerpo por el albo vestido de desposada!

El velo caído, arrollado sobre el cuello, las flores

de azahar que resaltaban sobre el ébano del cabello, desprendiéndose una á una, antes que la flor más preciada cayera hecha girones, destrozada por la mas sublime de las felicidades!

[illegible] maban en el olvido de sus propias personalidades hasta convertirse en dos llamas que se besan, en dos [illegible] que confunden sus brillos de sangre, en dos [illegible] que se juntan y ruedan por el espacio infinito [illegible] muy lejos, donde no arriba el pensamiento humano!

[illegible] *amplesso é a suon di baci*, estremecidos, frenéticos, [illegible] miraban sin verse, juntos, muy juntos los rostros, [illegible] sus alientos un solo aroma, [illegible], sus deseos un solo deseo que retardaban [illegible] desprenderse un instante, por no volver á la realidad un momento tan solo.

—[illegible] solos!—pronunciaba él pausadamente con voz [illegible] como brisa meridiana.

—[illegible]... ven... amor mio—decía ella, la virgen amante, [illegible] encontrar otra expresión que más bien reflejara su estado de ánimo.

[illegible] sensación de cansancio en el brazo con que sostenía [illegible] de su esposa, le hizo volver á la realidad de la vida. Recorrió la vista por la estancia [illegible] iluminada, y la detuvo ante un gran espejo que reflejaba el artístico cuadro que formaban.

¡[illegible] pálida estaba su Carmen gentil! Los ojos entornados dejaban escapar un brillo metálico al través de [illegible] pestañas, las hermosas facciones [illegible] por una sonrisa celestial, casi dolorosa, y la boca [illegible] que lanzaba ténuemente un hálito dulce, [illegible] que decía cada vez más despacio:

—Ven... ven... amor mio...

[illegible] le pareció que la voz se había alejado. Un [illegible] raro recorrió todo su cuerpo. La imagen de su esposa había desaparecido del espejo.

¿Sería juguete de su imaginación calenturienta? ¿Sería ilusión de su vista debilitada?

El [illegible] cuerpo que antes sostenía, habíase deslizado [illegible] sobre la alfombra sin que él lo notara. [illegible] recostada, conservando el mismo brillo en los ojos al través de los párpados entornados, la misma sonrisa de *[illegible] dolorosa*, y los labios entreabiertos que parecían decir todavía: Ven... ven amor mio—dejaban entrever una gota de sangre cerca de una de las comisuras.

Muerta de un accidente natural, quizá de amor, momentos antes que la flor más preciada...!

* * *

Todos los deseos del pobre loco se habían resumido en tener ante sí el espejo que había reflejado los *últimos suspiros* de la bella esposa virgen.

Creía verla cerca de la superficie pavimentada, diáfana como la luna en pleno día, envuelta en blanco cendal flotante, con la cabellera suelta en ondulantes rizos, salpicados de flores de azahar; la veía que se alejaba poco á poco, que le llamaba con las manos tendidas, con los labios que pronunciaban imperceptiblemente: ven... ven... amor mío—hasta perderse de su vista á lo lejos, en el fondo del cristal.

Y en su cerebro alterado volvía á renovarse aquella ficción que era su vida que le era necesaria porque algunas veces el sufrimiento del recuerdo consuela más que el olvido de una desgracia pasada.

El pobre amante, obcecado en la idea fija de que Carmen lo llamaba, martirizaba su cerebro tratando de adivinar si era realidad ó nó, lo que él veía á cada instante en el vidrio de su espejo.

Cierta vez que lo llevaron al jardín para que se distrajera un poco de su obsesión permanente, estuvo á punto de arrojarse á un pozo, porque allí también había visto la imagen de su esposa que le llamaba desde una región transparente, en lo más profundo, *más allá* del agua.

Desde entonces le encerraron en un mirador altísimo que dominaba la ciudad. Allí, la mayor parte del tiempo, lo pasaba buscando el espejo, que era su consuelo; pero en vano, los médicos habían querido curarle quitándole lo que ellos creían la principal causa de su locura: el espejo; siendo así que la causa se escondía en lo más profundo de su corazón, en una región ignota, *más allá* del alma.

Después de haber pasado muchos días de cama postrado por una anemia cerebral, el desgraciado loco hallose más fuerte orgánicamente, aunque su espíritu vagaba todavía por el país de las quimeras y en su cerebro reinaba una *penumbra de ideas* casi completa.

Ya no recordaba su pasado y tampoco notaba la falta de su espejo.

En aquella estancia donde no llegaban los ruidos

exteriores, el pobre inconsciente era feliz. Su pensamiento no se ejercitaba en ninguna idea fija y no producia ninguna armonía, lo mismo que un piano que es tocado al acaso por una mano inexperta.

Estaba solo. Ocurrióseie levantarse del lecho. Se vistió apenas y paseóse largo rato por la habitación.

De pronto se detuvo ante la ventana de grandes cristales. La idea de que era el espejo comenzó á germinar en su cerebro enfermo. No podia ser otra cosa: el brillo del vidrio logró afirmarlo en el error en que se hallaba sumido y más se engañó aún, al notar un fondo gris que lo formaba una espesa neblina que habia fuera.

Y la obsesión que tanto lo había martirizado comenzó de nuevo su tarea, encontrando esta vez en el estado debil del pobre anémico, fertil campo donde sembrar su malhadado fruto.

Aquella ventana con sus grandes cristales no podia ser otra cosa que el querido espejo. Si, que era el espejo. Casi en la superficie del vidrio apareció una manchita blanca que se fué agrandando á medida que se ahondaba y no tardó en reconocer á su bella Cármen, su esposa divina que lo llamaba dulcemente: ven..... ven amor mio....

Avanzó un poco. Si, le llamaban, lo oia claramente: ven.... ven... Y como se alejaba la voz! La veia pálida, suelto el cabello, envuelta en su blanco cendal flotante, que se iba, se iba.... para siempre..... ¡Para siempre!

Ven.... ven.... Se aproximó á la ventana hasta tocar el vidrio con la frente. El frio del cristal le hizo figurar que las manos de la muerta le oprimian la cabeza atrayéndole fuertemente hácia el paraiso donde moraba su amada.

—Ven.... ven... Alzó la vista y *vió* que se alejaba la imágen, y desaparecia en el *fondo*, muy lejos...

Se iba para siempre.

¡Para siempre! ¿Porqué no ir? ¿Quién le detenía?

Hizo un esfuerzo sobrehumano y de un salto se lanzó al espacio.

Las dos almas se habían juntado *para siempre en el fondo del espejo.*

Otto Miguel Cione.

# KARA KOUTIÉ

## LEYENDA DELAWARE (AMÉRICA DEL NORTE)

### III

War-houp! War-houp! Escucha Moyamea
Mi guerrera canción,
Los triunfos que en la senda de la guerra
He conquistado yo!

War-houp! War-houp! La gente Delaware
Me llama el Gran Castor,
Soy *sachem* en mi tribu, y nadie iguala
Mi fuerza y mi valor.

War houp! War houp! Al fuego del Consejo
Senteme siempre yo,
Y en él, fumando mi *oppogam* de guerra,
Siguiese mi opinión.

He cazado el bisonte en las praderas:
Y el pato nadador
No zabulle mejor en nuestros ríos
Cuando pesco el salmón.

Del oso gris el espantoso abrazo
No me infunde pavor,
Que en lucha, cuerpo á cuerpo, el duro cráneo
Mi *tomahawk* le hundió.

La marta azul, las ratas almizcladas
Aun llenan mi zurrón,
Y al *pecarí* atravieso con la flecha
De mi arco vibrador.

Mi *mackinaw* es piel de lobo rojo,
Mi *mocasín* de hurón,
Mi *chifle* hueso de un guerrero pálido
Que á mis manos murió.

War houp! War houp! Mi grito de combate,
Del piel blanca terror,
En la margen del Erie y del Ontario
Tremendo resonó.

Contra los hombres de cuchillo largo
Alzose mi nación.
Y valiente *piel-roja* entre sus filas
Su hueste me contó.

Durante muchas *lunas*, denodado,
He combatido yo
Del Este en las fronteras, deteniendo
Al pálido invasor.

Veinte veces las llamas del incendió
Voraz, azolador,
Hice alzar sobre el techo de los blancos
Con ímpetu feroz.

Astuto como el zorro ceniciento,
Eterno en mi rencor,
Sus lacias y sangrientas cabelleras
Colgué á mi cinturón.

War houp! War houp! He visto aterradora
La muerte en mi redor,
Mas nunca en el peligro de la lucha
Tembló mi corazón.

Adriano M. Aguiar.

(*Continuará.*)

# HOJEANDO «LA REVISTA»

Á Julio Herrera y Reissig.

## I

Estoy de prisa; debo estudiar cuanto antes la lección de Derecho Civil.

Al lado de este libro abierto, tengo La Revista.

¡Qué tentación!...

Lucho con el deber y el deseo.

El deber enérgico, inexorable, me impone el estudio del *contrato;* el deseo, curioso, apasionado, me induce á leer una composición.

¿Tiene derecho á ser atendida la obligación ó el deseo?—me digo—; y en la perplejidad para hallar una justa respuesta, pienso: soy pobre, abandonado de la fortuna; necesito estudiar para poder vivir; no puedo distraerme; la ley del trabajo me lo impide.

Esto me entristece; se me hace esta vida un castigo...

Y ahora, que estoy triste, ¿cómo haré para disipar esa niebla pesarosa que enturbia mi existencia?

Acudir á la lectura de La Revista.

En las expansiones del espíritu, éste se sustrae de la terrenal envoltura, para contemplarla y admirar su hermosura ó desdeñar su fealdad.

Jugando uno con sí mismo, se distrae.

El deber se aleja. El deseo triunfó.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

## II

He hojeado ya La Revista.

¡Cadencias de rimas, colores de cosas, suspiros de almas, pesares, alegrías; expresiones amorosas, tintes esmeraldinos en séres que anhelan; lujo, exhuberancia de ideas, frases grandilocuentes llenas de matiz; imaginaciones ornadas de pensamientos, que son destellos de pedrería, luces, sombras, líneas, formas, notas, ritmos armónicos, melodías, bellezas, mujeres, donceles, erudición, poesía; todo hay allí!

¡Qué dulce ensueño! —Pero... y la lección?

¡Qué triste despertar!

¡Consuélame, poeta!

Martín García Canessa.

## NOTAS DE REDACCIÓN Y BIBLIOGRÁFICAS

El actual Director de la interesante «Revista de Derecho y Jurisprudencia», D. Ruperto Pérez Martínez, nos ha favorecido con una brillante y extensa producción poética, hecha en décimas, sonoras y brillantes como planchas de bronce, la que es un himno de gloria y de justicia al inmortal descubridor de América, Cristóbal Colón.

Dicha producción es, á nuestro juicio, tanto por su forma como por su fondo, algo muy superior, y que revela una vez más el talento literario del Dr. Pérez Martínez.

Es de lamentarse que el distinguido amigo, que es desde ya nuestro colaborador, no se dedique con preferente atención á la literatura, á la que dió tanto brillo en otro tiempo, y para cuyo cultivo reune dotes privilegiadas.

«Á Colón», que así se titula el himno de que hablamos, empezará á aparecer en el número siguiente.

—

Lecciones de Historia Nacional — Redactadas con arreglo á los programas escolares vigentes por Enrique M. Antuña, 1 volumen de 104 páginas (imprenta Dornaleche y Reyes).

Las lecciones publicadas por el señor Antuña comprenden la parte de la época de la Independencia, desde la revolución de Mayo á el segundo sitio de Montevideo (1810-1812) y como antecedente necesario una ojeada retrospectiva sobre la conquista y la colonización de nuestro territorio, la época del coloniaje, las invasiones inglesas y sus consecuencias y la Junta del año VIII.

El método seguido por el señor Antuña es muy loable y hace perfectamente adaptables sus lecciones á la enseñanza; y en cuanto al conocimiento de la historia nacional, es justo reconocer que se ha acreditado en trabajos anteriores, como el relativo al combate del Paso del Rey y San José, y descripción de episodios de la Independencia, estudio concienzudo, con facilidad de expresión y estilo.

Merecen especial recomendación los versos de Vidal Belo, digno representante de las nuevas ideas en nuestra literatura, y cuyo númen original y elevado sólo podrán comprender los espíritus selectos, despreocupados de todo fanatismo y de toda tendencia de escuela,—los espíritus nutridos con la nueva luz que marca los rumbos de la poesía moderna y los señala á los campeones que se sienten con energías para seguirlos.

Vidal Belo, es, en nuestro concepto, un poeta de ideas propias y de exquisita inspiración, cuya personalidad literaria se destaca en primera línea, haciéndose digna del más alto aprecio, por parte de los entendedores.

«Pontifical» no es ciertamente para que la lean aquellos, á quienes no empalaga jamás el caramelo de la rima y creen que la poesía consiste en decir siempre vaciedades envueltas en consonantes. Es un himno al Decadentismo, en cuyo templo hace oficiar el autor á sus grandes sacerdotes, mientras los altos campanarios de la fama vocean el *carnaval triunfante de sus pascuas primaverales.*

—

DEVANEOS Y RECUERDOS (*cuentos*)—Por Arturo Giménez Pastor, 2.ª edición, 1 volumen de 100 páginas.

Aquí, donde pocos libros llegan á venderse hasta agotar una edición, es digno de señalarse el fenómeno de uno que llega á la segunda edición en poco tiempo.

En esos cuentos del apreciable escritor Giménez Pastor hay algunos, como *Cuore* y *La muerte del protagonista,* que valen y justifican ellos solos el éxito del libro en que están incluídos.

Deseamos que ese éxito sea alentador para Giménez Pastor y que pronto nos ofrezca producciones más sazonadas, como pueden esperarse de su fecundo ingenio.

CONFERENCIAS SOBRE DEBERES MILITARES—Por el Mayor Luis Fabregat, un volumen de 40 páginas en 8.º mayor. (Dornaleche y Reyes, impresores).

Estas conferencias del inteligente militar y abogado, han sido dadas en la Academia Militar, y son á la vez eruditas y amenas, inspiradas por el propósito de fijar bien la noción de los deberes por medio de casos interesantes y expresivos, oportunamente mencionados.

—

Por falta absoluta de espacio nos vemos obligados á postergar para el próximo número una hermosa composición poética de Ubaldo Ramón Guerra. Como todas las producciones de este inspirado poeta amigo, se

distingue dicha composición por la rara belleza de las imágenes y por la fluidez y la armonía del verso.

—

Enseñanza Moderna, *Nuevas tablas*—Por el profesor Juan B. Defféminis. 1 folleto de 26 páginas. (Tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios).

Contiene el folleto las tablas de sumar, restar, multiplicar y dividir, y ejercicios mentales y escritos para alumnos de 1er. y 2.º año.

El profesor Defféminis es un veterano del magisterio y ha hecho obra práctica con esa cartilla.

Estudios Sociales. Por Víctor Arreguine, 1 volumen de 218 páginas. Buenos Aires.

El inteligente compatriota que reside desde algunos años atrás en Buenos Aires se nos presenta en este libro en un nuevo rumbo que se aparta de sus aficiones hasta ahora preferentemente literarias.

Sus estudios sociales rezan sobre el suicidio, la presencia en política, la moral evolutiva, el homicidio político, nupcialidad comparada, criminalidad infantil, y la imaginación en la conquista de Méjico y Perú.

Todos los estudios son interesantes, y los relativos al suicidio, la nupcialidad y la criminalidad infantil, revelan en Arreguine una suma de estudios serios muy apreciable porque no es común en los espíritus literarios.

Por todo, felicitamos al inteligente é ilustrado compatriota, cuyos progresos nos son muy satisfactorios.

Cimas—Novela, por Manuel María Oliver, libro de 44 páginas (Buenos Aires).

Es un boceto de novela realista brillantemente escrito. El joven escritor, á quien seguimos hace tiempo en su ascenso en la vida literaria, es de los que no retroceden ni se estacionan, y así lo prueba esta nueva producción.

América Literaria—Decenario modernista (Buenos Aires).

Hemos recibido esta nueva publicación, que se incorpora con un valioso contingente de escritores jóvenes y animosos al movimiento literario de la República hermana.

Retribuimos su saludo con votos por su triunfo.

# SALOMON EL REY

(FRAGMENTO DE LA OBRA INÉDITA HORTUS CONCLUSUS)

## I

Si leeis en la Biblia el Libro tercero de los *Reyes* ó el segundo de las *Paralipómenos*, os dareis una idea de quién fué Salomón el rey de Israel; pero el esplendor que envuelve al hijo de David es de tal intensidad, y tal el desenlace de su vida, que uno cree haber visto un meteoro que, después de atravesar el firmamento absorto, se ha hundido ó ha estallado tragado por el aire negro infinito. Dos veces habla con Dios cara á cara; se eleva como un astro recién creado, blanco de luz; supera en grandeza material y en sabiduría á todo lo conocido, y, por fin, se derrumba desde los labios de Jehovah hasta los piés de Astarthe, diosa de los Sidonios, y hasta los de Moloch, el ídolo grotesco de los Ammonitas.

« Pídeme lo que quieras le dijo al principio el Señor».

Y respondióle Salomón: « Da á tu siervo, oh Señor, un corazón dócil para que pueda hacer justicia á tu pueblo, y discernir entre lo bueno y lo malo ».

Y dijo el Señor á Salomón: « Por cuanto no has pedido para ti ni muchos días de vida, ni riquezas, ni las almas de tus enemigos, he aquí que lo he hecho conforme á tus palabras, y te he dado un corazón sabio y de tanta inteligencia, que ninguno antes de ti te ha sido semejante, ni se levantará después de ti ».

« Y aun esto que no has pedido te se ha dado: riquezas y gloria; por manera que no habrá uno parecido á ti entre todos los reyes de los tiempos pasados ».

Y la sabiduría de Salomón, dice el libro santo, excedía á la sabiduria de todos los orientales y egipcios; era más sabio que todos los hombres; disputó de los árboles, desde el cedro que está sobre el Libano hasta el hisopo que sale de la pared ».

El templo fabuloso que erige Salomón, cumpliendo la voluntad de David su padre, en honor de Jehovah, está descrito en la Biblia: nada puede concebirse de igual magnificencia, según es de soberbia esa descripción: el oro, el marfil, las piedras preciosas traídas por Hiram el rey de Ophir; los cedros del Líbano, cortados á millares y por millares de obreros fenicios unidos á los hebreos para la obra colosal; los metales fundidos ó repujados que ocupan las fraguas y resuenan al golpe de los martillos; la fábrica que se vá levantando de la tierra, como á la voz de un conjuro omnipotente, con sus columnas, torsas de chapiteles en forma de azucena, y sus atrios, y sus pórticos, y sus artesonados de cedro, y sus planchas de oro que lo revisten, y sus enormes querubines de alas desplegadas; la consagración, por fin, de aquel templo, al verdadero Dios, todo es como el pedestal y el teatro sobre que se levanta la figura del rey cubierta de su manto blanco como un fantasma luminoso.

Una nube misteriosa envuelve el templo cuando Salomón lo consagra; la gloria del Señor había llenado aquella casa, dice la Biblia.

Y el rey se dirije á Dios, con las rodillas en la tierra y las manos extendidas hacia el cielo: «Si no pueden abarcarte, oh Señor, ni los cielos de los cielos, ¿cómo podrá contenerte esta casa que te he edificado?»

«Mas vuelve los ojos, oh Señor Dios mio, vuelve los ojos á la oración de tu siervo» ...

«Que esos tus ojos esten abiertos sobre esta casa de noche y de día; sobre la casa de la que dijiste: ahí estará mi nombre ...»

Salomón edifica, no solo el templo del Señor, sino también su palacio en el Libano que habita con su esposa la hija del rey de Egipto; y los muros de muchas plazas fuertes; y tronos espléndidos para su gloria, y acueductos y ciudades; y construye flotas de barcos que le traen las riquezas de Ophir conducidas por Hiram el rey: oro, púrpura, piedras preciosas, perfumes, animales raros. El mundo entero miraba aquello, y se quedaba absorto y sobrecogido, como si presenciara una puesta de sol con meteoros extraordinarios.

La reina de Saba viene desde la Arabia á admirar á Salomón y á derramar á sus pies los presentes innumerables y opulentos.

« Y todos los reyes de la tierra, dice el Libro hebreo, deseaban ver el rostro de Salomón para oir la sabiduría que Dios habia puesto en su corazón ».

« Y le llevaban presentes todos los años : vasos de plata y oro, y vestidos y armas y aromas y caballos y mulos ».

« Salomón sobrepujó á todos los reyes de la tierra en riqueza y en gloria ».

Así hablan del hijo de David las sagradas páginas.

La fábula extranjera, á su vez, envolvió en sus tules recamados esa extraña figura; la leyenda transformó de mil maneras su sombra esplendorosa. Los escritores persas, turcos y árabes le atribuyen un poder maravilloso, gracias á un anillo que poseía, en el cual estaba escrito el nombre del Dios verdadero. Los ejércitos de Salomón, dice el Coram, estaban formados de demonios, de hombres, de pájaros; el viento obedecía su voz; comprendía el lenguaje de las aves y el de las potencias infernales; estas le sirvieron en la construcción del templo de Jehovah y en la fabricación de un trono de rubíes coronado por dos buitres de oro que plegaban las alas y cubrían al rey con su sombra al sentarse en él.

## II

Pero mientras tamañas obras materiales eran llevadas á efecto, el genio de Salomón creaba otros monumentos mas perdurables: escribía. « Pronunció, dice la Biblia, mil parabolas, y sus cantos fueron cinco mil ».

Sin duda para hallar silencio é inspiración, buscó Salomón un sitio propicio. Allí, á dos leguas de Jerusalen, estaba el *Huerto Cerrado*. En él construyó una residencia y realizó grandes obras en consonancia con las del Líbano y Jerusalén; rodeó el huerto de un muro de piedra que seguía las basálticas sinuosidades de la roca que lo circunda; construyó allí palacios; encauzó las aguas de la fuente sellada que lo riega; escavó en la piedra tres estanques colosales escalonados en las rocas para depositar las aguas, y, por acueductos cuyos fragmentos, lo mismo que los estanques, existen aún, llevó esas aguas al monte Moría de Jerusalen; hizo de aquel huerto un paraíso que aún hoy conserva

el nombre de *Paraíso de Salomón.* «Dado á todas las magnificencias, dice el mismo príncipe, levanté palacios para mí, planté jardines y verjeles en que brotaba toda clase de árboles, y, para el riego de éstos, fabriqué albercas de agua.»

El *Huerto Cerrado* fué, sin duda alguna, el retiro del príncipe.

El historiador Josefo nos lo presenta, lleno de color, en ese sitio, cuyos perfumes y frescura va á buscar en las horas de la mañana. Cuando Salomón, dice el historiador, después de conocer cuanto acontece debajo del sol, conoció ser todo aflicción y vanidad de espíritu, acostumbraba dejar Jerusalem y sus tristes alrededores, y, montado en su carro con el manto blanco de los reyes sobre las espaldas, iba silencioso al *Huerto Cerrado* seguido de su guardia de arqueros.

Allí, bajo los naranjos y limoneros de Oriente, que, unidos á los terebintos y á toda la vegetación arbórea de la zona subtropical, perfumaba el aire de azahares, pasaba Salomón las horas de la mañana. El aire hablaba al príncipe, el aire lleno de espíritu, y de palabras y de mensajes lejanos.

¡Cuántas de esas mañanas de soledad habrán quedado infundidas en los cinco mil cantos que escribió el suntuoso poeta hebreo!

Pero la antigua Palestina expléndida ha sido borrada del mundo á medida que ha ido llenando su misteriosa misión profética: han desaparecido las murallas, han desaparecido los palacios del Líbano y los de Jerusalem, y el templo mismo de Jehovah; también se han perdido para siempre los millares de cantos del poeta. Brillaron sus inspiraciones un instante y desaparecieron, como si la espada de un gigante invisible hubiera brillado un momento al ser desenvainada en la oscuridad.

Sólo uno de esos cantos nos ha quedado: el canto precisamente que conserva el espíritu del *Huerto Cerrado,* que también vive aún en plena eflorescencia en medio á las rocas basálticas de Jerusalem; el canto que pronuncia y simboliza la fecundidad virginal del *Paraíso* en que brotó el Verbo á la evocación del amor divino.

Sólo él nos queda de la obra del más sabio de los humanos: ese canto, de soberana hermosura, se llama *El Cantar de los Cantares.*

Juan Zorrilla de San Martín.

# A COLON (1)

Animo volente nihil est dificile.

I

Llevando la faz sombreada
De una tristeza profunda,
Con planta siempre errabunda
Pero jamás extenuada,
Por la Europa potentada,
De tanta angustia testigo,
Sin mas apoyo, ni amigo
Que su propio valimiento,
Iba Colón macilento
De Corte en Corte mendigo.

II

¡Qué grandeza y qué destino
Vinculados de tal suerte!
¡Qué muerte, peor que la muerte
La del genio peregrino!
Es Homero sin camino,
Es Jesús sobre el Calvario;
Es el duelo legendario
Que se repite en la Historia
Entre la envidia y la gloria,
El vulgo y el visionario!

III

Allá va.... ¿quién lo comprende?
La ciencia le llama ateo
Como llama á Galileo
Solo porque no lo entiende;
A los tronos les sorprende
Tan peligroso portento,
Mientras la Iglesia un momento
Se aterra sin alcanzar,
Que Colón va á realizar
Con la Cruz su pensamiento.

(1) En los números siguientes irá la continuación

IV

Allá va! sin un desvío:
Nada abate su arrogancia,
Nada merma esa constancia
Que tiene fuentes de rio
Y si en ciego desvarío
Aquel instante menguado
El ultraje desbordado
Pone por valla á su empresa,
Responde con la fiereza
Del Titán encadenado. (1)

V

¡Qué grandeza y qué destino!
La calle de la Amargura
Recorre en su desventura
El noctámbulo divino;
Cuando por opuesto sino
Palpitan sobre su frente
Las visiones de Occidente
Llenas de vida y candor,
Sangre nueva, nuevo albor
De una raza más creyente.

VI

Verbo ungido de pasión
En cuya historia se encierra
No el Génesis de otra tierra
Sinó una nueva Creación;—
Leyenda de redención
Que enseña el humano rito,
Al Evo—Medio, precito
Por un dogma funeral;
Voz del alma universal
En su marcha al infinito!....

VII

Pero, si el héroe es Anteo
En lucha con el vestiglo
Que las pasiones del siglo
Provocan á su deseo—
Si es de Dioses su trofeo;
El hombre pide reposo,
Ese zumo venturoso
Que en las crisis de la vida
Devuelve al alma abatida
Sus alientos de coloso.

. . . . . . . . . .
. . . . . . . . . .

(1) El «Prometeo» de Esquilo, verso 964 y siguientes.

VIII

Sobre un Cerro, junto al mar,
Y dominando una vega
Que á veces el Tinto llega
Con sus ondas á besar;
Entre un espeso pinar
Cuya música es lamento,
La abadía de un Convento
Se vé como una paloma
Que subiera á aquella loma
A dormitar un momento

IX

De sus paredes de piedra
No brota el rumor mas leve,
Y cuando el viento y la nieve
Hacen flecos de la yedra,
Es de ver como se arredra
Y en su tristeza se emboza
Aquella mansión piadosa,
Antesala de la muerte,
Que parece de tal suerte,
Menos albergue que fosa.

X

Muda, sola y aterida,
La blanca torre ojival
De la grandeza feudal
Es una pompa abatida;
Pero, pompa ¡de qué vida!
¡De qué esplendores ocaso!...
Del olvidado regazo
Que dio asilo al pensamiento,
De la legión del Convento,
Que fué antorcha y que fué abrazo;

XI



Del aliento franciscano
Que esparció por el Oriente
La semilla y el ambiente
Del Evangelio cristiano;
Que á Odorico dio un Oceano
Y sus pinceles al Giotto,
Que fuè ciencia con Escotto
Y portento con Bacon,
Que en Lulio fué la visión
De lo inmenso y de lo ignoto. (1)

**Ruperto Perez Martínez.**

(1) Del libro Quodlibético, tomo 4.º de las obras de Raimundo Lulio, Edición maguntina, parece resultar que este filósofo tuvo la visión de otro continente al Oeste de Europa.

# LA ÚLTIMA TEMPESTAD

---

Nadie sabe contar los siglos que han transcurrido desde la época en que nuestro ilustre antepasado el Antropopiteco Alalo adquirió las habilidades indispensables para marchar en dos piés, y tuvo la facultad de articular los sonidos que los cartílagos de su larinje producían. Sabemos, sin embargo, que recién entonces existió el animal-hombre, y que mintieron los capítulos del Génesis que se empeñan en engendrarnos por obra del Señor.

Desde aquella edad que aún permanece innominada y que es anterior sin duda á la arquelítica y á la del bronce, han agitado el reino humano, como pretenderían llamar á nuestra especie algunos transformistas, tempestades gigantescas, en que las olas preñadas de odios del océano plebeyo han azotado sin cesar la roca atrevida que en todo tiempo sirvió de trono á los poderosos.

Injusticia, carga las nubes con fluidos de miseria; el latigazo que hiende espaldas de oprimidos, imprime á los aires vibraciones que la distancia agiganta, levantando atmósferas huracanadas que arrasan yugos y cadenas cuando la chispa del hombre incendia los fluidos rivales con que Injusticia pone en lucha á Urania y Gea.

Mujen las nubes: Hephaistos rueda á través de las atmósferas y venga el dolor de las cadenas sembrando sus incendios en el mundo de las tiranías.

Oyese entonces rujir al Pueblo, como en las espesuras de sus selvas ruje el rey de la naturaleza; rumores de metales traicionan la agitación de las cadenas sacudidas por el esfuerzo hercúleo del esclavo.

Algún eslabón sucumbe á cada contracción tempestuosa de los oprimidos.

—

Hay Grandes que vigorizan la obra del vendabal injertando la palanca de su talento para hendir el metal de los eslabones.

Sócrates, el maestro Ateniense, quebró el eslabón de la ignorancia con su filosofía, tan inmensa como irónica, en el Atica; los Gracos, el de la opresión con sus lides en la polígama Tiberina; Jesús, el de Bethleem, con sus dogmas de amor y moral, el de la corrupción pagana

en las faldas del Calvario; el eslabón del fanatismo Bruno, el nolano, con su filosofía eterodoxa en Campo del Fiori; Gutenberg destruye el monopolio de la ciencia encendiendo un leño en las márjenes del Reno; Carlos Roberto, el de Schrewburg, anonada las imposiciones de los dogmas revelados con las verdades de su nueva ciencia; Marx corona la obra de los Grandes derribando los altares que en todo el Universo consagró Avaricia al Dios Oro.

Su voz se levanta atronadora entre los embates de las tempestades de los oprimidos, profetizando en nombre de la Ciencia y la Justicia el santo reinado de la Igualdad.

Pero hay Grandes también, que yo venero por su enorme y maligna superioridad que se deleitan oprimiendo á ese Pueblo tempestuoso; pero olvidan que alguna vez sabrá dejar de ser víctima para ser verdugo, y que alguna vez dejará de colocar el cuello para comprimir en cambio los resortes de las guillotinas.

Yo no temo á esos Grandes malignos. Sobran brazos de Bruto para herir corazones de Césares; y si ellos faltaran quedarían aún para instilar toxinas en el seno de los tiranos áspides que asumieran la noble tarea de exterminar opresores.

—

Sí; el áspid de Cleopatra fué un mandatario inconsciente de la justicia del Pueblo.

De ese Pueblo otrora estulto que entonaba en el Ganjes los himnos védicos que sancionaban la injusticia de las castas; que levantó esfinges colosales para rendirles culto y tributarles homenaje; que construyó con granito rosa gigantescos obeliscos monolíticos para adorar los restos de sus opresores y conmemorar las iniquidades de sus tiranos, que erijió coliseos en Roma para que los hijos de la plebe se asesinaran deleitando á los Titos y los Vespasianos, que dió Romas al arte y á las musas para brindar á los Nerones los agrados satánicos del incendio; que dió vida al milagro de la torre de Babel con que justifican los amos la pluralidad filológica y el odio de las razas, impidiendo que los oprimidos se congreguen en torno de la insignia roja para morir á su sombra luchando por su redención.

Pero junto con los siglos que han transcurrido se han desencadenado las tempestades.

Ese mismo pueblo que forjó las cadenas de su esclavitud, es también el noble y grande que ha sabido

hacer tambalear las coronas y las tiaras. El supo escuchar la voz de Espartaco y de Cleón é hizo temblar á los pretores y los cónsules; dictó desde el Aventino leyes á sus tiranos cuando quisieron expoliarlo de su *Ager Publicus*; recorrió con la tea y la pica las campiñas gálicas en las Jacqueries; erijió cadalsos y afiló guillotinas para estirpar del orbe á los cerberos de la Bastilla; cruzó los puentes de la capital del Sena bajo los plomos de los mercenarios pidiendo, fusil en mano, «Pan y Trabajo»; se hizo rey de la matriz del mundo proclamando la Comuna de Paris entre un coro de doscientos millares de voces que entonaban la Marsellesa de la Revolución para hacerla escuchar á los planetas.

Hoy sabe ser soberano el pueblo manso de ayer. Si un cónsul viniera á decirle: *Delenda est Cartago*, no destruiría á ciegas; *Cur?*, preguntaría, Por qué? El pueblo querría saber porqué obra y para qué obra; se negaría á destruir otro Cartago porque ha aprendido que todos los hombres son hermanos, desde el ariano de elevado ángulo facial hasta el hotentote de pronunciado prognanismo, y del incárico de cráneo deprimido hasta el annamita acrocéfalo.

—

Ya está el granito de la roca de los tronos carcomido por el furor de las tempestades, tiembla; amenaza desmoronarse. En vano se le apuntala con las bayonetas de los mercenarios y con la ignorante imperiosidad del dogma. Los mercenarios son esclavos y los esclavos aprenderán á revelarse; los dogmas son imperiosos, pero la ciencia ha arrancado las diademas de sus insignias de dominio.

La ola primera de la última tempestad la divisó allá, en el horizonte lejano, donde se conjugan los océanos con los astros. El sol aparece irradiando resplandores rojizos tras sus espumas saturadas de rencores y de hambres, y la aurora del nuevo día asoma ofertando promesas de paz y de ventura.

Oh! tempestad de la justicia! No es Jehová quien te envía para extinguir tiranias; los Jehovás guardan la roca que tu destruyes. Eres la obra de los oprimidos y traes la bandera encarnada del socialismo que anuncia la redención del pueblo.

Yo quisiera recibir entre tus rojas espumas el ósculo de la muerte. ¡Bendita seas! ¡Oh santa Revolución Social!

José Ingegnieros.
(Argentino).

# SEVILLANA

(*En un Album.*)

Es la dueña de este *Album* una morocha
Cuyos ojos robaron á Andalucía,
Todas las brillazones que el sol derrocha
En la tierra encantada de la alegría!

—

Su cabeza de reina que no se humilla,
—Con un girón de nube que la engalana,—
Se formó para el lujo de una mantilla
Donde prenda un capullo color de grana!

—

Tiene su voz de niña brillantes trinos
De canciones azules, notas aladas;
Como arpejio sonoro de mandolinos
Gimiendo, de la Alhambra, por las arcadas!

—

¡Si camina es tan suave su balanceo!
¡Hay en sus movimientos tanta soltura!
Que va sembrando gracias por el paseo,
Mientras le gritan *¡oles!* á su cintura!

—

El májico delirio de un hechicero
Engarzó, entre sus labios, collar luciente,
A que dió tinte el broche del limonero
Que besa el Guadalquivir en su corriente!....

—

Tiene ensueños divinos, esta Sultana,
Que la atan á la vida de la quimera;
Como abraza los hierros de su ventana
La palpitante malla de enredadera!

—

Se adormece en sus ansias, en el regazo
Que han tejido con rosas las ilusiones,
Y pueblan sus delirios nubes de raso
Donde juega el idilio de sus pasiones!

—

¡Es hermosa la virgen enamorada.
De cabellos oscuros y nívea frente
¡La que enciende en la noche de su mirada
Diamantinos destellos de alba de Oriente!

—

Ella sabe que el alma, con los amores,
Se perfuma de cielo, viste de galas.
Encuentra por doquiera luz y colores.
Desposorios ideales de esencias y alas!

—

Que, si humedece el llanto nuestra pestaña,
El corazón se inflama -¡fecunda el riego!—
¡Nunca acrece la mole de la montaña
Como cuando corona su cresta el fuego!

¡Y ella sabe que guarda, como ninguna,
En su pecho la llama siempre intranquila,
Que al fundir sus encantos,—junto á su cuna—
Puso un Genio en la brasa de su pupila!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Sultana hechizadora de ojos risueños!
Mi más vehemente anhelo veré cumplido,
¡Si en el dorado alcázar de tus ensueños
El Hada de la Dicha forma su nido!

Ubaldo Ramón Guerra.

---

## A UNA MUJER SELECTA

No hay que renegar de las convenciones sociales, ni protestar contra las fórmulas artificiosas que son el freno impuesto por la sabiduría de los fuertes á la brutalidad é inconciencia de la multitud!....

Las masas irresistiblemente impulsadas á obrar por sus instintos groseros—han menester de vallas enérgicas y saludables, que salven á la humanidad de un inevitable hundimiento, y contengan los desbordes y apetitos del mayor número!....

Esas vallas son las instituciones y fórmulas que, fruto de la previsión y sabiduría humanas, aparecen á los ojos de la multitud como leyes inmutables y enseñanzas divinas!....

Las almas superiores jamás gobernadas por los bajos instintos y ciegas impulsiones de la animalidad.... se ciernen sobre las preocupaciones y fórmulas á que rinden inconciente tributo las masas, y cumplen en la vida su misión, rindiendo culto á lo que vive y resplandece en las creaciones de Dios, á lo que eleva el espíritu á regiones superiores y lo impregna de visiones y claridades reveladoras de un más allá... á lo que hace creer y bendecir á Dios y refleja en la criatura su obra más perfecta en medio del impenetrable misterio que rodea la mansión en que realizamos nuestro destino... á lo que magnifica é inmortaliza las obras del hombre... á lo que hace Hijo de Dios á Jesús... profeta gigante á Buonaroti... iluminado sublime á San Francisco... pensador prodigioso á Aristóteles y artífice divino á Platón!... al Bien... á la Verdad, á la Belleza!...

Para el culto de esa Trinidad hay un templo inconmovible y excelso que no pueden derruir los siglos, ni sufrir el contacto de ninguna profanación, porque se anida en el fondo insondable de aquellas almas, y es Dios mismo que alimenta su llama inmortal!... ¡Santa y bendita comunión de las almas selectas!... Solo á ellas es dable sentir los inefables y exquisitos goces ignorados del mayor número en la vida... solo ellas sienten los supremos arrobamientos, los deslumbramientos fulgurantes, las ansias infinitas, las inefables voluptuosidades y las misteriosas palpitaciones reveladoras de Dios....

Privilegiada criatura de cerebro fuerte y alma delicada y exquisita!... ¿no sientes dentro de ti el eco de una voz misteriosa y extraña que te llama?.... Es el Ideal!... Dale tu corazón... tu pensamiento... las ternuras y delicadezas de tu alma .. la savia de tu vida... la esencia delicada de tu ser! Excelsior!!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Manuel Herrera y Reissig.

---

# PARA NINA

Te vas y no me miras! Tu desvío
enclava mi ilusión en el madero;
vencido sin luchar soy el guerrero
caído en las batallas del hastío.

Quizá te causa horror el albedrío
con que ostento la blusa del obrero!...
Yo no soy tu ideal: el caballero
hecho de almíbar, enguantado y frío.

Yo adoro el corazón que ardiente estalla
en himnos de pasión, y no el que calla
y mata entre el espasmo de un arrullo.

Mi amor es un orgullo y no un deseo;
si lo mata un desdén, nuevo Proteo,
resurje un nuevo amor... y el mismo orgullo!

Manuel J. Sumay.
(Argentino.)

Buenos Aires, Otoño del 99.

# EN LA FLORESTA

La Primavera es la niñez hermosa,
Cuando la vida por doquier rebosa,
Cuando Osíris diluye más topacio;
Y al vestirse la tierra de esmeralda,
Ciñéndose las flores por guirnalda,
Es la gentil coqueta del espacio!

Hay cascadas de trinos en las ramas
Y perfume silvestre en las retamas;
La brisa entre el follaje es un lamento,
La cuita de una sílfide infortuna,
Y es del campo el fanal de la laguna:
Pupila en que se espeja el firmamento!

Se destiñen las sombras de la noche,
Y cual flor al romper su negro broche
La triunfante alborada se colora:
Blanca ninfa que exorna su ropaje
Con los tintes rojizos del celaje,
Con el ajuar lujoso de la aurora!

Rasga el manto de luz de la mañana
El trémulo clamor de la campana,
Que en la escena vital de la campiña
Se pierde en notas llenas de ternura,
Como un canto de mística ventura
Que acaricia el ensueño de la niña.

Acude á ese llamado presurosa,
Y está ese día como nunca hermosa;
Contenta se dirije hacia la ermita,
El amor se retrata en su mirada,
Pues piensa que la espera, emocionada,
Primero la oración, después la cita.

Devota, allí en el templo, se prosterna,
Y del teclado de su vida interna
Pulsándolo el amor casto y bendito,
Surje la blanca estrofa que redime:
La oración, ese cántico sublime
Que asciende y se remonta á lo infinito!

Del incienso las gasas vaporosas
Se desprenden sutiles, vagarosas,
Cual de una novia la nupcial silueta,
Gasas que al ascender entre los cirios,
Esos gallardos y encendidos lirios,
Esfuman los ensueños del poeta.

Presa de un misticismo enajenante
La púdica doncella en ese instante
Su ardiente vista hacia el altar levanta;
Y al ostentar su púbera belleza,
Refleja de su alma la pureza,
Y es más que una mujer: es una santa!

En tanto, allá en el valle, entre las flores,
En medio de una orgía de colores,
Para el amante joven que la espera,
En una hora un siglo ha transcurrido,
Febril todo su sér y enardecido
Por un fulgente sol que reverbera.

Contempla el joven la sublime escena
De melodías y de encantos llena,
La mansión por el trébol perfumada,
La mesa del festín de sus amores,
Mirando en los matices de las flores
Las alegres sonrisas de su amada.

Y surje como un lampo en la espesura,
Que á lo lejos ostenta la llanura,
Una esbelta mujer de albo ropaje;
El joven su emoción ya no contiene
Al ver que es la doncella la que viene
Por la verde penumbra del follaje.

Se adelanta el feliz enamorado,
Y en alas del amor llega á su lado...
La luz divina de su faz sonriente,
El rubor que despierta los antojos,
La suave rutilancia de sus ojos,
Todo en ella es fulgor, todo es ardiente!

Y todo el fuego de su sér se anida
En su boca pletórica de vida;
La oración en su rostro ha dibujado
Leves huellas de místico embeleso,
Ideal y voluptuosa incita al beso
Lleno de casto amor y apasionado.

Y en ese instante sienten confundidos
De sus pechos amantes los latidos;
Triunfa el amor—la púdica protesta,
Del joven, los deseos enardece,
Y el trino de sus besos enmudece
La armonía del ave en la floresta!

. . . . . . . . . . . . . .

Francisco G. Vallarino.

# LOS ESCRITORES DE "LA REVISTA"



BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA

# GOYITA

(CUENTO ROMÁNTICO)

Se acercaba la Primavera y los campos como los ganados parecían pelechar. Brotaban en la tierra cubierta de gramillas y yuyos marchitos, los renuevos verdes, que el ganado tiene como reflejados en sus pupilas mientras la escasez del invierno lo entristece.

En los montes, los árboles parecían invadidos y cubiertos por bandadas de pajarillos verdes que se posaran en las ramas desnudas; y el aire que corría alegre por toda la campaña saludándola en la vuelta á su juventud, buscaba ya la fragancia de las flores, mientras recojía y llevaba para despertar á la vida adormecida los primeros cantos gozosos de los pájaros.

Los arroyos corrían murmurando por entre los árboles agitados por la savia nueva, y el ganado correteaba por las cuchillas de sol á sol.

Aquella alegría de la naturaleza se reflejaba en las casas oreadas por las primeras brisas secas y en cuyos techos el sol no evaporaba ya el rocío escondido entre la quincha.

En la cuchilla del Sauce, cerca del pintoresco Maciel, había una casa grande, rodeada de saúcos y paraísos, dominando las tres suertes de estancia que poseía el viejo don Edmundo Rioja.

La casa era antigua, de terrón, blanqueada por fuera, con el techo quinchado en escama y las puertas de maderas mal trabadas, que dejaban paso libre á las rachas que soplaban en la cuchilla.

Un jardín de pocas plantas se veía en un lado del patio: en el otro lado una ramada con el barril del agua acostado sobre la rastra; y arrancando del cerco de alambre que encerraba el patio cuadrado, se extendía desigual la manguera de piedra suelta y los pequeños corrales y bretes de palo á pique.

Lejos á cuatro ó cinco cuadras de la casa había una huerta con verduras, que era en todo tiempo la tentación de los animales engolosinados por aquel verdor encerrado, fuera de su alcance.

Hasta aquella cuchilla no llegaba el ferrocarril.

Pasaba á muchas leguas al Este, y sólo el telégrafo había venido á señalar el paso del Progreso en aquellos campos, en los cuales la tradición parecía dormitar bajo los talas del pedregal donde se enterraba á los muertos del pago, y en las lagunas misteriosas del Maciel, donde los paisanos creían ver en las noches de luna surgir blancas imágenes de las aguas tranquilas.

Así amaba la vida don Edmundo que había nacido en el tiempo viejo arrullado por el heroico son del clarín de Artigas, cuando la Patria hecha moza se alzaba á poner casa propia.

Viejo de antiguo cuño, con sangre de españoles, apegado á la tierra y al pago, amigo de la libertad como las calandrias que se mueren de tristeza al ser enjauladas, — no soñó jamás que los tiempos cambiarían y que en la campaña los ganados los dejasen de marchar con sus patas á la Tablada y á los saladeros; que en pocos minutos fuera posible enviar una noticia á la capital lejana, y que la carreta y el caballo hallaran un competidor que no necesitaba de fuerza animal para andar.

Y así llegó el tiempo en que la vida nueva se derramó por todo el país, anunciada por el telégrafo y llevada en triunfo por el ferrocarril rumoroso, que asustaba á los ganados y cubría con nubes de humo los campos sorprendidos.

## II

Solo inquietaba al viejo don Edmundo el porvenir de sus dos hijos, su casal, como él decia amorosamente: Atanasio y Gregoria.

El varón que era el mayor contaba entonces quince años, la mujer trece

Esta se criaba para ser buena madre, junto á la suya, doña Nicolasa, vieja criolla tranquila y reposada, que era para el gobierno del hogar tan juiciosa, como don Edmundo avispado y veterano para los asuntos del campo.

El varón era todo un campero, y acompañaba en las faenas á los peones, acostumbrándose á las durezas de la vida de campaña.

Gregoria, *Goyita*, como la llamaban en la casa, era una muchacha delicada con ojos negros que parecian reflejar en las miradas soñadoras, un romanticismo triste, lleno de fantasias é imaginaciones.

Ya tenia novio, un primo de su edad, Domingo Ar-

tigas, que desde la niñez había frecuentado la casa de don Edmundo, compartiendo los juegos con sus hijos.

La casa de los padres de Domingo estaba á una legua de la de Rioja, también en lo alto de una cuchilla; y las dos casas se veían en los días claros, blanqueando entre las arboledas.

Domingo y Gregoria fueron novios desde niños, pero llegaron á los trece años sin declararse el amor que se desbordaba en sus corazones.

Los padres de Domingo tuvieron que vender la estancia del Sauce, é irse á otro campo que tenían en Tacuarembó; y entonces, al llegar la separación inesperada, los muchachos se confesaron su amor.

Era con la llegada de la Primavera, cuando toda la vida se alegra bajo el sol hermoso que alarga los días y despeja el cielo, y cuando en el aire se respira aroma de las flores tempranas.

Domingo había venido con su madre á despedirse. Gregoria andaba bajo los saúcos y no se atrevía á presentarse en la sala.

Ni sabía porque estaba allí sin hacer nada, temblorosa, dudando en entrar á la casa.

Al fin apareció Domingo, tan agitado como Gregoria y se acercó á ella serio, con el rostro encendido. Cuando le apretó la mano se sonrió, y despues de estar un rato sin hablar, le dijo:

«—Gregoria, nos vamos para el campo del río Negro, y yo he venido con mama á despedirme.»

La muchacha abrazó á Domingo y lloraron los dos juntos, sintiendo caer las lágrimas amargas hasta los labios...

Después volvió á hablar Domingo:

—«*Goyita*, te acordarás de mí?»

—«¿Cómo no?»

—«¿Me querés como primo, nomás?»

—«Como primo y como todo»—dijo ella, llena de confusión.

Y así se separaron.

La ausencia debia ser larga. Una distancia que en la campaña, donde el ferrocarril no abrevia el camino, hace de dos pagos lejanos, dos mundos.

III

Pasaron cinco años; Gregoria se hizo moza y usó vestidos largos. Su cara se hermoseó más; los ojos conservaron la mirada soñadora, y el cuerpo las morbide-

ces y elegancia, que resaltaban con los sencillos vestidos que lo cubrían.

La vida no se habia alterado en la estancia de don Edmundo, y él persistía en los antiguos usos y en las antiguas costumbres, reacio para las innovaciones que empezaban á hacerse en las estancias....

Por fin, volvió Domingo, desconocido hasta sorprender en el primer momento á los de la casa.

Era un mozo, de figura airosa; el bigote y la barba nacientes sombreaban su cara; vestía con elegancia, y su apero era de los que acreditan de primoroso á un paisano.

Cuando pasaron los momentos primeros de regocijo y de sorpresa, quedaron solos un rato Domingo y Gregoria.

No se atrevían á mirarse, y él estaba inquieto por hablar.

—«Gregoria! (dijo al fin tartamudeando) ¿te acordás de lo que hablamos cuando yo vine á despedirme?»

Ella no contestó; pero su corazón pareció querer saltar á decir todo el amor que encerraba.

—«Me querés siempre, *Goyita?* (agregó con acento tierno, recordando el nombre que le daba á la moza en otro tiempo.)

Y entonces ella, sin alzar la mirada, contestó despacio y como si fueran sus palabras un suspiro entrecortado.

— «¿Y me lo pregunta...?».

Domingo se acercó á ella y cojiéndole una mano le dijo:

— «¡Si supieras cuanto he deseado volver á verte!»

Sintiéronse pasos en el patio y el mozo se sentó. Cuando entró doña Nicolasa, él estaba muy serio golpeando con el arreador en sus botas, con la mirada baja; y Gregoria, muy colorada, no podía ocultar su emoción...

— «Yo sabía que vendrías hoy», dijo ella al cabo de un rato.

— «¿Cómo?, preguntó Domingo.

— Porque esta mañana pasaron muchos teruteros gritando»... respondió ella sonriendo.

Durante la comida se habló de muchas cosas, de episodios de la niñez de los muchachos, de los sucesos del tiempo de la separación, y de los dias presentes.

Se contó entre otras cosas que andaban preocupados en la estancia porque desde una semana antes fal-

taban todas las mañanas ovejas de algunas majadas, sin que se hubiera podido descubrir al ladrón.

Gregoria se mostró tan temerosa por esto, que su padre y Domingo bromearon largo rato con su miedo. Después, don Edmundo se despidió, diciendo que iba á pasar la noche en un puesto de la costa del Maciel, porque tenia que hacer un aparte á la madrugada.

Como estaba convenido que Domingo permanecería algunas dias en la casa, ya le habían preparado alojamiento.

El mozo entretuvo á doña Nicolasa y á Gregoria contándoles sus impresiones de la Capital, donde había estado últimamente. Les habló del ferrocarril, esforzándose por hacer comprender cómo marchaba solo, arrastrándose sobre la vía detrás de una máquina panzona con una gran hornalla.

Les contó lo que era el mar y los buques que andaban en él, también con hornallas y caños como el ferrocarril. Les habló del Cerro que cuidaba á Montevideo y que tenía un fuerte en la cima, con un farol alumbrado de noche; las fábricas que humeaban todo el día nublando el cielo; las estátuas y las plazas, los grandes almacenes y los batallones lujosos que paseaban, marciales; los incontables alambres del telégrafo y del teléfono que se cruzaban sobre las calles, como los hilos y las telas de arañas en las barrancas; la luz eléctrica que se encendía sola, quedando la llama cuajada dentro de un vasito de vidrio: Toda la vida de la ciudad que pasaba como figuras fantásticas de un kaleidoscopio, en las descripciones pintorescas y animadas por el entusiasmo del joven paisano ...

## IV

Lo escuchaban encantadas las mujeres, cuando se oyó ladrar á los perros y caminar en el patio á una persona que llegó á golpear la puerta, profiriendo amenazas con voz confusa.

Las mujeres se estremecieron. Domingo, sereno, echó mano á una pistola que había puesto sobre la mesita, y se dispuso á abrir la puerta.

Doña Nicolasa, atemorizada, le dijo:

—«¡No abras, hijo; puede ser el ladrón de ovejas. Ya saldrán los peones; no abras!».

Pero él, excitado quizás por el deseo de probar su valor ante la mujer que amaba, abrió la puerta de gol-

pe, y gritó: — *Quién es?* — á un hombre emponchado que apareció en la oscuridad debajo de los sauces.

Las perros atados, seguían ladrando, esforzándose por reventar las cadenas, y en el galpón de los peones no se sentia movimiento alguno.

Otra vez preguntó Domingo, amartillando la pistola, y como el bulto se abalanzó hacia él, hizo fuego...

— «Hijo, me has lastimao», — dijo el hombre emponchado, tastabillando.

Corrió Domingo á sostenerlo, reconociendo á su tio don Edmundo, que habia querido darles una broma imprudente, y que resultaba trágica.

Se habia agachado cuando Domingo hizo fuego, y la bala lo hirió en el pecho.

Los peones, que antes no se habian movido, advertidos por don Edmundo, corrieron al sentir la detonación, y entre todos, en medio del dolor inconsolable de Domingo y de las lamentaciones de doña Nicolasa y Gregoria levantaron al herido y lo acostaron.

La desgracia era tremenda é irremediable: Pocas horas después don Edmundo moría, sin que hubiera podido pronunciar más que unas palabras de perdón para Domingo y un pedido á todos para que rogaran á la Virgen por su alma.

El dolor del mozo no tenía límites, y si Atanasio y un peón no lo hubieran contenido, acompaña en la muerte á don Edmundo, utilizando la otra bala de su pistola...

Al dia siguiente la policía vino á informarse del suceso y aunque se comprobaron las circunstancias casuales é involuntarias de la muerte, Domingo fué llevado al pueblo para ser sometido á la justicia.

## V

De la casa de Rioja huyó la alegría. Una nube de tristeza pareció descender sobre ella y ahuyentar todo contento, despues del desgraciado suceso.

Domingo estaba en la carcel de Montevideo, y la familia se empeñaba para que se aminorase la pena.

Gregoria, habia sufrido un ataque de locura que la llevó al linde de la muerte y cuando se repuso quedó como atontada, con una idea fija en su cerebro.

Pensaba si podia querer á Domingo, al hombre que habia matado á su padre aunque inconscientemente; y esta duda la mataba.

La desgracia, los llantos y la enfermedad de Gre-

goria, apresuraron la vejez de doña Nicolasa que también parecia marchar de prisa hacia la muerte.

Atanasio solamente se habia mantenido fuerte y firme, asumiendo la dirección de la estancia despuès de la muerte de su padre.

## VI

Ya volvia la Primavera à alegrar la campaña, cuando Gregoria cayó en cama para no levantarse más. Un delirio tenaz trastornaba su razón, y solo tenia algunos momentos de lucidez.

¿Cómo anunciarle en ese estado que Domingo iba à llegar, libertado al fin por los empeños de la familia?

Atanasio se atrevió à decirselo, en uno de los momentos tranquilos, y ella respondió con ansias que deseaba verlo, que viniera no más; que su padre lo habia perdonado al morir, y que ella, à su vez, lo perdonaba.

Cuando Domingo, maltratado también por los sufrimientos y envejecido prematuramente por las cavilaciones de la prisión, entró à las habitaciones donde estaba Gregoria, las piernas le temblaban y lágrimas grandes le caían de los ojos que buscaban la cara del sèr querido.

Cayó de rodillas junto al lecho y Gregoria lo abrazó llorando, sin hablar.

Sus lágrimas corrian juntas como en la despedida de la niñez y llegaron amargas hasta los labios.

Aquel fuè uno de los últimos momentos lúcidos de Gregoria. En el delirio final llamaba à Domingo como si no lo tuviera à su lado, y creia entrever la felicidad soñada, huyendo como nubes impulsadas por el viento, à perderse en confines desconocidos.

Dos dias despuès, Atanasio, los peones y algunos vecinos acompañaban por última vez à Gregoria, que habia muerto abrasada à su novio.

En el pedregal, bajo los añosos talas que daban sombra à los muertos del pago, quedó enterrada *Goyita* junto à su padre.

Cuando el viento remueve el ramaje de los talas, parece que se oyen quejidos y suspiros, y todas las mañanas las piedras que cubren los restos de Gregoria, y la cruz que anuncia la vida de eterna felicidad, amanecen húmedas, como si fueran regadas con lágrimas.

Benjamín Fernández y Medina.

## CONFLICTOS DE DEFENSA

En el proceso de Rennes Me. Labori iba á encarar la defensa de una manera franca, resuelta y enérgica, y tuvo que callar. A Me. Demange se le censura por haber dejado una puerta de escape á los acusadores de Dreyfus, lo mismo que por haber intentado conmover el sentimiento de los jueces. A esto se llama hacer concesiones, por más que era ese el único recurso, bien efímero, bien precario,—es cierto,—pero al fin, el único que se ofrecía al éxito de la causa.

Es siempre árdua la defensa ante un tribunal prevenido.

No hay justicia desde el instante en que los magistrados faltan á la imparcialidad, que es su primordial deber. Por eso quedó proscripta de la sala del Liceo donde se juzgaba á Dreyfus.—Y si advertimos que con el ojo avezado del *maitre de barreau* se palpan las parcialidades del tribunal, como palpa el clínico un tumor externo, se concebirá cuan angustiosa fué la situación de aquellos defensores que tenían tanta fé en su causa.

Joven, ardiente, impetuoso, Me. Labori quiso estrechar lo mismo á los jueces que á los acusadores, poniéndoles crudamente, sin ambajes, cara á cara con sus conciencias y con su enorme responsabilidad moral. Este abogado, es de la complexión de esos gladiadores que cuando entran en pelea, por más desiguales que sean las fuerzas, luchan y mientras que luchan azuzan á los adversarios, hasta que caen despedazados. Sublevado por la terquedad implacable de aquellos hombres, henchido de entusiasmos por su causa, pretendía trabar un combate cuerpo á cuerpo con los poderosos acusadores de su patrocinado que, por una anomalía la más hiriente, estaban de manos dadas y confundidos en contubernio con los propios jueces.—Me. Demange, hombre de años, reposado y reflexivo, prefirió hacer un supremo esfuerzo. El es de la casta de aquellos guerreros que no desesperan jamás de las ventajas de la táctica, sin olvidar tampoco que una hábil retirada vale tanto á veces como una victoria.

Probablemente le pidieron á Me. Labori los miem-

bros de la familia Dreyfus, que se plegara al plan estratéjico de Demange, lo cual era pedir una cosa superior á sus fuerzas, y tuvo que desistir de su empeño. Y en verdad. se necesita abnegación, más aun, heroismo para prescindir de las irritantes parcialidades que se exhibían en los estrados del Liceo y para hablar á aquellos granaderos tiznados de pólvora y acostumbrados á moverse al toque de clarin, como el cañón acostumbra á rugir cuando se oprime la espoleta del obus, para hablarles, decimos, como si fueran jueces.

Es así que Me. Demange no pudiendo presentarse al templo de la justicia con la altivez magestuosa de un ministro de ese culto, entró con la humildad temblorosa de un mendigo y allí, se dirijió á aquellos granaderos ¡que granaderos! á aquellos jueces de plomo ó de piedra como si no viera que tenian esculpido ya entre las arrugas de la frente un fallo condenatorio. Se requiere audacia para decidirse á horadar á tales peñascos con solo la mágia sujestiva de la dialectica y es un colmo de prodigios el que con las inflexiones insinuantes de su voz Me. Demange pudiera herirles en el corazón y arrancarles lágrimas.

Esa es la obra de Me. Demange. No sabemos si puede atribuirse á su elocuencia la reducción de la pena y los dos votos discordes que figuran al pie del fallo; pero nadie habría dejado de responsabilizar del fracaso á Fernando Labori, si hubiera insistido en llevar á cabo su propósito de desenmascarar resueltamente á los acusadores y á los juecés. Habriase dicho entonces, que había irritado al tribunal y que no era de extrañarse el desastre.

¡Y qué hermoso habría sido oirle perorar!—Originario de Reims, Labori, si aquel torneo hubiera tenido los caracteres de un festín, más bien que el de velorio de la justicia, la palabra viril del simpático *maître* habría corrido como las efervescencias generosas y desbordantes del Champagne. Su voz habria tenido las vibraciones sujestivas del convencido, su pensamiento los reflejos metálicos y la fuerza incisiva del acero, y su gesto la marcial soberbia de los sectarios indomables de la idea.

La realidad es á veces monstruosa, como lo fué en esta emergencia en que decir verdades significaba lo mismo que dar coces contra el aguijón.

Todo era inútil. — Dentro de los uniformes militares que ataviaban al Consejo de Guerra, no habia mas que dos hombres, dos jueces. Los demás ni eran, jue-

ces ni eran hombres; eran autómatas que no pueden mirar las palmas del generalato sin sufrir el vértigo de la obediencia.—¡Oh! es más común de lo que se piensa ver soldados que por el solo hecho de encajarse dentro de una blusa militar pierden sus atributos, como la mariposa pierde sus alas, para trocarse en gusano.

Se concibe, por lo demás, que el coronel Jouast no cediera á las argumentaciones de la defensa. — Si la fotografía que hemos visto del presidente del Consejo de Rennes es auténtica, se comprende que nos fácil hacer que entren razones en el original, como no entrarían en una bala de cañón, por más que le pongan ojos, narices y bigotes.

Fácil será convencerse de que nada habría logrado Labori por más sólidas y lógicas que fueran sus demostraciones cuando se piense que su admirable codefensor agotó sus arsenales dialécticos y extremó la nota persuasiva, sin lograr que aquel tribunal se rindiera á las evidencias más palpitantes de la verdad, ni acatara las exijencias más imperiosas de la justicia. Y eso que abrió sus brazos á los generales del Estado Mayor, exhortándoles á una reconciliación en holocausto al ejército, á la Francia y á la Justicia.

La condena estaba resuelta. Para que triunfara la justicia habría sido menester que se neutralizara el poder de atracción de los generales del Estado Mayor, poniendo frente á él una fuerza equivalente; es decir igual número de palmas y de elásticos empenachados.

Soló asi habría triunfado.

Pedro Figari.

---

## ALBUMS Ó ALBUMES

En este álbum llamó mi atención el primer pensamiento: «La virtud es el mejor adorno de la mujer».

No estoy de acuerdo: la virtud es una de las sustancias conque se forman mujeres.

Así como existen diferentes materias para hacer estatuas, bronce, porcelana, mármol, terracota; así la mu-

jer puede resultar de virtud, de romántico, de coquetería, de crueldad, de benevolencia, de voluptuosidad, de traición, de chocarrería.

No es adorno, pues, la virtud, sino un fundamento moral y psíquico de la mujer superior.

La virtud es un conjunto de atributos.

La mujer es virtuosa cuando reune todos los atributos, desde el amor á los niños, la estimación de su dignidad, el pudor de su carne, la educación de su espíritu, hasta su grave continencia, la disculpa al vecino, el horror á la intriga, la protección á los desamparados.

Algunas mujeres tienen varios atributos de la virtud, careciendo de otros, porque se ha producido en su formación mezclas como en las porcelanas más ó menos puras, según las sustancias empleadas en su fabricación.

En Lolita Martínez no es adorno la virtud: es la esencia de su pensamiento y de su corazón.

Así como objeto el primer pensamiento del álbum, encuentro intensa la bellísima composición de Massi: *La viejecita.*

Esa figura de una anciana sonriente significa que expresa los votos más elocuentes en favor de Lolita Martínez: que cumpla Vd. su destino con permanente sonrisa de alegría, hasta adornarla con un marco de hilos brillantes de plata de cien años... ¿No ha querido decir eso, Massi?

Quiero criticar otro pensamiento, el de Julio Magariños Roca.

Yo hubiera dicho: los sueños que inspiran las mujeres como Lolita Martínez son dulces, son suaves, son tranquilos; pero no acepto que exista una época de sueños dulces, porqué si sueñan los niños con el angel que llena el botin de juguetes en la noche de Navidad, sueñan también con el lobo que devoró á Caperucita roja; y las mujeres preciosas, en su primera edad, suelen tener sueños terribles; pero... no los quieren contar.

Toca á mí, ahora, poner un pensamiento mío.

Los álbumes forman parte de la dote de la mujer.

El marido obligado por la ley á prestar protección á su esposa, está primeramente comprometido, si la novia ha tenido álbum, á conquistar con una esquisita conducta los homenages rendidos á su prometida en el concurso escrito de los más distinguidos amigos é inteligentes de su sociabilidad.

Teófilo E. Díaz.

# RESURRECCIÓN

A Julio Herrera y Reissig.

Vuelve á sonar la lira americana;
Ya del olvido en el rincón no yace
Como después de su *primer mañana.*

Brota la luz, la niebla se deshace,
Y en el sepulcro de la fé perdida,
La blanca flor de la esperanza nace.

Como el ave en las frondas escondida,
Ya podemos cantar como cantamos
En las horas mejores de la vida,

Cuando un piélago en calma atravesamos
Y sentimos las dulces emociones
De los sueños de amor que acariciamos.

Ay! evocar las pálidas visiones
Que en noches voluptuosas nos mecieron
En hamaca de blancas ilusiones

Y que después por siempre se perdieron
En la penumbra oscura y misteriosa
Donde entre vaga claridad nacieron...

Ay! beber en la fuente deliciosa
De la inocencia, y concebir la gloria
En horizontes de color de rosa

Como una nube de óptica ilusoria
Que con falso atavío nos engaña
Dejando sólo su fugaz memoria...

Ver que luz pirotécnica nos baña,
Y vagando sin rumbo en la llanura
Soñar que hemos trepado á la montaña...

¡Eso es vivir! Vivir sin amargura,
Con esa inspiración dulce y secreta
Del que cantando sus dolencias cura.

Así es que pisa la deseada meta,
Así es que llega del ideal al Ande
Con la lira en los brazos el poeta.

Así también su corazón se expande,
¡Siempre pequeño para el vulgo oscuro
Siempre pequeño... pero siempre grande!

Ya podemos cantar, y desde el muro
Donde está nuestra enseña colocada,
Contemplar ese cielo terso y puro

De la América libre y venerada,
Donde brilla ese sol de mi bandera,
Símbolo augusto de la patria amada!

¡Oh, sombra majestuosa de Rivera!
Surgid de entre el misterio de las ruinas
Y mostradme un instante tan siquiera

Ese libro de páginas divinas
Donde hay una leyenda pura y santa
Que se llama Rincón de las Gallinas!

Costa del Uruguay, marjen que encanta
Al viajero que pasa, y dó grabaron
Treinta y Tres bravos la gloriosa planta.

¡Rememorad los tiempos que pasaron!
¡Habladnos de esos hombres que se fueron!
¡Despertad los recuerdos que dejaron!

¡Contadnos otra vez lo que dijeron
Al pisar en tus húmedas arenas
Esos que patria y libertad nos dieron!

¡Qué hermosas y magníficas escenas!
Cuando esa fecha el Uruguay festeja
¡Qué vale Esparta, ni qué vale Atenas!

Levanta Juan Antonio Lavalleja...
Alguien te llama... Sarandí te nombra...
¡La batalla de ayer! ¡Tu gloria vieja!

De la inmortalidad surje otra sombra
Con más conquistas y con más fatigas,
Figura napoleónica que asombra,

Fundador de una raza. Ese es Artigas,
El que tuvo victorias y quebrantos
Y laureles mezclados con ortigas!

. . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . .

Hoy ya puedo ofreceros, héroes santos,
Nobles reliquias de la patria mía,
La música sencilla de mis cantos.

Hoy renace de nuevo la Poesía
Y alza Reissig su cántico divino
Derramando cascadas de armonía.

¡Dulce boyero de rimado trino
Para halagar el alma del viajero
Se detiene en los bordes del camino

Y levanta su acento lastimero
Como un llamado del cantor errante
Que le falta quizás un compañero!

Ya podemes pulsar la lira amante,
La guitarra doliente y gemidora...
Bardos americanos, adelante!
Ya la sombra se va! ¡Viene la aurora!

**Bernabé Comes,**
Oficial del 1.° de Cazadores.

## "NIGRO NOTANDA LAPIDO"

### II

El cielo se encontraba cargado al Oriente de corros de nubes, desgreñadas, de matiz verde-barroso, hinchadas, que parecían avanzar para tachonarlo todo. Los rayos anémicos del sol, habían desaparecido. Las tintas de los celajes y arreboles palidecían rápidamente, borrándose como la pintura de un transfloreo bajo la acción carcomedora de activo ácido. El tiempo estaba amenazante.

Al desgarrar la bóveda encapotada una escintilación en forma de zig-zag, una claridad fugaz, intensa y tartárea, se expandió haciendo rutilar los azulejos que forran la media-naranja de la rotunda y blanqueando espectralmente los solitarios viales del campo-santo. Pareció entonces aumentar la frescura arcana que antes se sentía, é instantáneamente una lluvia menuda y parsimoniosa se precipitó azotándolo todo, produciendo un monótono claqueo al pegar pianito en las grandes hojas de los floripondios. El viento soplaba furibundo. Los escurridos cipreses entonaban al filtrarse el cierzo enloquecido por su nutrido follaje, silvos quejumbrosos, notas melancólicas, ayes como lastimeros sollozos. Los corrillos de matas del arreate se remecían desesperadamente á cada vortice. temblantes todas las hojuelas, acostándose abrumadas por los implacables latigazos, en el suelo humedecido, desgajándose, machacando sus herbáceas y cimbrantes ramas sobre el mármol negro y blanco del sepulcro. Las campani las azules, esas amigas inseparables de los lugares tranquilos, aferradas á sus delicados pedúnculos, verdaderos cordones vejetales por lo flébiles y prolongados. titilaban apabullándose medrosas toda vez que pasaba una loca ráfaga. De sus sombríos umbráculos, los cipreses, soltaban, á cada momento, cápsulas secas. En una sepultura circunvecina, el enverjado de hierro, ya despintado y herruchento, cuyos intervalos entre barrote y barrote estaban llenados por brazos de trepadora enredadera, una vieja madreselva, bailaba, temblorosa, afirmándose sobre su sustentáculo plantado en tierra y allí dentro una gran ca-

melia de Ispahan, à la que hacia compañía un amarilis, quebraba sus botones...

El aguacero arreciaba. El ímpetu de la lluvia chapoteaba la loza marmórea, produciendo una humareda acuosa al saltar miriadas de saetas y rayos de agua que luego volteàbanse al cantero. El mar embravecido, allá, en el fondo, dada su furia, parecía aviesamente tentado, ya que tampoco tenía que romper ninguna valla, en penetrar más adentro, invadiendo los dominios de la onminiosa población. Las olas revueltas venian á desflecar sus bordes rabiosamente en las requebrajadas rocas de la costa, formando manteles de lechosa blancura, con las ampollas y glomérulos de sus efervescentes espumajos. En la gran portada de entrada, el par de faroles eléctricos empotrados en la pared proyectaban un resplandor que empañaba la llovizna; al flajelar las bombas de cristal, las gotas corrían sobre ellas en forma de escamas... En la acera, los plátanos fustigados por las rachas, se retorcían en contorsiones violentas desgajando al propio tiempo de sus mermados ramajes, hojas y más hojas secas y acartuchadas de un rojo de ocre ó amarillentas... La lluvia continuaba cayendo obstinada, y la hojarasca de tanto árbol seguia en volandas como si fuese obra del mismo impulso, espetando un ruido desgarrador.

La noche, tenebrosa, estraba tomando posesión del cuadro. Las sombras, ya más espesas, más fuluginosas, como borras de vómito de profundas sisternas, habían concluído de terraplenar el espacio.

El mar seguia bramando allá lejos. El fúnebre recinto quedaba sumerjido en las sombras pavorosas de la noche y al arbitrio de la desequilibrada intemperie!

¡El día aniversario había muerto! Y aquella simpática tumba en la comba de una senda poblada de ramosas plantas, alli castigadas sin compasión por la copiosa lluvia, donde el morado amaranto rastreaba rozándose con los corrillos de olorosas violetas brasileñas, donde airoso gallo-cresta mostraba sus penachos afelpados color de espinela y las delicadas guias de las campanillas azules abrazaban lánguidamente el jastial de sienita: las tinieblas corpóreas de la noche tempestuosa, la habían escondido, ayudadas por las sombras intangibles que emanaba el olvido!...

Carlos H. Mata.

Montevideo, 20 Septiembre 1899.

## NOTAS DE REDACCIÓN

Llamamos la atención sobre el notable trabajo que sirve de portada triunfal á LA REVISTA, y que pertenece al brillante escritor Juan Zorrilla de San Martín.

Es una joya primorosa, arrancada á su libro en preparación «Hortus Conclusus». En el número siguiente publicaremos otro análogo del mismo autor, titulado «El Cantar de los Cantares».

—

Nuestro distinguido amigo el brillante literato Casimiro Prieto, nos ha escrito anunciándonos la próxima visita de varios de los más reputados escritores bonaerenses, los que han emitido las mejores opiniones sobre LA REVISTA y desean honrarla con sus producciones.

Y apropósito del distinguido amigo: en la hermosa «Mancha de color» aparecida en el número anterior de LA REVISTA, se han deslizado dos pequeños errores: en vez de *cuando hace tales joyas*, debe leerse *cuando luce tales joyas;* y, más adelante, en donde dice: me ha ponderado la rica pedrería *que hacen todas las mañanas*, debe leerse *que lucen todas las mañanas*.

—

Recomendamos especialmente á nuestros lectores los versos, titulados «En la Floresta» de Francisco G. Vallarino—un nuevo cruzado que se presenta en el campo de la gloria—con armas resplandecientes, y espíritu vigoroso. Vallarino, por la forma arrogante en que hace su estreno, se da á conocer como un poeta que sabe sentir, pulsando con arte delicado y sencillo la cuerda sentimentalista, que como dice Copee, es la única que no se gasta y vibra constantemente en el arpa de la naturaleza. Por lo demás, este nuevo poeta cincela con maestría y despliega una imaginación llena de fuerza y de colorido.

Juzguen los lectores de lo que hemos dicho.

—

Manuel J. Sumay, uno de los redactores de «América Literaria», nos ha obsequiado con un hermoso soneto, en él que brillan la originalidad y la inspiración, á la vez.

Sumay se destaca entre la muchachada de la otra orilla, habiéndose revelado como un poeta de personalidad propia y de numen vigoroso.

¡Adelante, amigo, y visítenos amenudo!

## EL CANTAR DE LOS CANTARES

---

Es un poema misterioso y sutil, un idilio de amor conyugal en el que dos esposos, apacentadores de rebaños en los huertos de Jerusalem, se manifiestan su ternura y se elogian mutuamente su belleza. El rey poeta lo escribió en verso hebreo, acaso en el rústico dialecto de Palestina, muy análogo al Caldeo, para imprimirle mayor sencillez y mayor ingenuidad campesina.

San Gregorio Nacianceno le llama *Drama Nupcial;* Bossuet lo califica de *Epitalamio,* y halla en él siete églogas correspondientes á los siete días que las fiestas de bodas duraban entre los hebreos, tales cuales nos las ofrecen los libros incomparables de Ruth y de Tobías.

No nos es posible apreciar toda la belleza de este canto de los cantos al través de versiones á lenguas radicalmente distintas de la hebrea; pero la luz de sus estrofas llega á nosotros como la luz de las estrellas cuya forma no conocemos, y que arden en su aire lejano, aire distinto al que nosotros respiramos.

El *Cantar de los Cantares* es un canto sagrado que tiene que oirse de rodillas: creo firmemente que su lenguaje es el del paraíso antes de la culpa, antes de que el hombre se hubiera dado cuenta de que su propio cuerpo, la obra más perfecta del Creador, estaba desnudo. El aliento de sus estrofas es como el humo del incienso que necesita lugar sagrado para difundirse y que, fuera de él, parece profanado, é irrita los ojos y produce vértigos.

¿Quién se atrevería á pronunciar en medio de un corrillo que habla de vidas disolutas, el nombre de su madre muerta al darlo á luz? El rayo de sol, dice Shakespeare, con ser de luz purísima, engendra gusanos al penetrar en un perro muerto.

No hagáis penetrar el *Cantar de los Cantares* en orejas de carne, de carne muerta á la vida espiritual. Está en lengua del paraíso, y esa lengua no aprendida, sólo es hablada y comprendida antes de la culpa ó después de la penitencia.

Jamás se desvía en sus estrofas el sentido ordinario de las palabras; no hay en sus versos frases solapadas ni sonrisa que no sea ingenua como la risa de un niño; en él los cuerpos sólo sirven para hacer sensible la belleza eterna que se trasparenta en ellos tomando su forma, como la luz toma la forma del vaso que la contiene, y que impide que se confunda con la luz infinita.

## II

Oigamos algunas notas entresacadas sin orden del poema del rey, siquiera sea para hacer pasar por estas páginas un poco del hálito de nardos y lirios del campo, que mana de sus estrofas.

---

La voz que se oye es la voz de mi amado: vedlo cómo viene atravesando los montes y saltando los collados. (1)

---

Morena soy pero hermosa, hijas de Jerusalem, hermosa como las tiendas de Cedar, y las cortinas de pieles de Salomón.

---

Oh tú que estás en el huerto; los compañeros escuchan; haz que oiga su voz.

---

Y soy la flor del campo, y soy la azucena de sus valles...

---

(1) Tomo indistintamente la magistral traducción de la Vulgata de Scío, y la encantadora versión, directa del hebreo, de Fray Luis de León, procurando refundir ambas, para dar color homogéneo á los fragmentos que transcribo, sin ajustarme al orden de las estrofas.

No te fijes en que soy morena: es que me ha mirado intensamente el sol.

---

Como lirio entre las espinas, así es mi amada entre las mujeres.

---

Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos de los hombres.

---

Ha hablado el amado de mi corazón y me ha dicho: levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.

Ya lo ves: ha pasado la lluvia, y se ha ido el invierno.

Los capullos de las flores se abren en nuestra tierra; ha llegado el tiempo de la poda; se oye ya la voz de la tórtola en nuestros campos.

---

La higuera brota sus higos, y las uvas pequeñas dan su olor; levántate, pues, amiga mía, y ven.

---

El amado mío para mí, y yo para él, que se apacienta entre los lirios.

Hasta que sople el día y las sombras huyan. Tórnate, amado mío, semejante á la cabra ó al corzo sobre los montes de Better.

---

¿Quién es esa que sube del desierto como columna de humo perfumado de incienso y mirra, y de todas las plantas olorosas?

---

Eres toda hermosa, amiga mía, y ni una mancha existe en ti.

---

Salid y ved, hijas de Sión; salid y ved al rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día de su desposorio, y en el de la alegría de su corazón.

Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, y serás coronada de la cumbre de Amaná, de la cima de Sanir y Hermon, y de las cuevas de los leones y de los montes de los leopardos.

---

Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía, huerto cerrado, fuente sellada.

Fuente de huertos, pozo de aguas vivas que corren impetuosas desde el Líbano.

---

Hermosa eres, amiga mía, como Thersa, bella como Jerusalem, terrible como los escuadrones con banderas desplegadas.

---

¿Quién es esa que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

---

Soy la rosa del campo y el lirio de los valles...

---

Eres toda hermosa, oh, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna.

Eres huerto cerrado, y tus perfumes como aromas de paraíso; eres fuente sellada, oh hermana, oh esposa mía, fuente sellada que corre impetuosa desde las cumbres del Líbano; eres lirio entre las espinas, y eres hermosa, la hermosa entre todas las mujeres.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

## III

Parece, cuando se oyen esas palabras de amor, que la tierra pasa por una ráfaga de cielo cerca de un astro invisible; un aliento de aurora sideral y de flores no brotadas se desprende de esas estrofas frescas como el agua que corre.

El amor conyugal terreno no puede ofrecerse, al manifestarse apasionado, exento hasta ese punto de todo calor

de sangre humana: todo recato tiene, en el fondo, la conciencia del mal, que no se ve ni remotamente al través del *Cantar de los Cantares.*

Léase la aparición luminosa de Beatriz en el Paraíso del Dante, y compárese con la ingenua esposa del *Cantar.* Son dos purezas muy distintas. Los ojos de Beatriz tienen el brillo de ojos humanos transfigurados y purificados por la muerte; los de la esposa morena del *Cantar* profético no son transfigurados: son puros originariamente, miran muy abiertos, todo niñas, sin reserva alguna y llenos de luz blanca. La estrofa dantesca se ha sumergido en el cielo desde la tierra; pero es el cielo el que ha descendido á la profética estrofa del *Cantar de los Cantares.*

Ese canto no lo escribió Salomón, el rey, sólo para celebrar sus bodas con la hija del rey de Egipto, si es que con ese motivo lo escribió; no es ciertamente la pastora sulamita la que así expresa un amor que, siendo conyugal y fecundo, es también angélico: fecundidad virginal.

Los lectores del espíritu que anima la letra de los libros divinos han leído en el *Cantar* la visión del consorcio eterno de Cristo con su Iglesia, su mutuo amor que puebla los cielos de almas redimidas.

¡ Pero cuán claro se ve brotar de tanta belleza el símbolo, que la Iglesia ve también en ella, de la que es por excelencia azucena entre las espinas, flor del campo y lirio de los valles !

Ella es la única, toda hermosa y sin mancha; ella es la sola mujer fuerte, terrible como los escuadrones con banderas desplegadas; ella el huerto cerrado custodiado por el arcángel, y regado por la fuente sellada, por las aguas vivas que bajan impetuosas entre las rocas desde los manantiales del Líbano.

Así lo ha interpretado la Iglesia universal que recoge la estrofa perfumada de azahares del rey poeta, y la hace resonar todos los días en el universo en honor de la Virgen Madre.

Eres toda hermosa, oh, María, y no hay en ti mancha alguna.

Tú eres, y sólo tú, la flor del campo y la azucena de los valles.

Y eres tú, oh, la más hermosa entre las mujeres, el huerto cerrado, el huerto regado por la fuente oculta, cuyo aroma, aroma de paraísos, perfuma el *Cantar de los Cantares* del profeta.

*Tota pulchra es Maria, et macula non est in te. Hortus conclusus, oh Maria, hortus conclusus, fons signatus; emisionis tuæ paradisus.*

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

---

# VIÑETA

Para Julio Herrera y Reissig.

Estábamos á solas.
Las teclas del Pleyel tu blanca mano
hundía con temblor... Lloraba el piano
aquel precioso vals: «Sobre las olas».
Volaba de mi pecho la amargura
fantaseando con dichas ya remotas,
en tanto que la hermosa partitura
desgranaba el torrente de sus notas.
¡Sublime instante aquel! En el teclado
un derroche de tristes harmonías...
¡Yo evocaba las dichas del pasado,
tú, inocente, al futuro sonreías!

Recordemos, ¡amor de mis amores!
Reía el dios Amor sobre la mesa
de laka japonesa
sembrada de cadáveres de flores.
Y entonces deliré! Para mi antojo,
á las notas del vals que agonizaba,
la estatua del Amor se balanceaba
y picaresca nos guiñaba un ojo...

Me dejas aplaudir? Hallé en tu risa
roce de perlas de ignorados mares
que el áureo chapitel de la cornisa
desflocó en una lluvia de azahares.
Por cima de tus hombros, más lucientes
que el mármol armiñal y el raso albano,
vi al fino teclado de tus dientes
sonriendo en el charol de tu pïano...

Un ósculo indiscreto de Dïana
desflorando el cristal de la ventana
rodó por las alfombras de Bruxelas;
besó las huellas de tu pie menudo
y después en tu albar cuello desnudo
un ósculo dejó. Mis cantinelas
te hablaron de países muy lejanos:
estábamos á solas,

y enlazando mis manos con tus manos
embriagados por mutuos embelesos,
aquel precioso vals: «Sobre las olas»
hablaba de ternuras y de besos!...

El vals sobre el atril. En tu mirada
destellos de pudor, —¡castos hechizos!—
¡mi alma con la tuya connubiada!
¡mis labios sobre el oro de tus rizos!
Después,—¡oh sacra virgen de mis sueños!—
el Amor columpiándose entre flores,
y en mi pecho tus cándidos ensueños
endulzando la hiel de mis dolores...
Delirios de placer. La mente inquieta
encarnaba las ansias de un idilio:
tú soñabas con ser una Julieta,
yo en tus brazos creíame un Virgilio!
Desflorando el cristal con sus destellos
navegaba la luna lentamente,
mientra el oro triunfal de tus cabellos
tersaba las arrugas de mi frente!

Feliz instante aquel! Hadas divinas
cubrieron tus mejillas de amapolas,
en tanto que apagaban las cortinas
las notas de aquel vals: «Sobre las olas»...

MANUEL J. SUMAY,
Argentino.

Buenos Aires, Otoño del 99.

---

## DE MI CARTERA

---

Según una ley de Taine, el escritor comienza por la originalidad. Y á la verdad, fuera de la edad de la juventud primera, los autores no hacen más que imitar. Cansado de imitar á los demás, el escritor concluye por imitarse á sí mismo. Entonces dice el público que tiene estilo propio.

---

Dadme, en determinada sociedad, un individuo con talento vulgar, ilustración vulgar, de costumbres y moralidad vulgares, y os presentaré el modelo que esa sociedad necesita. El pueblo de todas partes se quiere á sí mismo queriendo á esos seres en quienes se cristaliza, por decirlo así, la vulgaridad media.

Hemos descendido desde las alturas por nuestra voluntad; hagámonos, pues, dignos de las alturas por nuestros propios méritos. Las genealogías celestes van perdiendo, día á día, su en otro tiempo avasallador prestigio. Es que las modernas escuelas no conciben la dicha en las tenebrosidades del pasado, mirando al cual, nuevos Orfeos, hemos perdido nuestra Eurídice. Ellas despojan al hombre, poco á poco, de las insignias con que se exornó vanamente en los tiempos que fueron; de ellas es el porvenir, pletórico de esperanzas; para ellas, en fin, Adán no ha venido al mundo todavía, sino que lo será en lo futuro el hombre libre y civilizado que viva en medio de la felicidad.

---

Así como suelen estallar las tinajas en que se encierra el mosto, y las fuerzas desarrolladas traen lo del fondo á la superficie, así también suele perderse, en ciertos momentos, el nivel moral de las sociedades, y á la faz de la tierra sube lo obscuro, lo ruin, lo bajo, lo que siempre debieron guardar en su profundo seno las tinieblas.

---

Acostumbran los dibujantes pintar á toda persona que escribe versos, con una lira al lado. Si yo fuera pintor, confieso con ingenuidad, que prodigaría menos el clásico instrumento: muchos llevarían por compañía un lirón, y acaso no faltaran algunos exornados con el símbolo de la macana histórica.

---

No parece sino que muchos hombres suben al Poder para poner en práctica las ideas de cierto porquero que siempre decía: «¡Si yo fuera gobierno!.. ¡Si yo fuera gobierno!..» — «Si tú fueras gobierno, ¿qué harías?», le preguntó uno, cansado de oírlo. — «Si yo fuera gobierno, replicó, conduciría los cerdos de á caballo».

---

Es un hecho de observación, que disminuye día á día el número de las imposibilidades morales, y va acercándose lentamente al de las imposibilidades físicas.

«La credulidad, ha dicho Marmontel, es el partido de los ignorantes; la incredulidad decidida, el de los semisabios; la duda metódica, el de los sabios». Saber dudar, he ahí en lo que consiste la verdadera sabiduría.

---

¡País digno de estudio el nuestro! Ya alguien ha observado que en ninguna parte más que acá se oye hablar de arroyos secos y de esquinas redondas. Faltaba agregar que sólo aquí también una cucharada de carne líquida es una costilla de vaca!!

---

El matrimonio es un tratado desigual, en el que, al revés de lo que sucede ordinariamente, los débiles imponen á los fuertes sus caprichos.

---

Cosa rara: la mayor parte de las personas tiranizadas se quejan de tiranías que han creado.

---

Tras las aparentes amistades suelen ocultarse odios profundos, como debajo de la serena superficie de los mares, las revueltas aguas de las corrientes submarinas.

---

Llevados á los puestos públicos muchos políticos, defensores en el llano de los más santos ideales y partidarios entusiastas de las más avanzadas ideas, podrían, al dar cuenta de sus actos, responder al pueblo lo que Ariosto á cierto arquitecto que le preguntaba cómo teniendo para otros, en su Orlando, suntuosos edificios, construía para uso propio una casucha. — «Maestro, le respondió: gran distancia hay de poner palabras á colocar mármoles: ahora pongo piedras, y antes de ahora he puesto fantasías».

---

Oigo, con frecuencia, llamar á los militares que constituyen el ejército, el elemento de acción. Una variación se me ocurre: ¿no sería más acertado llamarlos los accionistas de la patria?

Los hombres de ideas peores suelen ser no los de ideas más erróneas, sino los que no tienen ninguna fija: murciélagos que en el mundo de la intelectualidad no son mamíferos ni pájaros.

---

El matrimonio es un espejo esférico cuya superficie cóncava la ocupa la esposa y la convexa el marido. He ahí por qué en él se ven tan pequeño el hombre y tan grande la mujer.

---

Hay la misma razón para llamar Puente de las Duranas (que otros dicen de las Duraznas), al Puente de las Duranes, que la que hubiera habido para apellidarlo de las Vascas, de las Velas, de las Peras ó de las Monas, si sus antiguas poseedoras, en vez de ser de Durán, hubieran pertenecido á las familias de Vásquez, de Vélez, de Pérez ó de Mon.

---

¡Ironía de las cosas! Carneiro Leão fué el ministro brasileño encargado de exigir una respuesta categórica, pronta y decisiva, á nuestro Gobierno el año 1852, sobre los tratados del 51, por los cuales conseguía la desleal diplomacia del Imperio, territorios que abandonó el año 25 por la fuerza de las armas. ¿Y quién no ve en esos dos apellidos simbolizada la política brasileña? ¿Quién no ve en ellos la docilidad del *carnero* para con los poderosos, la bravura del *león* y su indómita fiereza para con los débiles?

---

Algunos confunden el carácter con el mal carácter, y creen que tienen carácter los que son malos como bichos de parra, como confunden otros la independencia con la facultad constitucional de gritar desde abajo. A los hombres se les desgastan las puntas y brusquedades rodando, lo mismo que á las piedras. La verdadera independencia, la que mide el temple moral de los ciudadanos, se conoce en los altos puestos públicos y en ocasiones en que los puestos peligran. El carácter, el verdadero, no el falso, consiste en ser malo precisamente en circunstancias en que los malos de oficio suelen ceder.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

# A GRECIA

Para LA REVISTA.

De tus hijos la estirpe soberana
Te hizo grande, divina y opulenta,
Pues el relato de ellos representa
El arco iris de la gloria humana.

La historia de los siglos se engalana
Con todo aquello que tu nombre alienta,
Y el impulso del arte se acrecienta
Con el recuerdo de tu acción lejana.

Espíritus modernos, anhelantes
Van á buscar en tu corriente pura
Poderosos alientos de gigantes,

Y tú, como la espléndida natura,
Les ofreces tus pechos desbordantes
De inspiración, de luz y de hermosura!

SALVADOR FORNIELES.

Buenos Aires.

# CONCEPTOS DE CRÍTICA

## I

Hacer obra de crítico es harto difícil, porque hay que convenir con Saint-Beuve que la retina analítica no la poseen todas las inteligencias, y no basta almacenar erudición ni haber nacido con doble paladar para decir: esta obra vale exactamente tanto. Los miopes, en este punto, son muchos, aunque lo ignoren, semejantes al astrónomo ciego, que en su delirio fantástico creía descubrir nuevas constelaciones en las oscuridades engañosas de su misma ceguera. Tengo, para mí, que el crítico verdadero tiene algo de Sibila—la concepción milagrosa, efectuada con la rapidez eléctrica de una luz que hace día en menos de un instante.

Disecar es sólo aplicar conocimientos. Detallar, ajustar, separar, es sólo emitir paciencia.

De ese modo considerada la crítica, es una forma mecánica y activa, una hormiga laboriosa que no se eleva un palmo de la tierra.

Imaginémonos que todo lo que existe tiene poros; pues bien—el talento del crítico debe penetrar por los poros de un libro y sorprenderlo, cual nuevo Judith á Holofernes, en su sueño de majestad; adivinar los secretos que flotan en sus páginas, sentirse en su presencia iluminado por intuiciones proféticas, interpretar los puntos suspensivos de las abstracciones y de los vuelos vagos que encierra, descifrar el revés de los pensamientos, tener el oído de un auscultador misterioso para oir lo que apenas suena en el alma de su autor—en una palabra—fraternizar y consustanciarse con la obra que quiere penetrar.

Toda vibración, todo fluido, que desde luego exista en ella, debe pesar en esa balanza intangible que da á conocer las valorizaciones secretas, que como tales pasan desapercibidas á la vulgaridad de los hombres.

En la urdimbre del pensamiento se trabaja con dedos de hada.

Una crítica elevada, á la par que una poderosa linterna mágica, ilumina y da vida á un libro, haciendo resaltar sobre el lienzo del análisis la psicología de sus personajes, agrandando sin desfigurar los contornos de los caracteres y de los hechos, para que el lector los comprenda sin fatigarse—por lo que el crítico, verdadero argonauta de la sombra, en medio de un océano de confusiones, tratando de salir triunfante del noble riesgo, como Daniel del foso de las fieras, suele ser un vidente, el más sublime, cuyo microscopio investigador, á semejanza de la pupila de los cíclopes, resiste al inmenso calor de la fragua, en que da forma al rayo poderoso de la verdad!

Es por eso que el crítico de valer es *rara avis*, y apenas si cada época se vanagloria de poseer uno solo.

El sentido analítico, á mi ver, requiere una doble percepción. No se aprecia lo que no se conoce, ni se conoce lo que no se alcanza á comprender. Puede el dueño de un libro decirle á su crítico, lo que Selim á los extranjeros que le querían conocer en su propio palacio: «Vestid pantuflas, y haced por parecer mahometanos en mi presencia». Del mismo modo un autor realista, romántico ó decadente, tiene el derecho de decirle á un crítico que rinda culto á cualquiera otra escuela distinta á la suya: «Antes de estrecharme la mano, despojaos de vuestro ropaje y procurad pareceros á mí».

En efecto, la tendencia en el hombre suele ser una causa de desequilibrio, y llega hasta ser una venda del entendimiento.

Se asemeja á la nube en que viajaba el dios mitológico, que no le dejaba ver el sol.

Nadie que no lo comprenda puede saber la cantidad de fuerza cerebral que hay en un libro, por malo que parezca, ó porque su raciocinio sea impotente para asimilarlo, sin contorsiones de duda.

La oscuridad, no porque sea tal, deja de ser un efecto físico, que vela nuestra débil óptica, sin que por eso se pueda decir que sea impenetrable, ni, menos, profunda.

Lo que es de fácil percepción parece siempre más bello y desde luego toda claridad es un efecto de limpidez muy encomiable, sin que deje muchas veces de ser un simple resultado de la superficialidad de las cosas.

Ateniéndose sin duda á nuestra debilidad es que dice Balmes que el mismo absurdo es meritorio, tomándose por esto último la impenetrabilidad de los arcanos llenos de misterio y de poesía.

Hermoso es contemplar las guijas relucientes que reposan en el lecho de cristal de un arroyuelo; éstas son como las ideas esmaltadas que se ven á través de un estilo claro como un espejo; son como las concepciones frescas y sencillas de un arte fácil y comprensible, que pasan del lienzo ó de la página al espíritu, en un rápido centelleo. Esto, sin embargo, no implica que no sean más hermosas las madréporas y coralinas que duermen en la profundidad de los océanos, sin que las podamos contemplar á simple vista, pudiéndose decir que se asemejan á las complicadas creaciones de los genios, hasta donde sólo pueden llegar los buzos del pensamiento.

Lo mismo sucede con las formas artísticas en que entra más ó menos subjetividad.

La trasparencia de un pequeño caudal es debida á su limitada profundidad y á la superficie tranquila de sus aguas, que suele ser monótona á fuerza de su mismo nivel, mientras que un piélago debido á la majestuosa inmensidad de su fondo produce la sombría turbulencia de sus masas alborotadas. Si una cosa es hermosa, la otra es sublime.

La belleza para juzgar de ella es preciso encontrarla.

Todo es cuestión de sondaje ó de perspectiva: á grandes alturas, grandes panoramas.

El talento de un crítico debe ser como una montaña de cuya cumbre se abarcan los más amplios horizontes. Son pocos los que lo poseen, del mismo modo que son pocos los que trepan á las grandes eminencias.

Es por eso que nunca he concebido el proselitismo como punto de partida de la crítica, obligándola á hacer de mula tahonera alrededor de un solo eje y sin que pueda salir jamás del círculo estrecho de una idea exclusiva y de un móvil único y absorbente.

Del mismo modo, pues, que resultan: el extravío sincero, el ofuscamiento sublime, la enajenación del raciocinio, el empecinamiento retrógrado—de una fe ciega, de una convicción aherrojada en el espíritu; resultan de un crítico apasionado y parcial: el apocamiento de criterio, la perturbación del juicio, la estrechez de conciencia, la flojedad de análisis, el oscurecimiento de la lente que aplica á lo que quiere examinar, por lo que, lejos de arrojar luz sobre el mérito del autor ó sobre los defectos de la obra, escupe, con frecuencia, un sarcasmo, anatematizando lo bueno y lo malo, condenando el precioso sudor de la inteligencia á rodar sobre el empedrado de lo que se desprecia, pagando el fruto intelectual con cuatro epítetos groseros que el vulgo traduce por veredictos de la sabiduría, y en fin, enterrando vivos á muchos intelectuales, que faltos de energía ó acobardados por los primeros reveses se condenan á perpetuo ostracismo en el cementerio del silencio! A un crítico de ese género habría que repetirle aquella frase del jacobino al subir á la guillotina: *«Salud, verdugo»*.

El censurar por sistema es un vicio tan condenable como el de besarle la capa pluvial á cualquier obispuelo de la literatura.

Un crítico ideal, sería un crítico enteramente justo, y un crítico justo se me antoja llamar á un crítico despegado de toda escuela, cuyas ideas como haces de luz de un faro giratorio penetrasen en todas direcciones, y cuyo cerebro contuviese á modo de un mapa-mundi la universalidad del pensamiento, pasando su meridiano principal igualmente por París que por Constantinopla. Pero, esto es difícil, si no imposible de conseguir, puesto que cada hombre que piensa abarca un solo punto del cielo y se rige por un solo meridiano.

Meternich le escribía á un amigo: «Habrá que rogarle á Dios que nombre Tribunal de la Historia, porque hasta

ahora ninguno ha fallado en definitiva». De igual modo la crítica fraternal, amplia, serena, que abarque de un solo abrazo, como Neptuno los oceanos, las revoluciones científicas y literarias de estos últimos tiempos—señalando los rumbos falsos que se han venido siguiendo, encauzando el ideal—quitándoselo á los utópicos aventureros que lo llevan amarrado por *la ilimitable selva oscura;* esa crítica que pase por el mundo como un céfiro de paz, que refresque y salubrifique los organismos enfermos por atavismos de herencia; esa soñada *crítica mesías* que reasuma en parábolas evangélicas la virtualidad cerebral, está por llegar aún, y todas las religiones literarias la señalan y hasta la bautizan candorosamente en la piscina de sus convicciones.

Parodiando á Meternich, habrá que rogarle al Dios de los milagros que convierta una biblioteca de todos los tiempos en un cerebro, y que ese cerebro, aislado del contacto humano, elabore la gigantesca obra crítica que espera la Humanidad, anarquizada y jadeante!

---

Por lo pronto es indudable que se ha adelantado algo en los procedimientos, reaccionándose contra el absolutismo de los principios, haciéndose menos genuflexiones á las antiguas fórmulas, dándose mayor amplitud al círculo del torneo, evolucionándose hacia la completa libertad del gusto, sucediéndose á los viejos casilleros cubiertos de moho, los amplios recintos de este esplendoroso renacimiento — y declarándose, por fin, que la estética, á semejanza de una mujer, no es la misma para todos los espíritus, pues mientras un defecto pueda parecer una belleza á un solo individuo, no puede juzgarse como tal defecto, en absoluto. Para esto deben tenerse en cuenta las influencias perturbadoras de este oxígeno de vida nueva, que embriaga á todos los intelectos, dando lugar á impresiones que podrán parecer artificiosas por lo raras, pero que de ningún modo dejarán de ser el resultado de una revolucionaria realidad. En arte, todo, ó casi todo, es convencional. Las corrientes se desvían y cambian de curso á cada momento. La innovación es casi un instinto. La inventiva que ejerce una función de vitalidad constante, influye de una manera directa en la naturaleza del gusto que muda ineludiblemente de forma y hasta de sustancia, como los seres orgánicos, en una serie de gradaciones sucesivas, que tienden á la perfección ó al desgaste final.

Todos los pensadores equilibrados de hoy día están de acuerdo con este reaccionismo de doctrina, que arremete contra lo absoluto, y que se basa en esta definición sencilla y verdadera: «el gusto es la facultad de recibir placer de las bellezas de la naturaleza y del arte.» Por lo tanto, se puede creer que esa facultad varía en cada individuo, según lo íntimo de su ser. Por otra parte, yo soy de los que creen que la moda es un progreso, y que de ningún modo se debe volver atrás. Se puede vacilar sin por eso retroceder.

La indagación filosófica de la verdad, semejante á la aguja magnética del Ideal Humano, oscila y siempre oscila movida por los ocultos resortes del Porvenir.

Tal liberalidad de forma, tal universalidad de educación á que hemos podido llegar, no es sino el fruto sazonado de los siglos, que gusta á todos los paladares y endulza todas las acritudes, y cuyo zumo, á semejanza de un guante mágico, suaviza las asperezas de las pasiones y refina las epidermis de los espíritus!

---

Pasaron ya los tiempos del exclusivismo. Una sociedad no es hoy una familia de fanáticos, ni una conciencia una mazmorra de preocupaciones. Los inquisidores con sus siniestras antorchas no existen ni en religión ni en política. Los ríos de la Historia, como diría Andrade, se unen para desembocar juntos en el inmenso océano de la civilización. La sangre de las razas se mezcla en el vaso sagrado que ofrece al Dios de la abundancia la Humanidad que comercia y que se reproduce.

La comunión de las naciones está á punto de ser un hecho. La tolerancia es un maná, que llueve para todos los hombres y todos los pueblos. En las Pyrámides modernas, como lo ha dicho un grande escritor, trabajan obreros de todo el Universo. Todo marcha hacia adelante, y los viejos errores se rectifican, á semejanza de las monstruosas piedras que se pulen!

El libro de la Verdad es la Academia Universal, en que están representados todos los países; y á las rodillas en tierra, y á los silicios de la penitencia han sucedido los símbolos de la fraternidad y de la conciliación, repercutiendo en todos los corazones la palabra: «Paz», y en todos los templos la palabra: «Amor»!

Jano es la deificación gentílica del alma humana que

despide agradecida las últimas sombras del pasado y saluda emocionada los frescos albores del futuro!

Del mismo modo, pues, que la infalibilidad y el rigor están á punto de ser letra muerta en las religiones, y que el templo de Marte dejará de ser la cloaca de las ambiciones políticas,—y que en el banquete del bienestar común habrá un cubierto para cada nación y para cada creencia, desapareciendo como una niebla incómoda el espíritu de localismo y de particularidad,—en literatura, como en ciencias, se abren horizontes más amplios—¡inmensas perspectivas de triunfo, desde donde se divisan nuevas Atlándidas que atraen el pensamiento humano!—y sus cruzados, los que la ofrecen la mirra de sus divinos sudores van como Carlo Magno repartiendo en inmensas bandejas de oro los manjares de Pascua, por toda la tierra; sólo que á diferencia de los antiguos caballeros ya no andan en mulas, ni entonan amorosas serenatas á sus elegidas, entre el silencio de la medianoche, ni se privan de entrar en los palacios de los herejes, sino que viajan en los globos y ferrocarriles del pensamiento moderno, y cantan á los nuevos descubrimientos y á las nuevas ideas, entre el rumor de la *inmensa colmena*, y fuman la pipa de los hijos del Profeta en Stambul, después de haber aspirado el incienso en el Vaticano.

Las campanas de la Gloria llaman á todos los congregados, como, en su delirio sublime, la heroína de Shakespeare llamaba á todos los astros!

---

Este es el siglo de la libertad del arte, mariposa de alas brillantes que ha roto su crisálida retórica y se ha elevado por los aires, ostentando todos los matices del gusto.

Stecchetti en Italia, Heredia en la Academia Francesa, Salvador Rueda en España, y tantos otros laureados en las justas del sentimiento artístico—lo pregonan de todos los modos, convencidos de la imperdurabilidad de las reglas, que lejos de constituir la legislación de la estética la condenan á morir de inmovilidad en una larga parálisis de rutina. Esto no quiere decir que nos perdamos en un laberinto de ensayos, rechazando por terquedad de sistema aquello que está sancionado por el buen sentido y por la consagración sacerdotal de los *que no se discuten*. Muy al contrario: las extravagancias y el esoterismo de los raros, que se pasan la vida haciendo macabras con el

idioma, inventando ritos extraños en el laboratorio de sus imaginaciones enfermizas, merecen la más severa condenación;—los pájaros polífanos que nos torturan con la monotonía inarmónica de sus canturreos, los acróbatas del palabrerismo que incivilizan el oído á fuerza de herirlo con sus experimentos antieufónicos,—los *epilépticos de la hipérbole,* como les llama un distinguido escritor, amigo mío, verdaderos gimnastas japoneses de la facultad más grande de la poesía—los *originalistas del ritmo* que llevan á la «Diosa del Helicón» por cuanta anfractuosidad y vericueto existen en el lenguaje que ellos despiadadamente descuartizan;—esos no entrarán jamás en el alto recinto, y merecerían la célebre sátira del Maestro Latimo, que refiriéndose á estos parásitos del mal gusto dice: «que aún viéndolos ahogarse, no les prestaría el menor auxilio»!

Volviendo á lo que afirmaba en un principio, este es el siglo de las grandes revoluciones artísticas, y no parece sino que un ideal de renovación y de originalidad agitase todo lo que hay de aleático en la naturaleza humana.

Seguramente que hay razón para decir con un conocido crítico moderno; «pronto no quedará piedra sobre piedra de todo lo antiguo, y las viejas creaciones yacerán como las ruinas helénicas envueltas en el musgo sagrado de la fama».

A todo esto la crítica, poseída de un sentimiento de maternidad, debe acoger en su regazo los buenos y los malos hijos del Arte, á aquéllos para acariciarlos con delicia en premio de sus esfuerzos y á éstos para corregirlos suavemente, señalándoles el buen camino.

Esta maternidad sublime, á que me refiero, es, como se sobrentiende, el eclecticismo, punto culminante del panorama del presente y llave de oro de los secretos del futuro.

Ser ecléctico es poseer ese refinamiento sibarítico, esa quintaesencia del gusto que constituye la naturaleza intelectual del siglo—es estar á la última moda—es habitar un palacio lujoso en la Babilonia del saber!

El eclecticismo es el punto más alto de la escala que tiene que ascender el crítico moderno. Para éste no deben existir fantasmas de preocupaciones, que á modo de Columnas de Hércules señalen límites á las investigaciones de su espíritu, ni debe enclaustrarse, á modo de una monja pudorosa en las absolutas de una fe ciega, temblando ante el fragor de vida de las innovaciones que se sucedan,

y de los problemas que se planteen, por insolubles que le parezcan. Su cerebro no debe tener candado, como la celda oscura de un cenobita; antes bien, debe dar puerta franca á las saludables ventilaciones del progreso, á las nobles visitas de los libros nuevos que elabore el porvenir del entendimiento humano. Un crítico que diga: «yo pienso y pensaré siempre así, será un crítico rezagado, que no podrá hacer jamás obra fecunda, porque estrechará su inteligencia en un molde de hierro,—y cuando oiga las alertas revolucionarias de los nuevos rumbos y de las nuevas ideas, irá á esconderse en la oscuridad de su empecinamiento, como Pan en su caracol perseguido por los Sátiros que le veían temblar!

¡Con cuánta razón dijo Houssaye: « se hace necesario penetrar en el mundo de las ideas, á modo de esos grandes cazadores de las selvas africanas, verdaderos parques enciclopédicos, que llevan para sus excursiones, un arma de cada especie » !

Efectivamente; no hay biblioteca moderna que no sea un museo de ideas contrarias — ni hay cenáculo en que no tomen parte distintos luchadores. El liberalismo de la inteligencia no tiene Index. Cada creencia tiene su biblia y cada asociación el sistema orgánico que le da vida. El bibliógrafo ya no es un enfermo de poquedad de conciencia y de anemia de raciocinio que se condena á perpetuo régimen, y no prueba bocado prohibido; es, por el contrario, un gastrónomo de apetito desordenado y de exquisito paladar, en cuya mesa se sirve el sencillo guizado de aldea y el extravagante plato romano: faisanes aderezados con perlas.

---

Debido á esto, se que á través de todas las intolerancias y aberraciones del mayor número, el modernismo en manos de un puñado de obreros ha horadado sus túneles en las montañas del pensamiento, sin que la humanidad se aterre ni se conmueva.

Por esto mismo es que las generaciones presentes caminan sobre el polvo ruinoso de lo pasado, y que los monolitos colosales que servían de almenas en lo más alto de los antiguos castillos, sirven hoy de cimientos á las nuevas edificaciones del progreso y del arte moderno. Y es también debido á esto que, como los libros de caballería del hidalgo de Cervantes, son con-

denadas al fuego de la consumación las ideas que pasan —y se suceden otras nuevas, alimentadas de otras savias, criadas en otros viveros: verdaderos retoños del espíritu humano — Fénices del pensamiento que nunca muere!

Una mirada retrospectiva nos hará ver ese desfile, á paso lento y continuado, de toda esa procesión de augustos espectros, que pertenecen hoy á la historia de la literatura: desde Salomón con su cetro de oro, hasta Homero con su cayado de parra,—desde Geremías con su capa de ramas de sauce, hasta Virgilio con su toga de armiño,—desde Cátulo con su espumante copa de Chipre, hasta el Dante con una llama del *Infierno* en sus apóstrofes,—desde Cervantes con su esmerilo de chispas, hasta Shakespeare con un océano dentro de su cerebro, —desde Camöens con un tallo de baobab en sus manos, hasta Moliére con una inmensa lágrima en medio de su sonrisa!

Todos pasan como visiones, en este kinetoscopio lúgubre del tiempo muerto; y los genios se petrifican en mármoles, como las ideas se transforman en religiones!

El clasicismo, disciplinario y severo, pasó, en su elegante litera de nobleza, con todo su cortejo de ceremonias, como pasaron los personajes antiguos de la aristocracia de la Edad Media,—de cabeza empolvada y de tizona al cinto, que usaban faldones largos y zapatos de hevilla: personajes hechos de una sola pieza, fanáticos por la religión y por la patria, que escribían sus madrigales en los guantes de una marquesa y templaban sus corazones con el diapasón místico de las campanas de sus iglesias.

Pasó el romanticismo, sublime desamparado—gitano de la elegía—bohemio de los hastíos y de los desventuras, que en las embriagueces del desorden despeinaba sus melenas, y que en las orgías trágicas del alma mostraba la desnudez de sus dolores! Pasó el bello romanticismo, con su faz lacrimosa y desencajada, exhalando por toda la Europa los suspiros de Ossian—¡plañidera sublime de los duelos del siglo—hada melancólica de los llantos divinos que formaron *el lago y las meditaciones;* el romanticismo, que fué ángel y demonio de don Juan,—piélago de agua muerta en René,—desengaño y tortura en Lucía,—sufrimiento y sublimidad en Juan Vaillant, — bautismo de fuego, y anatema en *Los Castigos!*

Y está acabando de pasar, en un desfile postrero, el realismo: serio, reflexivo, observador, llevando, en su

maleta de viaje, su indumentaria severa,—todos sus instrumentos de anatomía, sus máquinas fotográficas, sus libretas de apuntes, sus útiles de medición, sus bloques y sus pinceles. El Maestro de Medán, — el apóstol de media humanidad, que ha hecho la autopsia moral á la Europa, que ha desnudado á los leprosos en presencia de los sanos, que ha salpicado con los fiemos de la miseria, las púrpuras de los ricos y de los opresores, que ha vomitado sus apóstrofes contra el ergotismo y la falacia social,—parece destinado á llevarse á la tumba el testamento de gloria de Balzac y de Flaubert, toda esa rica pedrería, todo ese florecimiento artístico y lujoso que fué el asombro del mundo durante cuarenta años!

Por último, el simbolismo parece ser un largo crepúsculo, una hermosa aurora polar que hace del firmamento de su escuela una paleta confusa, un derramamiento desordenado de flores exóticas de todos los países y de todas las latitudes. No se sabe si ha nacido ó está por nacer aún. Lo ridículo se muestra al lado de lo sublime. Es la fea lámpara de Aladino en manos del hada que guarda las pedrerías!

Lo abstruso, lo raro, lo original, forma la levadura incorpórea de este pan de Sybaris, que sólo es del gusto de los privilegiados. Pero es justicia reconocer que hay en él ese sabor que, según el poeta, tiene el oro para las perlas, y las sombras para las falenas noctámbulas!

El simbolismo tiene calandrias y tiene vampiros. Las carcajadas de sus poetas son sollozos histéricos. Son misántropos peregrinos de un mundo de idealidad etérea en que ellos mismos están perdidos. Se embriagan con opio; sus sonrisas son muecas. Parece que un oxígeno misterioso los mata alegrándolos! Baudelaire es una ironía amarga, corporizada en una lágrima venenosa. Su corazón es la esponja con hiel y vinagre, que, en la caña del desdén satírico, alcanza al hombre que sufre enclavado en su desesperación. En sus labios las risas de Anacreonte son hipos de burla—desdenes sacrílegos—elocuentes burbujeos de lujuria de un vino orgiástico. La miel de su poesía está guardada por aguijones. Es una flor que se ofrece entre espinas.

Hafitz alegra sus melancolías, Horacio hace elegantes sus locuras. Moore le arroja sobre su cabeza las cenizas de su cigarro.

Y en medio de todo esto, hace un templo de un lupanar y se acuesta sobre el lodo para mostrarnos sus vicios.

Ríe, y se ríe de sus dolores.

Sus lágrimas no se ven: se adivinan.

Es un Saint-Evremond, que, como diría Heine, seca su llanto con secretos suspiros! (1)

JULIO HERRERA Y REISSIG.

---

## A COLÓN

(Conclusión)

Animo volente nihil est dificile.

XII

Que al remontarse hasta el cielo
En su místico embeleso,
Deja en nuestra frente el beso
De la paz y del consuelo;—
Que da cauces á su anhelo
De irradiación y martirio,
Entregando con delirio
Nuevos frailes á la muerte,
Siempre heroico, siempre fuerte,
Siempre humilde como el lirio!

XIII

Y de ese limo fecundo
No se ha cegado el venero:
Aún hay quien siga al Cordero
Por los desiertos del mundo;
Que en el letargo profundo
Que aparenta aquel santuario
Como en el vasto sudario
De la oruga, se elabora
La majestad de otra aurora
Para su santo Calvario!

. . . . . . . . . . . . . . . .

XIV

Narra un histórico cuento (2)
Que en las noches sosegadas,
Cuando brillan por miriadas
Los soles del firmamento,

(1) En el número siguiente continuará.
(2) Historia de C. Colón, por Rosselly de Lorgues.

A la torre del convento
Una sombra trepa ansiosa,
Que agitada y cavilosa
Se detiene allí á observar
Del horizonte del mar
La línea incierta y umbrosa.

XV

Es el Guardián: por su frente
Que el insomnio palidece,
Como la huella aparece
De algún ensueño impaciente;
Que al eco vago y doliente
De las playas, aletea,
Con las ansias de la idea
Que en el cerebro encendida
Pidiera vida, más vida,
Para iniciar la pelea.

XVI

¿Qué realidad, ó miraje
Subyuga su entendimiento?
¿Con qué profético acento
Le habla la voz del oleaje?
¿Por qué invisible paisaje
Se dilata su mirada,
Que como el ala enervada
De volar, vuelve á plegarse
Temblorosa, sin hallarse
Satisfecha ni postrada?

XVII

Es que al incesante afán
De la fe que la reclama,
Apocalíptica llama
Hiere el alma del Guardián,
Que como aquella de Juan,
Flotando sobre el Atlante,
Ya risueña, ya aterrante,
La muestra entre viva luz
El reinado de la cruz
En nuevas tierras triunfante.

XVIII

Es que mira á las naciones
Que dieron prez á la Europa,
Romper hastiadas la copa
De sus torpes libaciones,
Y lanzarse á las regiones
Del confín desconocido,
De donde parte el vagido
Que la virgen inocente,
La de la cobriza frente,
Exhala en su agreste nido.

XIX

Por eso, cuando jadeante
De bregar, con débil mano,
Al asilo franciscano
Llama Colón un instante;
Cuando aflicto como Dante
Implora «Paz» y ternura,
A auxiliarlo se apresura
El glorioso monasterio,
Iniciado en el misterio
De su sublime locura.

XX

Por eso, para que fuera,
El prodigio de la historia,
Le presenta la memoria
De su penosa carrera,
Que fué al principio, quimera
De otro genio atormentado,
Y luego vaso sagrado
En cuyo fondo palpita
La parábola bendita
Del amor crucificado.

XXI

Pero, si en aquel ambiente
Halla el inerme mendigo
La dulzura de un abrigo
Y un corazón que lo aliente;
Aún el mundo que incipiente
Cree en su cerebro tener,
Necesita para ser
Cuanto al noctámbulo abona,
El brillo de una corona
Y el ardor de una mujer.

XXII

Mas, ¿qué espíritu esforzado
Socorrerá tanta hazaña?
Sólo el hidalgo de España
Que está de triunfar, cansado:—
Sólo el numen inspirado
Del trono que simboliza
La romántica divisa
De su tiempo y de su raza,
Sombra de luz! que si pasa,
Con su recuerdo electriza.

XXIII

Y no traiciona la voz
Del insomne aventurero

El ángel que en su sendero
Puso la mano de Dios;
Sino que va de ella en pos
Y aquietando su congoja
De sus galas se despoja
En un rasgo de altruismo,
Para que aclare el abismo
La siniestra paradoja.

XXIV

Luego... lanzado al turbión
De Neptuno embravecido,
Surca el esquife atrevido
La *Tenebrosa* región;
Y sus mensajeros son
En tan lóbregas mansiones,
Las Nereidas y Tritones,
Que con sus orlas de espuma
Van formando entre la bruma
Extrañas apariciones.

XXV

Después, un gris firmamento
Sobre el piélago bravío;
Un horizonte sombrío,
Y unas almas sin aliento.
Después, el sacudimiento
De la negra tempestad,
Que en su horrible majestad
Se precipita y estalla
Como el tarro de metralla
Sobre la invicta Ciudad.

XXVI

Luego, la sombra que cierra
El paso de la barquilla,
Una luz allá en la orilla
Y un grito que dice: «¡Tierra!»
Después, el eco que aterra
Al aduar en su esquivez
Y que sorprende á través
De las ramas del boscaje,
De la América salvaje
La inocente desnudez.

XXVII

Luego... llena la derrota
De riquezas y blasones;
Mientras en negros jergones
Yace el genio como ilota.
Después, un muerto que flota
En las ondas de la Historia,

Entregando su memoria
A la implacable mesnada
Que por la envidia cegada
Quiere oscurecer su gloria.

XXVIII

¡El crimen está hoy vengado!
Que el Tiempo, ese juez austero,
Ante su estrado severo
Llamó á aquel siglo culpado;
Siendo el fallo que ha dictado,
Vindicta del soñador,
Porque en su eterno loor
Dice al vulgo confundido:
« La razón fué del vencido ».
« El vencido es vencedor ».

RUPERTO PÉREZ MARTÍNEZ.

---

## ¿SERÁ CIERTO?

---

Ay! Ay!

—Que ay, ni ay! A ver si te avivas! Anda á ofrecerle un billete á ese señor.

Este corto diálogo pude oirlo no ha muchas noches, al pasar por la Plaza Independencia.

Como se comprende, se trataba de una muchacha vendedora de billetes de lotería y su madre... si lo era!

Pobrecilla! Delgada, pálida, la cabeza envuelta en una pañoleta de lana, el vestido sucio, rotos los botines, los números en la mano, inspiraba lástima.

La vi dirigirse rápidamente hacia el transeunte que su madre le indicara.

—La suerte! señor, le decía; cómpreme un quintito; va á sacar la grande...

—No, no quiero; déjame.

—Mire que tiene suer...

No pudo concluir la palabra; como llevaba la vista levantada, tropezó, cayendo sobre las losas de la acera.

—Me alegro, me alegro. Así aprenderás, —díjole la vieja sacudiéndola fuertemente de un brazo, mientras la pobre criatura ahogaba el llanto que le causaba el dolor por miedo á los golpes de su madre.

Impresionado por aquella escena, que para casi todos

pasó inadvertida, sentéme en uno de los bancos colocados en el semicírculo que forma la plaza al desembocar en la calle 18 de Julio. Tristes pensamientos me había sugerido el cuadro rápido de que había sido testigo; aquella niña de sólo ocho años vagando por las calles, unas veces acompañada de su madre, pero las más completamente sola, penetrando al interior de los cafés, juntándose con muchachos y muchachas vagabundos como ella, como ella sucios, desgreñados, holgazanes y deslenguados, me hacía pensar en tantas desgraciadas que así empezaron su vida concluyéndola en un lecho del Hospital de Caridad.

Mi imaginación fingió para aquella niña una vida completa; la veía crecer, su semblante era hermoso, su cuerpo gentil, llenos de vida sus ojos, provocativa su boca; había ya cumplido los doce años, vendía siempre números, sólo que ahora su comercio se había extendido; las flores eran también motivo de negocio y los sitios predilectos los cafés á cuyas mesas llegaba ofreciendo con insinuantes palabras sus violetas, sus rosas, sus claveles y recibiendo su valor en centésimos y en frases atrevidas y hasta en apretones de manos prolongados.

De pronto ya no la veía en los sitios que recorrió tantas veces, no la encontraba pidiéndome la comprase sus bellos ramitos, ¿qué le habría sucedido?

Ah! pronto lo supe; uno de tantos jóvenes á quienes había cautivado por sus prendas, habíale ofrecido privarla de las durezas de aquella vida, brindándole otra de placeres y de lujo, pintándole dichas y haciéndole forjar ilusiones nunca imaginadas y, en fin, haciéndola su querida.

Pasó algún tiempo, aburrido ya de las mismas caricias, un buen día encontróse la joven sin su galán; el pájaro había volado. ¿Qué hacer sola, aislada, con sólo sus pocas joyas y escaso dinero?

Bah! díjose la joven, á rey muerto, rey puesto; á ese que voló, otro, y después otro, y otro, y finalmente cien...

Perdida ya, siguió su vida rodando por el fango, hasta que enferma, roído su cuerpo por el vicio, gastada... va á buscar un reposo á la casa de caridad, y de aquí va su cuerpo á parar á la losa fría de la sala de disección, sirviendo, ¡triste sarcasmo! para estudiar las enfermedades que ella sembró en su desgraciado camino.

Tal fué el sendero que por el mundo tracé para aquella niña y ¡cosa singular! ni siquiera una vez pensé en acusarla.

¿Fué culpable ella solamente? No. Ella fué más desgraciada que culpable, la verdadera criminal fué aquella madre egoísta que por obtener algunos centésimos no trepidó en exponerla en aquel precipicio que la llevó al abismo.

¿Mi imaginación calenturienta mintió ó dijo acaso la verdad?

Alejandro Lamas.

---

# KARA-KOUTIÉ

LEYENDA DELAWARE (AMÉRICA DEL NORTE)

(Conclusión)

Es la más alegre vida
Sombra de una breve noche.
. . . . . . . . . . . .
Tan cerca, tan unida
Está al morir, la vida!

*Rioja.*

En la tierra de Onás, al sol naciente,
La guerra terminó
Y he volado á mi aldea, mas ligero
Que el *wapitti* veloz.

Mi *wighwam* está triste y solitario,
No hay lumbre en su fogón,
Mi caldera vacía, y arrollada
Mi piel de *caribón*.

Por eso busco una mujer amante
Que sople en mi tizón,
Y en el umbral de tu *wighwam* entono
De guerra mi canción.

Es la hora del silencio; en su querella
El *muskawis* cesó,
Y en su guarida, oculto entre las rocas
Duerme el *pekan* traidor.

Es la hora del silencio; en la espesura,
De sombras vago en pos,
Oh!, virgen Delaware, abre tu oído
Al eco de mi voz.

Ven, Moyamea, hermosa como el lirio
De cáliz temblador,

Yo soy Kara-Koutié, tu bien amado,
Que vuelve vencedor.

Ven, Moyamea, el árbol de la vida
Nos dé sombra á los dos,
Y el collar de *wampum* nos ciña, hermosa,
La mano del Amor.

War-houp! War-houp! Yo soy un gran guerrero,
Fuerte es mi corazón,
Pues sin temblar he visto en la batalla
De muerte la visión!

IV.

Cesó el canto. Conteniendo
Del corazón el latido,
En negra ansiedad sumido
Escuchó Kara-Koutié.
Mas, ay! sólo respondióle
Del Mukinghum la onda llena
Al deslizarse en la arena
Hasta á los pies del *sachem*.

Y el corazón del *piel roja*
Anegóse en la amargura,
Y envuelto en la sombra obscura
En la ribera esperó;
Pero en vano, en vano aguarda
A la que su vida mata,
Porque ha mucho que la ingrata
Moyamea le olvidó.

Bajó la luna al Poniente,
Quedó la noche sombría,
Tan sólo triste se oía
Al Mukinghum susurrar;
Pero, hubo un corto momento
En que calló estremecido
Y se oyó como un gemido
por el espacio cruzar.

Y cuando, muerta la noche,
Brilló la aurora riente,
Coloreando desde Oriente
Al cielo de oro y azul,
Agitadas en su seno
Hondo suspiro lanzaban
Y un cadáver arrastraban
Las olas del Mukinghum!

ADRIANO M. AGUIAR.

1896.

## ¡FAMOSO DON!

—Mejor, muchísimo mejor, gracias ¡Ah, le aseguro que no ha sido chico el susto que nos ha dado! Cuando le vi entrar en brazos de dos hombres, creí que moría de angustia... Nunca me olvidaré del susto horrible que sufrí; y, después, cuando á mis gritos de ansiedad, aquellos changadores infelices que me le traían me contestaron sonriendo para tranquilizarme:—«No es nada» ¡Imagínese! Y yo veía aquellas vendas manchadas de sangre, en su cabeza; aquel rostro intensamente pálido, los ojos cerrados, su ropa hecha girones y blanca de polvo y los brazos colgando como si estuviera muerto... ¡Qué muchacho, Dios mío!... Y ustedes, sus amigos, no le aconsejaban bien, seguramente; al contrario, tal vez le aplaudían esas locuras que forzosamente debían costarle caras...

—¡Oh, señora!, por mi parte, puedo asegurarle que ignoraba por completo esas que usted llama locuras de Marcelito; yo no hablaba con él sino de cosas serias...

—Sí, sí, todos son lo mismo—contestó riendo afectuosamente la señora, y agregó haciendo un ademán elegante:—Pase adelante; se alegrará de verle á usted, pase. Y la madre de Marcelito, tomando la delantera, le condujo hasta una puerta que abrió. Barruel, al través de la semioscuridad que envolvía al aposento, pudo distinguir á su amigo acostado en el lecho.

---

Barruel había leído esa mañana en la «crónica social» de un diario, un suelto, en el que se noticiaba que Marcelito Braman se hallaba enfermo en cama, de resultas de un accidente que tuvo por causa un suceso desagradable ocurrido en la vía pública. El laconismo con que el suelto estaba concebido y el manto de misterio con que, parecía, habían querido envolver malamente el hecho, despertaron su curiosidad y su interés, haciéndole comprender que en el suelto había algo de malicia y que á su amigo habíale sucedido, tal vez, algo lastimoso, que no se relataba completamente, porque no se echó en olvido que el público está siempre más inclinado á reir que á entristecerse. Y mientras almorzaba—hecho ya el propósito de ir á visi-

tarle, en cuanto terminara—su amigo Marcelito ocupaba por completo su pensamiento.

Barruel sentía por él profundo afecto; había sido su amigo desde el colegio, y juntos, más tarde, cursaron también sus estudios en la Universidad. Aquel afecto, no obstante, no oscurecía por completo el juicio de Barruel, que reconocía todas las debilidades, y aún los defectos de su amigo, al través de todas las buenas y hermosas prendas de carácter, que fueron mérito para sus triunfos universitarios y para el aprecio de sus condiscípulos. Marcelito era, para él, un excelente muchacho, con los defectos propios de los humanos mortales. No mal amigo, y modelo de estudiantes; pues en cuanto á esto último, sabía que todas las hojas de sus libros llevaban marcado el pasaje de sus dedos; sin que dejara de pensar, por eso, que en la cabeza de su amigo también se hallaban señaladas las lecturas, aunque creyera que no de manera tan indeleble.

Recordaba, Barruel, la colación de grados en que Marcelito recibió el título de «bachiller en ciencias y letras», pues ella, al par que fué un mojón destinado á indicar el comienzo de una carrera seria—de la que, al terminarla modificaría su nombre, haciéndolo preceder de la grave palabra *doctor*—fué como un río, que sumergió, por un lado al apreciable joven estudiante Marcelito Braman, para devolver, por la orilla opuesta, al joven lleno de amor propio, al extraño soñador; el último que recordaba más fijamente Barruel, y, probablemente, el que había sido víctima del «desagradable suceso ocurrido en la vía pública».

Después de aquella memorable colación de grados, cuando él iba á visitar á su amigo Marcelito, le encontraba como antes, sentado ante su mesa de estudio, hundido en el profundo sillón; pero, de sobre la mesa habían desaparecido los libros de química, de física, de filosofía... y todos los demás compañeros del estudiante de bachillerato; y los códigos, sin que mano alguna hubiera destruído la virginidad de sus hojas para enterarse de la voluntad de los beneméritos legisladores, yacían, perdidos y olvidados, debajo de todo un mundo, real y viviente, como era el que formaban las docenas de novelas modernas, que todo lo llenaban en confuso revoltijo.

FLORENCIO OTERO MENDOZA.

*(Continuará).*

# NOTAS DE REDACCIÓN

Salvador Fornieles es un valiente cruzado, conocido favorablemente entre los que saben apreciar las buenas joyas del arte literario. Con un buen cincelado soneto titulado «A Grecia», se incorpora de una manera honrosa á la brillante falange que da brillo á LA REVISTA.

Bienvenido sea el nuevo amigo, y que nos visite con frecuencia.

—Están en nuestra mesa de redacción los colegas bonaerenses: «América Literaria», «La Ilustración Sud Americana», «Caras y Caretas», «Argentina Literaria», «Instantáneas» y «Letras».

Todos vienen repletos del mejor material.

—Acusamos recibo de una nueva y hermosa página musical que honra al aventajado joven Pedro José Saralegui.

Pertenece á la «Colección de estilos criollos» que tan favorable acogida ha tenido en el seno de nuestra sociedad.

Nuestras felicitaciones al autor.

—Nuestro director agradece nuevamente los galantes elogios que le han sido tributados en «América Literaria», «Instantáneas», «Argentina Literaria» y «Letras». LA REVISTA les ofrece su más cordial amistad.

—Hemos visto con placer transcrita en «La Ilustración Sud Americana» de Buenos Aires la hermosa producción del distinguido literato Juan Zorrilla de San Martín, titulada «Concepto de la literatura americana», que vió la publicidad en el primer número de nuestra revista.

Tratándose de un periódico tan distinguido como el que nos ocupa, está de más decir que dicha transcripción honra al inspirado autor de «Tabaré». Por otra parte, y para satisfacción de nuestros selectos colaboradores, les participamos que sus producciones han merecido igual honor en infinidad de colegas de esta y de la otra orilla.

Esto prueba sobradamente que LA REVISTA triunfa y se abre paso á través de todas las contrariedades que rodean á las empresas jóvenes.

Publicaremos próximamente unas producciones que no necesitan más recomendación que sus firmas.

Pertenecen á Samuel Blixén, Enrique Kubly y Arteaga, José del Busto, Casimiro Prieto, José Ingegnieros, Santiago Maciel, Manuel J. Sumay y Daniel Granada.

# EL DELITO

## COMO VÍNCULO ENTRE LA CIENCIA Y EL ARTE

---

Mucho se ha pensado y escrito sobre un pretendido antagonismo entre la ciencia y el arte, como si la una fuera campo exclusivo para la labor reflexiva y, el otro, espacio ilimitado que recorrieran desenfrenadamente las facultades imaginativas. Se ha intentado su divorcio psicológico.

Leyendo y estudiando lo que la ciencia moderna piensa, por intermedio de sus sacerdotes, surge la duda de que no sea realmente cierta esa contradicción entre «El nuevo ídolo»—como acaba de llamarla, en un drama admirable, *François de Curel*—y el Arte.

Hace un par de años, *Macedonio Fernández*, espíritu selecto que el ejercicio de la abogacía mantiene alejado de toda labor intelectual, con sentimiento de parte de los que pudimos estimarlo, escribía inteligentemente: «una duda: ¿por qué parece reinar tan poca luz sobre el problema de la diferencia esencial entre ciencia y arte? Por una sola cosa: porque falta uno de los términos: en arte todo está hecho, nadie superará á Beethoven, á Heine, á Dante; pero ¿dónde está la ciencia?»

Hagamos abstracción del pesimismo relativo á la ciencia, cerremos un ojo y consintamos en la realización ya total del arte; queda en pie la interrogación fundamental.

A ella responden brillantemente algunas observaciones y estudios, que recordaremos rápidamente, y uno recientísimo del que diremos una breve síntesis.

Al encontrar en *Charcot* las preciosas observaciones clínicas sobre la histeria, surgió en nuestra mente el recuerdo de toda la rica literatura medioeval á base de obsesión; en ella estaba la sintomatología clara de esas perturbaciones de la psique, cuyo enigma le ha tocado resolver á la ciencia contemporánea. Y más tarde, cuando la clí-

nica mental nos puso en presencia del mundo interesante y doloroso de aquellos que en decir de *Dante* «hano perduto il ben de l'intelletto», encontramos que los casos reales de alienación mental correspondían fielmente á muchos de los protagonistas de las grandes obras que el genio artístico había producido en tiempos en que la determinación de los tipos clínicos no había sido realizada por la psiquiatría.

Pero mayor es, sin duda, el paralelismo entre los caracteres de los diversos tipos delincuentes, recientemente determinados por la escuela positiva de antropología criminal, y las grandes figuras criminales de las obras maestras del arte; y antes que la ciencia paseara su mirada escrutadora por esos recónditos intersticios del mundo criminal, el arte cristalizó en sus grandes tipos los rasgos característicos de la psique delincuente. Y, como ya hubo de constatarlo *Enrique Ferri*, son precisamente los casos característicos, los delitos atrozmente ó sentimentalmente refinados, los que en la historia han recibido la consagración de la inmortalidad, en el arte popular primero, y, más tarde, en las grandes obras maestras.

De ello podría inducirse que en verdad el arte ha alcanzado una mayor integración que la ciencia; pero también —y ésta es nuestra tesis—que el arte lejos de ser antagonista sistemático de la ciencia, puede servirle de poderoso elemento de enseñanza y control, señalándole rumbos, confirmando sus constataciones, cooperando, en una palabra, á su florecimiento y consolidación.

Así los varios tipos psico-antropológicos de delincuente se encuentran ya—según *Ferri*—en las obras maestras del arte, con todos los caracteres que la ciencia, recién en estos últimos tiempos, ha podido adjudicarles. El criminal nato necesitaba del talento de Shakespeare, Dostojewsky ó Sué, para ser claramente intuido antes que Lombroso lo hubiera definido científicamente; y en las obras de aquellos se encuentra confirmada la determinación hecha por éste. El loco delincuente—tan luminosamente encarnado en Hamlet,—es una intuición del arte antes que ser una conquista de la psiquiatría y la criminalogía. El criminal por hábito no se presta á la creación artística; apenas si da tela para un Rocambole novelesco y convencional. En cambio el delincuente por pasión y el delincuente ocasional llenan casi por completo el escenario artístico, y es allí donde encuentra fecunda cosecha el estu-

dioso que busca con ojo indagador las concordancias de la previsión imaginativa con las constataciones de la clínica y el laboratorio.

En las artes decorativas—pintura y escultura—la coincidencia no es menos evidente. *Eduardo Lefort*, estudiando este punto con especialidad, llegó á la conclusión de que el tipo científico del delincuente-nato, descrito por la escuela positiva, guarda una analogía perfecta con la obra artística de muchos siglos. Por su parte Lombroso había constatado que «el arte ha señalado y retratado el tipo criminal antes que lo encontrara la antropología, y baste recordar el Caronte del «Juicio» de Miguel Angel, los esbirros del «Martirio de San Lorenzo» de Tiziano, el Judas de la «Cena» de Rafael, el Olofernes de la «Judith» de Rubens y los verdugos del «Martirio de San Bartolomé» de Riben, para quedar convencido.»

Desde la observación de Lombroso algunos de los estudiosos de la escuela positiva consagraron sus pacientes tareas á anatomizar y clasificar esos tipos artísticos en las obras de los artistas más grandes del pasado y en la de aquellos entre los contemporáneos que mayor ingenio revelaron en la tarea ardua y peligrosa de conquistar el sufragio del público.

Y de esa labor ha resultado, *a priori* diríamos, la constatación de que existe un arte verdadero—el único armonizable con la ciencia—que posee la intuición penetrante del mundo y de la vida, que sabe descubrir é interpretar las grandes fuerzas latentes en los problemas psicológicos y sociológicos, que, si quiere ser arte verdadero, deben preocuparle tanto como á la ciencia misma; arte diferente de todos los espasmos de la lírica enfermiza que da calor á ciertos espíritus en las épocas de decadencia: calor de fiebre que consume y devora preparando la frialdad de la muerte, celo de doncella hermosa pero estéril, que muere sin dejar huella de su paso en el mundo de los vivos. Este es arte crepuscular, canto de buho, lamento de moribundo; aquél es arte imperecedero, que retrata los tipos psicológicos y la vida social de una época: arte de Homero, Dante, Shakespeare, Ibsen, Zola.

Es así que *Ferri* estudió al delincuente de sangre en la tragedia y en el drama: Macbeth, Hamlet, Otello, Los Bandidos, La Muerte Civil, Nerón, Cavallería Rusticana; en las novelas judiciales de Gaboriau y Sardou; en Hugo; en la novela contemporánea de Zola, Bourget, Copèe y D'An-

nunzio; y, finalmente, en el arte septentrional representado por Ibsen, Tolstoi y Dostojewsky. *Alfredo Niceforo,* con fino olfato psicológico, se internó en los ciclos abracadabrantes del Infierno para investigar las modalidades de los «criminales y degenerados en el infierno dantesco». *Scipio Sighele,* disecando la obra de D'Annunzio, reconoció en Juan Episcopo el tipo del neurasténico moral que, con Julio Wanzer, constituye una «pareja degenerada» típica; en el Tulio Hermill de «L'Innocente» está el delincuente nato, con su completa anestesia moral; en el Jorge Aurispa, del «Trionfo della Morte», la locura abortiva. *Ezio Sciamanna* en la Isabel de «Sogno d'un mattino di Primavera», encontró un tipo de demente de una irreprochable exactitud psiquiátrica. *Renda y Ziino* demostraron en Otello el delincuente por pasión, en Macbeth el delincuente nato y en Hamlet el delincuente loco, insuperablemente diferenciados por Shakespeare.—*Patrizi* en la enferdad de «Demailly», de los Goncourt, constata todo el cuadro nosológico de la epilepsia; en la María Gaucher de «Sœur Philomène» la histero epilepsia con manifestaciones místicas; en «Madame Gervaisais» otra neurosis mística; en «Germinie Lacerteux» y «La fille Elise» dos histero-epilépticas, ambas criminales, la una ladrona y la otra prostituta y homicida; en «La Faustín» la protagonista es también una psicópata que presenta ecocinesias ó hipermimias especulares.—*Laschi* encontró al criminaloide bancario en «Robert Macaire» de Lemaître, en «Mercadet» de Balzac y en Saccard, de «L'Argent», de Zola; y en la creación de Juan Gabriel Borkmann de Ibsen no falta uno solo de los caracteres del especulador deshonesto y sin escrúpulos.—Y para no extender este cuadro sintético más de lo que conviene, saltemos por sobre los trabajos análogos de *Morselli, Bianchi, Lombroso, Richet, Garofalo* y otros, para pasar á comprobar la verdad de ese paralelismo en las conclusiones del arte y la ciencia, en una de las obras maestras de nuestro siglo que han tenido mejor éxito, alcanzando la honra de ser universalmente conocida, y que, gracias á la labor inteligente del profesor *Leggiardi Laura,* resulta una contribución poderosa á la confirmación de los caracteres científicos de los tipos delincuentes, gracias á la intuición genial que tuvo de ellos Alejandro Manzoni. (1)

*José Ingegnieros.*

(1) Continuará en el próximo número.

# NOCHE PRIMAVERAL

Para Manuel J. Sumay.

Oficia el Rey Amor. La luna llena
tiende sus gasas en la noche quieta,
y flotan en la atmósfera serena
caricias de Cleopatra y de Julieta.

El beso de pasión de Margarita
vibra del bosque entre el calado encaje,
y se oye en la glorieta de la cita
el roce de la seda entre el ramaje.

Roto joyel de fulgurantes gemas
fingen el cielo y los brillantes astros,—
vaporoso tisú de crisantemas
sobre un muro de jaspes y alabastros...

Oficia el Rey Amor. El alma, en vela,
busca en la selva dulces embelesos,
y es cada coche que á Palermo vuela
un nido de caricias y de besos.

Cubre ligero tul alabastrinas
y palpitantes suaves desnudeces,
bajo un palio de aljabas y glicinas,
donde brinda el amor sus embriagueces.

El misterioso estambre de la vida
tejen las Parcas en su cripta oscura,
mientras la sierpe del Edén anida
del perfumado huerto en la espesura.

Psiquis, oculta, su cabello ondea
en tanto el hada de la muerte hermana,
nuevas Ofelias sin cesar moldea
con albos lirios y candente grana.

Sobre las flores que en las tumbas viven,
Amor derrama su fecundo riego;
y las funéreas llamas se persiguen
cual brillantes libélulas de fuego.

Y hasta en las almas huérfanas y solas
que en honda noche á sepultarse empiezan,
dulces recuerdos, en revueltas olas,
á las difuntas ilusiones besan!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON,
Uruguayo.

Buenos Aires, Octubre 22 de 1899.

# ROSAS CHURRIGUERESCAS

(DE «EL LIBRO DE LAS ROSAS»—INÉDITO)

---

A mi amigo literato Víctor Rosas-Pizarro.—(Santiago).

No tuvo empacho el genial Lope de Vega para comparar a una gata con la reina de los pensiles. ¡Brava comparacion!

En su famoso poema burlesco, gloria de Marramaquices i Zapaquildas, leeréis vosotros, si os place:

«Aviso tuvo cierto de Maulero
(un gato de la Mancha, su escudero)
que al sol salía Zapaquilda hermosa,
cual suele amanecer purpúrea rosa».

Con lo que dejó muy trillado el camino para decir a las hijas de Eva, tratando de echarle flores, *rositas de Abril o de Mayo*. Porque al fin i al cabo, por muy felinas que sean, ellas se merecen calificativos más primorosos que no se adapten a las de tejas arriba.

---

Lo de Lope fué un sacrilegio, *casi*.

Tanto más cuanto que las rosas tambien son, por su parte, algo celosillas de su buen nombre, como lo acredita Ruben Darío, que razones tendrá para saberlo, cuando sale garante de las murmuraciones de las rosas contra las camelias, que testigos fueron de los escandalosos amores de la inmortalizada señorita Duplessis del *chico* Dumas.

«Allí pasa, entre sus innumerables compañeras, la heroína de Dumas, en la mano una de sus flores preferidas, que han adquirido, por otra parte, a causa de su recuerdo, un renombre no mui angelical, a punto de que se murmura de ellas en el círculo de *las nobles rosas* i de las honradas violetas».

---

Pero, si bien se mira, hai doncellas que hacen cera i pabilo de las pobrecitas.

Cual la que no se quita a sol ni a sombra la rosa blanca del pecho, para que conste á los interesados que «la casa se alquila».

O cual la otra que va por esos trigos con una rosa encendida, que grita:—bomberito, que me quemo!

---

Pues las flores se pintan ahí tan a lo vivo, que son capaces de ir ensartando corazones en las espinas.

I en lo de pincharse nadie, por más de guardacantón que se las gaste, puede exclamar:—De esta agua no he de beber!

Hai que andar con más tiento que el andaluz aquel, avisado hasta pasarse de listo, que, refiriéndose á los bordados de su hija, sostenía no haber jamás puesto los dedos en los almohadones que la artista recamaba de rosas primaverales, por temor de clavarse...

---

Mas, si condenado queda el autor de la *Satomaquia*, no seria él solo que hubiese de ir a purgar su delito ó gatuperio en el infierno, en esa mansion sombría, terrible porque ahí no hai rayos de sol ni florece una rosa para remedio.

Vital Aza, por ejemplo, merece excomunión a velas apagadas, como reo de licencia (iba a decir libertinaje) poética imperdonable, al estropear en los jocosos versos que siguen a una doña Rosa que se preciaba de llevar este lindo nombre:

«Doña Rosa la orgullosa,
que funda su vanidad
en tener nombre de *Rosa*,
es la mujer más tramposa
de toda la vecindad.

Tiene cuentas con cuarenta,
i hoi al ir con una el hijo
del inglés que más la afrenta,
—Doña Rosario, —le dijo —
vengo otra vez con la cuenta.

—Me llamo *Rosa*, insolente!
Y él la contestó prudente:
—¿Qué tiene de extraordinario
que la llame a usted *Rosario*,
con tanta *cuenta pendiente?*»

Caso que podría aplicarse a más de una *Rosita* con cuentas de amor, que difiera el *cancelliamo*, corriendo el riesgo de tener a la postre que rezar el *rosario* sin *Gloria Patri*...

---

Aún más irrespetuoso que los anteriores ha sido don Manuel del Palacio, que se permitió (no me lo van á creer ustedes!) erigir un pedestal a la más indigesta fruta de este mundo (sobre todo tratándose de novios...) con menosprecio de las rosas, sin esceptuar ni siquiera á las más aristocráticas que brillan en ricos jarrones de Sévres.

Es un dialoguito en una exposición de horticultura:

—Yo soi la *rosa de Alejandría.*
—Mui apreciable señora mía,
yo soi el lirio.
— Yo el alelí.
—Yo la modesta *rosa de cría,*
á la que llaman *pitiminí.*
—Yo tengo aroma, tengo colores.
-Yo valgo mucho más que las flores.
—Pues, tú quién eres?
—Mírame bien;
*la calabaza* de mis mayores,
i buena historia tengo también.
Sirvo de vaso para el camino,
al carretero i al peregrino;
i soi la exacta caricatura
de la cabeza de algún vecino
por el talento i por la figura.»

¿Qué tal con las irreverencias de don Manuel?

---

En los buenos tiempos del Consulado en Francia sabían considerar i estimar a las rosas en lo que valen. Ninguno se habría atrevido a sacarlas de su trono.

Así recuerda Francisco Coppée la frase de cierto galante ya entrado en años (¿cómo se expresarian los mocitos?) que ofreció una rosa a bellísima dama, con estas palabras:

— «Permitidme el devolveros a vos misma».

El gomoso sabia colocar los puntos sobre las íes. No ignoraria acaso que en Grecia el primer pintor de flores fué Pánsias, i como gozaba anteriormente gran fama de

pintor de mujeres, los atenienses le dedicaron con tal motivo un delicado epigrama. Dijeron de él que seguía pintando lo mismo, sólo que habia cambiado de modelo.

---

Por lo demás, para consuelo de los amadores de las rosas (que son algunos) i de sus adorables símiles... la literatura decadente se esmera hoy en estrujar toda la miel hiblea de las bellas flores.

Son mis socorridas frases como éstas:

« Coloréanse sus mejillas como bañadas en un óleo de rosas ».

« En sus pálidas mejillas (rosas que se agostaron en estío) ».

« Como era tu alma antes del día en que bebiéramos juntos el ardiente licor perfumado de rosas ».

« Blanca como un mármol en estío bajo las rosas ».

« Sus preciosos aéreos versos llenos de besos y de rosas ».

« El suave cutis de su cara, como teñido en los pómulos por la sangre de un sacrificio de rosas vírgenes ».

I las preciosas, fragantes flores guardan en el relicario de su dulce cáliz las ofrendas del decadentismo! Resignadas u orgullosas ?...

*Clemente Barahona Vega,*
Chileno.

Santiago de Chile, 1899.

---

# LA MUSA DE LA PLAYA

A Manuel J. Sumay.

¡Montevideo. Edén. Ninfa encantada!
Allá está la ciudad de mis amores,
Cual desnuda odalisca recostada
En un diván de espumas y de flores.

Es cual la blanca nóvia que en sus bodas
Le da una flor al pensamiento mío;
Su cerro altivo es el titán de Rhodas,
Con un pie en el jardín y otro en el río!

¡Qué hermosa noche! La natura sueña,
La brisa ensaya tristes barcarolas,
Y temblando se duermen en la peña
Las gaviotas, jazmines de las olas.

En su carro de conchas y corales,
Embriagado, Neptuno se pasea,
Mientras Venus con perlas orientales
Forma el lecho en que Adonis se recrea!

¡Oh musa de las blancas perspectivas,
En esta noche en que al amor me entrego,
Parecen las estrellas fugitivas
Serpentinas de luz, rosas de fuego!

El céfiro remeda los suspiros
Con que las perlas de tu llanto enjugo:
Riman los astros versos de zafiros,
El mar es una hipérbole de Hugo!

Las nubes son esquifes de Venecia.
En la inmensa extensión Shakespeare palpita,
Y Sirio es el espíritu de Grecia
Que extiende su parábola infinita!

Ya está pronta la barca. El mar sereno,
Abrillantado por la luz del astro,
Menos se agita que tu virgen seno
Y te arroja guirnaldas de alabastro.

Llega la onda á la dormida roca
Como una virgen pálida y sumisa,
Semejando un cristal que cuando choca
Prorrumpe en notas de bullente risa.

La luna envuelta en blanquecino velo
Penetra en el misterio más profundo:
Es una novia que recorre el cielo
Desgranando azahares sobre el mundo!

Es Euridices que con ansia suma
Busca á su Orfeo, por las playas solas:
Leandro envuelto en luminosa espuma
Flotando inerte en su ataúd de olas!

Dormidos lepidópteros de fuego
Componen la vía-láctea, inmenso coro
De burbujas de lumbre que el dios Juego
Formó al soplar en su instrumento de oro.

¡Huyamos, Musa de los sueños míos,
Que todo causa en este mundo enojos;
¡Que formen tus pupilas los dos ríos
Que desaguan sus luces en mis ojos!

Cuando en el mar de tu pasión navego
Olas tus senos son de mis ardores,
Tus ojos brillan como extraño fuego,
Y tus mejillas cual sangrientas flores.

Tal vez entre esta onda cristalina,
Que la Flora del mar riza y perfuma,
Se aproxima temblando alguna ondina
Y te arroja mil pétalos de espuma.

¡Oh, desliza tu pie por esta playa.
Si la onda te hamaca en su reflejo,
Es que al verte tan bella se desmaya
Y se transforma en un brillante espejo!

Ese rumor que hasta nosotros llega,
Y que parece el grito del desierto
¡Es el lamento de la heroína griega
Al encontrarse con su amante muerto!

Hero se queja y llora entre esa roca
Que semeja el titán del heroísmo,
El diente negro de la inmensa boca
Que abre al rugir el monstruo del abismo!

Arde la linfa y á tus plantas bulle;
Tengo celos. ¡Huyamos de esta orilla:
Tengo celos de todo lo que ebulle,
Tengo miedo de todo lo que brilla!

Con esas eucarísticas espumas,
Arabescos flotantes de azucenas,
Se formó la epidermis de las brumas
Y la carne sensual de las sirenas.

¡Mira ese mar de curvas intranquilas;
Desde que Venus se bañó se ondula,
Desde que Venus dióle sus pupilas
En la pupila del cenit se azula!

Formemos, Musa, en esa barca un nido.
Ya duermen las Euménides, tranquilas:
¡Yo me salvo en el mar embravecido,
Y me pierdo en el mar de tus pupilas!

Forme esa barca nuestro errante lecho,
Sobre esa patria de Nereidas solas:
¡Yo le temo á las ondas de tu pecho
Mucho más que á la furia de las olas!

¡Qué hermosa eres; tu cabello rubio,
Besando el raso de tu seno breve,
Es un fleco de lava del Vesubio
Que cae gentil sobre un montón de nieve!

Tus ojos fueron hechos con el velo
Que cubre el rostro de la diosa Idea
¡Con el acero del puñal de Otelo,
Y con fiebres de Safo y de Popea!

Es tu boca incensario que se inflama,
Es tu aliento un incienso de delicias:
¡Dame tu boca que parece llama
Hecha para quemar muchas caricias!

. . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . .

Ya está pronta la barca. El mar sereno,
Abrillantado por la luz del astro,
Menos se agita que tu virgen seno,
Y te arroja guirnaldas de alabastro.

¡Oh! deja, deja que en tu pecho ahonde
Mi amor ideal, cual fulgurante quilla:
¡Tu boca, como el mar, perlas esconde,
Y tu pupila, cual su abismo, brilla!

¡Vamos andando, oh luz de mi delirio,
Vamos, camina; si tu pie resbala
Algún Tritón lo ha de tomar por lirio,
Alguna flor lo ha de tomar por ala!

Como ese mar es mi divino empeño,
Como ese cielo que tu vista abarca:
¡Tu eres la brisa que me impulsa á un sueño!
El mar la vida y mi ilusión la barca!

¡Crucemos ese mar azul y hondo;
En él derrama el cielo sus estrellas:
Yo crucé el de tu amor; nunca hallé fondo
Pero en cambio encontré cosas muy bellas!

¡Escucha; el universo es poesía.
Dios canta su divina serenata;
La playa es un gran piano de armonía,
La luna es una hipérbole de plata!

¡Ven, nuestras vidas á ese mar confiemos;
Mi corazón para ese mar te quiso:
¡Si forman nuestras almas los dos remos
Ha de llegar la barca al paraíso!

JULIO HERRERA Y REISSIG.

---

# LA LIRA SILVESTRE

## DESDE MI RANCHO

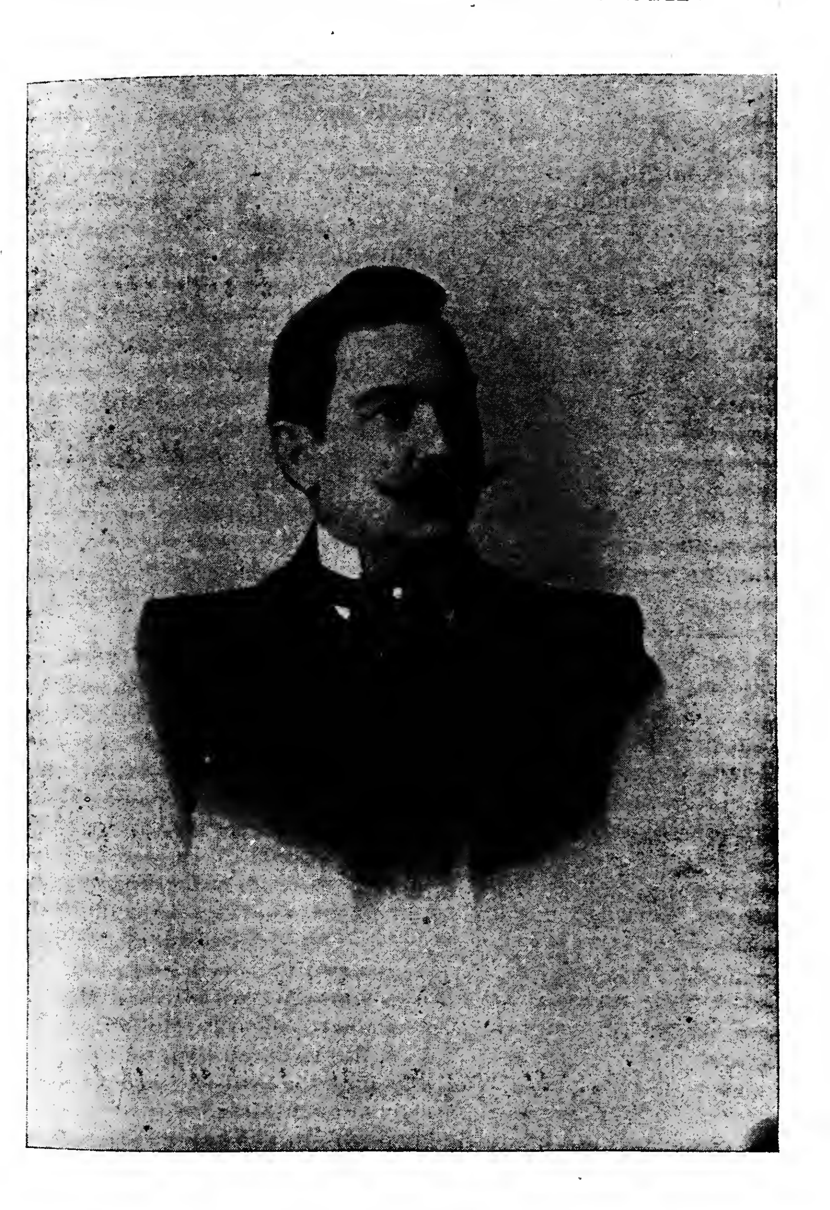
Al señor don Tulio Freire.

Se me ha brindado con tanta solicitud este albergue; se me han dispensado tantas atenciones en él, que á fuerza de oir repetir á su dueño—«esta casa es suya», he llegado á creer que realmente me pertenecía.—Después de todo, un rancho no es un palacio,—aunque á juzgar por la tranquilidad y la dicha que imperan dentro de sus muros, nadie sería capaz de sostener, que en este pedazo de tierra no debió edificarse un edificio suntuoso. ¿Será que la felicidad es la sencillez de la vida? ¿una vida sin complicaciones y sin cadenas?—Los formulismos sociales reducidos á la simplicidad más encantadora; la alegría, reina de todas las almas, y el Sol, alma de todas las alegrías. Aquí, «lejos del mundanal ruido», «el silencio se oye» como dice Balzac. El espíritu, engañado por las agitaciones de la ciudad, empieza recién á darse cuenta de que tiene cuerdas ocultas que no han vibrado, y siente, con extrañeza, una predisposición hacia las cosas grandes, el deseo de demostrar benevolencia y generosidad, aun con los más crasos errores, con el más feo de los delitos. La máxima de madame De Stäel triunfante: «comprenderlo todo, es perdonarlo todo».—En este paraje abrupto, junto al río que se encrespa, bajo el aletazo del viento sur, ó que se duerme sin rumores en el alvéolo de sus arenas, cercado por médanos de sílex, lucientes como chispas,—desaparece la fatiga, conjuntamente con la idea de que hay partes del mundo, conmovidas por la explosión de las pasiones humanas, donde los hombres azotados por la ley de Hobbes, se devoran como lobos carniceros. Las teorías de Shopenhauer que someten la vida de los seres al imperio del «genio de la especie» y las de Max Nordau, á una especulación, sin vínculos y sin ideales, resultan inconcebibles, como si la Naturaleza, más fuerte que todas las reflexiones y que todas las doctrinas, quisiera restablecer la verdad, única y noble, abriéndonos el secreto de los móviles, más puros

y más buenos que lo que supone la filosofía de los escépticos. Al pensar así, ¿me siento impelido por mi temperamento, que ha encontrado su ambiente propicio, bajo la influencia del medio, — sonando como un arpa eólica, al soplo de ráfagas Lamartineanas? La trova pastoril surge espontánea, como un sonido de la flauta Pánica y la vista busca ansiosa, en las taperas abandonadas, entre los terrones reverdecidos, las leyendas de los idilios fantásticos ó el madrigal de los amores primitivos. El panorama los provoca y la imaginación les da formas impresionables. — Es que difícilmente habrá otro paisaje, ni tan silvestre, ni tan romántico, ni tan humano, al mismo tiempo, como éste. — El rancho se levanta sobre una colina, dominando la llanura infinita. Es un asilo cubierto de verdores, porque hasta la paja mansa del techo, ha perdido la señal de las quinchas, bajo las enredaderas de ñapindá florecidas. Los adobes del muro se visten también al calor primaveral que todo lo fecunda, asomando por las junturas los tiernos brotes humedecidos por el relente, y hasta en el horno, que muestra por la boca los terrones ennegrecidos — brota la borraja cimarrona, adornada de florecillas celestes. — Bajando la cuesta, se ven los tajamares encajonados entre las colinas turgentes, dormidos y silenciosos, respetados por el viento que barre las cumbres y dobla los arbustos flexibles — y enfrente, el agua de la cañada rumorosa, entre los claros del juncal y las hojas frescas de los camalotes azules. A la derecha del rancho están los médanos dorados, y el monte alto y tupido que los corta, para extenderse como una faja ondulante, hasta más allá de la cuchilla, en el último límite del horizonte visible. De la parte más angosta del río, se desprende un brazo caudaloso, de linfas puras, también de márgenes frondosas, — y de éste, un arroyuelo que corre á flor de tierra, ensanchándose en los terrenos llanos, formando el bañado, donde los albardones, mostrando las raíces de las plantas raquíticas, dividen la orilla del estero en innumerables charcos, transparentes como *aquariums*, en los que pulula el vivero de los peces minúsculos y de los animalitos invisibles que alegran las noches estivales con sus eternas sonatas, mezcladas al coro wagneriano de los bactracios cantores.

En un recodo, el tupido pajonal amarillea, enredado como melena hirsuta. Es la guarida de los seres uraños, predilectos de la sombra. Bandadas de pájaros extraños

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



SANTIAGO MACIEL

suelen poblarlo en los días grises, cuando el pampero revuelve la maraña con sus zarpazos de fiera, silbando en el filo de las totoras y aventando los llantenes y los caraguatás recién brotados. Los pobres pájaros de manchado plumaje y de canto inarmónico, vuelan con dificultad, empujados por las rachas violentas, buscando el abrigo del nido entre los matorrales oscuros, que son el monte impenetrable de las aves pequeñas. Pero cuando el sol calienta el llano, secando los tallos que humedeció la lluvia, los alados habitantes del estero, se desparraman alegres y bulliciosos, en persecución de los insectos nadadores, de los aguaciles de ojos opalinos y alas tornasoladas, de las moscas azules del pantano y de los ovarios lechosos de las hormigas coloradas. El estero se prolonga hasta la misma falda de la cuchilla, inmóvil y aparentemente sin vida. Pero penetrando en él, aquella agua estancada se agita y mil seres, casi invisibles, se dispersan al rumor de mis pasos. Los viscosos saguaypés, se escurren, ocultándose bajo la miserable vegetación, blanda y gomosa; los renacuajos saltan, zabulléndose en el charco; el apereá huye rápidamente por entre las pajas buscando la cueva; mil bichitos cascarudos se deslizan, escondiéndose en las grietas del albardón mojado, en tanto que de un rincón donde el pasto es más abundante, se levantan las becacinas, describiendo espirales, para volver á posarse cerca del lugar de donde salieron,—y los patos silvestres, de cresta roja, y alas de viguá, hienden el espacio, en bandadas oscuras, dirigiéndose al tajamar más apartado, ó al arroyo de altas barrancas, asilos seguros, en cuyas aguas cristalinas, abundan las mojarras de brillantes escamas, y los huevos rosados que adornan el tallo de las achiras siempre verdes. Pero el agua mansa, de fondo cenagoso, que durante el verano parece estar cubierta de polvos verdosos, crece y se desborda, cuando las lluvias son torrenciales. Entonces el bañado se dilata, agrandando enormemente su imperio; se une al arroyo, que ha salido de cauce para alcansarlo, y éste, á su vez se junta con el río poderoso y rugiente. Ya tiene olas, ya es mar, ya es grande y toma el desquite de su pasada mansedumbre, inundando el campo hasta llegar al mismo rancho, cuyos muros socabados, ceden y se desploman para ser arrebatados por la corriente bravía. Ahora reposa casi exhausto. Su caudal apenas alcanza para mojar las raíces de los laureles blancos y para cubrir el gramillal enano y descolo-

rido. Lo cruza sin temor el charabón recién emplumado y el ternero se interna en él, ávido de hierba fresca y jugosa, mientras la tambera lo vigila desde la orilla, rumiando y rugiendo á cada instante. Sobre la inmensa superficie líquida, extendida como lámina transparente, á través de la cual se ve el pasto marchito, blanquean las osamentas de los animales, caídos en la trampa del tembladeral oculto bajo la hierba. La cigüeña,—el ave-reina del bañado — enarca su largo cuello, mirando fijamente el charco que tiene delante, y la garza de albo plumaje, ejercita sus alas, calentándose á los últimos rayos del sol que desaparece detrás de las lomas azuladas. El calor estival hace fermentar las algas muertas y el agua empozada entre los albardones y en los huecos que ha dejado la pisada del vacuno, toma tintes amarillentos. Los juncos secos y fragmentados, cubren los parajes altos, semejando hormigueros gigantescos y en la orilla, se amontona la resaca arrojada por las grandes crecientes del invierno. Todavía la tambera rumia y muje y el ternero aún no satisfecho devora los retoños. La sombra crepuscular baja lentamente de la sierra como telón fantástico, cubriendo el amplio escenario del estero. Una bandada de patos, formados en columna, avanza silenciosa en dirección al tajamar lejano. Otra de chorlos reales, se posa en el bañado diseminándose, y hundiendo en el agua sus finas zancas. Un potrillo penetra á la disparada, levantando al galopar mil gotas que lo salpican. Llega la hora del reposo para los campos; el estero parece adormecerse, perdiendo el brillo de sus charcos inmóviles. Sin embargo, todavía el agua se agita y el pajonal se estremece. La sombra estimula el apetito de los animales nocturnos. Entre un matorral chispean los ojos de un zorro hambriento, esperando el momento propicio para entregarse al merodeo. Una nutria sorprendida, se arroja desde una pequeña barranca al charco más hondo y el dormilón revuela su continuo giro agachando la cabeza chata en observación de la presa. El bañado se esfuma en la oscuridad que cada vez se hace más densa y comienza á vibrar monótonamente la eterna sonata de los animalitos ocultos que alegran las noches estivales, mezclada al coro wagneriano de los bactracios cantores. A la distancia brilla una luz. Es mi rancho que se ilumina. Es la dicha del hogar, que me espera.

*Santiago Maciel.*

Buenos Aires, Octubre 19 de 1899.

## NOCTURNO

Para Elena.

Cae la tarde como un misterio sobre las frondas,
Las flores cierran lánguidamente su fresco broche;
Suelta la núbil morena virgen sus trenzas blondas
Mientras extiende su velo opaco la viuda Noche.

Luego la hermosa, la argéntea Luna surge en los prados
Como una queja, como suspiro de una alma en pena;
Ledo murmura la blanda brisa por los collados,
Vaga armonía de secas hojas los aires llena.

Cruzan los cielos, fugaces, rápidos, como un meteoro,
Los negros buhos presagiadores de las desgracias;
Y los cocuyos, con brillo suave de estrellas de oro,
Llenan las frondas donde se ocultan vírgenes gracias.

En los cristales móviles, claros, de la laguna,
Como una garza de níveas plumas, va una piragua:
Son dos amantes que van en brazos de la Fortuna
A los países de los ensueños surcando el agua.

Van á esa tierra donde florecen las centifolias
Que tienen labios como los labios de las Vestales;
En donde suenan liras eternas, arpas eólias;
Donde el misterio, donde el prodigio sentó sus reales.

Cómo reboza mi amante pecho de amarga pena!
Cómo mi alma por ti se agita, por ti, mi dueño!
Ah, qué no diera por ir contigo, mi hermosa Elena,
Al ignorado y apetecido país del sueño!

*Horacio Olivos y Carrasco,*
Chileno.

A bordo de la « Esmeralda » — Valparaiso, Octubre del 99.

## DE MI CARTERA

(Continuación)

Hay una idea que alienta y vigoriza á todas las ciencias que tienen un objeto viviente. Mirada hasta hace pocos

años como una teoría puramente especulativa, apenas existe ramo del saber humano al presente que pueda prescindir de ella por completo. Aplicada primitivamente á las ciencias físicas y á la historia, ha ocasionado el olvido, creciente de día en día, de todo principio rutinario y abstruso del antiguo filosofismo. Hoy, en historia natural, ha echado por tierra el dogma de la inmutabilidad de las formas de la vida; en psicología y fisiología, borrado diferencias quiméricas; en química, allegado lo inorgánico á lo orgánico y unificado la ciencia; en historia, destruído la uniformidad de las épocas; en lengüística, dado impulso prodigioso á la ciencia y prestado ayuda inmensa á la erudición; en política, dado la solución al problema de los fines del Estado; en las artes, sustituído muchas fórmulas *á priori* sin sentido con verdades deducidas de los hechos; en sociología, derecho, astronomía, física, moral, en cuanto ha sido aplicada, evidenciado que el orden del Universo no es más que una serie de mudanzas y proclamado en todas partes el triunfo de la razón y de la naturaleza. Esta idea, este hecho, esta teoría, que así lo ha mudado y trastrocado todo, tiene por autor un filósofo digno de ella: Heráclito, y un nombre respetado: la evolución.

---

Semejantes á los ángulos que se hacen en los quesos, hay individuos que comienzan siendo agudos y terminan por ser obtusos.

---

La oposición que existe entre lo que somos y lo que anhelamos ser, se vería claramente si pudiera presentarse en un solo cuadro la humanidad con sus aspiraciones. Si tal sucediera, por lo inmenso de la distancia y la paciencia boyuna con que lo sobrellevamos todo la mayor parte de los hombres, pareceríamos monjes en peregrinación ó santos que miran con desdén los sufrimientos y miserias de esta vida transitoria.

---

Cuéntase que Cleombroto de Ambracia, cuando acabó de leer el Fedon de Platón, corrió al mar y en él se arrojó de cabeza para llegar más pronto á la vida mejor que anunciaba en su diálogo el gran filósofo ateniense.

¡Cuántas obras modernas, escritas para deleite del público, provocan en muchos de sus lectores impulsiones análogas!

---

Luchar, siempre luchar: tal es la dura ley de la existencia humana. Pero hay instantes en que el alma cae bajo el peso del desaliento, como caen las velas de una nave cuando cesa repentinamente el viento que feliz la conducía.

---

Si un beso suele ser una escalera para el crimen, no pocas veces también es el amor coronado por el símbolo de la fe. Si quema el que alienta el delito, no mancha el que arranca el amor. El rayo, cuando es conducido por el hilo del pararrayos, atraviesa la pólvora sin inflamarla.

---

Todo camino que conduce á feliz término está sembrado de abrojos: esto es sabido. El toque está en pasar por encima de ellos aplastándolos, ó en saberlos hacer á un lado con la punta del pie.

---

De los hombres se puede decir lo que un discreto de las campanas de los entierros: *tantum valent, quantum sonant.*

---

Pocos son los hombres que no se creen merecedores de los puestos más elevados y de las más altas dignidades. Pocos los que saben verse de tamaño natural en el espejo de su vanidad infatuada.

---

Como los estados de los cuerpos en la naturaleza, cuatro son las clases de hombres: sólidos, con forma propia; éstos piensan por sí mismos; líquidos, que toman la forma que piden las circunstancias; gaseosos, que, ligeros como el humo, se inflan y expanden naturalmente, y etéreos, que se caracterizan por estar en todas partes y no dejar huella en ninguna. Conozco muchos de las tres últimas categorías y muy pocos de la primera. Pero los sólidos, con ser menos y ocupar menor espacio, incomodan más.

Acusado de locura por sus hijos, Sófocles no presentó otra defensa ni otra prueba que su Edipo. Tengo para mí que muchos poetas contemporáneos no se atreverían en caso semejante á someterse á la prueba del ilustre trágico griego.

---

Con un hecho, con un ejemplo aislado se puede sostener cualquier doctrina por extravagante y disparatada que sea. Pero es necesario convenir en la verdad de una teoría ó en la excelencia de un sistema cuando á comprobarlos conspiran toda una hecatombe de pruebas, que diría Sarmiento.

---

Ni Víctor Hugo con su Marion Delorme ni Alfredo de Musset con su Rolla, ni Alejandro Dumas (hijo) con la Dama de las Camelias han logrado, «rehacer una virginidad». Han confirmado, por el contrario, con sus tentativas, que de tejas abajo la irrevocabilidad es el carácter dominante en materia de honra.

---

Muchos hablan siempre de un modo obscuro ó enigmático é incurren en contradiciones, para después decir, si la cosa falla: ¡lo había predicho! si consigue éxito: ¡lo había anunciado!

---

No resolverse á hacer algo en la esperanza de poderlo hacer mejor, es imitar á aquel loco que andaba siempre desnudo esperando la última moda.

---

Nada más á propósito para poner de relieve la volubilidad de las mujeres, que el hecho siguiente: cuando quieren ponderar una flor, si es artificial, exclaman: ¡parece del tiempo! y si es del tiempo: ¡parece artificial!

---

Para vagar en alas de la imaginación por los espacios atmosféricos, suele bastar á veces la lira pedestre de un poetastro vil: para ser poeta en la tierra, verdadero poeta, hay que unir al corazón de los ángeles los músculos de acero de los cíclopes.

Las mejores fortalezas, las que han acobardado á los sitiadores, no han sido murallas inexpugnables, ni fosos ni ejércitos numerosos, disciplinados y simétricos. Las mayores garantías han residido siempre en el corazón de los buenos hijos de la patria.

---

(En el verso de la portada de la obra de D. José M. Cabezón Peña, sobre Lourdes, de Zola.)

He leído en las Partidas, que «los sabios antiguos... non tovieron que era cosa con guisa nin que podiese seer con derecho dar un home á otro lo que non oviese.» (Part. 2, tít. 21, ley 11.) Y esto, que era cierto en la caballería, es una verdad de aplicación diaria en la literatura. Para juzgar de las obras del ingenio humano y darles el valor merecido, es necesario poseer talento y participar de sus múltiples propósitos. No es dable á las inteligencias vulgares ponerse al unísono con el genio, ni al necio con el discreto, ni al ignorante y vulgar con el sabio. Ni da ni quita reputación el que quiere, sino el que puede. Y hay en literatura, como los ha habido en la caballería, gigantes descomedidos, y soberbios que han desobedecido el precepto de ser armados caballeros, convencidos de que no existía en el mundo quién fuese digno de ponerles las armas ni de darles la pescozada y el espaldarazo.

*Carlos Martínez Vigil.*

---

## CAEN LAS HOJAS.

caen los líricos caireles musicales!
Caen los prismas del teclado, las bandurrias de esmeralda,
los timbales de topacio, las sonoras filigranas,
las pequeñas, diminutas mariposas de mosaico.
Lluven lluvias de pistilos, de pistilos y periantos,
de corolas afelpadas, de liliales flores muertas!
Lluven lluvias sobre el lago y el jardín se aterciopela.

II

Esquisitas manos suaves con sus guantes acarician
la lujosa empuñadura de las dagas merovingias,
de los ricos nacarados estiletos de los Borgias.
Esquisitas suaves manos asesinan á las hojas,
asesinan los pimpollos corazones amatistas:
Y los pajes engalanan y perfuman las vitrinas

de floridos filamentos de campánulas de seda,
de pompones de amapolas y *bouquets* de crisantemas.

III

En las salas del palacio y en el parque de cristales
galantean las marquesas empolvadas de diamantes
y los duques reverencian á las rubias cortesanas—
—blasonados figurines de condal peluca blanca—
Caen las hojas, caen los prismas del teclado!
y al amor de los balances de los finos contrabajos
de los dulces mandolinos, de las arpas, de las violas,
bailan rítmicas parejas el compás de las gavotas.

IV

Retoñaron ¡oh querida! nuestras lindas primaveras...
¡El otoño es en las flores!
Bajo el sol de las glorietas
entre pétalos difuntos de verbenas y magnolias
vi abrazadas dos estatuas, dos estatuas de rosada *terra-cotta!*

*Vidal Belo.*

**Octubre del 99.**

---

# LA VENUS DE MILO

---

**(A mi querido amigo el pintor nacional don Juan M. Blanes).**

Nunca bastante ponderado sea
aquel oscuro campesino griego,
que haciendo verbo celestial idea,
de fuerza superior, agente ciego,
desenterró la estatua portentosa
que estuvo dos mil años sepultada,
y surgió de su fosa
para dejar la humanidad pasmada.

La concepción de la belleza entonces
á la altura llegó de lo sublime;
dóciles á una mano que no oprime
giraron con placer sobre sus gonces
las puertas del recinto de la Fama;
y el Arte, revestido
de sus galas, con séquito elegido,
batióle palmas y pasóla al drama.
Y la Venus feliz del Capitolio,
Y las otras, prodigios de estatuaria,
cayeron de su solio

relegadas á fila secundaria,
para ceder el sitio preferente
al modelo dinástico,
A la Venus de Milo, aquella ausente
reina del arte plástico.

*Ricardo Sánchez.*

1899.

---

# HELÉNICA

Es un claro de luna: al manso río
lo mece un aire fresco
y las ondas remedan la armonía
de los versos de Homero.

Perfume de los pámpanos floridos
van por el aire envueltos
con rumores de músicas lejanas
de raros instrumentos.

La encantadora Leda está en las ondas
que refrescan su cuerpo
y acarician las tersas morbideces
de sus contornos griegos.

Agitando las alas, suavemente,
sin turbar el silencio
el Cisne llega hasta la hermosa Reina
en brazos del deseo.

En grupo de alabastro palpitante,
se confunden sus cuerpos...
¡oscura nube interceptó á la luna,
velando ese misterio!

Y hay en las glaucas ondas un idilio
(que ha de cantar Homero)
entre el ave de armiño y esa Reina
de contornos griegos!

*José Cibils.*

Rosario de Santa-Fé.

---

# ¡FAMOSO DON!

(Continuación)

A su saludo, Marcelito contestaba como saliendo de un sueño, como resucitando de otra vida, extraña, más superior; á la que sentía necesidad de volver, y á la que tornaba, efectivamente, al poco rato, conduciendo á su amigo en la conversación. La vida, ese mundo ideal, eran aquellos libros, eran esas novelas. Y Barruel pensaba en la admiración que le producía el ver que, á Marcelito, lo que le hacía delirar de entusiasmo, no era el talento poderoso de los autores que lo tenían, ni la hermosura del estilo con que las obras estaban escritas, ni el estudio detenido y concienzudo que se revelaba en las páginas, ni la observación, ni el análisis... ni nada de todo eso que forma el manjar de los que se extasían paladeando una novela buena, sino *«¡los predestinados para hacerse amar arrebatadoramente»*, *«los grandes tipos poseedores del* DON *de enamorar!»* como él decía incorporándose en el sillón y levantando el brazo derecho tembloroso, y que él veía pintados en aquellas obras... Aún le parecía verle delante, juntando las manos en un arranque casi religioso para exclamar:

—¡« *Bel ami* »! ¡Ah, « *Bel ami* » es sublime!—y después de esto, que era el comienzo de su monólogo, seguía:—El «Demetrios» moderno... ¡Demetrios! También ese; pero *Pierre* Louys lo ha ido á buscar tan lejos!... Allá á Alejandría... No, los grandes tipos poseedores del *don*, son los modernos: algunos de Maupassant, ó de Bourget, ó de Alfonso Daudet... pero, sobre todo « *Bel ami* »; es inútil buscar otro mejor.

Tener una mujercita adorable, un nido clandestino. ¡Qué delirio! ¿Dónde se pueden encontrar aquí, en Montevideo, esas cosas? Aquí, aunque el don de enamorar sea admirable, en uno, ¿cómo ha de ser posible lucirlo? El medio ambiente no puede ser más desfavorable: ¡Montevideo es un gran claustro!... ¡Ah, París, París, qué penosa me es la vida sin ti! Allí sí, que aunque fuera contra mi voluntad,—que no lo es—contra mi carácter,—que tampoco lo es—contra mi temperamento,—que lo es menos,—yo ten-

dría, seguramente, el *don* en pleno desarrollo, en plena actividad. ¿Quién no tiene el *don* en París?...

Sí, Barruel, sí, yo siento la nostalgia de París; aquí, uno muere, porque no hay gente, porque no hay movimiento, porque no hay lujo de una parte y miseria de la otra; porque no hay ricos que desprecien el dinero, ni pobres que sean verdaderos adoradores de él; porque estamos viviendo patriarcalmente en familia... ¡Por eso, por todo eso!

Y á este punto del monólogo, Barruel, dándole cualquier razón nimia, prefería marcharse, sin contradecirle, porque se le figuraba que todo aquello no era sino el hombre, que despertaba en Marcelito, aunque de mala manera y con raro extravío, quién sabe con motivo de qué causa.

Aún estaba fresco en su memoria el recuerdo de una historieta amorosa que le refirieron, diciéndole que la había contado Marcelito, atribuyéndose en ella el rol de protagonista, y que era recibida por todos entre risas y jaranas: frases que le ridiculizaban y chascarrillos picantes; lo que indicaba claramente, que, á Marcelito lo creían capaz de todo, menos de decirle á una mujer media palabra. Y no se le olvidaba á Barruel que habiéndole preguntado á Marcelito, si era cierto que él había contado aquella historieta, éste le había contestado que sí, haciéndole comprender entonces esa respuesta que su amigo era víctima de una manía peligrosamente ridícula: la de creerse uno de aquellos «grandes tipos poseedores del *don*». Veía que su amigo era un nuevo Quijote, nacido al calor del *naturalismo*, del mismo modo que aquel inmortal lo fué al calor de los libros de caballería.

¿Qué hazaña, pues, habría producido este héroe fin de siglo, ya que su precio era una enfermedad, «de resultas de un accidente que tuvo por causa un suceso desagradable ocurrido en la vía pública»?

La pregunta se fijaba con insistencia en el pensamiento de Barruel, quien no pensaba más, porque nada más sabía.

Barruel no se figuraba cuán grande es la labor, en el espíritu de un joven lleno de amor propio, de una simple frasesita, deslizada en su oído. El, no sabía cuál había sido el principio de aquel entusiasmo por los «grandes tipos poseedores del *don*», ni había escuchado la continuación del monólogo de Marcelito, la parte que sus labios no osaban traducir y que bullía en su cerebro agitado.

A Marcelito le habían dicho una vez, en broma, que á él le faltaba «el don de enamorar á las mujeres».

Él, que empezó, primeramente, por sentir una profunda simpatía por todos aquellos personajes que veía descritos en las novelas — y que irradiaban como una luz misteriosa, que atraía á las mujeres, locas, sugestionadas — para sentir, más tarde, por ellos, el mayor de los entusiasmos, pensó, entonces, que hasta ese momento, no había hecho nada por igualárseles, pero, ni se le ocurrió remotamente, conceder que le faltaba el don precioso. No recordaba un hecho, en toda su vida, con qué desmentir aquella suposición de sus amigos; las mujeres, no habían entrado á ejercer, nunca, en él, un rol muy importante, pero, se miraba atentamente, de arriba abajo, en el espejo de su ropero y encontrándose irreprochable exclamaba:

¡No importa; no lo he probado hasta hoy, pero soy irresistible, debo tener un don admirable!...

---

El ambiente de afecto que había respirado toda su vida, ya en las voluptuosas comodidades de su casa, ó ya entre sus compañeros de colegio y de universidad, no le habían permitido suponer que entre las mujeres podía faltarle; y allá, en el fondo de sus pensamientos, había uno que le decía, que con solo quererlo, su triunfo sobre la mujer que amase sería tan fácil, que ya se divisaba un hogar poético, como obligado coronamiento, con cuadros de familia adorables. ¡El pensamiento burgués!

Así es que, en justos arranques de indignación, exclamaba:

—¡Que me falta el don! ¡A mí!... Y sediento del campo que le faltaba, recurría á extasiarse en sus novelas, que le hablaban de nidos, de poseedores del don..., se empapaba en la lectura y trataba de vivir imaginativamente aquella vida. Cerraba los ojos, dejando el libro sobre la mesa, se echaba hacia atrás en el sillón... y ya estaba en París. Corría los boulevares, asistía á los espectáculos públicos, concurría á grandes cenas, y por su imaginación pasaban con vertiginosa rapidez los teatros, los cafés *chantant*, los paseos, de todos los cuales tenía, además, colgados en las paredes de su cuarto, infinidad de grabados, que los representaban con asombrosa precisión.

Talmente, le parecía ver, á medida que adelantaba su

sueño — en un teatro, del que no recordaba el nombre — un gran escenario, y sobre él una parisién sublime — con toda la elegancia de su raza ; distinguida y hermosa como una marquesa de la corte de Luis XIV ; rebosante, como una copa de champaña, de alegría graciosa — vestida con gustoso pollerín, que al levantarse en los saltos del baile, permitía ver, entre una cascada de volados tenues, lo que al público electrizaba, haciéndole enloquecer de entusiasmo y de deseo, y aplaudir, agitando por el aire los sombreros ; para concluir, en el colmo del delirio, por ponerse todos á danzar : cada hombre con su parisién correspondiente... y Marcelito con la suya, ¡ una parisién mareadora ! Y bailaba, bailaba también, como los demás, cantando al mismo tiempo, con el sombrero de copa sobre la oreja y levantando los brazos en alto, hasta que se veía en la calle arrastrado por una ola de gente, y miraba á cada persona, pensando al mismo tiempo que la señalaba : Este es una novela, y éste también... y éste... y ese... ¡ y todos ! Cada uno es una novela ; todos tienen su nido ; á nadie le falta el don ! Y Marcelito, dando un salto hasta ponerse de pie, exclamaba abriendo los ojos:

—¡Ah, París, París! ¿por qué no fuiste mi cuna? ¡Cada hombre y cada mujer son en ti una novela, aquí son sólo un interminable papel que dice con aterradora monotonía: «Se levantó, comió, se acostó», tantas veces repetido, como días ha vivido su dueño!

FLORENCIO OTERO MENDOZA.

---

## NOTAS DE REDACCIÓN

---

Recomendamos especialmente á nuestros lectores la valiosa producción que nos ha enviado desde Buenos Aires, el distinguido escritor José Ingegnieros, y acompañada de las siguientes líneas que se refieren á una de sus producciones, que LA REVISTA tuvo á bien transcribir, en honor á la originalidad y el vigor de su estilo y al fresco entusiasmo juvenil en que se halla luminosamente empapada.

Buenos Aires, Octubre 10 de 1899.

Al señor Julio Herrera y Reissig.

Estimado señor Director:

Con toda sorpresa he leído en LA REVISTA el artículo «La última tempestad», que, á juzgar por la firma, es de mi filiación.

Lejos de mí la intención de negarle el amparo de mi paternidad: hay infanticidios imposibles. Pero sí, me considero con derecho á pedir al señor Director que haga constar que pertenece á la producción primeriza de mis quince ó diez y seis «abriles», y que ya esos entusiasmos literariamente sentimentales por la Revolución Social (con mayúsculas), etc., han cedido en mi mente su sitio á convicciones científicas que me llevan á considerar el socialismo como la resultante lógica y necesaria de los conocimientos de las modernas ciencias sociológicas.

Y como muestra de esa nueva modalidad de mi espíritu, permaneciendo siempre dentro de la orientación socialista, que en América comparto con Lugones, Payró, Ghiraldo, José Pardo, Dublé Urrutia, Pagano, Díaz Romero, Ciro Ceballos, Olagibel, Oliver, Leduc, Ojeda, Chocano, Mata, Centore, Becú, M. E. Pardo, y otros muchos, buenos y malos, por supuesto—le envío para LA REVISTA el artículo «El Delito como vínculo entre la ciencia y el arte», que, supongo, podrá interesar á sus lectores y me presentará bajo una fase menos jacobina que la que me cuadraba muy bien en un período menos desarrollado de mi evolución psíquica.

Con mi consideración más distinguida saludo al señor Director.

*José Ingegnieros.*

---

Tenemos sobre la mesa de redacción el último número del «Almanaque Sud-Americano» que ve la luz pública en la vecina ciudad, bajo la competente dirección de nuestro amigo el brillante escritor Casimiro Prieto.

No hay para qué decir que el «Almanaque Sud-Americano» es un lujoso muestrario artístico, ó si se quiere un

albúm aristocrático donde todo intelecto deja impresa una galantería de la más exquisita gracia, donde todo espíritu que *sabe sentir* depone una impresión, un movimiento, un perfume.

Figuradamente hablando diríamos que más que un libro es un ramo de flores de todos los países, que el Hada de Año Nuevo ofrece á las almas cultas, — y de otro modo — una copa de vino generoso que la vid intelectual de América regala á los paladares refinados, á quienes gusta la embriaguez de lo transparente y de lo bello. La parte gráfica es tan notable como la literaria. La mano del grabador ha trazado sobre sus páginas, de una nitidez de membrana de lirio, los más bellos paisajes, símbolos y figuras que el artista ha concebido á la luz misteriosa de lo que viene de lo alto.

Los dibujos son poesías, y las poesías dibujos. La prosa se presenta elegantemente vestida á la última moda y guardando siempre la ceremoniosa postura que manifiesta su real prosapia. Las firmas al pie de las composiciones, son los títulos nobiliarios que adornan á los concurrentes de esta fiesta galante. Lo más caracterizado de América, en cuanto á literatura, figura en la obra de Prieto, el que como dueño de casa se deja ver por todas partes del libro, dejando caer perezosamente de su pluma el licor de la tinta, en una frase de ingenio, en una modalidad espiritual y transparente como una burbuja, en un chiste sedoso y fino como un guante de marquesa.

---

Santiago Maciel posee lo que podríamos llamar «la paleta silvestre», parodiando el título de una composición suya que engalana brillantemente las páginas de La Revista. Su vigoroso pincel está formado con filamentos de flores de nuestros campos, y lo imprime con maestría en la amplia tela de nuestra naturaleza, virgen, llena de jujos, incensada de emanaciones fecundas, desvestida de todo artificio humano y de toda pompa que no lleve el sello de frescura de la creación.

Maciel es poeta hasta cuando escribe en prosa, poeta *veraz*, que esto es muy raro, sobrio, que esto es rarísimo, y poco aficionado á inventar armonías extrañas, importadas á nuestro *mundo-niño* por pájaros artificiales.

Tiene culto por la forma, y el arte de su pluma es trasparentar lo que dice y luchar como Flaubert contra el

bloque rebelde y frío del vocablo, *venciendo para enaltecer*, al transformarlo en impecable estatua.

¡Siga el ausente amigo, pintando magistralmente esteros y pajonales, cuchillas y hondonadas! La paleta de la patria tiene entre sus colores el que más ama el alma: el color del ideal.

---

Tenemos que presentar á nuestros lectores tres nuevos poetas, que hacen su debut en LA REVISTA, los que, á decir verdad, no necesitan otra presentación que sus talentos, triunfalmente exhibidos en las publicaciones más selectas de Sud América.

Germán García Hamilton, posee una inspiración de alto coturno, y admira por la fluidez y la sonoridad de sus versos. Es oriental, y en la vecina orilla, donde reside desde hace ya tiempo, descuella como uno de los más valientes caballeros del Helicón.

---

José Cibils, distinguido poeta argentino, pulsa su lira con ráfagas helénicas, y roba elegantemente á los centauros su centellante celeridad para ir en busca de la ninfa de sus voluptuosidades: la ninfa de la gloria, cuyo rapto es tan difícil.

El otro poeta á quien nos referimos es Horacio Olivos y Carrasco, modernista chileno que tiene algo del gran Latino, no tan solo por su nombre, sino porque es esclavo de esa pulcra reina que se llama Forma.

---

Vidal Belo, el poeta de la novedad y de la elegancia, verdadero discípulo de Verlaine en esta orilla del Plata, cuyos gorjeos se deben escuchar en el recogimiento místico del alma, y cuyo plumaje sólo se deja ver á los que poseen el ojo subjetivo, se presenta esta vez con una poesía de ritmo, de ritmo de efecto, de ritmo de hojas que caen y de alas que se recogen en el nido. Su inspiración nostálgica nos lo revela tal como es tratándolo, y la lectura de sus poesías os causará, queridos lectores, la impresión de un triste otoño, en un parque de rey á lo Luis XV. Mientras el hada de la estación de la muerte, arranca con sus pálidos dedos sus verdores á los árboles que tiritan de melancolía; mientras las últimas flores dejan caer sus pétalos como lágrimas perfumadas, allá, en el sa-

lón tibio é impregnado de esencias voluptuosas, cortesanas y cortesanos reciben la caricia de Venus. La ráfaga primaveral del amor pasa sobre ellos, y *dos estatuas de rosada terra-cotta* simbolizan la eterna florescencia de la naturaleza humana, abrazándose en medio de un cementerio de hermosos despojos que profana sacrílegamente el viento ebrio del Otoño.

---

Hemos recibido un folleto publicado por los alumnos de la Escuela de 3.er grado número 1 que inteligentemente dirige la señorita Aurelia Viera. Se titula « Pro José Pedro Varela » y constituye un homenaje al gran reformador de la instrucción nacional. El producto de la venta que reporte dicho folleto se destinará al proyectado monumento á Varela.

El pequeño libro contiene en veinte páginas nítidamente impresas algunas composiciones de verdadero mérito relativo, pertenecientes á los aventajados discípulos de la distinguida educacionista.

---

Recomendamos á nuestros inteligentes lectores la composición de un nuevo y brillante colaborador de LA REVISTA, Clemente Barahona Vega, titulada « Rosas Churriguerescas ».

El citado literato es un popularísimo poeta, prosador y biógrafo chileno secretario de la Asociación de la Prensa de Santiago, que tiene conquistado un puesto honroso en la literatura del continente.

¡ Gracias, colega, por su visita !

---

## EL DELITO

### COMO VÍNCULO ENTRE LA CIENCIA Y EL ARTE

En «Los Novios» figuran casi exclusivamente tipos psico-antropológicos encuadrados por Leggiardi en los de la escuela positiva; sus observaciones, por cierto muy interesantes, acaban de ver la luz en un tomito editado por Bocca, de Turín.

Debe recordarse que ya *Arturo Graf*, en una crítica magistral de la obra de Manzoni, había llamado la atención sobre sus inteligentes observaciones psicológicas; y, después de él, *Sighele* y *Ferri* han constatado sus óptimas visiones relativas á la psicología de las multitudes, al mismo tiempo que *Paulina Lombroso* señalaba sus finas intuiciones sobre la psicología de los niños.

*Leggiardi* evidencia que Griso, Don Rodrigo y Nibbio, por sus rasgos psíquicos y físicos, son tipos de verdaderos criminales natos, tales como los señala la antropología criminal; en cambio Renzo y Lucía son el reverso de la medalla: la idea del delito, que en cierto momento psicológico pudo germinar en sus conciencias honestas, no encuentra condiciones orgánicas propicias para arraigarse y desarrollarse, y desaparece, dejando un cruel remordimiento en el solo hecho de haber pensado en el crimen.

El delincuente ocasional se encuentra admirablemente representado en «L'Innominato», á quien las circunstancias ambientes arrastran á delinquir, de la misma manera que otras circunstancias le hubieran arrastrado á realizar grandes y buenas obras; Ludovico, que mata al asesino de su amo, cegado por la visión de su asesinato, es un ocasional impulsivo, que se arrepiente inmediatamente y hace un voto de expiación que cumple bajo su hábito de «Padre Cristoforo».

Don Rodrigo y el conde Atilio, y Egidio y la Monja de Monza, presentan dos casos de pareja delincuente que podrían figurar muy bien entre los casos de sugestión á dos recogidos por Sighele; la primera es pareja de amigos, la segunda pareja de amantes. En ambas están bien retratadas las influencias y las luchas entre el *íncubo* y el *súcubo.*

Algunos episodios de la novela presentan casos bien definidos de locura y criminalidad colectiva; el hecho de la obsesión de los autores muestra una psicosis epidémica que arrastra á toda una población hasta la ilusión morbosa, la alucinación, el delirio de persecución. Y la interpretación que daba Manzoni á esos fenómenos coincide perfectamente con la que da la psicología colectiva contemporánea, después de los brillantes estudios de *Ferri, Sighele, Tarde, Pugliese, Le Bon, Rossi* y otros.

Otra figura muy característica es la del doctor «Azzeccagarbugli», caricatura del abogado mercader é inmoral y del parásito social; la escuela positiva le daría ubicación entre los criminaloides estafadores: *Lino Ferriani* lo presentaría como ejemplar típico en sus estudios sobre los «Delinquenti, Scaltrite Fortunati», caracteres equívocos de delincuentes disfrazados por la levita y la camisa almidonada. Tales los resultados á que arriba la crítica científica al internarse en los suburbios psico-antropológicos de la obra de Manzoni.

Esa labor científica autoriza algunas conclusiones que son la espina dorsal de nuestra tesis.

I.—El proceso seguido por la humanidad para llegar al conocimiento positivo de la verdad, es generalmente un trabajo de integración y refinamiento intelectivo que comienza, en sus manifestaciones embrionarias, por su comprensión instintiva y nebulosa por parte de la masa popular que lo cristaliza en su lenguaje diario ó bajo forma de refranes, etc.; luego las intuiciones de los grandes artistas traducen, filtran y sintetizan ese conocimiento difuso en forma de concepción imaginativa concreta; y por fin, después de un período de abstracción y metafísica con ribetes científicos, la verdad pasa á ser consagrada por la ciencia en virtud del análisis á que la someten los métodos positivos de constatación científica.—En el estudio de los criminales esta ley de integración progresiva del conocimiento se comprueba admirablemente, según lo ha observado *Lombroso.*

II.—El Arte y la Ciencia, en sus grandes manifestaciones, llegan á una intelección uniforme de los fenómenos del mundo y de la vida, no obstante de que el uno se vale de la intuición, mientras que la otra extrae sus jugos á la experimentación; es método común á ambos la observación aunque asume modalidades diferentes.

III.—No existe, pues, antagonismo entre el Arte y la Ciencia, sino diferencia de progresión en el tiempo; sus resultantes son armónicas, siendo las del uno la fase intuitiva de las de la otra. El antagonismo aparente resulta de que la concepción artística y la científica de una verdad no son simultáneas sino sucesivas; de allí que mientras la primera puede vagar atrevidamente por toda la inmensa pampa de la imaginación, la segunda marcha necesariamente con paso firme por los senderos que conducen directamente al conocimiento de la verdad: el arte es el pájaro que vuela por el campo fecundo preñado de gérmenes, la ciencia es el labrador que paso á paso abre el surco y prepara el advenimiento de la mies dorada y bienhechora. El pájaro puede haber recorrido todo el mismo campo que solamente más tarde recibirá el filoso beso del arado.

IV.—Con estos criterios es posible considerar que en el problema de la ciencia y el arte la diferencia entre el desarrollo de los dos términos es, efectivamente, grande; aunque no por eso es cierto que en arte todo está dicho y en ciencia todo está por decir. Conste que—á pesar de los calambres mentales de *Brunetière* y demás lacayos de la impotencia y del misoneísmo—la ciencia ha resuelto ya los tres problemas de vital importancia para la humanidad: qué es el hombre, cuál es su origen, cuáles son sus finalidades; y, por otra parte, nos da normas que presidan la acción humana tan buenas y útiles como las viejas morales, abstractas y metafísicas, al mismo tiempo que nos enseña á ser verdaderamente felices y nos da los medios de serlo. (Que «la verdadera felicidad es la ignorancia» es un bello absurdo de *Tolstoi*, que tiene sus admiradores entre los que carecen de voluntad ó capacidad para salir de ella, y su más solemne desmentido en la ilustración de su autor: Tolstoi no se habría ilustrado con el propósito de hacerse infeliz...) Pero de la diferencia en la amplitud del desarrollo alcanzado por cada uno de los términos no puede inducirse su divergencia ó antagonismo; equival-

dría á afirmar el antagonismo entre la flor y el fruto.

V.—Además de armonía puede existir solidaridad y cooperación entre el arte y la ciencia. Esta última es la que puede dar consagración á la obra de arte verdadera, sirviendo de agua regia para distinguir el oro del doublé; ella dirá si hay verdad en la observación psicológica, en el estudio social, en la interpretación de la naturaleza, en la síntesis filosófica, en la simbolización de una idea, de un sentimiento ó de una fuerza: y así pondrá pedestal al genio del arte. Y éste, á su vez, puede ofrecer la corroboración de sus intuiciones y observaciones para cimentar las conclusiones de la ciencia.

Y son así, dos manos fraternalmente estrechadas donde otrora se vieran dos aceros cruzados para eternizar una lucha imaginaria.

Aquí una última constatación. El delito además de tener ya reconocida por la ciencia una función social, tiene desde hoy derecho á que se le reconozca una función intelectiva importante. El es, en efecto, el que sugiriendo á los genios del arte la intuición de hechos y principios cuyo conocimiento sugirió más tarde á los genios de la ciencia en conformidad con las disciplinas de sus métodos positivos, ha contribuído más poderosamente á la constatación de las armonías entre el arte y la ciencia, proporcionando los elementos para derribar el prejuicio de su divergencia ó antagonismo.

En una de sus últimas producciones, *Lombroso* decía que debía tratarse de canalizar las tendencias antisociales de los delincuentes de manera que resultaran desviadas hacia un fin socialmente útil; esas fuerzas, que abandonadas á sí mismas constituyen un peligro, podrían utilizarse aplicándolas á fines especiales. Este es el criterio fundamental de su orientación hacia la «simbiosis» del delito. Y bien, la naturaleza, sabia en la determinación de sus eternas leyes de vida, de armonía, de equilibrio, ha precedido con el hecho á la genial idea del sabio de Turín, y ha destinado el delito para servir de rama de olivo entre el arte y la ciencia, pagando así su tributo á la humanidad en la más alta moneda intelectual.

Y de la excursión inteligente realizada en nombre y al amparo de la ciencia por los jardines multicolores y perfumados del arte, el pensamiento se orienta, naturalmente, hacia esas conclusiones que bien podrían ser los pedestales de la armonía futura entre las dos grandes ramas de la

labor intelectual, surgidas de un mismo tronco biológico, la psique, y lentamente desarrollados en la escala de los seres vivos durante el transcurso centenario de los siglos que todo lo edifica é integra, lo desmorona y transforma, dando alas de luz para su vuelo leve y desenfrenado á los grandes engranajes de la fantasía de los imaginativos, y garras de bronce, para penetrar el secreto misterioso de las entrañas de lo desconocido, á los arquitectos heroicos del soberbio edificio del conocimiento humano.

*José Ingegnieros.*

Buenos Aires, Agosto de 1899.

---

## NOCTURNAL

El prado azul, florido, sembrado de camelias,
brillaba como un lago recamado de espuma
y lucían las blancas flores astrales y helias,
sus cálices de pétalos de lirio que perfuma.

Llovía una luz blanca sobre el prado celeste
y brillaba el rocío sobre las bellas flores,
y cruzaba el espacio, con rumbo hacia el Oeste,
una blanca Paloma á una cita de amores...

Agitaba sus alas de plumaje de nieve
cubriendo de perfumes la estela de sus rastros,
y tenía la albura su hermosa cola breve
del brillo de las blancas constelaciones de astros.

El velo de la bruma, con su gracia perenne,
envolvía los campos, el espacio y el agua,
y bogaba en el éter la pálida Selenne,
como boga á la vela en un lago una piragua...

*Alejandro Escobar y Carvallo,*
Chileno.

En Santiago de Chile y 1899.

---

## UN HOMBRE DE MÉRITO

Provisto del bastón y de los guantes
y erguida, con orgullo, la cabeza,
estudia, con irónica fijeza,
á sus desventurados semejantes.
Su imperio está en los centros elegantes,
donde hace ostentación de su riqueza,

y en donde se discute la belleza
de algunas de sus célebres amantes.
El mundo la cerviz ante él inclina,
le cercan los amigos á montones,
mujeres de hermosura peregrina
rabian por merecer sus atenciones...
—¿Y qué méritos tiene?
—¡Caspitina!
¿aún te parecen pocos diez millones?

*Vicente Nicolau Roig.*

---

# ¡FAMOSO DON!

Aquellas exclamaciones, eran de un arranque de sinceridad conmovedor; esa interpelación dirigida á París, era como un reproche que le hacía á su estrella, á su destino: á la Fatalidad que le había lanzado á un escenario en que se moría de parálisis, teniendo en su alma un motor poderoso, que se desgastaba, se corroía sin provecho. Eran frases que brotaban espontáneas de sus labios, como el chorro de una fuente, cuando se sentía invadido de una melancolía pavorosa que le hacía estremecer y agitar su cuerpo, hasta obligarle á caminar, dando vueltas en su cuarto y pasarse la mano nerviosamente por entre el cabello. La visión clarísima de un mundo, el más apetecible, vista al través de una imaginación sedienta de él; los estremecimientos de sus deseos juveniles, agitando su cuerpo eléctricamente, y la quietud, el silencio, rodeándole, envolviéndole, encadenándole, y, después de todo eso, la frase de aquel amigo; la manifestación de la creencia, en que todos se hallaban, de que á él le faltaba el don, repercutiéndole en su oído y en su amor propio y revolviéndole la bilis.

¡Dudar de su poder!.. Valía tanto como dudar de la competencia de un médico «laureado, interno de los hospitales de París»... ¡Dudar de él, que á veces le parecía haber estado ya en París, haber vivido la vida fecunda y vertiginosa de la gran capital, haber palpado con sus propias manos y visto con sus propios ojos las deliciosas locas *demi-mondaines*, haber sentido el calor de los nidos, las emociones embriagadoras de la pasión y la tensión nerviosa del ladrón de fruto de cercado ajeno!.. ¡Dudar de él, que le parecía sentir en su olfato, constantemente, el

perfume voluptuoso, clásico, que acompaña á los vestidos de la amada, que lo infiltra en todo lo que toca, y la envuelve, y á su paso queda como estela!.. ¡Qué locura! ¿No sentía, acaso, repleta su cabeza de las tramas que forman la táctica del poseedor del don valioso, hasta parecerle haber ya empleado muchas de aquellas tretas?

—¡Don admirable, que descuellas por sobre el cúmulo de buenas cualidades, tan potente, tan avasallador, tan irresistible: ¿será posible que mueras de inercia?—preguntaba Marcelito y exclamaba luego con desaliento:—¡Qué triste es saber que hay héroes y genios que mueren ignorados; pero, cuánto más triste es el ver que va á morir de inacción en uno mismo, sin que nadie jamás le conociera un don que es un tesoro!

Esto, Marcelito no lo puede soportar, no, no lo puede: es demasiado triste; y es por eso que contó aquella historieta, la mejor de su repertorio, aquella de la morocha encantadora, que ama con calor de sol tropical, y del marido con pasiones de «moro de Venecia», que hace fulgurar tétricamente el niquelado del revólver, no se sabe si á la luz suave de la luna, ó al choque de sus miradas de muerte... aquella!.. la historieta que oyó contar Barruel y en la que Marcelito aparecía como protagonista, y que recibieron todos entre risas y jaranas... (1)

Montevideo, Agosto de 1899.

*Florencio Otero Mendoza.*

---

## EXCELSIOR

Para el poeta Julio Herrera y Reissig.

Luchadores!—Las tiendas de campaña
que albergan paladines esforzados,
se levantan al pie de la montaña.
Resuena ya el clarín. Nuevos cruzados,
vencida hollemos la enemiga saña
para ser por la patria coronados.

Luchadores gigantes de la idea:
terminen ya los tímidos aprontes,
¡nos espera la Gloria en la pelea!
La fe, que allana los soberbios montes,
en el combate nuestro escudo sea...
¡corramos á clarear los horizontes!

(1) Continuará en el número próximo.

Dejemos á la Onfalia enervadora
y empuñemos la maza omnipotente
para formar la hueste vencedora.
¡Ay del que esconda la cobarde frente
y no vuele á la lucha redentora
para lidiar en ella heroicamente!

¿Qué?—¿Porque el vulgo con su befa hiere
al que los riesgos del combate rudo
á la molicie del placer prefiere,
nuestra falange detenerse pudo?
No, que el soldado de la idea muere
si no le es dado abrillantar su escudo.

Locos—nos llame muchedumbre ignara—
y como á Cristo su rechifla odiosa
á herirnos venga en nuestra propia cara.
Eso ¿qué importa, si la luz radiosa
dejamos encendida sobre el ara
y redimimos á la patria hermosa?

Hércules alce la potente clava,
Júpiter vibre el luminoso rayo
entre el fragor de la tormenta brava:
nadie solloce en femenil desmayo
que ha de lucir en nuestra tierra esclava
un sol de Gloria como el Sol de Mayo!

«Si la ambición en brazos de la suerte
al mar se arroja sobre frágil leño»
y triunfa del abismo y de la muerte
¿ha de dormir, con enervante sueño,
el genio altivo, varonil y fuerte,
que del grandioso porvenir es dueño?

No á los pueblos redimen solamente
el taller y la audaz locomotora
ni el surco en que germina la simiente:
debe alzarse en los pueblos, redentora,
la luz que se desprende de la mente
para encender la suspirada aurora.

Luchadores! al frente se levanta
la corona de mirtos y de rosas
que la Gloria con lampos abrillanta..
Coronemos las sienes victoriosas
y presentemos ante el ara santa
el carcax y las flechas luminosas!

*José Cibils.*

Rosario de Santa Fe.

---

## A UNA MUJER

Tú, que tienes pupilas soñadoras,
tan vagas y tan tristes. Tú, que tienes

tan suaves y pálidas las sienes
como las más egregias reinas moras.

Tú, que tienes perezas obsesoras,
que llevas, de tu andar en los vaivenes,
la elegancia oriental de los harenes
y la gracia infantil de las pastoras.

Déjame acariciar tu cabellera.
Deja que me subyugue otra quimera.
Quiero olvidar á una belleza rubia,

Haciéndote una altiva Nazarena
que á su amor, implacable, me encadena
como si fuera un príncipe de Nubia!

*José M. Quevedo,*
Argentino.

---

# DIVINIDAD CAÍDA

Para Francisco A. Ríu.

Siempre que subía al púlpito, lo primero que divisaba, al pasear una mirada por su auditorio, era aquella cabecita rubia, como las heroínas de las leyendas escandinavas; aquellos ojos azules, eternamente velados por una sombra de tristeza, de la tristeza de los cantos místicos y de las sombras de las naves del templo; aquella cara pálida, del color de las nubecillas del humo del incienso y de los discos de la eucaristía.

La veía siempre en un éxtasis de beatitud, en un abandono completo de todo su ser, arrodillada sobre el mármol del pavimento, con una expresión de amor divino en sus ojos desmesuradamente abiertos, una plegaria de infinita ternura en sus labios temblorosos, y una súplica ardiente en el entrelazamiento nervioso de sus manos blanquísimas.

Luego la veía seguir muy atenta todas las fases de su sermón; exaltarse con él en el amor del Crucificado; sonreir en un arrobamiento de fe cuando él hablaba del premio destinado á los buenos, de la compensación guardada para los que sufren en la tierra; estremecerse de terror con la seguridad del castigo de las almas impuras, y luego, brillar en sus ojos una esperanza, con la fe en la infinita misericordia divina.

---

Una mañana muy temprano, al dirigirse al confesonario, entre un grupo de penitentes que lo aguardaban, la vió á ella abandonada, sobre las losas del pavimento, cuya frialdad, filtrándose en su cuerpo, se manifestaba en un largo estremecimiento que la recorría de pies á cabeza.

Después que hubo confesado dos ó tres viejas, febril, agitado, lleno de una prisa sin objeto, se acercó ella. Rezó el *Confiteor*, con voz trémula y débil, y luego siguió un silencio, apenas interrumpido por el murmullo de las oraciones de los otros fieles.

—Empiece, hermana; tenga fe en la misericordia divina —le dijo él muy dulcemente.

Entonces ella dió principio á su confesión.

Lo contó todo: su cariño infinito por un hombre, en quien había puesto todas sus esperanzas, toda su fe; á quien había entregado su alma y su cuerpo en un arrebato de pasión más poderoso que su voluntad, más fuerte que sus ideas religiosas, más grande que sus sentimientos de honradez. Luego su desesperación por el abandono de aquel hombre, que ya no la quería, que amaba á otra; sus arrepentimientos por la falta cometida, y sus plegarias á la divinidad, para que ella le devolviese aquel cariño que era su vida.

Estaba convulsa, poseída de una fiebre de contarlo todo.

Sus palabras llegaban hasta él, á través de la rejilla del confesonario, como un cántico sublime de pasión, como una súplica ardiente de todo su ser.

El, conmovido y asombrado por aquel amor y aquel sufrimiento inauditos, inconcebibles, trató de consolarla. Le habló del buen Dios, de su amor por los que sufren, de su misericordia para los arrepentidos.

---

Entre las nubes de humo del incienso, que subían hasta perderse en las artesonadas bóvedas del techo de la iglesia; los torrentes de armonía que se deslizaban del coro; el brillo de las luces, y el de los vestidos de seda y la pedrería de aquella selecta concurrencia; serio y grave, como de costumbre, procedía á la unión de aquella pareja encantadora.

Su vista, perdida en el fondo de la iglesia, divisó de pronto, junto á una de las columnas que dividían las naves, el gracioso busto de ella. Parecía más pálida que de costumbre. Sus ojos azules, muy abiertos, permanecían fijos, con la fijeza de los de una cariátide, en el grupo de

los novios; su cuerpo, en la penumbra del sitio en que se hallaba, aparecía sutil y vaporoso como una figura prerrafaelista.

Él extendió la mano, y al pronunciar las palabras del ritual, le pareció que aquella cara pálida sufría una contracción dolorosa, y que la cabecita rubia se doblegaba, como un lirio marchito, sobre el mármol de la columna.

Luego, ya sola la sacristía, corrió á la iglesia, y la vió aún á ella junto á la columna, pero no arrodillada en un éxtasis de beatitud, sino erguida con suprema arrogancia, fijos los ojos en el Cristo del altar mayor, en una mirada de expresión indefinible.

Él se acercó poco á poco, y entonces ella, con un ademán violento en que su brazo extendido nerviosamente señaló la imagen, le dijo con voz ronca:

—Su Dios ... su *buen* Dios... ¡ me lo ha quitado! ...¡ se lo acaba de dar á otra!

Y antes de que él pudiera contestarle, frenética, fuera de sí, extendió su mano cerrada hacia la imagen y en un ademán de amenaza, la midió con una mirada de odio, de reproche, de tristeza, y dándose vuelta abandonó la iglesia con paso lento, inseguro...

*Felipe A. Oteriño,*
Argentino.

La Plata, (R. A.) — 1899.

---

# MODELOS

Al distinguido paisajista uruguayo Domingo de Arce.

Blanca la tela está. La tarde quieta
el fiel espejo de tu cuadro espera,
y te brinda su mágica paleta,
entre nimbos de luz, la primavera.

Las patrias lomas te darán modelos,
fondo hallarás en la sedosa grama,
y por colores... los que allá en los cielos
la mano del Eterno desparrama...

Copia del lago las azules ondas,
del viejo sauce las colgantes ramas,
de la selva gentil las verdes blondas
y el dorado festón de las retamas.

Fija en el lienzo las purpúreas flores
de la grietada ceiba centenaria,

y el carcomido tronco sin verdores
donde teje su red la pasionaria.

Logre en la tela perdurable vida
la blanca nube que sin rumbo pasa,
el ave agreste que entre el bosque anida,
del quieto arroyo la flotante gasa.

Del crepúsculo imita los colores,
y brillen en tus cuadros de manera
QUE SE BESEN LOS ROJOS RESPLANDORES
CON EL BLANCO Y CELESTE DE LA ESFERA...

El *rojo* y el *azul!..* amigas olas
les vi formar y pintoresca faja,
al mezclarse las rojas amapolas
con la silvestre flor de la borraja. .

Pide al remanso entre el juncal dormido,
la verde liana, el errabundo islote,
la mata oculta en que descansa el nido,
y el azulado airón del camalote.

Robe el pincel los musgos y claveles
que al espinillo y al ombú se abrazan,
donde riman sus *tristes* y rondelas
las auras que con ellos se entrelazan.

El himno de los bosques interpreta
y el dulce arrullo de la linfa en calma,
cual se fijan los sueños del poeta
en el lienzo gigante de su alma.

Emula, en fin, el rugidor torrente
que entre peñascos se retuerce y brama;
y el vasto cuadro, desde su alto oriente,
alumbre el sol con encendida llama...

Pero un sol todo luz, todo fulgores:
el que del Plata en el cristal se espeja,
el que alumbró con áureos resplandores,
bajo un dosel de franjas tricolores
la falange inmortal de Lavalleja!

*Germán García Hamilton.*

Buenos Aires, Octubre 23 de 1899.

---

# Á LA LUZ DE LA LUNA

(Capítulo de la novela «Aromita», próxima á aparecer)

—Mirá, Giussepín, eso es música celestial. Ni don Panchito se casará con tu hija, ni vos conseguirás nada del padre, ni el mozo es para la moza.

En el poblado ó en la ciudad, el niño hallará árbol en qué ahorcarse, lindo y tupido, pero aquí... ¡ni pensarlo! Se comerá la fruta y dejará la cáscara, para que otro cargue con ella!

El capataz, don Ramón, lanzó una risotada y contempló la cara de Giussepín.

—Él me ha dicho,—añadió éste—que se casará en cuanto tenga edad, y en tales condiciones le permito entrar. Si no....

—¡Um! Ustedes son muy vivos, pero él es más. Cuidado, que no cante en otra parte y ande el nido á la vuelta. Es *charaboncito* todavía, pero diablo y listo. Desde chiquito en la capital libaba en varias flores, y ahora, que lo aguante otro.

El capataz continuó tallando, muy entretenido en mascar un cigarro negro, mientras Aromita, agachado, con el sombrero en los ojos, observaba. Cada palabra del capataz y del almacenero eran un rayo para él.

—Don Ramón habla como un libro. Giussepín quiere casar á Rosina con el niño Pancho. ¡No será, no será!

—Y por último, ¿usted no conoce la noticia? Don Pedro está liando los petates para irse á Buenos Aires, porque tiene que educar al mocito. No le falta razón. ¿Qué hace aquí? Vagar, matar pingos en galopadas jefes, en ciertos pasos con olor á polleras. ¡Si se ha recorrido ya todos los ranchos! Es más baqueano que mancarrón aquerenciado, perdonando la comparación.

—¿Conque se van? ¿Y cuándo?—inquirió don Giussepín.

—Pronto, la semana que viene. Yo me quedo en la Estanzuela. ¡Conque, ya sabés, andá derecho porque no soy el general!

Aromita no perdió una frase.

El viaje no se lo imaginaba tan próximo. ¡Se iban! Él también, con su madre. Alejarse de aquellos sitios, que tan gratos le eran, donde andaba con tanta libertad, donde había gozado y sufrido...

¿Y Rosina? ¿Qué haría Rosina? ¿La vería alguna vez? ¿Regresaría á la «Estanzuela» para contemplarla?

Se dirigió al palenque. La luna se alzaba radiante, como un foco, en un cielo límpido. El campo parecía bañado de un tul de plata. La majestad de la noche conmovía.

Sin apuro, aflojó la cincha del petizo, acomodó las caronas y la manta y subió las riendas.

Al montar, se detuvo. Tras de un naranjo cuyos azaha-

## LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



MANUEL MARÍA OLIVER

res penetrantes perfumaban en oleadas, apareció Rosina, iluminada de lleno por la luna. Era una evocación romántica, una aparición bellísima que ofuscó al muchacho. Ella se adelantó rápidamente.

—¿Te vas, Aromita?

—Sí, Rosina. Nada tengo que hacer aquí. No juego, no fumo, no bebo.

—¡Claro! ¡No te atrae nada! No hay petizos, no hay campos para correr, ni soledad para cantar.

—Yo nunca canto, Rosina.

—Cantas, te he oído.

—No sé...

—El otro día, que fuí á la Estanzuela con mamá. En la cochera entonabas unas vidalitas...

—Eso no es cantar.

—Para mí, sí.

—¿Cómo para ti?

—Porque me gustan.... ¿Y para quién cantabas?

—No lo sé, para nadie. Y tú, ¿para quién cantas por las mañanas?

—¿Yo? Canto por cantar, como dice don Ramón.

—Quizás para otro.

—Para el niño Pancho, ¿verdad?

—Tú lo has nombrado.

—Mira, no lo quiero. Tan malo, tan áspero. Luego, esa mirada...

—Pero le has dado un beso.

—¡Te juro que no!

—Ó se lo prometiste.

—¡Jamás!

—Entonces...

—¿Qué?

—Rosina: te voy á confesar una cosa.

—Dila.

—¿Tú me quieres?

—Si tú me quieres...

—Entonces, ¿me quieres?

—Sí, ¿y tú?

—¡Con mi alma!

Ella se recostaba en el palenque, y Aromita había puesto el brazo sobre el recado del petizo, cerquita de Rosina.

Dominados por la armonía de aquella noche vibrante de amor, llena de efluvios, se dieron un beso, el primer beso,

dulce como una gloria, que estalló como el broche de una flor fragante....

*Manuel María Oliver.*

Buenos Aires.

---

## CONCEPTOS DE CRÍTICA

### II

Y ahora que hemos pasado revista á las distintas encarnaciones del Ideal, que, como á un ser divino, lo hemos visto transfigurarse en el Tabor excelso del Arte; ahora que hemos hablado de la verdad, dibujada poliformemente en ese estereoscopio de la moda á través del cual la óptica humana cree contemplarla como á una sola y única imagen, cabe preguntar: ¿cuál será el fin de su evolución tan llena de complejidades, de esa verdadera metempsicosis que escapa á la luz de todo análisis y que burla las predicciones de todas las épocas? La eterna interrogación de la duda parece dibujarse en la sombra de nuestro espíritu, interrogación que tiene por hermano al eco, polífono cantor del vacío! El Arte es el pensamiento mismo que emprende su viaje eterno por un laberinto dantesco, lleno de oscuridades y lleno de iluminaciones, y como el Profeta de la Biblia suele hallar en presencia de las fieras el esplendor de los ángeles.

Los siglos le han visto morir, para luego renacer glorioso bajo distintas formas; es como un gusano sublime que se enferma mientras le brotan las alas!

No hay que ser, como dice un moderno crítico español, de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso ó que no van bien con sus propensiones y la índole de sus espíritus. La tolerancia es el saludo de la inteligencia á lo desconocido. Tolerar es amar lo que se acerca, y es acercarse á lo que viene. Nadie puede ser juez de lo que sólo debe ser juzgado por la posteridad, y quien dice posteridad dice relatividad, y quien dice relatividad tropieza sin querer con lo infinito, con lo incomensurable. ¿Qué es el gusto sino una cantidad de alucinación, que entra por los sentidos, educados por tal ó cual época, y lacrados por convencionalismos más ó menos efímeros que se demienten unos á otros á cada paso, invocando el nombre de la Verdad?

¡La Verdad artística!... he aquí una expresión bien vulgar que la repiten todos los labios, sin que los cerebros se den cuenta del significado que entraña.

El Arte es, como la hermosa mujer de la fábula, un ser biforme que enseña á cada espíritu y á cada época una parte de su naturaleza. Así considerado, no admite axiomas, ni se deja bautizar en el cenáculo de ninguna teoría por más brillante y racional que sea. Es como un pájaro que necesita del aire libre para vivir y que ni aún en jaula de oro emite un solo gorjeo. El Arte ama la libertad porque es hijo de ella. Ponerle parapetos, es ahogarlo. Es como la luz que en donde encuentra una opacidad sólo sirve para producir sombra.

Vinculado, como está, con el mundo moral, cada vez que éste se ha desviado de su órbita lo ha seguido en su falso derrotero. Entonces dejó de ser pájaro de aurora que canta al embriagarse con el purísimo oxígeno para convertirse en murciélago de una noche siniestra, que bate sus alas al olor de la sangre. La belleza en su acepción general, que es la virtud de las cosas, forma un conjunto armónico, como el universo; un eclipse produce una noche, una desviación podría producir una catástrofe, y una simple anomalía ó fenómeno esa enfermedad de toda naturaleza que llamamos perturbación.

El Arte, siguiendo esta ley fatal, ha sido en todo tiempo la expresión del estado social, la epidermis que revela el estado de adolescencia ó decrepitud de los pueblos: en el charco: inmoralidad; en el convento: estagnación; en el hacha revolucionaria: incendio; en el renacimiento: ascención; en las decadencias: orgía. ¡Fantasma multiforme de las civilizaciones: mito grosero ó talismán sublime, prostituta vulgar, ó apóstol divino, verdugo ó sabio, reptil ó águila!

Hémosle visto, desde que salió, fresco y no sazonado, como un vino nuevo, de los prístinos odres de su nacimiento, cambiar de sabor, adaptándose á las exigencias de los paladares, y teniendo que sufrir la humillación de las mezclas profanadoras y malsanas, en medio de las orgías de las decadencias porque ha pasado de tiempo en tiempo. Lo hemos visto hecho pedazos como la túnica de Cristo, empapada en la sangre del sacrificio. Lo hemos visto coronarse de espinas para subir al Calvario, despojado de los laureles y de las palmas de sus triunfos, y abrir luego, al género humano, con la cruz de su martirio, el cielo de las glorias futuras!

¡ Largas y gloriosas etapas de sufrimiento, en que como el cordero, imagen del Poeta mártir, ha ido dejando en las zarzas del camino impolutos vellones mezclados con sangre !

Semejando una polvareda extraña y luminosa que volara de repente circundando las caudas de los maestros Griegos y Romanos, aparecieron en el olímpico estrado los primeros revolucionarios del Arte, los verdaderos iconoclastas de la retórica, Luteros, con máscara de esos renacimientos sombríos que pusieron en desorden los viejos cultos, tocando á rebato contra todo lo bello, contra los ídolos ante quienes ardían los incensarios del gusto; espíritus híbridos generados por influencias distintas; frutos extraños en cuyas células ardía el zumo del injerto, como el licor de un veneno en la cavidad de un cáliz de oro. Y, sin embargo, nadie los execraba, nadie los veía en su insignificante realidad, porque la corrupción como ciertas fieras de antro nace mirando la penumbra; porque en lo moral, como en lo físico, existen enfermedades que dejan ciegos á los hombres, así como existen cegueras que los iluminan!

Píndaro y Esquilo, por no citar otros de sus ilustres congéneres, se vieron avergonzados por los *exóticos y los anémicos*, cuyas producciones aunque no dejaron de ser, patológicamente hablando, verdaderas eflorescencias enfermizas de un organismo viciado, llegaron á pasar por piedras de extraña rareza, que se pagaban á precio muy superior, satisfaciendo el novedoso consumo de una época heresiarca, llena de relajamiento y de lucha; época de falsificadores y de mercaderes de baratijas, de extravagancias pompeyanas y de ensueños de Fakires, de piruetas, en vez de ademanes, de hipos, en vez de sonrisas; cuando el apetito de la mirada ebria buscaba para saciarse turquesas verdes y rosas azules, cuando el almizcle chorreaba de todas las telas, y el bostezo caía de todas las bocas amantes del opio.

El Templo de Apolo, que tiene cien puertas y otros tantos pórticos, llegó á ser un bache de ignominia en que los viejos incensados sufrieron la condena de sudar sangre bajo el látigo impío de los espúreos de una misma raza, que degeneraron hasta reirse cínicamente de lo que hacían.

Idéntica cosa sucedió en Roma. Tíbulo parece ser la última gota del aristocrático néctar de Campania, transformada en una lágrima de rubí en los párpados del divino Cátulo y haciendo sonreir de embriaguez á Ovidio.

La misma horrible vecindad *del Capitolio á la roca Tarpeya* existió en aquella gran metrópoli de las letras y de las artes humanas; y la noche del cataclismo, embos-cada en el occidente de ese gran cielo civilizador, abrió sus fauces tenebrosas para devorar la presa de oro que el viejo Orfeo dejó olvidada en los archivos de sus colegios, de educación noble y severa, entre el polvo de sus templos y bajo los tapetes de púrpura del *Forum!* Desde ese instante el Tiber sólo reflejó sombras y las hijas lacrimosas del gran Loda, coronadas de siemprevivas y de hojas de sauce paseaban en las noches de viento por la vía de los sepulcros, llamando á Horacio y suspirando por Virgilio! Es que había muerto Roma, la Roma espiritual, la Roma eterna, y sólo quedaba en pie sostenido por columnas truncas y arcos medio derruidos, su propio cadáver embalsamado y expuesto á las profanaciones de los extraños y de los enemigos. ¡Inmenso baobab que habiendo sido trono de ibis fué madriguera de reptiles: campo de astro convertido en catacumba sombría!

El descenso es rápido cuando la eminencia es gigante. El abismo es más grande cuanto mayor es la montaña. ¡Ay de las excelsas virtudes cuando se pierden! Los vicios más grandes ocupan su lugar; no parece sino que, á semejanza de ciertas regiones ecuatoriales, la noche es de igual duración que el día en los dominios del espíritu que han sido esplendorosamente iluminados por la gloria.

En los triclinios de la inercia se durmió aquella Roma voluptuosa y sensual, mientras la lira clásica servía de leña para calentar las estufas que enrarecían con calores artificiales la atmósfera impura de las moradas.

Es así que, junto con los protervos de la política aparecieron como buhos de presagios fatídicos, innúmeras individualidades deformes, casi monstruosas, que según el pensar de un grande escritor moderno, fueron más funestas para el imperio de los Césares que los mismos bárbaros.

La demencia imaginativa, la frivolidad pasajera, el oropel de mal gusto, la fraseología insustancial y el desaguisado de construcciones raras y atrevidas fueron los frutos de esa demagogia artística que le arrebató los lauros al genio, sucediéndose á la diafanidad y pureza de los sonidos de la pauta armónica, los repiques secos y monótonos de los cascabeles y de los timbales. Ridiculez de locura. ¡El hermoso rosal de Elena humillado por el enano

baobab de Tartarín! Neurastenia del hombre, y lepra del pueblo! Así se enfermó una época y así se perdió una gloria . . .

Un diluvio de innovaciones y de inventivas sin la menor sujeción á reglas, un verdadero vómito de extravagancias, un flujo oceánico de modalidades caóticas ahogó todo aquel inmenso florecimiento artístico, á tal punto que ni los cien mil Tritones de que nos habla Homero, hubieran causado más destrozo.

¡Época Neptuniana de la que para el bibliófogo sólo resta un aluvión confuso y abigarrado, mezcla de fango y de brillo, de opacidades y de reflejos!

La *barbarización* del idioma fué una especie de fiebre destructora que, á efectos del contagio, agrietó los grandes monumentos de todas las demás artes y, tal fué el temblor causado por esa avalancha caída desde lo alto del Destino que, á decir de un historiador sociólogo, Fidias parecía gritar en el derrumbe de los grandes mármoles y Apeles lamentarse en el despedazamiento de las telas sublimes!

Sin embargo, en esta noche helada del espíritu humano, en medio de la oscuridad hiperbólica del caos, brillaron algunos hombres notables que fueron algo así como auroras polares, inmensos prismas multicolores del genio en cuyo espíritu se descompone la pura luz del astro. Esas raras individualidades aparecen en las noches de la Historia y son como auroras glaciales que alumbran vegetaciones de muerte, lirios de Persia que nacen en los alvéolos de los sepulcros!

Petronio, uno de estos exóticos, que marca la segunda decadencia, y al cual, como diría Taine, *la inmortalidad sólo le abre media hoja de su puerta estrecha y deslumbrante*, fué el músico loco de los ritmos extraños, que se embriagaba con su propia bilis para excitar su lujuria de apetitos letales y de sibaríticas extravagancias. Es algo así como el fruto ictérico de los últimos días de la primavera Romana, y sus versos, bruñidos con polvos de ónix, formaban en la mesa de sus adoradores un manjar de corazones de ruiseñor engarzados en oro de Damasco. Hasta entonces los grandes líricos habían tañido sus arpas en el templo del trabajo, de la gloria y del amor, recorriendo desde el bordón trágico del alma, empapada en llanto, hasta la nota siempre vibrante del erotismo sensual, rociado por el néctar prolífico de la naturaleza; pero, nunca habían llegado

á mascar fibras y nervios, todavía calientes, mezclados con pétalos de rosas frescas, y á formar con el cuerpo espasmódico de una bacante, la lira de mármol en que resonara la estrofa blanca, fría, curva y raramente armónica, del numen borracho y caprichoso!....

Después de esa época el arte se hace niebla y las últimas gotas de la sobriedad clásica se evaporan al calor de un nuevo foco artificial y extraño.

Llámase Bizantina esta época crepuscular, de climatéricas perturbaciones, religiones y morales, y nació como una oruga roja de la sangre de ese *augusto cadáver* que fué Roma, y que, más tarde, á semejanza del gran Cid había de ganar la gloriosa batalla sobre el corcel de la fama; pues, es sabido que la literatura bárbara, *pobre de invención, nutrida de savia anémica y encerrada en las lenguas en que balbuciaba sus primeros vagidos*, fué arrollada por ese coloso centelleante que la Historia ha bautizado con el nombre apostólico de Renacimiento, verdadero Cristo de la civilización moderna, que se presentó en el mundo, *con el descaro de un astro*, llevando la Odisea en una mano y la Eneida en la otra y desparramando, en todas direcciones, elegancias de Horacio, ternuras de Virgilio, aletazos de Píndaro y llamas de Anacreonte!

Pero, sigamos labrando el cimiento que nos servirá más tarde para hacer un examen general de la moderna literatura en este gran siglo que toca ya á su ocaso y que nos envuelve tristemente en la media luz de su crepúsculo lleno de incertidumbres y de vacilaciones.

La escuela decadente de hoy día tiene su Génesis en aquellos tiempos de prevaricaciones artísticas, cuando las regias musas apostataron, cambiando su peplo real por el jaique extranjero, cuando los estornudos *de esa peste*, hasta entonces desconocida, constituían el síntoma fatal de los que morían sin llegar á ser inmortales!

Muchos fueron los contagiados de esa fiebre de herejía, los que en ese gran banquete baltazarino profanaron los sagrados vasos de oro en que la gloria escanciaba su esencia; ¡ay, pero muchos fueron también los que, dignos de mejor vida, están hoy confundidos con los eternos trapenses de la Historia!

Creo haber hallado una imagen feliz, para representar esta época de mediocridades, perdidas entre una inmensa relajación artística: el decadentismo Romano fué un mangle colosal con flores pequeñas. Un árbol de semejante es-

tatura con flores tan insignificantes sería, á mi entender, la representación gráfica de una época de corrupción del gusto literario, y en que la estética, como la honrada Lucrecia, pareció cubrirse el rostro de vergüenza!

El arte sufrió por este tiempo una de sus primeras caídas para levantarse, como Anteo, más pujante y con más bríos para la lucha.

De estas verdaderas enfermedades de vitalidad está llena la historia de las naciones, y no hay que extrañarse de esto, ya que es un principio, admitido por la lógica, aquello que de un pecado suele nacer un justo. Lo que debe pasar, pasa; como dice el Aguila del Siglo, lo que debe soplar sopla. ¡Benditas sean estas tormentas climatéricas que devastan y vivifican la civilización: enormes páginas negras redactadas por Dios y que tienen una máscara: el destino»!

Salteando por otras épocas para seguir en su proceso las evoluciones de la verdad, nos hallamos con aquella pléyada de genios en flor, aquella vía láctea del espíritu humano, que de Granada á Madrid y de Cádiz á Sevilla esplendió soberbiamente como una corona de estrellas sobre la España.

El Estentor de la Gloria sopló su gran trompeta de oro á orillas del Manzanares, como en otros tiempos la había hecho vibrar en el Helesponto, y en las augustas márgenes del Tíber.

Hay que creer en la trasmigración universal del Arte. De una nación pasa á otra, y en ninguna radica por mucho tiempo. Dijérase, que es una mujer coqueta, que muda de amante todos los días.

Siempre se le ha visto florecer en las grandes capitales de las naciones guerreras que han llegado al más alto crestón de la prosperidad. Es como las anémonas; sólo crece en las alturas, y necesita hallarse expuesta á los embates de los huracanes!

En medio de ese florecimiento primaveral de grandes artistas que giraron alrededor de la Gran Península, como el Hélice Astral alrededor del Polo, apareció una individualidad extraña, un verdadero cometa que causó grandes perturbaciones en las esferas del Arte. Este cometa decadentista fué Góngora. Su idiosincracia intelectual fué algo así como un nuevo color aparecido en el prisma de aquella época. Fué como la rosa verde que el Hada del cuento colocó en el cucurucho de los confites de nieve.

La oscuridad de su estilo fué el marco de ebenuz que hizo resaltar la tela chillona de su imaginación, en la que una orgía de colores, sin gradación y sin efecto armónico, causa no sé qué extraño vértigo, y produce la rara embriaguez de una visión que cambia de forma á cada momento, como una serpentina en medio de la sombra.

Modalidades aderezadas con efectismos, promiscuidad de vocablos de rimbombancia churrigueresca que saltan á la mente como muñecos elásticos de una caja de sorpresa, períodos angulosos en el estilo, fraseología fatua, que como un aerostático, «más se hincha cuanto más sube de tono», hipérboles gigantes que pasan volando, por la página, como la cuádriga de Febo, y que enceguecen al que las mira, epítetos que parecen remilgos, frases que son gestos de hipocondríaco; todo este raro bagaje forma una buena parte de la obra artística del maestro Culterano que arrastró consigo infinidad de adeptos, que sin tener un átomo de su genio original le aventajaron en alambicamiento y en mal gusto, mereciendo la incisión satírica del puñal de oro de Moratín, á quien por antonomasia debiérasele llamar el buen apóstol de la literatura de su siglo, pues que contribuyó con sus obras, de la manera más eficaz, á devolverle el buen sentido á los ciegos de su patria!

Por un fenómeno de refracción, los Marinianos triunfaban en Italia, el *enfuismo* depravado en Inglaterra y los pupilos del Hotel Rambouillet en la Francia, donde todo era melindroso y superficial, y donde bajo una forma de viciosa cortesanía reían los chispeantes madrigales, y se arrastraban las odas hueras y llenas de erutos helénicos!

Esta época marca una de las etapas más memorables de la que hoy se llama escuela simbólica, y la grínfola caballeresca que cubre la armadura de las Gongoristas es compuesta de la misma tela que el teristro que visten las musas Verlainianas ¡Extraña resurrección de las cosas!

*Nihil novum sub solem.* Los que hoy se llaman *nuevos* en literatura no han inventado nada, sino que exhumaron lo que ya se conocía, que luego de conformado, en la norma del espíritu actual, y vestido con nuevas ampliaciones, ha sido puesto en venta, en los escaparates de la moderna bibliografía.

Del mismo modo, los románticos no hicieron otra cosa que hacer su Parnaso en la cumbre sagrada del Morvén

donde Ossián, lloró sus más tristes elegías, rimando melancólicas lágrimas sobre la pálida frente de Malvina !

La teoría Gongoriana pareció dominar por un momento en aquel vasto teatro en que el Fénix de los Ingenios y el autor de don Quijote pudieron decir, parodiando al Rey Felipe, que el sol no se ponía para los dominios que habían conquistado con sus obras.

A los actores serios y cultos sucedieron saltimbanquis que tan pronto vestían el pellico virgiliano como el faldellín pintarrajeado, lleno de chafalonía; y al regio orfebre de la forma, y á la línea escultural del período ebúrneo y bruñido, sucedió la desgalichada metáfora y la clorótica ampulosidad del pensamiento.

Ser sobrio es siempre difícil, tanto como no ser amanerado. Las innovaciones que rompen completamente con las ligaduras antiguas y no se ciñen á ninguna fórmula racional y lógica atraen al mayor número y abren un camino sembrado de peligros para aquellos espíritus semiinfantiles que se lanzan á las aventuras del vuelo en el Hipógrifo de sus fantasías.

Por eso es que, el Culteranismo no hizo otra cosa que llenar de volátil hidrógeno los intelectos livianos y á semejanza de las distintas escuelas de la decadencia, se vió al principio inundado de discípulos, con mucho talento algunos de ellos y con mucho desequilibrio la mayor parte, que como las moscas glotonas de la fábula quedaron prisioneras en el panal del Maestro sin que se aprovechasen de su gloria. ¡ Sublimes desarrapados, como diría Hugo, con mucho oro en el cerebro y completamente desnudos ! La libertad, como los vientos, lo primero que arrastra es la plebe de lo pequeño.

¡ Dichosas las generaciones que pudieran adivinar el perjuicio que les ocasiona esos derrames de rica sávia, de tanto cerebro que inútilmente se pierde; savia que lleva en sí el plasma de vida del genio mismo !

Los programas de las decadencias han tenido el brillo momentáneo de los falsos metales y ese perfume de las esencias falsificadas que se evapora en un instante. Si Góngora no hubiera producido algunas obras muy notables, tal es el disfraz halagüeno con que se presentó en el escenario de su tiempo y tal el perjuicio que causó, que se le podría representar como á la arpía mitológica ; mitad atracción, mitad fiereza : rostro de mujer y garras de águila!

Pero no todo ha de estar en contra de estos grandes ante-

Cristos, que como el Mago Simón hicieron falsos milagros, en nombre del Dios de la Verdad, que ellos desconocían por completo, y con el que fueron sin el menor recato sistemáticos irreverentes. La notable frase del Pontífice, *es bueno que haya herejes*, no puede ser más profundamente exacta. Por lo demás, toda impulsión viene de arriba. Las grandes catástrofes como dicen los sociólogos traen los grandes equilibrios. Detrás del carro de las tormentas arrastrado por Centauros que lanzan rayos en todas direcciones del vacío, viene la azul bonanza, tañendo su arpa con leves respiraciones de brisas. Los deltas, húmedas tumbas, en donde las epidemias desparraman sus mil hálitos de muerte son también hermosos tálamos de fecundidad en donde germina la simiente que nos da el pan de la vida!

Del mismo modo, y tal como sucede con las mujeres próximas al parto, en el mundo moral, en épocas que anteceden á la formación del gusto y triunfo de la belleza, todo beneficio, todo resurgimiento se hace anunciar por una fiebre, por una evacuación, por una inquietud, por un temblor; males éstos que sin dejar de ser pasajeros son fructíferos: dolorosos espaldarazos de la fortuna; circuncisiones sangrientas de los grandes futuros!

Es por eso que á retaguardia de las crisis, verdaderos paroxismos de la naturaleza, viene la evolución saludable, y aún esas mismas crisis sanean, redimen, sacuden marasmos, despiertan emulaciones, espolean actividades, mueven ingenios; son algo así como inmensos carámbanos de sufrimiento que forman el torrente vital de la exuberancia!

Si el Arte no tuviese falsos apóstoles, no tendría grandes mesías. En todas las épocas en que se ha visto en peligro ha aparecido un Arquetipo, y una nueva aleación ha surgido en el fondo de los espíritus. Todo nos enseña á esperar cuando la desesperación nos asfixia; y en estos días brumosos de desencanto y de duda llega hasta nosotros el Arquetipo soñado que ha de colocar lenguas de fuego sobre las pálidas sienes de los que interrogan á la esperanza!

Shakespeare, Dante, Camöens, Milton, Lope, Cervantes, Bossuet, Moliére, Racine, Byron, Chenier, Heine, Goëthe, Schiller, Musset, Hugo, Manzoni, Puszquin, Carducci, Quintana, Leopardi, Tennyson, Herculano, Chateaubriand, Lamartine, Mickiewiez, Swinburne, Leconte, Petœfi, Algernon, Eglenschlœger, Prudhome y tantos otros iluminados han sido verdaderos Arquetipos providenciales, que

estereotiparon su genio, al refrescar con una gota de agua los labios ardientes de ese *eterno peregrino* que jamás se sacia!

¡Bendito sea el error si viene precedido de una luz!

¡Bendito lo ridículo si esconde en su seno lo sublime! En el fondo del antro está Isaías. Bajo la peluca de Voltaire la libertad fermenta!

Por otra parte, volviendo á lo que decíamos, es una verdad comprobada, que de todo lo malo queda algo bueno, y esa dosis de beneficio suele ser la compensación del castigo, así como el rastro de una enseñanza más saludable que dolorosa, que siempre se debería recordar como precaución contra el peligro: teniendo presente el mal se aprende á odiarlo, ha dicho el filósofo.

Al legado de las antiguas decadencias pertenece ese espíritu nuevo, audaz, revolucionario, aventurero, antiarqueológico, que avanza á paso de caballería volante por sobre los escombros ungidos de pátina, que rompe lanzas con todo lo que es rutina, que lucha contra todo lo que huele á humedad de trapos viejos, que sopla como un violento ciclón sobre el polvo de las supersticiones, que profana las necrópolis de los archivos, que funde los viejos ídolos de metal para hacer con ellos piochas para la libertad del gusto, que como el Luzbel humano del Poema inmortal arroja un vaso de vino sobre los viejos esqueletos, que iza como flámula de sangre la roja tea que incendia Bastillas y extirpa sombras!

Espíritu de independencia y audacia que es fiemo en Rabelais, carcajada en Voltaire, escalpelo en Diderot, blasfemia en Jorge Gordon, cuchilla en la Convención, crepúsculo que anuncia nuevos ortos en el cenáculo de Verlaine!

Ese espíritu que presenta todas las ventajas y desventajas de la libertad encerrada en el *yo*, y que, como un albatros de tormenta aparece á la luz del relámpago que traza paisajes apocalípticos, ha sido y será siempre el terror de los hombres-pantanos, de los refractarios á lo nuevo, de los que se empaçan en el barro de los cánones eclesiásticos, de los rezagados del progreso, de los que como el místico loco que creía tener á Dios en su estómago por haber recibido la Sagrada Forma, creen estar en posesión de la Verdad, y se niegan á nutrirse con los nuevos frutos que les depara el árbol del Tiempo en su reflorecimiento artístico!

El movimiento que es el alma de la dinámica universal debe ser también el alma de la civilización. El dedo de lo desconocido, que nos señala el más allá, es Dios mismo. Los espíritus retrógrados son como las tenebrosas habitaciones que halló en Egipto Gambises; tienen por techo el desierto y por habitantes las momias, ambas cosas bien lúgubres! Pero la luz siempre serena rompe todos los parapetos de sombra que halla á su paso y los atraviesa, triunfante, como un proyectil escapado de la flecha de Dios. Los que temen atravesar el puente de ultratumba, ha dicho un gran pensador religioso, no conocen la higiene de la conciencia; del mismo modo podría decirse de los que temen al nuevo mesías del Arte: no están seguros de estar bien con la verdad. Quien tiene conciencia de su hermosura no teme que le dé el Sol en el rostro, al despuntar en Oriente. Los buhos que aman la sombra, son atraídos por los cementerios y huyen espantados ante la luz!

Revolución es casi siempre civilización, y civilización es belleza. Sin las catástrofes cosmológicas que han precedido á la formación del mundo, es tan seguro que no tendríamos montañas ni océanos como sin los grandes movimientos políticos y artísticos, que han conmovido el eje social, no atesoraría el género humano tanta obra gigante, tantos monumentos como los que hoy existen, y que son como tiendas de titanes que marcan las etapas del genio en su peregrinación por los siglos.

Grecia tuvo que bajar las gradas de su Olympo para que Roma desparramase sus águilas en dirección al mundo entero. La civilización comercial de Cartago cayó hecha pedazos á los pies de Escipión como los falsos ídolos en presencia del gran Moisés cuando bajó de la montaña, á la que había subido para hablar con Dios. Más tarde, Roma, que había sido pisoteada por los corceles de los bárbaros, pareció, consumida por el incendio, la antorcha de una nueva civilización dibujando una aurora en el horizonte: verdadera mariposa de fuego salida de aquella larva de ignominiosa impureza. ¡Y así continúa el largo proceso de las edades y de las naciones, hasta principios de nuestro siglo en que Napoleón el Grande le corta á Rusia, y á todos esos pueblos semibárbaros del Norte, sus cataratas de hielo abriéndoles las puertas de la gloria; y, sin soñarlo siquiera, invita á la que fué mísera Alemania á tomar asiento en el banquete de las grandes prosperidades políticas, casi á la cabecera del Universo.

¡ Aterradora ironía de los acontecimientos que se burlan á cada paso de las espadas de los conquistadores y de las profecías de los filósofos !

De la gran Revolución Francesa y de la epopeya Bonapartista que formaron ríos de sangre en toda la Europa, surgió aquella pléyada de genios y de grandes artistas que fueron el asombro del mundo en este siglo y la corona más grande de la Francia. Los panales del Hibla se derramaron desde París á San Petersburgo, formando en vez de un torrente de sangre humana, un océano de inspiración sublime, de miel poética, de pinturas espléndidas, de purísimos mármoles y de joyas artísticas del mejor género.

La música fué la palabra de los inmensos dolores y de las supremas alegrías que habían pasado en menos de veinte años por toda la tierra. El teatro Francés se llenó de dramas, como poco antes el suelo de esta gran nación se había constelado de victorias. Los museos se llenaron de tantos cuadros y estatuas como la Historia se había llenado de páginas monstruosas ó sublimes. Aquel semillero de consternaciones fué convertido en una floración de gloria, como si en cada surco que hubiera abierto la espada, y en torno á cada cruz que amparase el sueño de un muerto, la diosa romántica hubiera hecho nacer una flor, embalsamando todas las ruinas y ungiendo todas las tumbas con el óleo de las lágrimas.

Con lo dicho anteriormente, hemos querido explicar que todo está eslabonado de una manera armónica en la naturaleza de las cosas, y que por una rara antítesis del Destino las grandes primaveras de la civilización son precedidas de espantosas tormentas, y los grandes advenimientos de terribles anunciaciones.

En Arte sucede exactamente igual ; todo movimiento hacia adelante parece una catástrofe, y de estas catástrofes aparentes surgen inmensos beneficios, como de una espesa noche nace una hermosa aurora. El sociólogo ve la perla en el molusco enfermo, y el diamante en la sombra del carbón. ¿Qué han sido las antiguas relajaciones sino extravíos que han dado por resultado nuevas conquistas con el descubrimiento de nuevos panoramas y de nuevos horizontes? Benditos sean los Núñez de Balboa, si al perderse en la heroica aventura descubren un Océano !

De la revolución decadentista en su primera época, data el pentágrama de la poesía moderna. La rima es hija suya,

lo que equivale á decir que es hija suya la orquestación de las palabras, la tonalización de la idea, la vibrante eufonía de la métrica, el melodioso acorde que acaricia el oído y que cautiva el alma, eterna novia de la armonía. Además, sus nuevos ritmos fueron carcajadas de bacante destinadas á competir con los gastados exordios académicos, que tales eran los ritmos griegos y latinos que hasta entonces se conocían. Fuera de esto, en los dominios severos de la Prosa tocó á rebato contra la monotonía clásica del giro enjuto y de la frase rígida, contra el procedimiento gastado á fuerza de experimentación y de trabajo; corrigió los antiguos modelos; quemó su incienso ante las nuevas plásticas; inventó muchas palabras y alteró reglas y fórmulas; ensanchó el dominio de las figuras, distendiendo las alas del instinto audaz de donde arrancan los vuelos de la fantasía, y las parábolas luminosas de las creaciones; colocó frente al ceñudo canon antiguo estas palabras: flexibilidad, elasticidad; bautizó el pincel con el prisma, y finalmente aumentó el cordaje de los instrumentos, diamantizando la lengua, muerta en su antiguo molde, á la manera que se enflorece un cadáver para llevarlo al sepulcro (1).

*Julio Herrera y Reissig.*

---

## VISIONARIA

Con voz sacerdotal hablóme en sueños
una visión extraña,
una visión que envuelta en viva lumbre
la figura del Dante semejaba.

Ya se acerca—me dijo—el cielo ansiado
por las celestes almas;
ya rompen los espíritus excelsos
del fanatismo y del error las trancas.

Ya llega el tiempo en que los hombres amen
el eco de las arpas:
¡de los poetas la divina lengua
que de un seguro porvenir les habla!

Ya el nuevo Prometeo el férreo yugo
destroza en la montaña
y se eleva otra vez al infinito
con el vuelo potente de las águilas.

(1) Continuará próximamente.

Ya el pensamiento la verdad que busca
á divisar alcanza,
y con luz pura cual la luz de Roentgen,
descubre el centro donde van las almas.

Contempla, soñador, en el Oriente,
la lumbre sonrosada:
¡es de la Aurora el brillantino carro
que va arrastrando gigantesca cuádriga!

Mira la cumbre del Edén soñado
en la celeste patria,
donde en la cima de un Zabor se asienta
la suprema Verdad tan calumniada.

Contempla á Dios, pero no al Dios que enseñan
á las turbas ignaras
los que vendidos al *becerro de oro*
comercian con el miedo de las almas.

Pero no al Dios, muñeco despreciable
que el fanatismo aclama,
que vende su perdón y que se muestra
con pasiones estúpidas que manchan.

Sino al Dios que te ha dado la conciencia
como segura pauta
para regir tu vida sobre el mundo
y levantar al cielo tu mirada.

Sino al Dios que al formar el Universo
dijo á la especie humana:
—«Con el trabajo escalarás el cielo,
yo soy la Vida y la Verdad—trabaja!»

Despierta, soñador, llega la hora
de trabajar... ¡levanta!
ya rompen los espíritus excelsos
del fanatismo y del error las trancas!

Calló la voz... y despertóme un ruido
cual resonante diana:
¡era el martillo del Progreso humano
que sobre un yunque colosal golpeaba!

*José Cibils.*

Rosario de Santa Fe.

---

# MESEMBRIA

Eirene vive aquí. Súrculo enorme
da sombra al trono en que la diosa excelsa
las labores que Démeter impulsa
protectora contempla.

Ociar me es grato. Las pensiles flores,
que gualdas y barcinas se entreveran,
con sus tenues efluvios enervantes
el tibio cauro impregnan.

Préndelas diligente, el tallo corta
que las une á fecunda enredadera,
y que, tejidas, á tus sienes formen
hierática diadema.

Discurre así, Leonor, entre boscajes
que las frondas de Latmos me recuerdan
donde al hijo de Cálice abrazaba
la pálida Febea.

Busca al viejo Sileno coronado
de frescas rosas y de verde hiedra
que en numerosos dáctilos derrama
la inspiración helena.

En desgaire genial con Erigone
haz que á mi encuentro presuroso venga,
seguido por el coro de bacantes
que frigia danza trenzan.

Soláceme la turba bulliciosa,
la que de Eván en las sagradas fiestas
al sonido de Cítara heptacorde
y crótalos carlea.

Quizá entonces más rápidas trascurran
las Céleres que en torno pasan lentas,
y al fin disipen las hielmales brumas
de asoladora ciencia.

*Manuel A. San Juan,*
Peruano.

Lima, Octubre 26 del 99.

---

## NOTAS DE REDACCIÓN

Por haberse recibido á último momento, no ha sido posible dar á la imprenta la continuación de los notables pensamientos titulados: «De mi cartera», pertenecientes á Carlos Martínez Vigil, uno de nuestros más inteligentes compatriotas, que se distingue por la forma castiza y elegante en que expresa sus ideas y por la incisión sangrienta de su sátira fina y penetrante.

En el número próximo publicaremos su retrato acompañado de una de sus mejores producciones, con la que se honrarán una vez más las páginas de La Revista.

Acusamos recibo de una obra de nuestro inteligente amigo Nicolás N. Piaggio, titulada: «Apuntes de telemetría». El elogio mejor que podemos hacer de su mérito está en felicitar á su ilustrado autor por el éxito alcanzado en la venta de su libro, el que á juicio de los inteligentes en la materia que abarca, es notable por todos conceptos.

—Hemos recibido dos bellos tomos de poesías titulados: «Fruta verde» y «Estela», pertenecientes á José M. Quevedo, uno de los nuevos cruzados argentinos de mérito positivo. Verdaderas páginas de inspiración y buen decir hemos encontrado en ellos, que son una promesa de luminoso futuro para el joven poeta.

---

Tenemos que presentar al selecto público que nos atiende cinco nuevos colaboradores, conocidos favorablemente en nuestra América Latina, y que ya han recibido el espaldarazo de la consagración por parte de la crítica imparcial y severa. Estos son: Alejandro Escobar y Carvallo, Vicente Nicolau Roig, José M. Quevedo, Felipe A. Oteriño y Manuel A. San Juan. A estos distinguidos amigos les agradecemos la visita que nos han hecho, felicitándolos por las brillantes producciones con que hacen su *debut* en « La Revista ».

---

Hemos recibido la nueva obra titulada « Mis Derrotas », de que es autor el distinguido publicista y orador Alberto Palomeque. Campea en buena parte de la obra la independencia de criterio que es característica en su autor, con la sinceridad en los juicios que emite.

En lo referente á la parte material, la obra aludida es de lo más notable que han producido los talleres tipográficos del país, distinguiéndose por lo nítido de la impresión, lo mismo en lo que se refiere al tipo que en lo relativo á los numerosos grabados que ilustran el texto, los cuales constituyen una valiosa galería de nuestros hombres públicos de actualidad.

Nuestros plácemes al autor y al artístico taller de *«El Siglo Ilustrado*, donde se ha editado dicha obra.

---

## ¡FAMOSO DON!

---

Ni una palabra en nuestro idioma; todas las voces que se oyen son de dialectos italianos, de bajo inglés, y palabrotas gallegas...; de aquella mezcla inconcebible es que nace lo europeo: ¡toda la Europa!

Marcelito, recorre luego la calle recta, ancha. A su izquierda se levanta la Aduana, de color de tormenta; grande, sencilla como un cuartel; á su derecha, mil cuchitriles: tabernas, tabernas y más tabernas, con rótulos en los vidrios, en las puertas, en los zócalos... Casas antiguas, bajas, con entresuelos obscuros como cuevas; bodegones de aspecto sucio y tenebroso, con mesas de pino de patas pintarrajeadas y superficie ennegrecida por el vino desparramado en ellas y por el sobajeo de los parroquianos; con banquetas duras para sentarse; con cuadros de rabiosos colorinches en las paredes, y bordalesas mugrientas dibujándose allá en las lobregueces del fondo.

En el ambiente se respiran olores cargantes de grasas, de fritos, de pescado y de humo de tabaco americano.

Y cuando Marcelito siente el mareo, la nausea de tanta vida baja, cuando se siente demasiado saturado de aquella atmósfera, sigue entonces, sin detenerse á mirar más figones, todos del mismo corte especial. Y avanzando, más le gusta la calle, que se hace más seria, con sus almacenes que la flanquean: grandes depósitos de artículos de marina en los bajos de las casas de dos pisos. Pasa el trozo que más le entusiasma, que es el que media entre la calle de Solís y el hotel Piazza Banchi, que la corta obligándola á hacer un recodo caprichoso que la hermosea á sus ojos, para ensancharse luego formando la Plazoleta de Garibaldi—admira un momento todo ese espacio andado, y dobla hacia la izquierda, por la calle de Muelle Viejo, que se angosta, obscureciéndose entre las casas

altas de inquilinato despintadas por las lluvias, viejas antes de tiempo por el descuido—que se trasluce hasta en las macetas que yacen olvidadas en los balcones, como muestras de un buen deseo fugaz de alegría, con las plantas semisecas—para penetrar luego á la calle Rampla—donde se detiene de nuevo, ante una de las primeras puertas, que es donde vive ella: la mujer generosa que le hará feliz.

Nada más que la casualidad, había sido quien le había favorecido con tantos bienes.

Una tarde, al obscurecer, que paseaba él su melancolía por la calle de Rincón, al llegar á la esquina que forma ésta con la de Misiones, se encontró de manos á boca con ella, quien le pareció, que para ser de Montevideo, podía ser un ideal... relativo.

Con paso apresurado, y un atado de bastante bulto bajo el brazo, cruzaba la calle la hermosa muchacha. Parecía ser una costurerita, una de esas pobres mártires del trabajo, y de algún padre vicioso, que mantienen una familia y viven miserablemente con los pocos reales que ganan cosiendo bombachas y chalecos para las roperías. Su cuerpo, aunque débil — como adelgazado por trabajo rudo — mostraba, no obstante, al través del sencillo vestido de merino negro, líneas delicadas, que indicaban algo muy bueno deformándose á los embates de la miseria, que lo quiso cruelmente, para sí; parecía una planta finísima, digna del parque más lujoso y de los cuidados más solícitos, creciendo tristemente en campo de malezas por inexplicable casualidad. Su rostro pálido y bonito tenía, como marcada, una expresión de felicidad, un algo picaresco, que contrastaba notablemente con sus ojeras negras y sus desdichas presumidas.

Marcelito se detuvo para verla pasar, sintiendo que el corazón le dabo un vuelco, «¿Por dónde se empieza?», se preguntó, y su garganta se negaba á dejar salir una palabra, ¡la primera que iba á pronunciar para poner á prueba su don! En el momento en que la joven pasaba por su lado, clavando en él sus negros ojos, para bajarlos en seguida, ocultándolos tras sus largas pestañas, Marcelito, haciendo un esfuerzo sobrehumano de voluntad y poniéndose rojo de vergüenza, dijo con voz extraña:

—¡Ricura!... Y en vez de quedar satisfecho de su aplomo, quedóse aún más avergonzado y como sintiendo, allá en el fondo, la impotencia de su don. Pero bien

pronto le inundó una ola de alegría y de confianza, robándole el rubor: la modistilla había dado vuelta el rostro para mirarle.

Se lanzó en seguimiento de la hermosa costurera.

Ésta, tomaba por Misiones, hacia abajo, con su pasito siempre apresurado, sin volver más la cabeza, con la vista fija en su camino como si ante ella llevara dibujado un cuadro que la preocupara; sin acordarse más de aquel «ricura» pronunciado cerca de su oído, y que la había sacado de su ensimismamiento, haciéndola volver la cabeza, para ver si el que se lo dirigía era algún conocido. Y Marcelito, veinte pasos más atrás, hinchado de satisfacción, imaginando á toda vela; figurándose que la costurerita no se daba vuelta por vergüenza; que aquel apresuramiento era el miedo de no poder dominarse; era el deseo de buscar fuerzas en la soledad, para resistir la terrible tentación; pero que todo era inútil, que ya le pertenecía, que era de él, que los dos se amaban locamente, que vivían en perpetuo éxtasis, que sus amigos estaban llenos de asombro y envidia; que le admiraban, que le buscaban para oir de sus labios los relatos de las conquistas de su don admirable; que ellos se subyugaban con sus palabras y le respetaban como á un caudillo; que alrededor de su cabeza, tenía ya, como una aureola esplendorosa que atraía á las mujeres: ¡Era el prestigio de su poder de conquistador de corazones, el don de enamorar irradiando luz, y en su misión, haciendo prosternar, ante sí, á las víctimas del capricho de su dueño!

Sí, Marcelito, en aquel momento, hubiera dado cualquier cosa por encontrar á un amigo en su camino (sobre todo al que le dijo que le faltaba el don), lo suficientemente perspicaz, para que comprendiera, que, en aquel momento, iba ocupado, á hacer rendir una plaza que ya estaba por entregarse á discreción.

La joven llegó á la calle 25 de Agosto, caminó hasta encontrar la de Muelle Viejo, que cruzó al sesgo y penetró en la calle Rampla, en una de las primeras puertas. Marcelito se apresuró, temiendo que se le perdiera, y llegando á la misma puerta se detuvo, mientras ella comenzaba á subir la escalera de aquel zaguán húmedo y sucio. Otra vez sintió que se atoraba, pero otra vez pasaron por su mente las angustias en que vivía, y aguijoneado por esta idea, sin saber siquiera lo que decía, hablando maquinalmente, murmuró:

—Tengo que hablarle... —La jovencita se detuvo, de pie en un tramo de la escalera, preguntando sorprendida:

—¿Qué se le ofrece?

—Ya ve—agregó Marcelito recobrando bríos y penetrando en el zaguán—la he visto á usted... la he seguido... Y aturdido y confuso, se vió como encerrado en un brete sin salida.

—¡El tipo!...—exclamó la muchacha agotando en la palabra todo su desprecio; y luego soltó un: ¡Mamarracho! acompañado de una carcajada cristalina que repercutió como cascabeles en el solitario zaguán. La muchacha desapareció subiendo á saltos los escalones y dejando al héroe, pálido, inmóvil, con los brazos caídos y palpitándole en sus labios una grosera palabrota, que trituró en sus dientes para que ella no la oyera.

Sí, todo eso lo recuerda Marcelito; pero, la confianza en su poder no disminuye; y luego la hermosura de la chalequera, el medio en que se va á desarrollar su novela, su ambición de anonadar á sus amigos, que dudan de su don, y el amor propio empeñado ahora en la lucha, pueden aún mucho más y le dan valor para proseguir. Aquel inesperado—«Mamarracho» exige una explicación, que será amplia, inmensa; tan amplia, tan inmensa, que la costurerita lo va á rescatar al precio de ella misma; lo va á rescatar con su amor. Marcelito, sigue, por eso, con empeño tenaz, la lucha de halagadoras promesas, y va, todas las tardes, al oscurecer, á pararse en la esquina de Rincón y Misiones, para esperar que ella salga del registro, donde va á dejar y á buscar costuras; y luego, la sigue como la primera vez, hasta su casa.

Ella no le hace caso: unas veces se ríe de él, otras se apura mucho, para que no pueda acercarse y en cuanto llega á su casa, sube la escalera con ligereza de una gatita asustada; otras, en cambio, se ha detenido para llamarle (poniéndose muy colorada y temblándole los labios): «insolente, atrevido, mal educado y cara de fraile capuchino»; y ha agregado, haciendo un ademán con la mano y como si asustara á un niño con el cuco, que como vuelva á seguirla, le va á hacer llevar preso.

—¡Bah!—exclama Marcelito.—Las frutas que están en las ramas más altas de los árboles, caen, lo mismo, cuando están maduras. ¿La costurerita iba, acaso, á resistírsele á él? En cuanto sacudiera el árbol, se vendría al suelo, ¡para eso estaba la fuerza de su don! Las frutas

de las ramas bajas, son para los pequeños, para los tipos vulgares, incapaces de conquistar un corazón.

---

Aquella tarde, Rosita, ataviada ya, con su sencillo vestido de merino negro y en posesión del atado de las costuras que debía ir á entregar, bajó al portal, en el que se detuvo, mirando impaciente á los dos lados de la calle. Era más tarde de lo que deseaba, y con un poco de demora, cuando llegara, ya iba á estar cerrada la ropería

A los pocos instantes, apareció, dando vuelta la esquina de la calle de Muelle Viejo, y viniendo en dirección hacia Rosita, un alto y fornido mozo. Vestía burdo pantalón de paño azul, desteñido en las rodillas, y camisa de lana, á grandes cuadros, blancos y negros; cubría su cabeza un gacho gris, cuya ala levantada de adelante con *compadre* altivez, dejaba el rostro libre de sombras.

Se acercó á la muchacha, que le hacía señas para que se apurara, y en vez de saludar, escupió despreciativamente dando vuelta la cabeza y luego preguntó, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano, mirando fijamente á lo profundo de los ojos de ella:

—¿Ya te bas?

—Sí.

—Bueno, bolbete dispués en seguida, que ya estamos prontos. Yo, ya largué el trabajo, y vide hoy á los muchachos.

—¡Por Dios, Manuel! No hagás una barbaridá...

—¡No siás boba! Andate no más; no quiero más qu'enseñarle á ese cajetilla, lo que semos los de Capurro...

Rosita se despidió, tendiéndole la mano que él apenas tocó con sus dedos gruesos.

Manuel se quedó un momento, sin moverse, viéndola alejarse, y luego, mientras con una mano metía las puntas del pañuelo que tenía en el pescuezo por la abertura de la camisa y con la otra se acomodaba la faja, exclamó con rabiosa ironía:

—¡Tan luego en mi nobia, bino á fijarse el... cangrejo!—y caminando despacio, se alejó también, haciendo sonar sus gruesos botines en la vereda de la calle sola, y hamacándose de hombros con suave balanceo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

*Florencio Otero Mendoza.*

(Concluirá en el número próximo).

# EN LA CUNA

¡Que no bese una ráfaga importuna
la frente de ese niño que reposa,
como un pimpollo pálido de rosa
en el búcaro blanco de la cuna!

¡Que no flote un rumor! Dejadle quieto
sonreir al espacio iluminado...
él lleva en sus encantos el secreto,
que liga el porvenir con el pasado.

Es un ángel surgido en el misterio
de las tibias ternezas de la alcoba...
como brota, temblando, de un salterio
de dos cuerdas no más, sólo una trova.

Es un ángel creado en el connubio
de dos almas gemelas y aurorales;
un poema de luz; un niño rubio
oculto entre el albor de los pañales.

Es un niño que duerme arrebujado
entre blancas batistas temblorosas,
como un lirio en capullo desmayado
al paso de un tropel de mariposas.

¡Oh! dejadle dormir, pálido y tierno
en su cuna de amor como una aurora!
el niño es un principio de lo eterno,
la cuna es el altar donde se adora.

¡Dejadle reposar risueño y frágil,
bajo la santa egida del cariño;
mañana será hombre, será ágil,
un atleta tal vez será ese niño!

Dejadle reposar, tal vez mañana,
será de vida un ejemplar fecundo;
¡y del trabajo en la triunfal diana
con sus manos de hoy levante un mundo!..

Duerme, infante gentil; sacros murmullos
arrastran de creación las brisas cálidas;
afuera: están brotando los capullos,
y rompiendo su cárcel las crisálidas.

Afuera. Bajo el clima de los trópicos
vaga un polen de amor por las praderas:
están quietos los árboles hidrópicos,
han plegado su copa las palmeras.

Todo vibra. En las copas de los álamos
tiemblan ebrias de besos las libélulas;
y de la selva en los ocultos tálamos
la vida esparce sus fecundas células.

Duerme... que Dios en la creación asoma,
y blanco en una exhalación de luna,
tiende el sueño sus alas de paloma
sobre el búcaro frágil de tu cuna...

. . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . .

Oh! dejadle dormir; abierta gema
de vida, el niño al porvenir afianza:
¡cada mujer fecunda es un poema!
¡cada niño que nace una esperanza!..

*Francisco A. Riu,*
Argentino.

La Plata 99.

---

# INCÓGNITA

Para Ubaldo Ramón Guerra.

Se eterniza al Dolor como un estigma,
sus besos se aborrecen como infamias,
y el Dolor purifica las conciencias
y es juez inexorable de las almas.
Oh, Dolor que triunfante te paseas
por dentro de mi ser como una garra
que se hunde en los tejidos, y no deja
su rastro por el sitio donde pasa;
que mata entre las sombras, y se ríe,
que hiere entre las brumas, y acobarda;
que esputa sus venenos en las mieles
y tiñe con su púrpura las aguas;
oh, Dolor que no flotas, ni resurges,
ni provocas, ni finges, ni anonadas,
tu calma hiere más que tus puñales:
¡me buscas, me acuchillas... y te callas!

Oh, sombríos nocturnos de rencores,
infinitas catervas de desgracias,
ignotos sufrimientos que se sueñan
y nacen, y se extinguen y se apagan;
sois todos más felices que los míos,
más felices que todas mis borrascas;
menos tristes que todos mis dolores
que ahogan, que se burlan y amordazan!

Yo no tengo en los labios la ironía,
yo no tengo el desprecio en la mirada,
mis manos todavía no conocen
cómo las manchas del honor se lavan;
yo simulo dulzura en las sonrisas
y dulce placidez en la mirada...
¡y aquí en mi corazón y en mi cerebro,
qué sombría y sangrienta es la batalla!

Creencias candorosas de otros tiempos,
cómo os tumban las ráfagas heladas:
imagen de mi novia ¡no te esfumes!
imagen de mi madre ¡no te vayas!
Los sueños de la cuna me atormentan,
las hoscas tempestades me amenazan,
y en vez de la paloma de los sueños
el cuervo del Dolor tengo en el alma!

¡Veinte años nada más! Y ya conozco
las dudas, y el desprecio y la venganza...
veinte años nada más, y ya he perdido,
por un mismo aquilón arrebatadas,
mi madre, de mis brazos cariñosos;
la Fe, de lo recóndito del alma!
Y he llorado en silencio mi derrota
con la estoica frialdad del que se calla
y se muerde los puños... y no llora
y se bebe su lloro... y se emborracha!

No te veo, ni te hallo, ni me escuchas,
oh, cuervo, que al cebarte no descansas,
que te nutres con todos mis ensueños
y bebes el tesoro de mis lágrimas;
prosiga tu banquete... pero escucha,
silencioso minero de mi alma:
descarga tus furores en mis carnes,
empáñame el cristal de la mirada,
mas no hiera tu pico ensangrentado
cerebro y corazón porque me matas...
¡Dentro del corazón vive mi madre
y dentro del cerebro está mi amada!

*Manuel J. Sumay*,
Argentino.

Buenos Aires, Primavera del 99.

---

# LA VENUS DE CALIFORNIA

(Del libro «Fantasías y Recuerdos», próximo á aparecer)

¡Cómo invadía el pequeño local de los bajos del hotel Gillow aquel gentío que iba á admirar la gran escultura, blanca como los ensueños del poeta, desnuda como la realidad de una ilusión!

La Venus de California.

No surge de las espumas del mar, no provoca con los encantos afrodisíacos, no incita, no alucina.

Allá, en lo que pudiera llamarse su camarín rojo, está de pie, siempre de pie sobre su pedestal de mármol, amplio y macizo para soportar aquella estatua que semeja á la mujer amada al salir del baño y cuyas desnudeces sólo pueden ser vistas con las miradas del amor.

La Venus Californiana surge entre tiestos de plantas de sombra como si fuera lampo en el crepúsculo matutino; la inundan focos de luz incandescente que abrillantan sus formas i muestran sus desnudeces bajo un *plafonde* de damasco rojo como el deseo, granate como el color de los labios virginales que dan el primer beso.

Circuida de luz eléctrica, amparada por los confinados del campo, aquella escultura, con todo i su desnudez i su materia de mármol, habla más bien al corazón que á los sentidos; aquella estatua naciendo, por decirlo así, de algo espiritual, arroba el pensamiento i mata las pasiones.

Cuando yo penetré á la estancia en que se exhibe á esa Venus, tuve la misma impresión que si me hallara en la alcoba de una virgen desnuda; experimenté los efectos que me produjera la súbita aparición de una reina sorprendida por un vasallo en los momentos caprichosos de entregarse á las voluptuosidades de la contemplación de su cuerpo en la cámara real.

Y sentí en mi alma una mezcla de goce i de temor.

Ahogábanse en la alfombra mis pisadas i un remordimiento como de profanación se apoderó de mi ser.

Estaba en la alcoba del arte, allí donde duermen los

sueños de la inspiración i reposan en su tálamo las ideas realizadas.

I allí, una mujer en pie puesta de espaldas, ofreciendo unas de las estrofas del poema de la carne, desde la ensortijada cabellera del cráneo hasta el tobillo, ebúrneo y delicado.

Bajaba la línea en curvas combinadas, interceptándose en puntos que el genio supo crear, i cada perfil, cada rasgo acusaba el ahinco del artista creador.

Los hombros se contraen con el ademán del supremo desdén; en la espalda, echada hacia atrás, se adivina el desprecio á lo que no quiere verse; las caderas son combas que parecen huir como olas fugitivas, i el muslo medio doblado amenaza contraerse para ocultar sus bellezas.

Esa Venus, vuelta de espalda, es la mujer desdeñosa que juega con nuestra admiración.

Gira el pedestal, i su ruido, como sonido mágico, interrumpe el éxtasis.

Poco á poco, la escultura es puesta de perfil i van descubriéndose, heridos por la luz artificial, el corte de un rostro ideal; la línea de la frente, en la que caen al descuido los pequeños bucles de la cabellera, el vellocino de la ceja, los hilos de las pestañas, el contorno de la nariz griega, el ángulo pequeño de los labios i la curvatura delicada de la barba.

Después destácase el lado del cuello de torcaz alegre, las cúpulas sombreadas de los senos coronadas por un botón saliente, i el diseño del talle, del que arrancan bellezas plásticas, dignas de ser cantadas por Apolo.

Al ver girar la Venus, parece como que la mujer amada cede á nuestros ruegos, teniendo un pensamiento de compasión i una sonrisa de cariño. Como si una promesa nuestra la halagara, como si un juramento la trajera á nuestro regazo.

Torna á girar el pedestal i nuestra admiración entra de lleno bajo el *plafonde* rojo, abismado con los efluvios de luz incandescente.

Abarca nuestra vista toda la desnudez de aquel cuerpo que habla al corazón i nuestra alma se halla frente á frente de las ideas realizadas, de la inspiración satisfecha.

La estatua es entonces una ilusión inesperada, es el conjunto del poema de la carne, cuyas estrofas ahogan toda pasión mezquina para elevar al espíritu á las regiones de lo ideal.

Yo he profanado la alcoba, el baño de esa Venus, i desde entonces, sueño con ella como se sueña con una ilusión nunca alcanzada.

*Lázaro Pavía,*
Mexicano.

México, 1899.

---

# LA PRUEBA

Dudaba yo de su cariño. Un día,
en mi pasión desatentada y loca,
mientras ella adormía
y entornaba, al reir, los dulces ojos,
logré robar tres besos á su boca.
¿Quién se embriagó una vez en el perfume
de unos labios de fuego, y no ha sentido
de embriagarse otra vez, nuevos antojos?
— Deja, insistí; que en otro beso ardiente,
se una al fuego que mi ser consume,
la fresca llama de tus labios rojos.
—No seas importuno,
dijo, inclinando de rubor la frente.
Y prosiguió: — ¿No acabas de darme uno?
¡No dudé más de su pasión! ¿No habrían
sido mis dudas criminal exceso,
cuando le parecían
mis tres besos de amor tan solo un beso?

*Moisés Numa Castellanos,*
Argentino.

Buenos Aires, Noviembre de 1899.

---

# RASGUEOS

Ya de las estrellas á la lumbre pálida
abrieron los buhos sus ojos de brasas,
y de la llanura por sobre la grama,
describiendo giros, van las *luces malas;*
ya del teru-tero, que en las chircas vaga,
el alerta suena que al batracio espanta,
y del bosque pueblan las oscuras salas
diminutos fuegos y fantasmas blancas...
Trae, gentil morena, la dulce guitarra,
la de azules cintas, la de cuerdas áureas,

en donde los *tristes* lloran sus nostalgias
y los *pericones* suspiran y cantan.
Despierten tus dedos las notas aladas
que imitan rumores de besos y danzas,
despierten tus dedos las notas aladas
que duermen al borde del puente de nácar.
Ya forman los mozos en filas compactas
y los bastoneros despejan la sala...
Mira cómo lucen las dagas de plata
en los *tiradores* de seda bordada...
Los ponchos ondulan, las manos se enlazan,
rechina una espuela cual choque de espadas,
y entre las *totoras* del techo de paja
varias golondrinas despiertan y cantan...
Trae, gentil morena, la dulce guitarra,
la de azules cintas, la de cuerdas áureas,
con suaves efluvios de trébol zahumadas,
tejidas con hebras del sol de la patria.

*Germán García Hamilton.*

Buenos Aires, Noviembre 14 de 1899.

---

# UNA VENGANZA

(Traducido expresamente para La Revista, del *New-York Herald*, del 10 de Septiembre último.)

Llega de París el relato de uno de los más extraordinarios casos de refinada venganza femenina que se hayan conocido, y el caballero que nos lo trae atestigua su veracidad, afirmando, á la vez, que durante semanas enteras ha sido el tema obligado de las conversaciones en el Barrio Latino y fuera de él, refiriéndose el hecho en forma cada vez más emocionante y más adoptada al gusto parisién.

Hará unos quince años llegó á París un joven destinado á figurar entre los más brillantes pintores de género, ocupando elevado puesto en el dominio del arte. Su nombre era Jules C..., y los hoy mortales despojos del gran pintor descansan en un pequeño cementerio de los suburbios de París, no muy lejos del manicomio de Neuilly, donde murió, víctima del odio sutil y vengativo de una mujer.

Cuando C... estaba entregado á lo que Balzac denomina la lucha de la idea con la forma, y palpaba ya el medio que lo llevaría á la perfección de sus talentos, ocupaba un es-

condido estudio en la *rue Dauphine*, en el cual trabajaba con gran asiduidad, dejándose ver afuera rarísimas veces. Sin embargo, el concurrir á un baile de alegres estudiantes dióle ocasión de sentirse inclinado á amenizar la monotonía de su sistema de vida, como quiera que en la alegre reunión viniera á enamorarse de una hermosa muchacha, hija de un comerciante que, cabalmente, profesaba intenso odio á los artistas en general. Su afección fué correspondida; pero ello no dió lugar á que se concertase matrimonio, debido, por una parte, á la oposición del papá de la joven y por otra á la carencia de recursos de que hubieran necesitado para realizarlo. Sin embargo, todo esto no obstó á la unión de ambos amantes, puesto que, procediendo con arreglo á las costumbres y modo de ser de ese alegre medio social en que viven estudiantes, pintores, etc., el artista y la *bella innamorata* tomaron alojamiento juntos en un lindo arrabal, en el cual fueron completamente felices durante un tiempo consagrado á amarse mutuamente.

El artista empezó á pintar grandes cuadros y pronto se encontró aceptado en el Salón. Con la conquista de sus primeros éxitos en este terreno coincidió, no obstante, el enfriamiento de su cariño hacia la mujercita que todo lo había abandonado por él, y con tal motivo hubo, de parte de ésta, recriminaciones y lágrimas, ineficaces ya para hacer revivir un amor que agonizaba en el alma del artista. Con característica volubilidad dejó éste, cada vez más, de frecuentar la linda casita del arrabal, en la cual su apasionada amante lo esperaba con la muerte en el alma, concluyendo, finalmente, por abandonarlo del todo.

Loca, desesperada, llena de vergüenza y de rabia, la gentil hija de la burguesía, dirigió á otros puntos sus miradas y sus encantos y, por último, llegó á ser la querida de un noble ruso que, á la circunstancia de ser un tanto achacoso, unía la de poseer una gran fortuna.

Contentísimo de haberse desembarazado de la mujer á cuyo amor tan mal habia correspondido, Jules volvió á consagrarse á su arte con más empeño que nunca y pintó algunos cuadros de gran mérito. Los compradores de éstos, no obstante, jamás permitieron á C... exhibirlos, adquiriendo sus trabajos casi antes de que la pintura se secase sobre la tela. Quedóse sumamente sorprendido, por tanto, al darse cuenta de que era tal la fama de que gozaba en Inglaterra y Alemania, que los comerciantes en cua-

dros, según se lo manifestaban, tenían orden de comprar sus obras tan pronto como estuviesen terminadas. Esto hizo nacer en él el deseo ardiente de hacerse conocer en su propia patria, pintando un gran cuadro que permaneciera en ella; pero apenas había dado fin á la obra maestra proyectada, que le hubiera dado gran fama como artista, cuando cabalmente un comprador se la arrebataba de las manos, dejándole en cambio una gran suma de dinero y la promesa de exhibir el cuadro en París. Esta promesa jamás fué cumplida, desapareciendo la pintura como habían desaparecido otras anteriormente.

Este estado de cosas mantúvose así por espacio de cuatro ó cinco años, durante los cuales C... puso por entero su corazón y su inteligencia en el arte y dió término á obras que le hubieran da do gran renombre si hubiesen sido siempre exhibidas.

Un día encontró C... una carta sobre la mesa. Era una esquela balsonada en la que se solicitaba su presencia en cierta casa de campo cercana á St. Cloud, donde, se le manifestaba, un personaje importante le encargaría un trabajo. Jules, sin abrigar la menor sospecha, acudió á la cita.

La recepción del artista en la casa de campo dióle á conocer que se le esperaba y que se habían adoptado á su respecto ciertas disposiciones. Después de atravesar espléndidos vestíbulos, salones y cámaras, fué introducido en una pequeña habitación que estaba casi á oscuras y cuya puerta fué cerrada inmediatamente. Tan pronto entró en ella fué agarrado, atado de pies y manos y llevado á otra pieza más interior. Allí fué dejado á solas con su pensamiento, meditando sobre lo extraño de su nada agradable situación.

Pronto, sin embargo, la cortina que ocultaba uno de los extremos de la pieza, se descorrió del todo dejando ver un salón con las paredes cubiertas de cuadros é iluminado por las fantásticas llamas de una chimenea ú hogar de fuego muy vivo y brillante y, para asombro del artista, deslizóse de la penumbra y colocóse de pie, delante de él, una mujer regiamente vestida y adornada de joyas, y con expresión de imperioso desdén nublándosele á C... los ojos y deteniéndosele los latidos del corazón al ver, por fin, que aquella mujer no era otra que la bella á quien en otrora había seducido y abandonado, y que, además, las pinturas que adornaban los muros del salón eran nada menos, que todas sus propias obras maestras.

« Señor, empezó por decir con mucha calma aquella mujer que desde luego se presentaba á su vista como la encarnación de la venganza ; quizá usted puede á primera vista darse cuenta del motivo por qué lo he hecho venir hasta aquí ; no es otro sino el de obligarlo á avergonzarse de su perfidia, ya que está usted enteramente á merced mía. Pero me permitirá que, primeramente, le haga saber quién soy : no piense, ni por un instante siquiera, que está usted en presencia de la pobre muchachuela á quien robó todo cuanto podía hacer amar la vida y luego arrojó sobre el mundo, desvalida y desesperada. No, señor ; soy la viuda del Príncipe de X..., el hombre que me amparó en mi dolor y en mi desgracia á usted debidos y que me honró dándome su noble nombre y haciéndome su heredera. Murió dejándome bastantes bienes para poder realizar cualquier designio que la rabia de mi corazón me hiciese concebir contra usted, y ahí tiene cómo resulta que era yo quien compraba sus pinturas. Mírelas ahí ; ahí está la misma flor y fruto de su genio, la savia de su vida !

«Bien, señor; tendré lástima de usted y abreviaré sus sufrimientos». Y, sacando un cuchillo de su seno, deslizóse hasta la más próximas de aquellas obras maestras y con cuatro rápidos cortes la separó del marco. Después, estrujando la tela como pelota, avanzó pausadamente hasta el hogar y la arrojó en las llamas, vigilando con diabólico placer la destrucción de meses enteros de penoso trabajo y de esperanzas. « Voilá, monsieur », dijo como solamente una parisiense puede decirlo.

C... gimió en lo profundo de su alma y echó atrás la cabeza, cerrando los ojos ; pero solamente para ser llamado de nuevo á la realidad por otro chirrido del cuchillo, y otro y otro, producidos al cortar aquellas telas que adoraba. Aquello era como si asesinasen sus propios hijos, justamente delante de sus ojos, derramando la sangre de su propia vida. « ¡ Ah ! ¡ cuán felices éramos en nuestra pequeña casita, señor ! », charlaba entretanto la vengativa dama, como quien, al atravesarle á otro el corazón de una puñalada, exigiera á su víctima que admirase la pedrería de la empuñadura del arma mortal que le hiere. « Sólo la que haya sido tan feliz como yo, podrá encontrar su corazón dispuesto á odiar con tanta intensidad ; podrá hallar placer delicioso en la venganza ». A las llamas fueron á dar, una por una, las estrujadas telas, y el creador de aquellas obras maestras, estirando violentamente las cuerdas

que lo ataban, apartó, al fin, la faz de aquella escena, lanzando gemidos como los de un condenado atado al potro en un calabozo de la Inquisición. La pieza se llenó de espeso humo, y aún continuó charlando la impasible mujer, subrayando sus ironías con cuchilladas dadas á las telas, hasta concluir con la última de aquella valiosa colección que representaba miles y miles de francos y la misma gloria de uno de los más grandes genios de Francia. Después pasó á través del espeso humo y se inclinó sobre su víctima, sorprendiéndose de ver que, apiadándose de ella la naturaleza, la había sumergido en mortal desmayo.

Todavía inconsciente, el artista fué llevado en un coche cerrado á París y allí depositado en un hospital, donde fué vuelto á la vida con gran dificultad; pero, después de varios días de fiebre y delirio, se notó que había quedado loco y sin dejar abrigar esperanzas de curación. De allí fué enviado á un asilo en Neuilly, donde se fué consumiendo lentamente en pocas semanas, muriendo al fin, virtualmente de pesadumbre. La princesa por ese tiempo había traspuesto la frontera de Rusia, donde ahora lleva el cetro de la moda en la mejor sociedad, lejos de los sitios de sus tempranas dichas y miserias, mientras que todo lo que era mortal en C... yace en una tumba recientemente abierta en modesto cementerio, y las obras maestras que lo hubieran transformado en una encumbrada gloria del arte de Francia y del mundo, yacen también entre las cenizas del hogar, en la retirada casa de campo cercana á St. Cloud. Tal es la relatada historia del amor, odio y venganza de una mujer, que nos presenta con rasgos de refinada crueldad, propios de las reinas de la edad media.

*Carlos Sánchez.*

---

## ¿TE ACUERDAS?

Tendido había el vesperto
Su manto de colores,
Las ráfagas del viento
Gemían al pasar,
Doblaban en los tallos
Sus cálices las flores,
Y en el cristal del cielo

Sus últimos fulgores
Muriendo desleía
La luz crepuscular.

¿Te acuerdas, sueño mío,
Mujer encantadora,
De esa apacible tarde
En que te hablé de amor?
¿Te acuerdas?.. ¡Como entonces
Mi corazón te adora,
Resplandeciente estrella
De mi primera aurora,
Flotante y negra sombra
De mi primer dolor!..

*Antolín R. Lassús.*

---

## HOLOCAUSTO

Cual murciélagos inmensos los nubarrones se acercan,
Y en sus pupilas oscuras hay relámpagos de espanto.
¡Abre pronto mi ventana, míralos cómo me cercan
Con sus alas empapadas en la lluvia de mi llanto!

¡Mira, mira cómo pasan en caravana sombría
Como arpías fulgurantes de un ejército maldito,
Y semejan amazonas, amazonas de Etiopía
Que en sus corceles de llamas van con rumbo á lo infinito!

¡Abre pronto mi ventana, quiero sentirme aterrado.
Ya pasó la hora del llanto, ya pasó la hora del ruego;
Quiero ver cómo atraviesan el tormentoso nublado
Los relámpagos veloces como cóndores de fuego!

¡Abre pronto mi ventana! Ven mi Némesis; alegra
Con tus venganzas mis odios, déjame morder tu seno:
¡Rimen los genios del rayo la infinita estrofa negra,
Y retumbe en los espacios el apóstrofe del trueno!

¡Nuevo Abraham de mis amores, voy á preparar la hoguera
Donde ha de quemarse el hijo de mis locos embelesos,
El tesoro que he guardado de esa corta primavera
Que en el jardín de una boca perfumó todos mis besos!

¿Qué hay en este cofre?–cartas; muchas cartas, muchas flores,
Lazos, rizos, pensamientos y mariposas escritas:
¡Versos todos del Poema de mis pasados amores,
Joyas de hermosos matices, como serpientes malditas!

¡Abre pronto mi ventana, quiero dárselos al viento;
Con esa presa divina verás que el viento se calma:

¡Ay, para saciar su gula le doy todo mi tormento,
Para acallar su avaricia todo el oro de mi alma!

¡Allá van los pensamientos y las cartas entreabiertas,
Allá van las flores secas, allá van cintas y lazos:
Allá van todas mis dichas como mariposas muertas,
Allá va toda mi vida fragmentada en mil pedazos!

¡Oh, qué horrendo apocalipsis; el rayo en la sombra vibra
Como la espada encendida de los ángeles perversos,
Mientras yo, en mi sacrificio, me arranco fibra por fibra
Y con sangre de mis venas hago mis últimos versos!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Oh dolor, qué pronto pasas; en el alma no hay vacío,
Ya está todo consumado; ya celebré mi holocausto.
El relámpago y la lluvia son en mi cielo sombrío
Una sonrisa de Heine y una lágrima de Fausto!

Como víboras extrañas del infierno de mis iras,
Silban los vientos helados al pasar por mis oídos.
Y frasean juramentos, juramentos y mentiras,
Y remedan tiernos besos y engañadores gemidos!

Voy hacia el mar, presuroso; quiero estar con él á solas,
Quiero hablar de mis amores, de mis dichas y mis penas.
Mientras oigo los rugidos de las encrespadas olas
Que parecen leones pardos de blanquísimas melenas!

¡Oye, ese ruido es el salmo de mis esperanzas rotas;
Las olas son mis ideas; la tempestad soy yo mismo:
¡Oh, mis pobres ilusiones: son esas blancas gaviotas
Que hacen el nido en las peñas, y se lo traga el abismo!

*Julio Herrera y Reissig.*

---

## SOBRE «GAUCHA»

Señor Javier de Viana.

Montevideo.

Mi estimado amigo:

Concluyo de leer su último libro, y no puedo sustraerme al deseo de trasmitirle el reflejo de la impresión que su

lectura me ha dejado, por más que comprendo el escaso valimiento de una opinión que como la mía no tiene otro mérito que el que le presta la sinceridad con que la emito. ¿Y sabe usted dónde está el porqué de la vehemencia de ese deseo?—pues está en que los encantos de *Gaucha* han tenido la virtud de entusiasmarme, sensación que ya me paso tiempos y tiempos sin experimentar leyendo.

Pero, es que su libro es muy bueno, al punto de que en mi leal saber y entender, *Ismael* y hasta la propia *Beba* tendrán que hacerse á un lado, para dejar que pase *Gaucha* y ocupe el primer puesto en la novela uruguaya.

Uno de los méritos que más singularmente se destacan entre todos los de que está impregnada, consiste, á mi juicio, en la dosis homeopática en que usted ha sabido aplicarle su vasta erudición, cuya amplitud adivina no obstante el lector sin mayor esfuerzo. Hace usted en ella con su bagaje de conocimientos lo que esos individuos que usan reloj sin cadena, que uno puede pasar por junto á ellos sin advertir que lo llevan, porque no lo sacan sino cuando tienen necesidad de ver la hora, y así, para gloria suya, ha violado usted la práctica odiosa á que se ajustan muchos de nuestros coetáneos literatos, que á fuerza de amontonar citas, transcritas ó parodiadas de grandes autores, hacen comparables sus producciones á los erutos de melón, pues, por el olor conoce uno lo que han comido. Permítame lo grotesto del símil, en obsequio á lo gráfico que me ha salido.

A esta altura de la carta levanto la pluma para provocar en mi memoria el desfile de todos los personajes de *Gaucha* á fin de proclamar uno de ellos como mi preferido. ¡Viera usted los apuros en que me encuentro! ¡Me gustan tanto todos!

En verdad: con sinceridad le declaro que no conozco ningún gaucho como *Don Zoilo*, el cual se me antoja en extremo reconcentrado para no hacer otra cosa que trenzar lazos, pero, está tan bien hecho, que me siento impulsado á concebirlo como real.

El rubio Lorenzo, lanzado á la vida del matreraje por la anestesia de su fibra sensible, está tan bien tratado que resulta de una verdad asombrosa.

Juana, la flor del pago, que dotada de una naturaleza singular concluye asfixiada en un ambiente enrarecido para un organismo viciado por corrientes atávicas, sale del

crisol de su talento convertida también en flor del libro. Cuando la conocí, se me vino á la mente la clásica frase con que Sarmiento sintetizó su juicio respecto de la cultura de ambas márgenes del Plata, y tergiversándola me dije: la pollera de burdo merino, no logra apagar en ésta, el *frou-frou* del viso de seda.

Pero, con todo, si me obligaran á pronunciarme por uno de los personajes que tejen la trama de *Gaucha*, aunque vacilando, optaría por doña Brígida, porque leyéndola la vi, y hasta se me antojaba abrigada con rebozo de lana á cuadros blancos y negros, tomando mate condimentado con azúcar quemada, cáscara de naranja, y anís en grano, cebado en la vereda de piedra desigual del guardapatio de la estancia por una negra chica y *guacha*, cerca de la cual no había de levantar nunca la mano sin que la negrilla se encogiera ladeando la cabeza para librar del coscorrón.

Nada le diré del color que realza la magistral pintura del bañado y demás descripciones en las que se advierte positivo derroche de talento y deslumbrante lujo de fina observación, porque usted sabe que soy su viejo admirador en el género, y que desde que apareció *Campo* sostengo que nadie ha visto nuestra campaña como usted, con ser que en *Campo* no figura *La azotea de Manduca.*

Me apercibo que dejándome llevar de mis recientes prácticas de periodista á la línea, me he extendido demasiado sin acordarme que sus éxitos de novelista no lo obligan á soportar *latas*, é insustanciales por añadidura.

Sin embargo, permítame todavía un desahogo de patriótico egoísmo sugerido por su *Gaucha.* Al comparar nuestros jóvenes literatos con los de este país, me veo obligado para poder expresar cumplidamente mi sentir, á exclamar, con el insigne poeta portugués:

*As aves que aquí gorjeião, não gorjeião como lá*

Con las más calurosas felicitaciones por su triunfo, le estrecha la mano con el aprecio de siempre su amigo afectísimo.

*J. Barbosa Terra.*

Buenos Aires, Noviembre 2 de 1899.

---

# MONTEVIDEO

Para Julio Herrera y Reissig.

Llega el Atlántico mar
Y el Plata con sus caudales
Y ambos se van á juntar
En las playas orientales;
Y los dos quieren al verlas
A porfía conquistarlas,
El mar, para guarecerlas
Y el río para besarlas.
Todo la presencia abona
De encanto y de poesía:
Desde el cerro que corona
La hermosa y ancha bahía,
Hasta los verdes confines
Que á espaldas de la ciudad
Con un cerco de jardines
La llenan de majestad.
Y el sol, que raro semeja
Cuando baja de la cumbre
Una hoguera que se aleja
Envuelta en un mar de lumbre,
Al dar con sus resplandores
En la ciudad y en el río,
Lleno de blancos fulgores
El agua y el caserío.
Aquella augusta región
De singulares placeres
Guarda como un galardón
Lo bello de sus mujeres,
Que son, para más tesoro
Del país que las retrata,
Como una joya de oro
En un estuche de plata:
Mujer que airosa congrega
Reunidas en una sola
La fina belleza griega
Junto á la gracia española.
Mujer que hace venturosa
Cuando por bañarse viene
Al agua que bulliciosa
En sus ondas la retiene,
Pues que al hacer una hazaña
Con las mujeres aquellas,
Es el mar, el que se baña
En la hermosura de ellas.
Por eso el rugiente mar
Y el Plata con sus caudales,

Se van prestos á juntar
A las playas orientales.

*Salvador Fornieles,*
Argentino.

---

# LA TUMBA DE LOS MBÁYAS

Leyenda Guaraní (América del Sud)

FRAGMENTO

Debe cantar mi lira americana
La inmortal epopeya
De aquellos que sintieron de ser libres
La aspiración suprema

Himno de redención que los despierte
Y su tumba estremezca,
Y haga latir su corazón de gozo
Estas estrofas sean.

Raudal de melodías sonorosas,
Cual cascada de perlas,
Quisiera yo arrancar, al recordarlos,
De sus dormidas cuerdas.

Para salvar su nombre del olvido
Con vibración eterna,
Y memoria dejar de los que osaron
Desafiar á los déspotas.

Para narrar la belicosa historia
De la tribu guerrera,
Que halló en la cumbre de Amambahy gigante
Mausoleö de piedra.

Ser esclavos, después de ser señores
No admitió su soberbia,
Y supieron morir, alta la frente,
Peleando como fieras.

La libertad, sublime don del Cielo,
Su patrimonio era;

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



ADRIANO M. AGUIAR

Muerta la patria, de Tupá (1) maldita
        Creyeron su existencia.

Almas de acero, dióles el destino
        Granítica palestra,
Y á la lid, al martirio, al sacrificio
        Los llevó su crudeza.

No huyeron, no, los denodados Mbáyas,
        Como tímidas ciervas,
Ante la hueste hispana, que avanzaba
        De oro y de sangre ebria.

El horror aceptaron del combate
        En aquella hora extrema,
Prefiriendo la muerte á obscura vida
        En noche de miseria.

Sangre hirviente corrió sobre las rocas
        Peladas y bermejas.
Una lucha feroz abrió á los Mbáyas
        Del Báratro las puertas,

Que en el campo, do ahondaba rojo surco
        Con pesadumbre inmensa,
Del Carro vencedor de la Conquista
        Los trituró la rueda.

No hubo para ellos ni laurel ni mirto,
        Ni roble ó madreselva;
Son para el vencedor. Para el vencido
        Hay sólo sombra eterna.

Siemprevivas, las flores del recuerdo,
        Siemprevivas y yedra
Sólo crecen allí, donde cayeron,
        Sobre la cima escueta.

Mas, perenne memoria nos legaron
        De su sin par fiereza,
Antes de dar consigo en el temido
        Reino de las tinieblas.

Murieron como buenos, por su patria
        Del Guaraní la tierra,
Que forma, noble, el corazón valiente
        De la virgen América.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Siglos después, pasmando al extranjero
        Que pisa sus fronteras,
Aun supieron luchar sus descendientes
        Y caer en la brecha.

---

(1) Dios.

Bajo el yugo de férrea tiranía,
Que su rigor no enerva,
Aún mostráronse dignos rechazando
De siervo el anatema.

Tal el fiero Spartaco, guerreando
Con voluntad homérica,
El estigma infamante rechazaba
De la romana arena.

Una Alianza, en un lustro de combates,
No humilló su bandera,
Que fueron, sí, los leones paraguayos
Asombro del planeta.

Y, otra vez, en las cumbres desoladas
De la empinada sierra,
Oreó la sangre de una raza fuerte
Un aura de tormenta.

*Adriano M. Aguiar.*

1896.

---

## CANCIÓN DE PRIMAVERA

(Tan, tan, tan)... Abre Alcibia!.. ¿No has oído
la canción de Septiembre que despierta?..
¿Por qué tanto te duermes en el nido,
como en un blanco túmulo una muerta?..

(Tan, tan, tan)... Deja el sueño y entreabre
tus ojos de myosótide!.. Levanta,
y los cristales de tu alcázar abre
para que entre la alondra que te canta.

Así, mi amor, así!.. Cúbrete presto
con tu blanco sayal de muselinas,
y asómate al balcón, que ya en su tiesto
florecen las primeras eglantinas.

Ahora bajemos á vagar. Del brazo
vamos al campo á ver las primaveras,
á ver si allí al calor de mi regazo,
se disipan tus cárdenas ojeras.

No llores más!.. Las brumas hibernales
aureolaron tus ojos con su tedio,
mas, ya se aterciopelan los sauzales
y pronto habrán tus lágrimas remedio.

¿No es cierto?—Cuando estalle en los vergeles
la nota del clavel, reiré,—dijiste;—
y puesto que ya estallan los claveles,
no quiero verte más llorosa y triste.

Vuelve, pues, á reir, que allá en las frondas
suspiran las parejas columbinas,
y ya rozan del mar las glaucas ondas,
de retorno al país las golondrinas.

¿Ves aquel lago azul?.. Bajo las taguas
copulan las floridas astromelias,
y cruzan melancólicos las aguas
dos cisnes del blancor de las camelias.

Andemos hacia allá. Dulces poemas
allá te contaré bajo los saucos,
mientras se abren en pétalos las yemas
y me riegan su luz tus ojos glaucos.

Tomemos por acá. Ven y marchemos
cantando cantos á la fiesta eximia;
que allá se irá el Dolor, cuando lleguemos
en todo el esplendor de la vendimia.

Tengo ansias de llegar, porque me toca
de pámpanos orlar tus rizos pálidos.
beber uvas diluidas en tu boca
y darte á beber miel en besos cálidos.

Yo quiero que á la sombra de las parras,
nos amemos como aves entre folias;
que en mis manos—alondras entre garras—
vibren tus pechos como dos magnolias.

Yo me quiero embriagar con tus delicias,
y hacerte desmayar con mis excesos;
yo quiero que me muerdan tus caricias,
yo quiero fallecer bajo tus besos!..

Yo quiero más: Yo quiero entre las olas
jugar contigo cuando el día mengua;
cubrir tu blanca estatua de amapolas
y beber leche y miel bajo tu lengua.

Y todo allá no más, sobre los flancos
de la onda azul que silenciosa rueda;
ante los ojos de los cisnes blancos
que te creerán entre mis brazos, Leda!..

Verás tú, la nostálgica de astrales,
de aéreas excursiones al *Mañana*,
cómo Amor con sus besos estivales
nos vuelve de las puertas del Nirvana.

Verás cómo en tus labios se deslíe
la púrpura del vino si me amas;
y cómo al apurarlo tu alma ríe,
y en un fuego de génesis te inflamas!..

¿Te alegras?.. Pues apúrate mi Alcibia,
que á la sombra propicia de aquel álamo,
temblando está de amor la tarde tibia
que nos brinda su seno como un tálamo!..

*Oscar Tiberio,*
**Argentino.**

**La Plata.**

---

## SUEÑOS COLOR DE AURORA

Y tomados de las manos, mi amada y yo, vagábamos por los tortuosos senderos del bosque, vagábamos silenciosos, oyéndonos los latidos de nuestros corazones siempre amantes, pletóricos de cariño, de ternura.

Y la luna desde lo alto nos enviaba sus rayos de luz diáfana, filtrándose al través del ramaje espeso, simulando un fantástico deshojamiento de rosas blancas, muy blancas.

Y la naturaleza dormía. Y de la tierra fecunda se escapaban fluidos extraños; emanaciones cálidas brotaban de todas partes, algo así como alientos ciclópeos que pugnaran por materializarse, por adquirir forma corpórea.

De las yemas de los árboles, de las aguas cristalinas de los tímidos arroyuelos que se destrenzan por doquiera, salen vahos enervantes, salen fluidos magnéticos, que se alzan, que nos circundan.

Y á lo lejos se oye la melancólica esquila, y cruzan por los aires en todas direcciones pájaros agoreros escribiendo en sus giros enigmáticos y caprichosos, extrañas leyendas grises del País de lo Desconocido.

Y mi amada y yo vagamos, vagamos por las obscuras calles del bosque, rodeando con mi brazo su talle de caña índica, flexible, elástico, teniendo reclinada sobre mi hombro su cabecita artística.

Llegamos á un claro del bosque donde la luz de la luna baña esplendorosamente la escena, y mi pálida princesa, con su voz dulce, acariciadora, con vagos arrullos de paloma, me pregunta cariñosa:

—¿Quieres que descansemos?

Y hacemos alto. Se sienta sobre un tronco de árbol, y yo á sus pies recostando mi cabeza sobre sus rodillas. Mientras enrula mis cabellos con sus deditos afilados, de rosa y nieve, entona una melodía tzíngara, llena de giros extraños, rara, sentida, que llega al alma, que hace brotar lágrimas de mis ojos.

Concluye de cantar y, por sus mejillas de azúmbar pálido, resbalan dos lágrimas silenciosas, dos gotas de rocío en las que se quiebran dos rayos de luna.

Y me mira con sus ojos lánguidos, con sus ojos de niña enferma y entonces tomo entre mis manos su cabecita de diosa, busco con mis labios sus lágrimas para secarlas con el calor de mis besos, y en ese instante, el ruiseñor lanza desde lo alto sus arpados trinos, cantando la canción del Amor, la canción eterna de la vida.

Poco después, la respiración suave de mi amada me indica que duerme, y yo velo su sueño dejando que mi pensamiento, jinete en alado hipogrifo, viaje por mundos misteriosos, llegue al País de los Ensueños, en tanto que la luna, sobre nuestras cabezas, como un nimbo de gloria, nos envuelve con sus rayos de plata, con sus rayos pálidos, pálidos como las rosas desmayadas que mi amada tiene prendidas en sus cabellos de ébano.

*Casimiro Prieto Costa*,
Argentino.

Buenos Aires, Noviembre de 1899.

---

# MUERTECITO

I

La cuna, ese nido
de blancos pañales,
se estremece pausada en la alcoba,
con ritmo de nave.
Gentil gorrioncillo
que pliega las alas,
se acurruca el chiquito...y al cielo
dirige miradas.
La madre le arrulla
con dúlcido acento,

meditando en las cunas y nidos
sin lloros ni arpegios.
El padre callado
tal vez se pregunta:
¿es mentira de drama la vida?
¿lo cierto es la tumba?...

II

Silencio...Una racha
de viento penetra,
sacudiendo importuna las hojas
de la alta vidriera.
La Muerte, la mustia,
se llega á la alcoba,
y, dejando la flor marchitada,
sustrae el aroma.
Silencio... El infante
parece dormido.
¿No le veis?... Entre gasas y tules
inmóvil y frío.

III

...¿Qué queda en la tierra?
El cuerpo sin vida
y los padres que gimen mirando
la cuna vacía.
Dejad que repose
la inerte materia,
que ya pronto Natura, la sabia,
dará vida nueva.
Y entonces el musgo,
como un terciopelo,
cubrirá la aridez de la fosa,
muy túrgido y fresco.
Y entonces las rosas,
claveles y lirios
abrirán sus corolas, ornando
la tumba del niño.
Y entonces las áureas,
sutiles abejas
formarán su panal exquisito
de mieles hibleas.
Y entonces, en ronda
variada y traviesa,
batirán mariposas volubles
sus alas de seda.
Y en esos insectos
y cálices lindos
vibrarán animados efluvios
de aquel muertecito....

*Francisco Mostajo.*
Peruano.

Arequipa (Perú), 1899.

# NOTAS DE REDACCIÓN

Nuestros lectores pueden estar de parabienes.

En vista de que nuestra publicación ha encontrado el más decidido apoyo, tanto en nuestro país como en el extranjero, ascendiendo considerablemente la suscripción y llegando á ser respetable el número de sus colaboradores, entre los que se encuentra lo más granado de la intelectualidad de América, nos hemos decidido á introducir importantes mejoras en LA REVISTA, aumentando su número de páginas para que puedan caber en ella cuestiones de fondo que ocupen grandes espacios, é interesen á todos los que manejan la azada del pensamiento. LA REVISTA tendrá, á contar del próximo mes de Enero, cuarenta y ocho páginas bien ilustradas y selectamente impresas.

Para el próximo mes, y sin que se altere en nada el precio de suscripción, aparecerá LA REVISTA transformada por completo, pues á las reformas anteriormente dichas, hay que agregar que saldrá con nuevo tipo, que ha sido encargado expresamente á Europa por el artístico taller de « El Siglo Ilustrado » y que constituirá, por decirlo así, una novedad tipográfica del mejor gusto.

De paso que aumentaremos los fotograbados, vamos á inaugurar, en esa misma fecha, una sección científica, histórica, militar y de derecho que ocupará unas quince páginas, y en la que se han comprometido á colaborar nuestros militares y hombres de ciencia más distinguidos, asociándose de ese modo á nuestra propaganda culta y progresista que tiene por lema: « La ciencia y el arte son hermanos en belleza y en ideales ».

De este modo, LA REVISTA, que tiene la más amplia circulación en toda la América, donde ha sido recibida con un aplauso unánime, será artística, literaria y científica, no dejando nada absolutamente que desear á nuestros lectores.

A lo dicho tenemos que agregar que LA REVISTA completamente reformada, aparecerá desde Enero del año entrante los días 10 y 25 de cada mes.

---

Hemos recibido la nueva obra de Carlos Ortiz titulada *Rosas de Crepúsculo*. Es un hermoso tomo, bien encua-

dernado, artísticamente hecho y que honra verdaderamente á la casa editora en que se ha impreso.

Carlos Ortiz es ya suficientemente conocido en el pequeño país de las letras americanas, para que pretendamos emitir un juicio sobre su personalidad literaria. Se trata de un verdadero poeta que ha conquistado un puesto honroso en el Parnaso argentino, distinguiéndose por lo diáfano y original de la idea, siempre elevada y profunda, que cristaliza correctamente en una forma amplia, fluida, de líneas serenas y elegantes.

Hay en *Rosas de Crepúsculo* verdaderas páginas de inspiración que constituyen un laurel más para el distinguido autor del libro.

Agradecemos la fina dedicatoria con que nos honra, felicitándolo por este nuevo triunfo de su numen vigoroso y aristocrático.

---

Tenemos que presentar á nuestro selecto público, ocho nuevos colaboradores á cual más ilustre, que desde ya ingresan á nuestro cenáculo, presentándose en una forma realmente hermosa. Todos ellos nos han enviado sus producciones acompañándolas de epístolas encomiásticas para nuestra publicación y ofreciéndose á colaborar constantemente en ella.

Méjico, Perú, República Argentina y nuestro país, están dignamente representadas por los distinguidos literatos que nos ocupan.

Este nuevo ingreso de importantes colegas extranjeros, prueba una vez más, que nuestra revista se abre paso de una manera triunfal, hallando la más franca acogida en todas las Repúblicas del continente, donde es solicitada con el interés que despiertan las cosas que valen.

Moisés Numa Castellanos, original é ingenioso poeta argentino, de forma esbelta y elegante, cuyas inspiradas producciones han sido justamente aplaudidas en toda la América; Lázaro Pavía, uno de los mejores estilistas de Méjico, coronel y abogado, autor de varios libros que en brazos del Éxito han recorrido los países septentrionales del continente; Francisco Mostajo, original poeta peruano, que tiene algo de la sencilla ingenuidad de Lamartine; Francisco A. Riu y Oscar Tiberio, á cual más inspirado y elegante, que en el molde nuevo vacían ideas propias, llenas de luz, y que en un yunque parnasiano

forjan sus bruñidos endecasílabos; Casimiero Prieto Costa, con quien se puede argumentar, leyendo sus cuentos poéticos, llenos de color y de sentimiento, á favor de la ley de herencia; por último, Antolín R. Lassús y Tomás A. Amadeo, dos jóvenes cruzados llenos de méritos, que son una verdadera promesa para las letras, por cuanto en sus primicias revelan la savia imaginativa que poseen en abundancia.

A todos ellos nuestros parabienes y las más efusivas gracias por su visita.

---

José M. Blanch Codoñer, infatigable obrero de las letras, digno de ser aplaudido por su fecunda laboriosidad artística, nos ha enviado su nueva obra titulada «Vida Nacional», la que comprende una serie de novelas ilustradas, que ocupan un volumen de 478 páginas, bien impresas.

Sin tiempo apenas para hojearla, hemos descubierto en ella vedaderas páginas de mérito, en que el autor se revela narrador abundoso y concienzudo, que hila los hechos con habilidad y desenvuelve la acción novelesca, en un terreno amplio y lleno de oxígeno.

Felicitamos al colega por su nuevo libro.

---

## FRANCISCO BAUZÁ

---

Para los que de esta vida mortal tenemos una idea exacta, y como exacta triste, la muerte de un hombre superior nos hace el efecto de la partida de un buque hacia el mar infinito, para un viaje que todos debemos hacer. Tras su estela se van nuestros pensamientos: unos lo siguen, otros se adelantan: y desde la orilla á que llega la onda amarga ¡ cuántas veces el cuerpo entero quiere lanzarse tras aquella nave por la atracción de lo que se va más poderosa á menudo que la de lo que queda !

¡ Oh nave de la muerte, nave amiga ! ¡ qué tesoro llevas esta vez y cómo nos dejas en la orilla ingrata !

---

Perdemos en verdad uno de los más sólidos talentos del Uruguay: pierde el Partido Colorado uno de sus servidores más convencidos, más entusiastas y más constantes; pierden las letras patrias uno de sus cultores más eximios y eruditos; pierden sus amigos, uno que fué, aún entre los rigores y acrimonias de nuestras luchas mezquinas, caballeresco y cortés como un hidalgo castellano de los tiempos heroicos. . .

El profundizó los orígenes nacionales y nos deja en la «Historia de la Dominación Española en el Uruguay» un monumento más duradero que el bronce: fué de los primeros que rehabilitaron y enaltecieron al Patriarca de los Orientales, á nuestro Artigas el de contornos legendarios como todos los fundadores de pueblos y naciones de grandes destinos; y estableció como nadie el génesis de la nacionalidad desde los primeros días de la conquista.

Se adelantó á muchos al expresar teorías sobre Bancos de Estado en los estudios teórico prácticos sobre el Banco Nacional.

Estudió los hombres que concurrieron á formar la Constitución Nacional; y en vano se buscará en otra parte el

conocimiento de las ideas y del carácter de los autores del Código Fundamental.

Fué crítico social y literario cuando no los había en el país y deja páginas y juicios irreprensibles sobre las primeras manifestaciones literarias del Uruguay, sobre el gaucho que es y será uno de los elementos típicos de nuestro pueblo; sobre costumbres y tendencias características del pasado.

Fué como orador: en los parlamentos un luchador de temple de acero; en los congresos de su religión un confesor sincero y elocuente de las creencias, un expositor y propagandista de altas miras.

Fué en el extranjero representante y defensor de los intereses nacionales, políticos y económicos, sereno, previsor y honestísimo.

Fué en el gobierno interior del país, cuando colaboró activamente, celoso de la autoridad y del prestigio nacional y laborioso como un benedictino.

Como orador, sus discursos de 1885 en la Cámara con motivo de la ley de Matrimonio Civil, son magistrales por la forma y por el fondo; los de 1887, impugnando las leyes de extrañamiento de ciudadanos considerados peligrosos, son la más noble y valiente defensa de principios constitucionales y derechos individuales que se haya oído en nuestro Parlamento; el discurso en la Tumba de los Mártires de Quinteros, en 1890, es una síntesis de filosofía histórica que se equipara á la magistral oración de Angel Floro Costa sobre el mismo tema y con ella constituyen dos páginas evangélicas del más glorioso de los partidos americanos; y los discursos sobre Artigas, Lavalleja, Suárez y otros que todos recuerdan, nos ofrecen las más variadas manifestaciones del pensamiento de Bauzá, en esa forma que impresiona un momento y que pocas veces trasciende para la admiración futura si no lleva los caracteres de las producciones geniales.

Y aún podemos buscar á Bauzá, en otras labores intelectuales que pocos conocen y que su modestia naturalmente esquiva no permitió apreciar á todos: en la enseñanza, él, que fué desde joven sostenedor de las buenas ideas para la reforma de la escuela, las llevó á la práctica fundando el Instituto Pedagógico y los Colegios dependientes de éste y escribiendo hasta sus textos, algunos de los cuales como el de Historia y el de los *derechos y deberes del ciudadano*, son modelos en su género, pero circulan anónimos, sin que

gloria ni provecho hayan dado á su autor, despreocupado siempre de la una y del otro en todas sus acciones.

Y con tal hombre, su país, sus conciudadanos, sus mismos correligionarios, han sido de una severidad excepcional; se le buscaron las faltas hasta en lo recóndito de la conciencia; se le escudriñó la vida; se le abultaron los defecto que como humano debía tener; y su existencia estuvo siempre rodeada de dificultades que concluyeron por imponerle un pesimismo, templado solamente por la fe que profesaba.

Pero ¿quién le negó en vida y negará ahora que era de una honradez acrisolada y que jamás dió á la juventud de su patria el ejemplo pernicioso de los que ofenden públicamente la moral y las costumbres? ¿Quién pudo arrojar de buena fe y con conciencia una sola piedra contra él por actos de esos que afrentan y deprimen aunque se revistan con el manto de similor de las reputaciones aparatosas?

El alma de Bauzá, no será ciertamente de las que pasen al otro mundo oprimidas por la capa de plomo que Dante impuso á los hipócritas.

Ahora ya no es nuestra su vida; ya no nos queda más que su memoria, sus obras, el ejemplo de su vida de acción y de labor; de su fe en los destinos gloriosos del alma y en los destinos de la patria que como pocos comprendió y definió desde los remotos orígenes de la idea nacional. El eco de su voz ya no resonará, ni en días tranquilos ni en horas tempestuosas en el Parlamento, en los Clubs ó en las Plazas. Sus amigos no comunicarán ya con él sus ideas, sus afectos y aspiraciones en la relación natural y animdaa!

La nave amiga ya está lejos, con su tesoro cubierto por la bandera nacional, por la bandera de los Orientales de Artigas, por la bandera de la Cruzada del 63 que es también un símbolo glorioso y nacional, y por la Cruz que es el emblema inmortal y la prenda de la única esperanza que no engaña. Desde la orilla, al despedirnos aplazando por un tiempo más ó menos largo el mismo viaje que has emprendido, conciudadano y amigo, te saludamos por la vez postrera y pedimos que haya entre los que quedan, paz y concordia, y que el respeto y la justicia se manifiesten antes de la hora en que sólo sirven para remordimientos y reproches infecundos!

*Benjamín Fernández y Medina.*

## PÁGINA DE ORO

Entre Ninón, la rubia, y un turbio lampadario,
luchando con la Tisis yo estaba aquella vez;
y al pie de mi tarima, un rígido herbolario
fraguaba una receta de obscuro comprender.

—Os doy la vida, dijo blandiendo el recetario,
si todo vuestro oro ponéis en mi escarcel.
—¡No tengo!, respondíle, pues soy un proletario,
ni el oro que quisierais, ni un pan para morder!...

—Bien! junto con el Día vendrá la Muerte aciaga,
pues yo no doy la vida sino á quien me la paga,
me dijo el nigromante; y así me abandonó.

Entonces, toda lívida, Ninón, la que yo adoro,
—¡Volved!, gritó, ¡sanadlo!, que aquí tenéis el oro;
y de un tijeretazo las trenzas se cortó!...

*Oscar Tiberio,*
Argentino.

La Plata.

---

## RÉSPICE

Eres, según me dicen, bella Aurora.
tan procaz, atrevida y descocada,
que pareces mujer de vida airada
debiendo parecer una señora.

Antigua es tu flaqueza, no de ahora,
mas hoy que, por tu bien, estás casada,
¿por qué sigues haciendo, condenada,
papeles de sirena tentadora?

La gente, con razón, de ti murmura,
que para ello pie das á menudo,
y aunque mis consejillos no agradezcas,
por favor te lo ruego, ten cordura.
¿Que eres muy virtüosa? No lo dudo,
pero es preciso, á más, que lo parezcas.

*Vicente Nicolau Roig.*

# LA GRIEGA

Sobre la turbia ola va el esquife
llevando á una mujer pálida y blanca;
y allá, en el horizonte, el arrecife
como un negro cetáceo, muestra el anca.

Sopla viento propicio. Y va la nave
como un cisne gentil. Es la alba tela
de la vela, que besa el aire suave,
ala, que al ras del oleaje vuela.

La pálida mujer es una Diosa
que va, como en un trono, en la barquilla;
es una griega, ciega y valerosa,
que se fingió un país de maravilla.

Y va tras él muy pálida y muy blanca,
como una Emperatriz, sobre el esquife;
sin ver que allá, á lo lejos, muestra el anca,
como un negro cetáceo, el arrecife.

*José M. Quevedo.*

La Plata, 1899.

# ¡FAMOSO DON!

(Conclusión)

La calle Rampla se envolvía en sombras. Las bombinas eléctricas colocadas en los faroles de las esquinas, apenas iluminaban en la vereda un pequeño espacio, como si aún la misma luz, se reconcentrara allí, por miedo de perderse en aquellas oscuridades; los herrajes de los faroles, proyectaban sus sombras en las paredes sucias, dibujando, aquéllas, arañas de patas largas. Los zaguanes, silenciosos, negros y pavorosos como abismos. Las ventanas de las casas, cerradas; y sólo en una que otra parte, la luz infiltrándose por los resquicios de los postigos, para anunciar un poco de vida entre tanta muerte.

El silencio, sólo era interrumpido por la voz de una joven que canturreaba, allá, en un segundo piso. La ventana del cuarto en que se hallaba, permanecía abierta, y en el balcón, había un brasero del que venía de tarde en tarde á retirar una plancha caliente.

Un momento hacía que un hombre ebrio, tambaleándose lastimosamente, había entrado á un zaguán, blasfemando con voz ronca; y á poco, se sentía, en la ventana que daba sobre la vereda—en la casa en que entrara—el llanto de una mujer, envuelto en ruegos y alaridos de criaturas, y la voz aguardentosa del borracho, dominando el desconcierto con insultos groseros.

De pronto apareció, desembocando por la calle de Muelle Viejo, una mujer seguida de un hombre. Ella, al entrar en una de las primeras puertas, se detuvo agitada, mirando á todos lados. El hombre se acercó diciendo:

—¡Atiéndame!... Se lo ruego. Y, cuando muy nervioso, iba á seguir hablando, de la oscuridad, del zaguán de al lado, se desprendieron tres sombras, que cayeron velozmente sobre él, al mismo tiempo que la mujer se escurría desapareciendo en el zaguán oscuro.

Los hombres, arrastraron hacia la calle al recién llegado, quien, víctima de un pánico horroroso, no se daba cuenta de lo que sucedía. Se hallaba envuelto en un tejido espeso, que le impedía todo movimiento y le enredaba las piernas y los brazos.

Los hombres, le habían apresado en una red, con pasmosa rapidez, y, á una, así que le tuvieron caído y enredado en el medio de la calle, mientras con una mano apretaban la malla, con la otra armados de palos que en la punta sostenían, atadas con cuerdas finas, una vejiga inflada, le sacudían de recio, entre gritos ahogados y risotadas, que apagaban las protestas, los gritos y los ruegos del hombre apresado, de cuya boca salían en todos los tonos los: «¡Villanos, villanos!»...

La joven del canturreo, interrumpió su relación de milagros y se abrieron algunas ventanas, en las que aparecieron los curiosos.

—¡Quiay? preguntó una vieja asomándose á una puerta.

—Un perro, contestó uno de los tres hombres, que no cesaban en su tarea.

—¡Pobre animal! gruñó la vieja, ocultándose nuevamente.

El caso no valía la pena y todos los vecinos volvieron á sus encierros.

El apaleado, había enmudecido. Cuando se apercibieron de ello los hombres, que fué cuando estuvieron hartos de descargar golpes, aflojaron la malla; pero el otro perma-

neció tendido en el suelo. Uno de ellos encendió entonces un fósforo, y agachándose, lo acercó al rostro del caído, quien ostentaba una herida en la frente, de la que brotaba la sangre, que le ensuciaba el rostro y la ropa.

—Che, te se jué la mano; exclamó el que tenía el fósforo, dirigiéndose á uno de los otros.

—Pué ser, me paició que l'había dao uno co'el palo; repuso éste. Y el que habló primero, levantándole un párpado agregó sorprendido:

—L'ha dao un baido. ¿Y aura?...

Tras un momento de duda y de silencio, el del fósforo, que parecía el más decidido, añadió:

—Vamo á recostarlo allá, contra l' esquina y espiantamo.

---

La señora, en la puerta del cuarto se despidió de Barruel, quien se acercó, entonces, á la cama en que Marcelito se hallaba.

Su rostro pálido, se destacaba de la blancura de las almohadas. Tenía en la frente una ancha venda, por sobre la cual salían, en desorden, los mechones de su pelo negro. Clavó sus ojos grandes en Barruel, con aquella mirada dulce, de buen muchacho inocentón y sonrió amigablemente.

—¿Qué es eso? preguntó Barruel.

—Ya lo ves... Siéntate, contestó. Y con mucho embarazo, como quien piensa demasiado lo que va á decir y quien mide concienzudamente las palabras, siguió diciendo:

—No todas son flores, las que se recogen, cultivando relaciones amorosas. Lo que me ha sucedido no es nada imprevisto, nada nuevo en estos negocios. Todo, todo, absolutamente todo, tiene su lado bueno que nos hace gozar, y en el cual ganamos, y su lado malo, que nos hace sufrir, y en el cual perdemos. ¿No te parece? Sí. Sólo la casualidad, la suerte, ó como tú quieras llamarle, puede librarnos, á veces, del lado malo.

Yo he gozado mucho, muchísimo, enormemente, y luego he tenido que soportar un poquito de lo malo... Me hice amar por una mujer divina, encantadora, que me proporcionó todos los placeres que pudo... ¡Un idilio invidiable de un mes!... El lado malo de ese amor enloquecedor, fué que ella era casada, y su marido se

enteró. ¡Te imaginas! La otra noche, nos sorprendió en nuestro nido—un nido ideal que había instalado—y tuvimos una lucha terrible, de la que resultó, él con un brazo y la cabeza rota, y yo, con esta herida en la frente, que me infirió con el mango de su revólver, y que será, tal vez, necesaria, para que mis amigos me crean ahora esta historia...—dijo con amargura y continuó: —Sí, me la infirió con el mango, pues no pudo descerrajarme un tiro porque ella se lo impidió, arrojándosele encima y gritándole: «Asesino, asesino, mátame á mí, pero no á él...» Lo que me reprocharé siempre, es el no haber llevado esa noche mi revólver, como lo pensé en el primer momento, cuando salí de aquí... ¡No me sucederá otra vez!...

Marcelito, hablaba despacio, sin mirar á Barruel y se pasaba la mano por el rostro, con desgano, como si se hallara aburrido á pesar de estar relatando una conquista admirable de su don. Después de una pausa, que pareció dedicar á filosofías, exclamó, con el desprecio más grande:

—¡Qué imbéciles son los maridos!

—Cuéntame todo, cuenta... Instó Barruel comprendiendo que era el deseo que había en el fondo de su amigo. Marcelito sonrió, y empezó, desde el principio, un cuento de mentiras, cuyo fin acababa de referir:

—Pues verás—fué el prefacio, dicho con aire confidencial.—No está bien que me dé corte; pero, te haré el gusto y ¡qué diablos! al fin y al cabo es una historia hermosísima.

*Florencio Otero Mendoza.*

Montevideo, Agosto de 1899.

---

## ACUARELAS

Para Vidal Belo,
amigo y poeta uruguayo.

MATINAL.

En flámulas de eróticos trastornos
florece con belleza peregrina
la plástica riqueza de contornos
del raso de su carne columbina.

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



MANUEL J. SUMAY

Bajo el lino armiñal lleno de adornos
su mórbida escultura se adivina;
carne de flor que los divinos tornos
tornearon con su gracia más divina.

Salta del lecho virginal, y leve
posa en la alfombra el piecesito breve,
voluptuosa y ligera como un hada

evocando románticas quimeras,
y al ver en el espejo sus ojeras
prorrumpe en una alegre carcajada!...

---

En la siesta.

Flota un vago silencio. El panorama
arde al beso del tórrido Febrero
y ondea los trigales el pampero
con soplos de bochorno. La oriflama

Celeste de la bóveda se inflama
con toques de turquí. Vuelve al alero
la obscura golondrina, y el boyero
se duerme sobre el lecho de la grama.

Hay génesis de vida en las corolas
y el arroyo serpea entre amapolas
murmurando cantares de fatigas;

y corre, sudorosa, por el llano
la cálida silueta del Verano
entre un derroche colosal de espigas...

---

En el crepúsculo.

Bajo un palio de azules campanillas
mi novia está radiante de hermosura
arrullando con cantos de ternura
la muñeca que duerme en sus rodillas.

¡Oh virgíneo candor! ¡Oh maravillas
del germen maternal! Su alma pura
delira por un ángel, con locura,
envuelto entre pañales y puntillas.

Al mirarla en sus juegos infantiles
luciendo el esplendor de sus perfiles
bajo un beso de oro del ocaso,

Me ocurre que su alma candorosa
entreabre sobre el cáliz de una rosa
las alas eucarísticas de raso...

NOCTURNO.

Boga mi esquife por un mar de plata
envuelto entre las brumas del misterio;
la blanca reina del celeste imperio
su disco inmenso en aquel mar retrata.

Revuelan en confusa cabalgata
los silentes arpegios del salterio,
rompe el aura su alado cautiverio
y en ondas perfumadas se dilata.

Y allá, á los lejos, en las playas solas
que en perlas cambian de mi amada el llanto,
si narra sus pesares á las olas,

llego; y de amor en plácidos excesos
entre sus brazos improviso un canto
que ella en música pone con sus besos!..

*Manuel J. Sumay,*
**Argentino.**

**Buenos Aires, Primavera del 99.**

---

# UN AMANTE INOFENSIVO

---

MINIATURA

---

**Para mi amigo Julio Herrera y Reissig.**

I

Con sus golpes metálicos y vibrantes, como rezongos de cobre, anunció las tres de la madrugada el viejo reloj poligonal del café Olimpo.

Débilmente iluminado, el amplio salón era la jaula de una veintena de trasnochadores, empedernidos y constantes, que envenenaban el aire en aquel teatro del Ocio, saturado de una atmósfera irrespirable, miasmática.

—¡Bemoles!.. ¿Ya son las tres?.. ¡A acabar tocan! — dijo Alberto, — tomándole los puntos á la última carambola, la definitiva en un partido estúpido, sin más interés que el de salir airoso en esa justa de la paciencia disfrazada de habilidad. Y la victoria fué suya... Se lavó las

manos prolijamente, amenizando la operación con un bostezo largo, interminable, por el que pareció que escapaban las fuerzas de aquel pobre organismo, enfermo de todas las intemperancias...

II

En las húmedas lozas de la vereda caen inseguramente los pies de Alberto, y sus pasos producen ecos siniestros. El agudo vaivén musical del pito que roba el sueño al vigilante en la misteriosa soledad de las noches, es el único compañero de aquel paria del cariño, aquel individuo de corazón marmóreo que muy pocas horas antes había celebrado con besos hipócritas, indignos, el primer aniversario de su casamiento... «¿Y qué excusas le daré á Celeste?.. Las de siempre: eso es de cajón... Le diré que en el Club... los muchachos... la intimidad... ¡Cualquiera cosa! Es tan buena y tan...» Un fuerte acceso de tos, repleto de dolores y acompañado de una elocuente maldición que quemó sus labios secos, hizo cambiar de rumbos á la imaginación perezosa de Alberto, no acostumbrada á los sensatos devaneos de la razón...

III

Oprimiendo la llave entre sus nerviosos dedos, Alberto reflexiona otra vez... Está frente á su casa... «Pero... ¿qué le diré al fin de cuentas?.. ¿Lo de siempre?.. Bah! Entremos!».. Se cierra la pesada puerta y á la tibia claridad de un fósforo adelanta el noctámbulo en su camino... Va á entrar á su cuarto, pero se detiene... «¿Qué escucho?.. —dice en el más inquieto de los asombros—¡Esto es horrible!.. ¿Será verdad?.. No! no lo creo... Pero se besan, sí, lo estoy oyendo... Ah! Celeste, me engañas y aprovechando mi mala costumbre de trasnochar te entregas en brazos de otro!... ¿Quién será ese otro, el infame, el traidor que me roba lo que sólo á mí me pertenece?.. ¡Cada beso es una puñalada que me deshace el corazón!.. ¿Más, todavía?.. Pero, ¿qué hago, en esta ridícula inacción? ¿Por qué no entro de improviso y mato á los culpables... sí, á los dos, *que hoy están demás en el mundo?*.. ¿Por qué soy tan imbécil?.. ¡En fin, Dios me perdone, si cometo alguna barbaridad!» Se decide, y penetra furioso á la habitación.

## IV

¡Qué sueño más raro el de Celeste! El Cristo de plata recostado en sus senos turgentes y alabastrinos, y aprisionado en la jaula de oro de sus brazos mórbidos, recibía impasible aquel torrente de besos, regalados por unos labios de grana, con fuegos de trópico!..

*Alfredo Varzi.*

Diciembre de 1899.

---

## EN EL CIRCO

Para Julio Herrera y Reissig.

*Cric-Crac*, el *clown*, el payaso, entre muecas grotescas y contorsiones ridículas, fija una extraña mirada en aquel público que le arroja un mendrugo para que lo divierta. Y mientras el público ríe de sus gracias, un recuerdo muy triste—mariposa de alas negras—revolotea en torno de una luz que brilla en lo más recóndito de su ser, bajo el abigarramiento de los colores de su traje y la capa de albayalde que cubre su cara deforme.

Ríe el payaso, y en sus carcajadas hay rugidos de fiera herida; divierte á su público, y siente que lo odia. Le parece un monstruo cuyas múltiples bocas se abren en un bostezo hambriento de carne de parias.

Sí, una de esas bocas se tragó á *Eglantine*, aquella *ecuyére* rubia como un ángel, delicada como una sensitiva, pura como un lirio, que él amó mucho, como se adora á una imagen, como quiso el enano de *Notre Dame* á la enamorada del capitán Febo.

Seducida, y abandonada al poco tiempo, por un mozo del gran mundo, *Eglantine* fué luego de otro, y después de todos; y así, de dueño en dueño, de alcoba en alcoba, recorrió todas las bocas del monstruo, dejando en cada una de ellas un pedazo de su carne.

Por eso, al pensar que esa gente tiene algo suyo, que le ha robado la felicidad de toda su vida para gozar el placer de un momento, *Cric-Crac* siente ansias de ser un nuevo

Sansón, para abrazarse á una de las columnas del circo y aplastar al monstruo bajo el peso de la techumbre derrumbada.

Y mientras el *clown*, entre muecas grotescas y contorsiones ridículas, fija una extraña mirada en aquel público que le arroja un mendrugo para que lo divierta, en uno de los palcos, un niño sonrosado, delicioso con su trajecito de marinero, sus bucles color de oro y sus ojos risueños, palmotea de entusiasmo, y, volviéndose hacia una señora que está á su lado, le grita:

—¡Qué lindo, mamá!.. ¡Yo quiero ser payaso!

*Felipe A. Oteriño,*
Argentino.

La Plata.

---

## FE

Á UNA MUJER

No creas que abdicando mi decoro
me muestre en el peligro vacilante:
¡caballero gentil de espuela de oro
llevo á la lid mi corazón gigante!

Entre los brazos del dolor fecundo,
sin una queja, debatirme quiero:
¡el dolor, en su fábrica del mundo,
deja las almas cual templado acero!

Ante el esfuerzo que mi ser ostenta
caerá tu duda reducida á escoria,
mas no quiero la púrpura sangrienta
para engendrar el astro de mi gloria.

En la cruzada en que mi vida empeño
no se traban los cuerpos en pelea:
¡la gloria que yo busco y con que sueño
se encuentra en las batallas de la idea!

Llevo un algo inmortal, y con su ayuda
encadenar á la materia puedo:
un algo que me guía y que me escuda
y hace á mi ser inaccesible al miedo.

Si á vagar cual nocturno caminante
sobre la tierra me arrojó el destino,
lo mismo que luciérnaga brillante
yo voy iluminando mi camino.

El fuego fatuo que á tu ser medroso
y que á tu pecho femenino arredra,
es la luz de un brillante primoroso...
que no es, al fin, más que carbón de piedra!

Pero ese resplandor que á mi existencia
de un foco inmenso le señala el rastro,
es una chispa de divina esencia
que me une para siempre con un astro.

¡Siempre existe una senda peregrina
para cruzar las vastas soledades,
y yo tengo esa luz que me ilumina
para surcar mi negro Tiberiades!

La orgullosa razón no es un delirio
pero una antorcha sideral tampoco:
¡la llama humilde de encendido cirio
se nos antoja refulgente foco!

Para encontrar al Dios de mi cariño,
si el horizonte sin cesar se ensancha,
la fe me basta—¡cual luciente armiño
la conservo sin sombra de una mancha!

¡Mujer!—no tiembles porque ya se escuche
tronar sobre mi frente la tormenta:
escudándote en mí, deja que luche...
¡una fuerza titánica me alienta!

Embárcate en mi góndola que ufana
surca el airado mar con rumbo cierto
¡conmigo va el fulgor de la mañana
y llegaré, sin zozobrar, al puerto!

¡Seguro estoy, mujer!—Ya no me aterra
ni me preocupa del futuro el velo.
¡Los hombres, si nacimos en la tierra,
con fe, podemos escalar el cielo!

*José Cibils,*
**Argentino.**

**Rosario de Santa Fe.**

---

## NOCHE DE AMOR

Fué en una noche bella ¿recuerdas? Temerosos
Los rayos de la luna cruzaban el balcón,
En tanto que mis labios besaban voluptuosos
El sitio en que latía tu tierno corazón.

Después cenamos juntos. Los vinos generosos
Forjaron en mi mente fantástica ficción,
Y vi cruzar tu efigie con pasos silenciosos
Por el letal desierto de mi última ilusión.

Más tarde entre mis brazos tu carne sonrosada
Vibró como una lira por el placer pulsada,
Y entre sus alas de oro nos estrechó el amor.

Y cuando ya de nuevo, el sol resplandeciente
Su enorme disco rojo mostraba por Oriente,
Sobre el mullido lecho tu cuerpo era una flor.

*José Pardo*,
Argentino.

---

## ESPEJISMO

Para La Revista.

Es una selva misteriosa y fantástica, un gigantesco bosque de Hoffmann, bajo cuya fronda intangible, brillan, en un crepúsculo dantesco, las luces engañosas de las traidoras mansiones de los Ogros.—Una selva imposible, poblada de quimeras y de centauros, de escamosos dragones ígneos, de grifos rampantes, de lobos famélicos, que persiguen á niñas indefensas, por sendas tortuosas y extraviados atajos; de castillos fabulosos, escondidos entre zarzas impenetrables, habitados por bellas princesas durmientes, por hadas y magos de hierático gesto y de vestimentas deslumbrantes. Una ciclópea selva de frondas violáceas, apenas visible, esfumándose allá, muy lejos, en los vagos lindes del país del Misterio, donde abre sus ojivas de oro, sobre la llanura celeste del Ideal, la torre de marfil del Ensueño...

Su visión extraña me persigue como una obsesión,

desde mis primeros pasos sobre la tierra. Los ojos de mi espíritu la contemplan, — cada vez más distante, — vaga, nublosa, inaccesible, como un miraje ultraterrestre, como el quimérico espejismo de un país remoto, que acaso hemos habitado en otro tiempo, y del que apenas conservamos pálida y confusa memoria.

Yo quisiera llegar hasta ese bosque imaginario, límite de una región mirífica é ignota, y pasearme bajo su cripta gigantesca, entre el Dédalo de sus borradas sendas impenetrables, donde encarnó la Psiquis misteriosa en mi frágil envoltura corpórea!... Pero me lo impide la linfa rugiente del turbio Leteo, en cuyas márgenes cubiertas de nieblas, extravié los rumbos de esa Cólquide mística; en cuyas negras ondas cuajadas de monstruos, perecieron todos los recuerdos de mi vida extraterrenal, de mi existencia de ultramundo... Porque ese país fabuloso é intangible, está más allá de la cuna, y para tornar á él hay que descender antes al antro negro é insondable del sepulcro.

*Germán García Hamilton.*

Buenos Aires, Noviembre 24 de 1899.

---

# FIDELIDAD

Como se adhieren al vetusto muro
Las tallos trepadores de la hiedra
Y cual, ansiosa de vivir, la liana
Al árbol secular se une en la selva,
Así, querida, la memoria mía
Se adherirá por siempre á tu existencia
Si aleja nuestros cuerpos la distancia,
Mas nuestras almas para siempre acerca,
Porque depura los afectos mutuos
El crisol deparado por la ausencia.

¿Por qué temes que el ave del olvido
Pueda abatir ahí sus alas negras?
La del recuerdo, de las alas áureas,
Gratos mensajes llevará hasta ella,
La virgen de ojos cual la noche oscuros
Y voz más dulce que la miel hiblea:
Le dirá que en la tarde y la mañana

Todos mis pensamientos van á ella,
Como van los arroyos á los ríos,
Cual van los ríos á la mar inmensa;

Que nosotros seremos cual dos alas,
Que nosotros seremos cual dos ruedas,
Buscando siempre por la misma ruta
De nuestra dicha la anhelada meta.
En el aire, en la nube y en el astro
La imagen de tu ser hasta mí llega,
Así cual en el yermo, en sus deliquios,
La imagen de su Dios mira el asceta.
En los giros del viento perfumado
Oigo tu voz, que música remeda.

Más grata que la impresa por la brisa
Del arpa eolia en las vibrantes cuerdas
Y como aquélla del cantor de Tracia
A cuyos sones domeñó las fieras.
¿Por qué temes que el ave del olvido
Pueda abatir ahí sus alas negras?
Tu imagen seguirá con mi memoria
Como siguen dos alas y dos ruedas,
Mientras tu ser y el mío, un mismo polvo,
No depositen en la oscura huesa.

*Aureliano G. Berro.*

Treinta y Tres, 30 de Noviembre de 1899.

---

# FRUTO ENFERMO

## I

Eran aristócratas.

Ella, menuda, delicada, adorable, parecía una de esas estatuillas de porcelana que por lo frágil nos hacen pensar en la posibilidad de una ruptura. Tenía airecillos de reina, melosidades de gatita golosa, caprichos de *cocotte* regia: todo ese *flirt* de la mujer de mundo, linda y admirada; que tras una serie no interrumpida de bailes, de coqueteos, de giras campestres y de noches de ópera, ha vivido en veinte años lo que otras mujeres en cincuenta. Él, ruina lamentable de un pasado borrascoso, pero todavía erguido, todavía arrogante, con ingenio suficiente para ocultar sus desgastamientos físicos con el deslumbrante efecto de un

exterior falso, tenía una pesadilla, negra, trastornadora, que amargaba su presente y oscurecía su porvenir: no ver el día en que perdido el ya escaso crédito que aún le restara para con el sastre, le fuera preciso verse obligado á mendigar un empleo de veinte pesos en algún ministerio.

Llegaron á conocerse de la manera más común entre personas de su posición. Viéronse por vez primera en Solís, cierta noche de Agosto en que Tamagno cantaba *Otello*. Ella, indolentemente arrellenada tras el rojo *peluch* de la barandilla del palco, exhibía su desnudez flexible y angulosa por entre las sutiles gasas y las suaves ondulaciones de su escote exagerado, cuya blanca seda, relampagueaba, lanzando vívidos destellos bajo los blancos chorros de luz que caían de lo alto, desde la gran araña central; en tanto que él, muy elegante, muy correcto, con los retorcidos mostachos pringosos de cosmético, ocupaba un asiento allá abajo, en la segunda fila de butacas, ocultando su podredumbre bajo la negrura del bien cortado *frac*, donde la pechera recta y límpida formaba un gran ángulo blanco, de un blancor de tumba.

Jamás se habían visto, jamás sus cuerpos habían tenido ocasión de restregarse en medio de las voluptuosas giras de un *vals*, y fué allí, durante un entreacto, en medio de aquella atmósfera enervante, de aquellas exhalaciones cálidas, donde sus ojos se encontraron por vez primera á través del azulado vapor que desteñía la sala.

Verle y romper á reir, fué todo uno. — ¡Calle, si es idéntico al monito de casa! exclamó riendo, sacudida toda ella por un gran temblor, por una crisis de felicidad loca en que pareció resquebrajarse el aporcelanado esmalte de su carita de muñeca rubia. Y se reía, se reía como una chicuela precoz y maliciosa, á la vista de aquellos bigotazos imponentes, de aquel cráneo lustroso, comido por la calvicie, de aquellos ojillos inquietos y retozones de viejo títere que con tan ardiente fijeza la miraban. Y porque sí, porque tenía gusto en ello, continuó mirándole, correspondiendo de esta manera al dragoneo en ciernes. Luego, á la salida, cuando para tomar el carruaje que la aguardaba atravesó el vestíbulo, le volvió á ver de tan cerca que su aliento le quemó el cuello.

II

Seis meses después y tras un noviazgo á toda prisa en que casi faltóles tiempo para robarse un beso, se casaron. Ella porque sí, porque tal cosa se le puso en su cabecita hueca, por satisfacer un nuevo capricho de mujer madura, atemorizada de llegar á los treinta y cinco Abriles en perpetuo estado de castidad, y adquirir el mote de solterona, sirviendo de blanco á la mordiente maledicencia de sus amigas, quienes se darían el gusto de decir que habíase quedado para vestir imágenes. Él, no por amor, no subyugado por aquellos ojos esmeraldinos de rubia pálida, cuyos cabellos de oro rodeándola de una aureola luminosa la hacían parecer una virgencita ideal y coquetuela, sino en la esperanza de poseer aquella gran fortuna que ella pronto heredaría de su padre, banquero de nota, ídolo hueco vaciado en oro, regordete y panzudo como un Dios Azteca, como un Bhudda de las pagodas de Pekín ó de la India.

El idilio, la luna de miel tan decantada, tuvo en ellos escasísima duración. En la casa que habitaban, pequeña y elegante como una bombonera, como una canastilla de bodas, pronto acabaron por fastidiarse. No dejaban de comprender el interés recíproco que los indujera á realizar semejante unión; en el estudiado amaneramiento, en la ceremoniosa etiqueta con que revestían sus menores actos, adivinaban la falsía de sus halagos; pero como eran seres dotados de un buen sentido practico, haciendo uso de una política amplia y tolerante cerraron filosóficamente los ojos á toda digresión que por un momento pudiera hacer peligrar el equilibrio de aquel tan necesario *statuo quo*. Con el tiempo, él acabó por mirarla como á una querida peligrosa, de quien no es fácil deshacerse sin correr grave riesgo; ella, como á un objeto decorativo, indispensable para exhibirse en público y disfrutar á su sombra de una libertad ilimitada. Sin embargo, muchas noches, en la alcoba, á la luz discreta de la lamparilla, cuando ella le veía dormir plácidamente á su lado con la boca entreabierta, una sorda rabia la hacía buscar el borde del lecho y estarse allí muda é inmóvil, con los ojos muy abiertos, fosforescentes, iluminados por un fulgor extraño.

¡Aquel hombre banal y ridículo era su esposo!... le

miraba fijamente, con una curiosidad extática, como si nunca le hubiera visto. Su amor propio de mujer sufría; y exasperada, humillada, pareciéndole ver en él á un intruso que de repente se hubiera interpuesto á su felicidad, su corazón protestando con la indignación de una cólera orgullosa inducíala á negar el dominio que pudiera haber llegado á ejercer sobre ella. No obstante, un año después, cuando tuvieron el primer hijo, una especie de lazo pareció acercarlos más, haciendo desaparecer el hondo vacío en que meses antes se revolvían. Poco á poco, lentamente, encantadora familiaridad se estableció entre ellos, é hízoles olvidar sus pasados rencores, como si ahora, mucha parte de este amor prodigado al hijo también alcanzara á los dos.

El chicuelo, enclenque, anémico, parecía uno de esos muñequitos de cera que vense expuestos en los escaparates de las chicherías. ¡Cuántos cuidados, cuántas infinitas precauciones para bien de preservarlo del frío, del sol, de la humedad! Creció envuelto en acolchados y algodones, al calor de la estufa, como planta enferma destinada á hacer vida de invernáculo; y aunque se sucedieron épocas de engañoso bienestar, meses enteros en que la presencia del médico se hacía innecesaria; muy pronto, cuando hubo cumplido los tres años, una nueva crisis mucho más aguda que las anteriores conmovió su débil organismo, haciendo que todo aquel falso andamiaje que hasta entonces habíale venido sosteniendo, se desmoronase, aplastado, carcomido por la enfermedad que se rebelaba victoriosa.

Cayó en cama, sus fuerzas menguaron, y un enflaquecimiento progresivo apoderóse de él, al propio tiempo que el cuello, las ingles, las endebles articulaciones, se hinchaban dolorosamente hasta el punto de parecer próximas á estallar, cual si todo aquel relleno fofo que más de una vez le había hecho parecer fornido y rozagante, ahora se refugiara allí queriendo abrir brecha para evadirse. Entonces los médicos le visitaron nuevamente, y una nueva vida, de angustias, de sobresaltos, de crueles sufrimientos, comenzó para los padres.

¡Ah! ¡qué dolor, qué angustia, qué abominable fatalidad! Y aquella casa, pequeñita, templada, con coqueterías de nido, con discretas oscuridades en las alcobas y alegres manchas de sol en el patio y corredores, aquella casa continuamente alegre con los trinos retozones de los

canarios y las límpidas notas arrancadas al piano, ahora estaba triste y silenciosa, aplastada por un silencio de infinita desesperación, como si la muerte revolotease por todos sus ámbitos buscando una salida. Una oleada de pesar, de angustioso recogimiento, pesaba sobre ella presagiando la proximidad del desastre. Fuera, en el patio blanco y bañado de sol, los canarios piaban quedo, ocultando sus doradas cabecitas bajo el ala temblorosa; el piano, mudo, polvoriento, perdido en un rincón de la sala envuelta en sombras, parecía feliz en medio de su holganza; en tanto que allá dentro, en la alcoba moribunda, somnolienta, oliendo á botica, el enfermito agonizaba entre la fría blancura de las sábanas revueltas: agonizaba lentamente, sin fuerzas para quejarse, sin que el menor rastro de vida brillara en sus ya vidriosos ojitos celestes. Se extinguía roído por la enfermedad tenaz, disecándose insensiblemente como un pobre pajarillo enfermo, con los rubios cabellos pringosos de sudor y el diáfano pellejo adherido á los huesos.

Ah! todo ahora iba á concluir. Era aquello el acabóse, el trágico desenlace, el fin tan temido y donde la ciencia una vez más resultaría vencida. Sin embargo, transcurrieron días, semanas, meses, y la horrenda agonía no terminaba. Los padres, aterrados y llorosos, con el corazón oprimido por el remordimiento, continuaban velando junto á la camita donde yacía el enfermo, donde yacía aquel pobre ser raquítico y miserable, único fruto que habían sido capaces de dar al mundo. Ambos espiaban las bruscas alternativas de la enfermedad, la violácea palidez de aquel rostro agonizante, de aquella frente siempre húmeda, de aquellas facciones que surgían de relieve como trabajadas sobre duro marfil. Nada existía para ellos: los periódicos, las novelas, todo lo habían abandonado, y, cosa particular, no obstante este continuo acercamiento, este contacto diario que los retenía durante tantas horas juntos, cierto malestar doloroso é insoportable los alejaba cada vez más. De noche, en la alcoba, lejos del blanco círculo de luz proyectado por la lamparilla, los dos permanecían silenciosos, sin decirse una palabra, aparentando dormir arrellenados en sus sillones, sobrecogidos por aquel gran silencio que desprendíase del techo, de los muebles, de los dormidos muros, y que apenas turbaba el acompasado *tic tac* del péndulo del comedor, que se dejaba oir como el débil latido de la casa dormida. Un odio mortal,

un mismo pensamiento de repulsión, los dominaba. Ya no existía entre ellos aquella familiaridad dulce y encantadora de años antes. Muchas veces, si al arreglar la colcha ó al poner la cabecita del enfermo sobre la almohada sus manos llegaban á encontrarse, á este contacto, pareciendo recibir una violenta sacudida, volvían á apartarse nuevamente. Ahora, las noches, eternas, inacabables, de una monotonía aplastadora, era para ellos un verdadero martirio. Luego, cuando la claridad temblona y crepuscular del alba comenzaba á invadir poco á poco la habitación, blanqueando los muebles, diluyendo las sombras, haciendo palidecer la luz de la lámpara cuya mecha carbonizada despedía tufo, entonces sentíanse más tranquilos, más serenos. ¡Qué satisfacción, qué felicidad, qué inmenso alivio! Por fin, aunque fuera por pocas horas, ya no estarían solos, solos con sus remordimientos, con sus reconvenciones, con sus odios de culpables y de cómplices.

Pero esta situación violenta, esta obstinación estúpida y brutal de la enfermedad rebelde que parecía gozarse en jugar con su presa, prolongándole y quitándole la vida á sorbos, á pequeñas pociones homeopáticas, acabó por exasperarlos: y cierto día, hacia el amanecer, tras una mala noche pasada como todas las anteriores, mal abrigados, ateridos de frío, dormitando en sus sillones junto al lecho del enfermo, ellos despertaron ávidos de luz, de aire, de satisfacer la imperiosa necesidad de anonadarse entre la blancura de sábanas limpias, de volver á gustar de todos aquellos placeres que tanto tiempo hacía no saboreaban; y aunque nada se dijeron, un grito, ese grito del egoísmo humano, de la bestia ya harta de sufrir por sus semejantes, les subió á los labios.—¡Dios mío! ¿cuándo concluirían aquellos sufrimientos, cuándo?.. Y era verdad: si la presa no escaparía, si el edificio estaba minado hasta la base, ¿por qué la catástrofe se hacía esperar tanto?.. No sería mucho mejor que terminara de una vez tan insoportable martirio, para bien de todos?

No eran las cuatro, y á través de los cristales lamidos por el húmedo hálito de la madrugada, veíase el cielo, un cielo claro y risueño con lujos de primavera y ardores de juventud. Bajo él, Montevideo despertaba. Una niebla vaporosa y sutil, un tul de indecible blancura, medio esfumaba sus edificios, sus tejados, las negras cúpulas de las iglesias, como el velo blanco y trasparente de una novia. Y en aquella mañana, bajo aquel aspecto, la ciudad tenía

algo de inmensamente seductor: exhalábase de ella esa frescura, esa dejadez, ese abandono sensual y voluptuoso de la mujer que acaba de saltar del lecho, con los pies desnudos, y las doradas crenchas caídas sobre el peinador blanco que deja entrever las formas.

¡Ah!, vivir, entregarse de lleno á nueva vida de goces y placeres, tal era el grito que estallaba en ellos ante semejante espectáculo. Sí; después de tantos meses de angustia como habían pasado, sentían la necesidad de vivir, una necesidad imperiosa, inconsciente, casi brutal, que se posesionaba de ellos despertando los sentidos muertos, haciendo revivir sus carnes. Enardecidos, evocaban el pasado.

Ella echaba de menos las noches de teatro, los paseos al caer la tarde por la calle 25, la aristocrática misa de una, á que asistía, todos los domingos en la Catedral: él, la timba, el café, las aventuras entre bastidores, la mesa del Club donde cada noche ponía veinte pesos á una carta.

Y así, sumidos en estos recuerdos cuya evocación no hacía sino despertar en ellos nuevas ansias de libertad y de goces, él y ella continuaron junto á la ventana, hasta que el sol ya alto, les dió en el rostro. Luego, como sus miradas se encontrasen, los dos quedaron aterrados adivinando que el mismo pensamiento criminal los dominaba.

Desde entonces á través de aquel lecho de agonía, parecía que se espiaban, que una sorda guerra se hubiese declarado entre ellos. Ya no tuvieron porqué ocultar más sus rencores y en sus movimientos, en sus miradas, hasta en el mismo silencio, lo revelaban. Y si más de una vez deseosos de escupirse la negra bilis que los ahogaba no se lo dijeron todo, era porque la víctima, interponiéndose entre ellos sellaba sus labios, impidiendo que saliera toda aquella podredumbre y salpicara hasta él.

¡Oh! nada de gritos, de escándalo, de palabras soeces y mal sonantes. En la estancia moribunda, llena de estertores, era aquello un combate sordo, disimulado por la hipocresía más refinada.

## III

Han pasado algunos inviernos.

La casita, pequeña, templada, con coqueterías de nido, con discretas oscuridades en las alcobas y alegres man-



chas de sol en el patio y corredores, ha vuelto á recobrar aquella alegría de antaño... Los canarios, inquietos, febriles, retozones, cantan hasta desgañitarse, brincando por sobre las flexibles varillas de sus lujosas jaulas; el piano, ahora siempre abierto, enseñando su dentadura blanca y negra, inunda toda la casa con cascadas de notas, y los dos culpables parecen felices, como olvidados de aquel pasado doloroso.

Ella, cada vez más enjuta, pero muy coqueta, muy elegante, con sus eternos airecillos de reina y melosidades de gatita golosa, sale á paseo todos los días, y de noche asiste á menudo á teatros. El, en la última crisis de los cincuenta se da colorete y usa peluca. Ansía parecer joven á toda costa. Tiene remilgos de señorita y refinamiento de muchacho glotón: prefiere la fruta pintona, de mucho efecto pero aún no sazonada.

Empero, no todo en la casa es alegría; aún queda algo así como un rastro, como una sombra del crimen. Muchas veces allá junto á un rincón del patio blanco y lleno de sol, se oyen sordos quejidos: es el enfermito, que envuelto en algodones, medio aplastado entre las rugosas almohadas de un pequeño rodátil de mimbre, abandonado de todos se queja en silencio.

Allí está, plegado, retorcido, tomando su baño de sol, devorado por las escrófulas que agujerean todo su cuerpecito enclenque, saliéndole en las ingles, en el cuello, en las doloridas articulaciones.

Se le podría tomar por un mísero pingajo humano, por un montón de carne muerta, grotesco aborto de toda una raza de degenerados. Una baba blancuzca y mal oliente, acaso arrancada por la impotencia, cae de sus labios flojos.

Allí está, mudo, sombrío, en la inmovilidad del no ser. De su garganta sólo brotan sonidos inarticulados, gritos guturales: tal vez voces de inocente que clama justicia!!...

*Juan Picón Olaondo.*

**Montevideo, Diciembre 12 de 1899.**

---

# PICTÓRICAS

Romántico artista, ven,
tú que sueñas todavía
con que la gloria algún día
llegue á besarte en la sien.

Subamos hasta los hielos
en donde el alma se inspira
y más hermoso se mira
el palio azul de los cielos.

Tan luego que el pie deslices
entre aquellos níveos bloques,
verás arrogantes toques
y delicados matices.

Romántico artista, avanza
y mira desde esta cumbre,
cómo colora la lumbre
paisajes en lontananza.

Aquí admiremos los dos
el firmamento infinito,
página inmensa que ha escrito
la misma mano de Dios.

Desde estos erguidos montes
se ven grandes armonías
y las vagas lejanías
de pálidos horizontes.

La luz las nubes traspasa
en un filón del confín
con colores de carmín
y trasparencia de encaje.

Después con regio decoro
y contrastes pintorescos,
va diseñando arabescos
de nácar, púrpura y oro.

Luego empiezan los primores
de otros tonos á irradiar,
y la última luz solar
se desmenuza en colores.

La claridad aquí asombra
y en la hondonada hay capuz:

arriba ensancha la luz,
abajo entume la sombra.

La admiración arrebata
y simula el lago al frente,
lámina fosforescente
de un reverbero de plata.

En él, lejos, se divisa,
en estas serenas horas,
a las balsas pescadoras
que apenas mueve la brisa.

En su ribera no hay frondas
que el bardo entusiasta alabe,
pero á flor de agua va el ave
revoloteando en las ondas.

Artista: hoy acá palpitan
bellezas para el poeta
y acá se halla la paleta
que tus lienzos necesitan.

II

Todo cambiado aparece:
la luz está agonizante
y al celaje, en un instante
la sombra lo desvanece.

Bajemos. Negro crespón
se extiende como un sudario:
y la voz del campanario
está sonando á oración.

Al par que vientos helados,
avanza la noche fría
y negra melancolía
cubre á los mustios collados.

*Renato Morales.*

Perú, 1899.

---

## A SU BALCÓN

La estación de la luz formó tu ambiente
Con suspiros de glaucas primaveras,
Y tejieron tu sombra, las palmeras
Que se cimbran gentiles á tu frente.

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



UBALDO RAMÓN GUERRA

La Ofelia astral de la región luciente
Te dió, en las noches de mi amor primeras,
El ropaje sutil de las quimeras
Que exornaban mis sueños de creyente!

Mis trovas de pasión entre tus ramas
Suspendieron el nido del deseo
En que anidara un corazón de llamas!...

Y hoy, cuando al pie de tus cimientos canto,
¡Soy la queja de un alma de Romeo
Ascendiendo en la escala de mi llanto!

*Ubaldo Ramón Guerra.*

## NOTAS DE REDACCIÓN

Hemos recibido el libro de Francisco García y Santos titulado «Alcoholismo». Lo componen 46 páginas bien impresas en los talleres de *La Nación.*

El autor piensa bien, y con acierto, sobre esa plaga, tan peligrosa para la sociedad, que día á día aumenta, del modo más alarmante, haciéndose necesario un remedio pronto y enérgico que impida su mortal desarrollo en nuestro país. Estudia el señor García y Santos esta odiosa epidemia del vicio con un detenimiento y una profundidad encomiables, citando autores, recurriendo á estadísticas, apoyándose en bases seguras de análisis y observación, y en fin, relacionando el asunto que da título á libro tan bueno como útil, con la locura y la criminalidad, cuyos crecimientos están en relación directa con la embriaguez, madre de todas las calamidades sociales.

Con esta nueva producción revela una vez más el inteligente compatriota, sus sólidos conocimientos sobre esta materia, que ha dado origen á toda clase de controversias y polémicas, siendo constante preocupación de sociólogos y estadistas que ven en el alcoholismo un problema de indispensable é inmediata resolvencia, cuya desaparición completa importaría lógicamente la clausura de muchas cárceles y manicomios, así como la felicidad de muchos hogares.

Por lo que respecta á la forma, el distinguido autor del libro expresa con soltura y claridad de estilo, ideas tan

prosaicas y mundanas como las que necesariamente forman, por decir así, el tejido de la obra. No fué su ánimo hacer literatura, pero tampoco cometió irreverencias con el lenguaje y se conoce que piensa como Rossini que decía: «Sufro oyendo ruidos que no tengan armonía».

---

Concluye hoy el hermoso cuento de nuestro inteligente amigo Florencio Otero Mendoza, que se ha revelado escritor de nota, exhibiendo en un estilo transparente y libre de tropiezos, ingeniosas ideas, y mostrándose analizador del espíritu y descriptor feliz de la naturaleza. Lamentamos que en el número anterior, no haya salido á la publicidad una de sus páginas más valiosas en que el autor describía con rigor de pincel, realmente encomiable, las barracas de carbón ubicadas en el costado Norte de la ciudad. Dicha página dejó de publicarse debido á una trasposición de caja, y mantenía la hilación del relato, entre el final de la parte que vió la luz en el número 7 y el principio de la que salió en el número pasado.

De cualquier modo, el trabajo de Otero Mendoza resulta muy bueno, y por ello lo felicitamos y nos felicitamos.

---

Llamamos la atención á nuestros lectores sobre los nuevos aureolados que ingresan en nuestro brillante cuerpo de Redacción, presentándose en el honroso palenque de la publicidad, armados como ricos y valientes hidalgos, que nada tienen que temer, y á quienes se saluda con el «adelante» clásico que vibraba en los nobles torneos medioevales. Ahí van sus nombres: José Pardo, argentino; idealista en la concepción, escultor en la forma. Su estro resuena en las tibias oscuridades de las alcobas, y la gasa vaporosa de sus ensueños envuelve la carne virgen y ondulante de la estrofa ebúrnea, que modela con un cincel realmente Herediano. Renato Morales, peruano de nacimiento, griego de espíritu. Compone con Chocano y Mostajo un trío armónico que vibra intensamente en el teatro de la literatura peruana. Si Chocano es el albatros que remonta el vuelo al son de la tempestad, y Mostajo la paloma que arrulla suavemente en el alero de los hogares campestres, Renato Morales como Psiquis dibuja en sus alas de nieve paisajes melancólicos vistos en sueños de voluptuosidad.

Alfredo Varzi, distinguido compatriota y amigo, es por demás conocido como escritor de talento, que hace gala de ingenio y usa con refinada sobriedad de un aticismo que es individualmente suyo y que ha conquistado desde mucho antes nuestro más imparcial reconocimiento.

Retirado no sabemos porqué del modesto campo literario de nuestro país, vuelve con nuevos bríos á la lucha, y en un estilo plástico, elegante y educado, por el que se conoce que ha pasado el cincel, exhibe una concepción verdadera en su fondo y de un efecto final que agrada por la originalidad y la belleza cuasi fantástica que encierra, y al que un crítico llamaría: sorpresa de Mendés.

Juan Picón Olaondo, uruguayo, y muy amigo, no necesita otra recomendación que la que hacemos á nuestros lectores de que lean su precioso cuento «Fruto enfermo». En regio estilo naturalista, de corte Zolaniano, envuelve su piqueta psicológica y su pincel vigoroso. No tiene escrúpulos en llamar á las cosas por su nombre, y su escalpelo visita los palacios, donde hay cadáveres que se mueven, como los hospitales en donde expiran los anónimos de la sociedad. ¡A todos estos buenos amigos, gracias por su visita!

---

Acusamos recibo de un folleto que ha publicado el inteligente Inspector de Escuelas del Durazno don Julián Becerro de Bengoa. Se titula: «Ciclo Escolar», y versa sobre materias de enseñanza pública. Es un mentado proyecto sobre movilización de escuelas rurales, que se presentó recientemente á la Dirección de Instrucción Pública. Dejamos á las autoridades en la materia que juzguen de él.

---

Desde el número próximo saldrá La Revista con cuarenta y ocho páginas, nítidamente impresas, y con todas las reformas anunciadas anteriormente. En vez de salir el diez y el veinticinco de cada mes como lo habíamos anunciado, aparecerá como hasta ahora el cinco y el veinte, no alterándose como queda dicho, las fechas de la salida.

El número entrante del 5 de Enero próximo, llamará la atención por las producciones que engalanarán sus páginas, producciones que llevarán la firma de autoridades literarias descollantes en nuestro país y en el extranjero. La

colaboración militar y científica no será menos importante que la literaria, pues estará representada por nuestras primeras ilustraciones.

Con el número de hoy termina el primer tomo de La Revista y con el del 5 de Enero se abre la segunda serie de nuestra publicación, ó sea el segundo tomo, el que se clausurará el 20 de Junio del año entrante.

El tomo I de La Revista está formado, como se verá, por 288 páginas, en las que figuran como lo marca el Indice que publicamos, los primeros literatos del país y muchos extranjeros, de primera categoría. Figuran en dicho primer tomo 123 producciones, siendo sus autores por orden de número, orientales, argentinos, españoles, peruanos, chilenos, mejicanos, brasileños y paraguayos.

Los suscriptores que conserven la colección entera de La Revista y quieran encuadernarla pueden hacerlo á un precio módico en el artístico taller de «El Siglo Ilustrado», donde se imprime nuestra publicación. Les resultará un hermoso libro, lleno de interesante lectura, y un valioso adorno, con perdón de nuestra modestia, que no debiera faltar en ninguna biblioteca del país.

A todos los distinguidos colaboradores y suscriptores de nuestro quincenario, gracias á millares por la eficaz protección que nos han dispensado, y ahora sólo nos resta decir en obsequio á la galantería, más que á cualquiera otra cosa: ¡ Feliz año nuevo, caros lectores, y que la fortuna os sea propicia !

FIN DEL TOMO I

# INDICE

---

# LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 1 | Montevideo, Enero 10 de 1900 | TOMO II

# SECCIÓN DE LITERATURA

## MONTEVIDEO

La mañana que sigue á la noche de mi llegada, es como el descorrer de una cortina.

Necesito de un esfuerzo mental para darme cuenta de que despierto en Montevideo después de larga ausencia. Un viaje con todos los míos, resuelto, preparado y realizado en dos ó tres meses. no me ha dado tiempo de sacar mi ciudad natal del fondo de la memoria, de sacudirle el polvo de seis años, y de mirarla un poco. antes de que ella aparezca real y verdadera á mis ojos.

Y no hay duda: esa luz que entra por los resquicios de la ventana é ilumina á medias los muebles extraños del cuarto del hotel y el desarreglo de una primera noche de llegada, no es luz de París; creo reconocerla, como si fuera una mirada de ojos amigos. Reconozco asimismo inmediatamente la corneta acatarrada del tranvía que pasa por bajo mis balcones, y, sobre todo, la voz de las campanas madrugadoras que andan por el aire recitando de memoria su antigua canción rutinaria, semejante á los largos *¡amén!* de los fieles que rezan en voz alta. Son las campanas de mis torres, cuyas voces me parecen la continuación de las de mis amigos que anoche me esperaban, y me llamaban á lo lejos entre el rumor del mar. ¡Las campanas! Durante mi ausencia he oído muchas; algunas de ellas, las de los Jerónimos de Madrid, las de Saint Pierre de Chaillot en París, me llamaban también á mí, pues eran las de mi parroquia;

pero esas me han hablado siempre con cierta sequedad ceremoniosa, con pocas palabras.

Estas que ahora estoy oyendo, me parece que me tutean, que me hablan á mí solo con alegre locuacidad; son la voz de alguien, de alguien muy conocido, la de muchos acaso; son un aliento sonoro que sale de bocas invisibles pero muy amigas, y que anda por el aire llenándomelo de recuerdos que parecen *reirse de mi emoción*.

Vamos, pues, pronto á la calle, á gozar de nuestra primera impresión; quiero mirar á mi Montevideo para saber cómo es realmente, como cuando se restregan los ojos para mirar bien y repentinamente una cosa; quiero observarlo como nunca lo he hecho, como vi á Sevilla ó á Nápoles ó á Verona; buscando sus rasgos esenciales y característicos, procurando contrastes. Yo desearía aprovechar de este momento para examinar así no sólo las cosas, sino también los hombres, las instituciones, el estado social de mi tierra; observarlo todo muy pronto, como extranjero, como viajero, antes de identificarme de nuevo con ello, antes de que este *yo* accidental y transitorio que hallo en mí mismo con relación á mi país, desaparezca sustituido por el *yo* permanente que ya siento salir del fondo de mi ser, al contacto del medio ambiente en que nació y para el que fué formado.

La mañana es hermosa; la lluvia de la noche ha lavado el empedrado: los adoquines, las losas de las aceras; el cielo es azul, el aire sano; siento una impresión de limpieza, de blancura y transparencia. Mi ciudad tiene indudablemente un carácter, un carácter que es preciso ir sorprendiendo. No veo aquí lo que acabo de dejar en Europa: ni bohardillas plomizas, ni tuberías de chimeneas, ni series de edificios iguales que prolongan, á lo lejos, su línea monótona. Las líneas rectas y blancas de las azoteas que determinan los diferentes edificios dan á cada uno de éstos entidad propia, se recortan en el cielo azul, suben y bajan; hay aquí relieves, luz, y sombra, y transparencia.

El cuadro matinal es frío, sin embargo, silencioso; parece que la ciudad se recata, no quiere mostrarse.

Allá, en el fondo de la calle solitaria, se ve el casco y las ruedas de un gran vapor blanco que la cierra; dos mujeres van por la

acera, en dirección á la iglesia; en la esquina, tres mozos de cordel hablan. Reconozco esos tipos: ahí están con sus camisetas de lana, sus fajas negras, sus boinas ó sus sombreros de fieltro, de un negro marchito, color de tabaco, sus apargatas. Una cuerda de cáñamo que les cuelga de los hombros, es el signo de su oficio, y éste, á su vez, denuncia su nacionalidad: son gallegos. Se rascan la cabeza, estiran los brazos, aguardan. Un tranvía vacío, de colores pálidos muy desteñidos, pasa tocando la corneta por entretenerse. Un hálito de pereza ó de atonía se difunde en el aire luminoso y vivificante; parece que éste envuelve las cosas sin compenetrarlas.

Mi impresión es de desencanto. Montevideo me parece triste. Y es porque mi espíritu está tan anhelante de verlo, que quisiera verlo aparecer todo entero de una vez, verlo á todas horas en una hora, en un minuto. Siento el impulso de sacudirlo, de llamarlo á gritos para que me reconozca, y se anime, y me devuelva las miradas intensas que le estoy dirigiendo. Me siento casi ofendido por su indiferencia. ¿Soy yo acaso aquí algún extraño, como lo he sido por esos mundos de Dios?

La iglesia de San Francisco está á algunos pasos de mi hotel. Voy á ella, ante todo, á oir una misa de acción de gracias. Quiero entrar un rato en mí mismo, y cerrar la puerta; hablar, allá adentro, con Dios, cerca de su tabernáculo, cuya ausencia ha constituido para mí, durante mi viaje en el « Espagne », la verdadera soledad del mar.

Encuentro la iglesia de San Francisco, tal cual la dejé: inconclusa, con su arquitectura indefinible, con su torre destechada como un tronco de árbol cortado y seco, con su retablo principal de carpintería abigarrada á medio hacer, con sus altares góticos metidos en arcos de medio punto; con un cuadrito muy feo y muy chico, que yo dejé en ese mismo sitio: sólo, encaramado y como perdido allá en el último tercio de una pilastra muy alta del arco toral... Mis esfuerzos por entrar dentro de mí mismo son vanos. El diablo, que no duerme, se ha propuesto hacerme notar que todo eso no es artístico, como si el arte lo fuera todo; que esas líneas ojivales de los retablos, se dan de bofetones con las de los arcos en que se apoyan; que los fondos azules de los rosetones no pertenecen al estilo y chillan; que ese cuadrito no está en su sitio ni mucho me-

nos; que muchas otras cosas no van. El diablo es artista. ¿Cuántas veces habré visto yo todo eso sin que se me hayan ocurrido tales ideas? ¿Y qué necesidad tenía yo de que ellas se me ocurrieran para turbar mi primera acción de gracias ante los altares de mi tierra, y sofocar en mi espíritu lo que mi voluntad quiere hacer predominar en él: el acto de fe sencillo y puro?

Dichoso aquel que no ha visto
Mas río que el de su patria.

No: yo no he recorrido el mundo en busca del árbol de la ciencia del bien y del mal, que hace perder el paraíso con la inocencia en materia de arte. Yo me he convencido, como fruto de mis viajes por el viejo mundo, de que el que llaman gran arte religioso no despierta por sí mismo en el espíritu humano movimientos de piedad y de fe; y creo, por el contrario, que el arte, bueno ó malo, que esos sentimientos consiga despertar es el verdadero arte religioso.

Líbreme Dios en todo del sensualismo, y muy especialmente en religión. Yo quiero la sencillez de mi fe, el oro puro nativo.

En algunos escritores contemporáneos, hastiados de lo material y grosero, ha nacido una especie de misticismo literario que los lleva á entrar á las catedrales, á ensayar actos de devoción, y á formarse el deleite de una religión con el pequeño instinto religioso que sobrevive en el alma humana á la fe perdida. Hay también pintores y escultores con ese mismo espíritu; hay demasiados, y el contacto con ellos me ha hecho daño, no hay duda. Ese misticismo artístico, y las obras que de él nacen, no son sino un sensualismo más refinado que los otros. Sí: líbreme Dios de él. ¿Es entonces la religión cristiana contraria al arte? No; pero le es infinitamente superior, y buscar en ella el placer estético, es empequeñecerla y profanarla. El arte, dice Brunetière, para llegar al espíritu del hombre, está obligado á recurrir no solamente á los sentidos, sino *al placer de los sentidos*. Si eso fuera así, (y bien puede tener razón el escritor francés) el arte no sería religioso, por más que la religión fuera artística, es decir, hermosa. No es por el placer de los sentidos por donde más fácilmente se llega á Dios desde nuestra naturaleza

caída é inclinada á la concupiscencia. Parece que la religión verdadera ha querido preservar á sus fieles del materialismo ó sensualismo artísticos al hacer que las imágenes más veneradas en el mundo sean feas; el Pilar, Montserrat, Guadalupe, Luján. Es que el arte no es, ni puede ser objeto de nuestro culto por más que lo sea de nuestra admiración, y porque es causa de nuestro deleite sensitivo y muchas veces sensual. El paganismo griego no fué otra cosa que el culto del arte: la forma perfecta era un Dios.

Yo desechaba con esfuerzo, lo confieso, la crítica artística que me molestaba en el templo de San Francisco; entraba en mí mismo á empujones, como el que, para entrar á su casa, tiene que disolver una turba gritona que le obstruye la puerta, y cuyas voces sigue oyendo desde adentro, de vez en cuando. Terminé, sin embargo, con la mayor atención posible, mi misa de acción de gracias; pero al bajar las escaleras de mármol del templo, para recoger mi primera impresión de mi ciudad natal con un propósito crítico, una idea molesta me sobresaltó.

¿Y si mi impresión de Montevideo fuera desfavorable como lo ha sido artísticamente la del templo de San Francisco, y si yo tuviera que aumentar el número de los que, al volver de Europa, donde han visto hasta los boulevares de París, suprema ambición de muchos viajeros, encuentran todo pobre y despreciable en su tierra?

Algunos extranjeros nos han dicho que Montevideo es una hermosa ciudad; pero ¿no será eso un acto de benevolencia ó de lisonja?

Esa idea me hacía daño; me despertaba un sentimiento raro, casi parecido á una tentación contra la fe. Sentía deseos de huir de la ocasión, y de aplazar mi primera impresión, como el que vacila antes de echarse al agua.

Mi tierra ha triunfado. Yo recorro encantado las calles de mi ciudad: la calle 25 de Mayo, la de Sarandí, la Plaza de la Constitución, la luminosa Avenida del 18 de Julio, que viene de lo alto de la colina y parece derramarse en la Plaza de la Independencia, los alrededores que envuelven la ciudad en una gloria de luz y colores que penetran en ella por las calles de un lado, mientras por las del otro llegan hasta los ojos las frescas notas del agua del mar.

No hay la menor duda: esto es hermoso, de lo más hermoso, aún para quien viene de París. Pero hay algo mucho más curioso: esto es original, lleno de carácter. Esta ciudad no se parece á ninguna otra: es indudablemente la gran capital de un pueblo distinto de todos los demás.

Mucho decir es eso, tratándose de una ciudad casi recién nacida. Difícil me sería, por otra parte, precisar los rasgos que le imprimen carácter: aquí no veo ni vetustos edificios, reflejo de una época histórica, ni calles que conserven vestigios de una vida social transformada por el tiempo; pero es indudable que una ráfaga de aire nuevo me ha dado en la cara al recorrer estas calles.

Montevideo me parece una ciudad núbil, pero muy fuerte, de una franqueza y de una ingenuidad encantadoras. Como las hermosuras sanas y vigorosas de los campos, parece no darse cuenta aún de su propia belleza; no sabe de actitudes ni de artificios: parece que ríe con los ojos todo niñas. No se ven aquí esos edificios enfáticos, esas avenidas postizas abiertas como un desmonte al través de las calles naturales, y que viven á expensas de éstas estragándolas á sus costados y empequeñeciéndolas con su vecindad; no se ve aquí ese esfuerzo por parecer grandioso con construcciones no digeridas ni adaptadas al medio que las rodea, que se encuentran en tantas ciudades modernas ó modernizadas. Montevideo no es una ciudad corregida; es hermoso de nacimiento; ha ido creciendo paulatinamente, realizando su plano primitivo y el de sus ensanches, adaptando, sin vanidad, sus construcciones á sus necesidades, y reflejando en ellas la justa distribución de la riqueza que caracteriza su población.

Tanto me lo habían dicho, que yo había llegado á creer que, viniendo de Europa, Montevideo aparece chato, de construcciones muy bajas.

Mi impresión ha sido radicalmente la contraria. Las ondulaciones no bruscas del terreno en que la ciudad se desarrolla; la proporción en el ancho de sus calles, y el frente no muy extenso de sus edificios, hacen que éstos se lancen al aire nítidos y esbeltos, aislados los unos de los otros, y sin formar esas enormes masas de construcción de centenares de metros á igual altura, y que producen el efecto de un largo muro con seis ú ocho hileras sobrepuestas de ventanas, tipo de las construcciones europeas.

En Europa, esas series de edificios dejan de ser altas á fuerza de ser largas, pues altura es relación. Todo el que entra en París por la primera vez, recibe esa impresión: lo grandioso desaparece en la uniformidad del conjunto; las más hermosas líneas arquitectónicas pasan inadvertidas entre la multitud al ajustarse al cartabón de la altura general; los grandes edificios parecen banales y de pacotilla al atrahillarse, el uno al lado del otro, en las largas avenidas.

Yo he pasado cien veces en París por al lado de joyas arquitectónicas, y no las he visto; ha sido necesario que me las hicieran ver, que me las sacaran del montón en que están confundidas como un ruiseñor en una banda tupida de gorriones.

En las grandes ciudades europeas, la anchura desproporcionada de las grandes avenidas abiertas en ellas hace que los edificios que las franjean se presenten como en cuclillas aplastados por la extensión; en cambio, las calles tributarias que se ven desembarcar en esas avenidas, van apareciendo como largos callejones encerrados entre enormes muros. Eso es apretado, es raquítico á fuerza de ser grande; da la idea de un gigante enfermo, enteco, de extremidades flacas y gran cabeza, mal constituído, y sometido á un constante tratamiento.

Montevideo es todo lo contrario: sus calles son proporcionadas; todas ellas tienen igual derecho á la vida, pues todas tienen aire y luz, ambiente y distancia proporcionada para sus edificios. No se siente uno aquí hundido en una calle como en el fondo de un tajo cortado á pico en la montaña, ni tampoco perdido en una extensión limitada por muros lejanos. Sobre los edificios de primer término se ven muy á menudo los más distantes levantados en la colina de detrás; los edificios de dos ó tres pisos, intercalados entre otros de menos altura pero siempre graciosos y de correcto estilo, aparecen muy esbeltos, porque cada uno de ellos tiene entidad y proporciones propias y se ofrece lleno de aire, de luz y de relieve; la línea que recorta sobre el cielo la serie de edificios de diversas alturas es viva, porque no es rígida, sube y baja, determina planos y aristas con mucho color; el sol brillante, al trazar sobre las calles blancas la proyección de esos edificios, da movimiento y expresión á la larga línea de luz y sombra que las recorre; la altura racional